NOVELA

TORCIDO ARADO

ITAMAR VIEIRA JUNIOR

TRADUCCIÓN DE RAFAEL CLIMENT-ESPINO



TORCIDO ARADO

Colección Ultramarinos

Torcido arado
Colección Ultramarinos

Coordinación y cuidado editorial: Jacqueline Santos.

TEXTOFILIA
Limas No. 8 int. 301,
Col. Tlacoquemecatl Del Valle,
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México.
C.P. 03200
Tel. (52 55) 55 75 89 64
editorial@textofilia.mx

www. textofilia.mx

Primera edición.

ISBN: 978-607-8713-65-3
ISBN digital: 978-607-8713-91-2

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

[TORCIDO ARADO]

ITAMAR VIEIRA JUNIOR

Traducción de Rafael Climent-Espino

A mi padre



La tierra, el trigo, el pan, la mesa, la familia (la tierra); existe en este ciclo, decía el padre en sus sermones, amor, trabajo, tiempo.

Raduan Nassar

[FILO CORTANTE]

1

Cuando retiré el cuchillo de la maleta de ropas, envuelto en un pedazo de tela antigua y sucia, con manchas oscuras y un nudo en medio, tenía poco más de siete años. Mi hermana, Belonísia, que estaba conmigo, era un año más joven. Poco antes de aquel suceso, estábamos en el *terreiro*[1] de la casa antigua, jugando con muñecas hechas de espigas de maíz cogidas la semana anterior. Aprovechábamos la paja que ya amarilleaba como ropa para vestir a las mazorcas. Decíamos que las muñecas eran nuestras hijas, hijas de Bibiana y Belonísia. Al darnos cuenta de que nuestra abuela se alejaba de la casa por el lateral del *terreiro*, nos mirábamos como señal de que el terreno estaba libre, para en seguida decir que era hora de descubrir lo que Doñana escondía en la maleta de cuero, en medio de las ropas gastadas con olor a grasa rancia. Doñana notaba que crecíamos y, curiosas, invadíamos su cuarto para preguntar sobre las conversaciones que escuchábamos y sobre las cosas de las que nada sabíamos, como los objetos en el interior de su maleta. Todo el tiempo éramos reprendidas por nuestro padre y nuestra madre. Mi abuela, en particular, sólo necesitaba mirarnos con firmeza para que sintiésemos un escalofrío y la piel arder, como si nos hubiésemos aproximado a una hoguera.

Por eso, al verla alejarse en dirección al patio, miré a Belonísia. Decidida a registrar sus cosas, no dudé en caminar, de puntillas, en dirección al cuarto, para abrir la maleta de cuero envejecida, con manchas y una gruesa capa de tierra acumulada sobre ella. La maleta, durante toda nuestra existencia hasta entonces, estaba debajo de la cama. Yo misma fui hacia el patio para espiar por la puerta y ver a la abuela Doñana caminando casi a rastras en dirección al bosque, que estaba detrás del vergel y de la huerta, detrás del gallinero con sus dormideros viejos. En aquella época solíamos ver a nuestra abuela hablar sola, pedir cosas extrañas como que alguien –a quien no veíamos– se apartase de Carmelita, la tía que no habíamos conocido. Pedía que el mismo fantasma que habitaba sus recuerdos se alejase de las niñas. Era una profusión de charlas sin conexión. Hablaba sobre personas que no veíamos –los espíritus– o de personas sobre las cuales casi nunca oíamos, comadres y parientes lejanos. Nos habituamos a oír hablar a Doñana por la casa, hablar en la puerta de la calle, en el camino hacia el campo, hablar en el huerto, como si conversase con las gallinas o con los árboles secos. Yo y Belonísia nos mirábamos, reíamos sin alarde, y nos acercábamos sin que se diese cuenta. Fingíamos jugar con algo cerca sólo para escuchar y, después, con las muñecas, con los animales y las plantas, repetir lo que Doñana había dicho como una cosa seria. Repetíamos lo que mi madre decía en voz baja a mi padre en la cocina. “Hoy está hablando mucho, cada día habla más sola”. Nuestro padre se resistía a admitir que mi abuela tuviese señales de demencia, decía que toda la vida su madre había hablado consigo misma, toda la vida había repetido rezos y encantos con la misma distracción con la que daba vueltas a los pensamientos.

Aquel día, escuchamos la voz de Doñana alejarse en el espacio del patio, entre el cacareo y los cantos de las aves. Era como si los rezos y sentencias que profería, y que muchas veces no tenían sentido para nosotras, estuviesen siendo llevados a lo lejos,

cargados por el soplo de nuestras respiraciones ansiosas por la transgresión que estábamos a punto de cometer. Belonísia se metió debajo de la cama y tiró de la maleta. El cuero de pecarí que cubría las imperfecciones del suelo se encogió sobre su cuerpo. Abrí la maleta sola, bajo nuestros ojos luminosos. Levanté algunas piezas de ropa antiguas, gastadas, y otras que todavía guardaban los colores vivos que la luz del día seco irradiaba, luz que nunca supe describir de forma exacta. Y en medio de las ropas mal dobladas y ordenadas había un tejido sucio envuelto en el objeto que nos llamó la atención, como si fuese la joya preciosa que nuestra abuela guardaba con todo su secreto. Fui yo quien desató el nudo, atenta a la voz de Doñana que todavía estaba lejos. Vi los ojos de Belonísia centellear con el brillo de lo que descubríamos como si fuese un regalo nuevo, forjado de un metal recién sacado de la tierra. Levanté el cuchillo, que no era grande ni pequeño ante nuestros ojos, y mi hermana pidió tomarlo. No se lo di, yo lo vería primero. Lo olí y no tenía el fuerte olor a rancio de las cosas guardadas de mi abuela, no tenía manchas ni arañazos. Mi reacción en aquel pequeño intervalo de tiempo era explorar al máximo el secreto y no dejar pasar la oportunidad de descubrir la utilidad de la cosa que resplandecía en mis manos. Vi parte de mi rostro reflejado como en un espejo, así como vi el rostro de mi hermana, más alejado. Belonísia intentó quitarme el cuchillo de las manos y yo reculé. “Déjame que lo agarre Bibiana”. “Espera”. Fue cuando coloqué el metal en la boca, tales eran mis ganas de sentir su gusto, y, casi al mismo tiempo, el cuchillo fue retirado de forma violenta. Mis ojos se quedaron perplejos, vidriados en los ojos de Belonísia, que ahora también se llevaba el metal a la boca. Al sabor de metal que quedó en mi paladar se juntó el gusto a sangre caliente, que se escurría por el canto de mi boca semiabierta, y pasó a gotear desde mi barbilla. La sangre se puso a empapar de nuevo la tela sucia de manchas oscuras que recubría el cuchillo.

Belonísia también se retiró el cuchillo de la boca, pero se llevó la mano hasta ella como si quisiese agarrar algo. Sus labios quedaron teñidos de rojo, no sabía si había sido la emoción de sentir la plata, o si, al igual que yo, se había herido, porque de su boca también escurría sangre. Intenté tragar lo que podía, mi hermana también frotaba rápido la mano en la boca con los ojos mareados y apretados, intentando apartar el dolor. Oí los pasos lentos de mi abuela llamando a Bibiana, llamando a Zezé, a Domingas, a Belonísia. “Bibiana, ¿no ves que se están quemando las papas?” Había un olor a papa quemada, pero tenía también el olor del metal, el olor de la sangre que empapaba mi ropa y la de Belonísia.

Cuando Doñana levantó la cortina que separaba el cuarto en que dormía de la cocina, yo ya había quitado el cuchillo del suelo y lo había envuelto de cualquier manera en la tela empapada, pero no había conseguido empujar la maleta de cuero debajo de la cama. Vi la mirada de asombro de mi abuela, que dejó caer su mano gruesa en mi cabeza y en la de Belonísia. Oí a Doñana preguntar qué estábamos haciendo allí, por qué su maleta estaba fuera de su lugar y qué sangre era aquella. “Hablen”, dijo, amenazándonos con arrancarnos la lengua, que estaba, mal lo sabía ella, en una de nuestras manos.

2

Nuestros padres volvieron del campo y encontraron a mi abuela desorientada, con nuestras cabezas sumergidas en una pila de agua, gritando: “Perdió la lengua, se cortó la lengua”. Lo repetía tanto que, ciertamente, en aquellos primeros momentos, Zeca Sombrero Grande y Salustiana Nicolau pensaron que las dos hijas se habían mutilado en un ritual misterioso que, en sus creencias, necesitaría de mucha imaginación para explicarse. La pila era una tinaja roja y nosotras dos llorábamos. Cuanto más llorábamos abrazadas, queriendo pedir disculpas, más difícil era saber quién había perdido la lengua, quién tendría que ir al hospital a leguas de Agua Negra. El gerente de la Hacienda llegó en un Ford *Rural* blanco y verde para llevarnos al hospital. Ese *Rural*, como lo llamábamos, servía a los propietarios cuando estaban en la Hacienda, y le servía a Sutério en los trabajos como gerente, para desplazarse entre la ciudad y Agua Negra, o para recorrer las distancias en la Hacienda, cuando no quería hacerlo a caballo.

Mi madre se aprovisionó de colchas y manteles que recubrían las camas y la mesa, para intentar estancar la sangre. Le gritaba a mi padre, que cogía con las manos trémulas hierbas en las parcelas próximas a la casa, impaciente, transmitiendo su desesperación en la voz, que se volvió más aguda, además de su mirada de espanto. Las hierbas eran para usarlas en el camino hasta el hospital, en rezos y encantos. Los ojos de Belonísia estaban rojos de tanto llanto, los míos no conseguía sentirlos siquiera, y mi madre preguntaba perpleja qué había ocurrido, con qué jugábamos, pero nuestras respuestas eran largos gemidos, difíciles de interpretar. Mi padre sostenía la lengua envuelta en una de sus pocas camisas. Incluso en aquellos momentos, mi miedo era que el órgano, en arrebato, se dispusiese a hablar solo, en su regazo, sobre lo que habíamos hecho. Que hablase sobre nuestra curiosidad, nuestra terquedad, nuestra transgresión, nuestra falta de celo y respeto por Doñana y sus cosas. E incluso peor, sobre nuestra irresponsabilidad de colocar un cuchillo en la boca, sabiendo que los cuchillos hacen sangrar a las presas, hacen sangrar a las crías del huerto y matan hombres.

Mi padre recubrió el pequeño fardo con las hojas que había recogido antes de salir. Desde la ventana del carro vi a mis hermanos alrededor de Doñana, doña Toña la amparaba por el brazo y la llevaba de vuelta a casa. Años después sentiría remordimientos por ese día, por haber dejado a mi abuela desorientada, en llantos, sintiéndose incapaz de cuidar de cualquier persona. Durante el viaje, oímos la angustia de mi madre transmitida en los susurros de sus plegarias y por sus manos callosas y siempre calientes, pero que ahora parecían salidas de una bacía de agua que durmió al relente en el sereno de la noche.

En el hospital, tardaron en atendernos. Nuestros padres estaban encogidos en un rincón a nuestro lado. Vi los pantalones sucios de tierra que él no tuvo tiempo de cambiarse. Mi madre tenía un pañuelo colorido amarrado en la cabeza. Era el mismo pañuelo que usaba debajo del sombrero que llevaba para protegerse del sol en el campo. Ella nos limpiaba nuestras caras con piezas del fardo de ropa, a cada momento con una nueva tela con olor a guardado, y que no conseguía identificar. Mi padre

todavía sostenía la lengua envuelta en la misma camisa. Las hojas estaban guardadas en los bolsillos de sus pantalones, tal vez por vergüenza de que lo señalaran con desdén como hechicero dentro de aquel lugar que él no conocía. Fue el primer lugar en el que vi más gente blanca que negra. Y vi cómo las personas nos miraban con curiosidad, pero sin acercarse.

Cuando el médico nos llevó a la sala y mi padre le mostró la lengua como una flor marchita entre las manos, vi su cabeza balancearse en señal de negación. Vi también el suspiro que dio al abrir nuestras bocas casi al mismo tiempo. Ella tendrá que quedarse aquí. Tendrá problemas en el habla, y para deglutir. No hay manera de reimplantarla. Hoy sé que se dice así, pero en aquella época ni se me pasaba por la cabeza lo que todo aquello significaba, y mucho menos por la cabeza de mi padre y de mi madre. Belonísia en ese instante apenas me miraba, pero todavía continuábamos unidas.

Nuestras heridas fueron suturadas, y permanecimos juntas dos días más. Salimos con un cargamento de antibióticos y analgésicos en las manos. Tendríamos que volver en dos semanas para quitarnos los puntos. Tendríamos que comer gachas y purés, alimentos pastosos. Mi madre dejaría el trabajo en el campo en las semanas posteriores para dedicarse íntegramente a nuestros cuidados. Solamente una de las hijas tenía el habla y la deglución perjudicada. Pero el silencio pasaría a ser nuestro más prominente estado a partir de aquel evento.

Nunca habíamos salido de la Hacienda. Nunca habíamos visto una carretera larga con carros pasando por los dos lados, yendo para los más lejanos lugares de la Tierra. Fue lo que Sutério dijo. En el camino de ida, estábamos llenos de aflicción, por el olor a sangre coagulándose, por las plegarias de mi padre y de mi madre, atónitos. El gerente de la Hacienda sólo se reía diciendo que los niños son iguales que los gatos, que desaparecen, y ahora están en un lugar y al momento en otro, casi siempre preparando algo para dar dolor de cabeza a los padres. Que él tenía hijos y lo sabía. Durante la vuelta estábamos bastante doloridas, una más que la otra, agotadas de la misma forma, a pesar de que la extensión de las lesiones había sido distinta. Una se había amputado la lengua, la otra tenía un corte profundo, pero estaba lejos de perderla.

Nunca nos habíamos montado en el Ford *Rural* de la Hacienda o en cualquier otro automóvil. Y ¡qué diferente era el mundo más allá de Agua Negra! Qué diferente la ciudad con sus casas pegadas unas a otras, dividiendo las paredes. Las calles calzadas con piedras. El suelo de nuestras casas y los caminos de la Hacienda eran de tierra. De barro, que también servía para hacer la comida de nuestras muñecas de mazorcas, y de donde brotaba casi todo lo que comíamos. Donde enterrábamos los restos del parto y el ombligo de los nacidos. Donde enterrábamos los restos de nuestros cuerpos. Hacia donde todos descenderían algún día. Nadie escaparía. Sólo pudimos observar todo aquello durante el retorno, en lados opuestos del vehículo, con nuestra madre en medio, absorta en pensamientos que nuestros alaridos habían precipitado en su interior.

Al llegar a la casa, sólo estaban Zezé y Domingas, pequeños, acompañados por doña Toña. Vi a mi padre preguntar por Doñana mientras mi madre nos cogía de las manos delante de la puerta. Bajó hace unas horas rumbo al río, fue lo que doña Toña respondió. ¿Sola?, quisieron saber. Sí, salió llevándose un envoltorio.

3

Salu dijo que yo era la hija mayor, la primera de cuatro hijos vivos y de otros tantos que nacieron muertos. Belonísia vino poco tiempo después, mientras mi madre todavía me amamantaba, contrariando la creencia de que quien amamanta no se queda embarazada. Entre nosotras dos, a diferencia de los intervalos entre los otros hijos, no hubo hijos nacidos muertos. Dos años después de que nacieran dos hijos muertos vino Zezé y, por último, Domingas. Entre ellos hubo otros dos niños que se malograron. Mi abuela, Doñana, fue quien ayudó a mi madre en los partos. Era nuestra abuela, pero también *mãe de pegação*. Ese era el título que decía cuál era su lugar en nuestras vidas: abuela y madre. Cuando dejamos el vientre de Salustiana Nicolau –los vivos, los que murieron tiempo después y los nacidos muertos– encontramos primero las manos pequeñas de Doñana. Fue el primer espacio en el mundo fuera del cuerpo de Salu que ocupamos. Sus manos cóncavas que muchas veces vi llenarse de tierra, de maíz desgranado y frijol cosechado. Eran manos pequeñas, de uñas cortadas, como debía ser la mano de una partera, decía doña Toña. Pequeñas, capaces de entrar en el vientre de una mujer para mover con destreza un niño atravesado, mal encajado, niños con posiciones equivocadas para nacer. Ella asistía los partos de las trabajadoras de la Hacienda hasta pocos días antes de su muerte.

Cuando nacimos, nuestros padres ya eran trabajadores de la hacienda Agua Negra. Mi padre había ido a buscar a Doñana semanas antes de mi nacimiento. Crecí oyendo a mi abuela quejarse de la distancia de la Hacienda donde había pasado su vida, síntoma evidente de una nostalgia que no admitía sentir. No exigía su retorno, comprendía su papel al lado del hijo, pero no dejaba de exteriorizar su lamento. Cuando mi padre apareció en la Hacienda donde había nacido, para buscarla, Doñana ya se encontraba sola en la casa vieja donde vivió casi todo su tiempo. Sus otros hijos habían partido en busca de trabajo, cada uno en su momento. La primera en irse de la casa después de mi padre había sido Carmelita, que partió sin indicar el rumbo que tomaría, justo después de que la madre se quedase viuda por tercera vez. Pero la propia Doñana, en su interior, quiso que la hija siguiese su propio destino.

En aquel entonces, la tierra de la hacienda Caxangá, que había dado una hartura de frutos durante toda su vida, estaba cortada en pedazos. Cada hombre con deseo de poder había avanzado sobre un trozo de tierra y los habitantes antiguos fueron siendo expulsados. Otros trabajadores que no llevaban tanto tiempo en la tierra estaban siendo despedidos. Los hombres investidos de poderes, muchas veces acompañados de otros hombres en bandas armadas, aparecían de un día para otro con un documento del que nadie sabía el origen. Decían que habían comprado pedazos de Caxangá. Algunos eran confirmados por los capataces, otros no. Mi padre, después de llegar a Agua Negra, retornó algunas veces al lugar donde había nacido. Esas historias nos fueron contadas por Salustiana mientras crecíamos. Sólo dejaron a Doñana vivir por aquellos lugares debido a su edad avanzada, y porque de alguna forma ya se habían habituado a su presencia. Y también porque corrían de casa en casa, de boca en boca, comentarios sobre los poderes de la vieja hechicera, sobre sus viudeces, pruebas de su bagaje, y

sobre el hijo que enloqueció y se fue a vivir al bosque con un jaguar durante semanas.

Yo y Belonísia éramos las más cercanas y, tal vez por eso, las que más nos peleábamos. Teníamos casi la misma edad. Andábamos juntas por el *terreiro* de la casa, cogiendo flores y barro, buscando piedras de diversos formatos para construir nuestro fogón, ramas para hacer nuestro estante e instrumentos de trabajo para arar nuestros campos de juguete, para repetir los gestos que nuestros padres y ancestros nos habían legado. Disputábamos espacios, discutíamos sobre lo que plantar, sobre lo que cocinar. Discutíamos sobre los calzados hechos con las hojas verdes y largas que encontrábamos en el bosque que circundaba nuestras casas. Montábamos troncos de madera que hacían de nuestros caballos, recogíamos sobras de leña para hacer nuestros muebles. Cuando las disputas se convertían en peleas y gritos, nuestra madre intervenía, poco paciente, y nos llevaba de vuelta a casa quitándonos la libertad de salir hasta que nos comportásemos. Prometíamos que no nos pelearíamos más, hasta que salíamos al patio y al *terreiro* y recomenzábamos el juego, para poco tiempo después retornar a la disputa, a veces con derecho a arañazos y tirones de pelo.

En los primeros meses tras perder la lengua nos inundó un sentimiento de unión que estaba empapado de aquel pasado de peleas y disputas infantiles. Al principio se instaló una gran tristeza en nuestra casa. Los vecinos y compadres venían a visitarnos, a hacer votos de mejoras. Mi madre se relevaba con las vecinas, que cuidaban a los hijos pequeños mientras ella cocinaba papas, gachas de harina de mandioca con ajo y pimienta para ayudar en la cicatrización, purés de ñame, camotes o yuca. Nuestro padre iba al campo al nacer del día. Se dirigía allí con sus instrumentos después de pasar la mano por nuestras cabezas con sus plegarias susurradas a los encantados. Cuando retomamos los juegos, habíamos olvidado las disputas, ahora una tendría que hablar por la otra. Una sería la voz de la otra. Se debería perfeccionar la sensibilidad que cercaba aquella convivencia a partir de entonces. Tener la capacidad de leer con más atención los ojos y los gestos de la hermana. Seríamos las iguales. La que prestaría la voz tendría que recorrer con la vista las señales del cuerpo de la que enmudeció. La que enmudeció tendría que tener la capacidad de transmitir con gestos largos y también vibraciones mínimas las expresiones que le gustaría comunicar.

Para que esa simbiosis ocurriese y produjese un efecto duradero, las disputas se quedaron, naturalmente, y por un tiempo, de lado. Ocupábamos el tiempo con las aprensiones del cuerpo de la otra. Al principio fue difícil, muy difícil. Era necesario que se repitiesen las palabras, que se levantasen objetos, que se apuntase a las cosas que nos cercaban, intentando entender la expresión deseada. Con el pasar de los años, ese gesto se volvió una extensión de nuestras expresiones hasta casi convertirnos la una en la otra, sin perder nuestra esencia. A veces nos enfadábamos por algo, pero luego la necesidad de expresar lo que una hermana necesitaba, la misma necesidad de comunicarle a la otra hermana lo que necesitaba expresar, hacía que nos olvidásemos de las causas de nuestras quejas.

Fue así como me volví parte de Belonísia, de la misma forma que ella se volvió parte de mí. Fue así como crecimos, aprendimos a segar, observamos los rezos de nuestros padres, cuidamos de nuestros hermanos más pequeños. Fue así como vimos los años pasar y nos sentimos casi siamesas al dividir el mismo órgano para producir los sonidos que manifestaban lo que necesitábamos ser.

4

Doñana volvió con el filo de la falda mojada. Dijo que había ido a la orilla del río a dejar el mal por allí. Entendí por "mal" el cuchillo con mango de marfil y, aunque lejano, sentí su brillo ofuscar mis recuerdos. Debería estar en el "envoltorio" que doña Toña dijo que se había llevado. Parecía abatida, pálida, con los párpados caídos e hinchados. Se acercó a nosotras para acariciarnos con la misma mano que había dejado caer sobre nuestras cabezas. Sentí sus manos nudosas recorriendo nuestros rostros, para justo después entrar en el cuarto sin decir nada más. De allí no salió hasta el día siguiente.

Mi padre se dirigió al cuarto de los Santos y encendió una vela. Nuestra madre nos llevó a su dormitorio y nos pidió que nos quedásemos quietas en su cama. Ató la cortina que separaba la puerta de la sala para poder observarnos desde donde estuviese. Parecía tener miedo de que preparásemos algo de nuevo. Dijo que iba a lavar el fardo de ropa, empapado de sangre, que llevó en el viaje al hospital. Desde el cuarto, oí a doña Toña pedirle el fardo de ropa para lavarlo ella misma. Mi madre era una mujer alta –más alta que nuestro padre– con un cuerpo fuerte y manos grandes. Tenía una distinción admirada por los que la rodeaban, lo que la hacía también ser querida por los vecinos. Pero aquel día parecía haber perdido aquella aura noble, estaba con los hombros curvados, mostraba agotamiento.

Sentí a Belonísia extender su mano hasta la mía y agarrarla con fuerza. Se nos había prohibido hablar, entonces fuimos aprendiendo de forma instintiva que los gestos comunicarían lo que no podía ser dicho. Nos adormecimos así aquel primer día.

Doñana jamás se recuperó de lo ocurrido. Apenas salía de casa para el patio o *terreiro*. Solía sentarse en el lado de la cama, organizaba y desorganizaba su vieja maleta de cuero. Retiraba los objetos, las ropas, un frasco de perfume vacío, un pequeño espejo, un viejo cepillo del pelo, un misal, papeles que parecían ser documentos. Lamentaba no tener ningún retrato de los hijos. Ya no se molestaba con nuestra presencia a su lado, ni siquiera en ese momento de intimidad, de organizar y desorganizar sus objetos. Hacía aquello para ocupar el tiempo. Hacía mucho que no iba al campo, estaba reducida a revolver en lo que se plantaba en la huerta. E incluso éste, que era uno de sus pocos placeres al final de la vida, lo fue abandonando. Había perdido el interés por las plantas que cuidaba, por los purgantes de raíces que solía recetar a los vecinos y a la propia familia. Mi madre asumió esas pocas tareas que Doñana consideraba suyas. Incluso intentó animar a la suegra, llamándola al patio para ver cómo tal planta estaba vistosa, si el bellasombra estaba en flor, o si alguna plaga hubiese surgido en medio del caos de nuestra huerta. Mi abuela sólo miraba, sin interés, refunfuñaba y volvía al cuarto, ocupándose de retirar y colocar los objetos en su vieja maleta, como si aguardase a cualquier momento una invitación para un viaje de vuelta a la Hacienda donde había nacido, el único lugar que parecía interesarle en la vida.

En los meses que siguieron, durante el tiempo en que nos recuperábamos, mientras una aprendía a expresar el deseo de la otra, y la otra se hacía legible en la expresión de los deseos, sólo una cosa retiró a Doñana del mundo de sus recuerdos y del organizar y

desorganizar cotidiano de aquella maleta: un perro que Belonísia encontró con la pata rota en el camino hacia el campo. El perro abanicaba el rabo como las hojas de la palmera y andaba en pequeños saltos sobre tres patas, pues una de las patas delanteras tenía un hueso roto, lo que hacía que la balancease en el aire mientras se esforzaba de forma conmovedora para caminar. Algo en el animal había roto el mutismo de todos en los últimos meses y veíamos cómo Doñana llamaba a cualquiera de la casa para relatar algún movimiento diferente del perro. Por un tiempo ella se olvidó de la maleta y pasó más tiempo en la ventana para observar a Fusco, nombre que ella misma escogió, y que parecía ser la única compañía que le importaba.

Luego empezó a pedir que durmiésemos en su pequeño cuarto para no dejarla sola. Obedecíamos. Doñana contaba historias que no tenían fin. Antes de terminarlas, se adormecía. Al saber que aquellas historias no acabarían, a veces me dormía antes que ella. La escuchaba levantarse de madrugada para abrir la puerta trasera del patio incluso en el sereno para conversar con Fusco, casi a susurros. Incluso así era posible oír el sonido de su voz. En toda nuestra vida Doñana nunca nos había pegado como aquel día en que profanamos lo que consideraba sagrado, violando su pasado, trayendo de vuelta cosas que, sin duda, no le gustaba recordar. No quería que nuestras manos inocentes agarrasen el motivo de sus dolores, como tampoco le gustaría tener que deshacerse de sus recuerdos por completo, porque la mantenían viva. Daban sentido a lo que le había sobrado de los días, al igual que mostraban que no había sido compasiva con las dificultades que encontró en su camino.

Una mañana, Doñana se despertó llamándome Carmelita, diciendo que iba a solucionar todo, que no me preocupase, que no tendría que viajar más. En aquella época yo tenía doce años y Belonísia se aproximaba a los once. Vi a Doñana, las mañanas siguientes, llamar Carmelita también a Belonísia. Mi hermana se reía de la confusión. Nos mirábamos la una a la otra y bromeábamos por el desorden que se instauró en las palabras de Doñana. En sus pensamientos, Fusco se había convertido en un jaguar, nos pedía que tuviésemos cuidado. Nos invitaba a caminar por las veredas por donde iríamos a buscar a mi padre que, habían dicho, estaba durmiendo a los pies de un guapinol al lado del jaguar manso en que el perro se había convertido. Sabíamos que nuestro padre estaba en el campo, trabajando como todos los días, así que las cosas que mi abuela decía no tenían sentido. Incluso así, mi madre nos pedía que la acompañásemos, que la vigilásemos para que no le sucediese ningún accidente o se perdiese en medio del bosque. “No dejen a su abuela internarse en los barrancos. Cuidado con las cobras. No se rían de su abuela”. Caminábamos cogiendo los frutos que ya estaban dulces, mientras nos adentrábamos en el mes de diciembre. Nos olvidábamos de Doñana, a veces nos perdíamos, nos quedábamos quietas, y entonces una orden venía del medio del bosque, llamando a Carmelita y a los niños para buscar a Zeca, y corríamos a su encuentro.

Cuando mi padre llegaba a la casa y los nietos le decían que Zeca estaba allí delante de sus ojos, mi abuela decía que no era verdad, que de él sólo quería su sombrero que se llevaría con ella.

Una tarde de febrero, en medio de la modorra que el calor nos provocaba, Doñana salió sin que lo notásemos. Cuando mi madre, que labraba un pedazo de tierra cercano a la casa, entró para tomar un vaso de agua, se dio cuenta de que la suegra no estaba allí. Me pidió que fuese tras ella. Busqué a Belonísia para que me acompañara, pero no

la encontré. Bajé por el camino que mi abuela solía hacer buscando a mi padre, acompañada por los “niños”. Había un moriche grande por donde anduve, el suelo estaba cubierto de frutos. Antes de continuar buscando a Doñana, que debía estar en el lugar de siempre, junté los frutos que conseguía cargar y los llevé en la falda de mi propio vestido transformado en cesto. Eran frutos rígidos, color cobre, no parecían deshacerse en aquella pulpa suculenta que untaba los cuerpos de las mujeres que iban a vender su masa a la ciudad. La venta nos garantizaba comprar las cosas que necesitábamos cuando el campo no resistía la sequía o la crecida del río. Fue así que llegué a la orilla del río Utinga, en el claro que servía de paso permanente para el pantano en el camino a los campos, y encontré a Doñana embocada como un animal en la orilla y dentro del agua. Su pelo blanco parecía una esponja luminosa que reflejaba la luz del sol en el espejo que formaba. La reconocí porque era el vestido gastado de mi abuela, un vestido que, de tan viejo, tal vez fuese el mismo con el que llegó en una cabina de camión, acompañada por mi padre, poco antes de que yo naciese. Asombrada con aquella visión, tal vez la primera de mi vida, dejé los frutos caer y rodaron al lecho del río. Sacudí a mi abuela –¿podrá despertarse?–, volví su cuerpo pequeño y frágil, tiré de él sin conseguir sacarlo, no tenía fuerza para sacarla del agua.

Corrí a casa para buscar ayuda, sofocada por lo que había visto. Encontré a Belonísia agachada en el mismo moriche de donde yo había cogido los frutos. Juntaba los que yo no había podido cargar en el camino hacia el río, cuando vio el pavor en mi rostro. Una de nosotras llevaría la noticia a casa.

5

Nadie deshizo la maleta que Doñana se pasaba organizando diariamente los últimos meses de su vida. Ya conocíamos cada pieza de ropa, cada objeto, de tanto observarla retirando y poniendo todo de nuevo en el arcón, en un ritual que se volvió permanente. Mi madre sugirió que algún transeúnte y su familia, en búsqueda de trabajo y necesitado de ropas, recibiese la maleta entera como dádiva. Pero mi padre no tuvo valor de dar las cosas que pertenecían a Doñana, y mi madre no tocó más el asunto. Nadie hablaba del cuchillo de mango de marfil, ni sabíamos su paradero, ni el porqué de tanto misterio alrededor de su existencia. Hasta la muerte de Doñana, no sabía por qué la lámina estaba enrollada en aquel tejido con manchas de sangre, por qué un objeto tan bonito, con un mango blanco perlado, que mi padre, con la sabiduría de sus andanzas, juzgaba ser marfil, no se había vendido ante la escasez en que vivíamos.

Mi padre pasó largo tiempo de luto. Las festividades que dirigía para los encantados en nuestra casa fueron suspendidas. Continuó atendiendo a los que llegaban cargados de aflicciones, a los que querían un aliento, una plegaria, un remedio de raíces para curar sus males. Zeca Sombrero Grande guardaba un luto cerrado en los gestos, porque no era habitual vestir de negro en la servidumbre de nuestras vidas; tenía los ojos llorosos, hablaba muy poco en aquellos días. Pero no dejó de ir al campo, como siempre hacía.

Unas semanas después del entierro, vi a mi madre palidecer en la puerta de la casa con lo que veía en el camino. Me acerqué al umbral y me coloqué a su lado. Belonísia y Domingas corrían en el *terreiro* con Fusco, el perro cojo, que había vuelto a ser simplemente perro en nuestros juegos. Vi a mi madre exclamar una misericordia. Belonísia, Domingas y Fusco también pararon para mirar al camino, alertados por los bramidos que escuchábamos. Un hombre traía a una mujer atada con una cuerda, los dos acompañados de otra mujer. Todavía estaban lejos, pero era posible ver el gran esfuerzo que hacían para avanzar por el suelo de tierra. La mujer gritaba los clamores más amenazadores e incómodos que yo había oído.

"¿No es Crispiniana quien viene por allá? ¿O es Crispina?", preguntó mi madre, refiriéndose a las gemelas, hijas de Saturnino, nuestros vecinos de Agua Negra. Él venía enfrente de la hija atada con la cuerda, enloquecida, gritando cosas que resonaban por cielo y tierra y que no conseguíamos comprender. Una de las dos, o Crispina o Crispiniana, venía detrás, ayudando al padre en el trayecto, agarrando a la hermana, sin duda magullándose con los golpes del cuerpo salvaje de la trastornada que estaba envuelta en un lazo, como un animal, con una vuelta y nudos en los brazos, otra vuelta amarrándole los puños. Los pies descalzos, el pelo desgreñado en lo alto de la cabeza, sin el pañuelo que solía usar.

Salustiana preguntó por Zezé –"está con padre"–, respondió Domingas, "entonces ve tú", dijo, "ve tú con Belonísia a llamar a papá. Dile que el compadre Saturnino llegó con las hijas, que es cosa para él". Vi a mis hermanas alejarse en dirección al campo, mientras me aproximaba al cuerpo fuerte de mi madre. Ella sudaba como el sereno de la madrugada. Desde allí, veíamos los ojos rojos, el rostro contorsionado, la enorme

cantidad de saliva como espuma que salía de la boca de la mujer. Toda aquella escena me dejaba con una mezcla de curiosidad y miedo. Con la familia cada vez más cerca, mi madre preguntaba qué había ocurrido, cuál de las dos muchachas estaba atada. El compadre parecía cansado, agotado de llevar a la hija del río San Antonio al río Utinga, y respondió, quitándose el sombrero en reverencia: "Es Crispina".

"Ah, ¿entonces la encontraron?" oí a mi madre preguntar con voz temblorosa.

"Estaba en el cementerio de la ciudad, acostada, escondida", dijo Saturnino entrando en el *terreiro* de nuestra casa.

De hecho, hacía una semana que el padre, los hermanos, y entre ellos Crispiniana, estaban buscando a Crispina. La familia había sido acogida en la Hacienda hacía muchos años. Saturnino, Damián y mi padre fueron los pioneros en llegar a trabajar en Agua Negra. Crispina y Crispiniana eran las únicas gemelas del poblado y las primeras con las que me acuerdo de haber tenido contacto. Era algo misterioso mirar a las dos mujeres jóvenes, recién salidas de la adolescencia. Los espejos no eran cosa común por allí. Teníamos el pedazo de espejo de Doñana, que podíamos admirar de vez en cuando, mientras desorganizaba y organizaba su maleta en aquella rutina instituida en su caducidad. Pero espejo de verdad, en el que poder observarnos, era sólo el espejo de agua de los ríos con su líquido oscuro y ferruginoso, donde nos veíamos negras en un espejo también negro, tal vez creado exactamente para que nos descubriésemos. Del espejo centelleante del cuchillo de mango de marfil tampoco me olvidaba pues, al final, en él había vislumbrado nuestros rostros para, en un instante, ver la lámina inflexible hacer caer una lengua con todos los sonidos que podían ser producidos por ella. Crispina y Crispiniana caminaban juntas, lado a lado, como un doble de la otra. Como un espejo con profundidad, longitud y altura, pero sin los bordes quebrados como el que perteneció a Doñana, o las orillas de arena y bosque que moldeaban nuestra imagen en las aguas del río.

Al aproximarse a la puerta de nuestra casa, Crispina se tumbó en el suelo. Estaba sucia, tenía mal olor a sudor, orina y flores muertas. Vi el horror instaurarse en los ojos de mi madre. No era la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que llegaba alguien desvariado. Y, con seguridad, no sería la última que se internaría en nuestra casa, como se decían que hacían en un hospital de la capital con quienes enloquecían. No eran huéspedes, visitas o invitados. Eran personas desconectadas de su yo, desconocidas de parientes y de sí mismas. Eran personas con poco respaldo, conocidos y también desconocidos por todos. Eran familias que depositaban sus esperanzas en los poderes de Zeca Sombrero Grande, *curador* del *jarê*, que vivía para restituir la salud del cuerpo y del espíritu a los que lo necesitaban. Desde muy pronto, habíamos tenido que convivir con esa faceta mágica de nuestro padre. Era un padre igual a los otros padres que conocíamos, pero que tenía su paternidad ampliada a los afligidos, enfermos, a los necesitados de remedios que no había en los hospitales, y de la sabiduría que no tenían los médicos, ausentes en aquella tierra. Al mismo tiempo que me enorgullecía la deferencia que le dedicaban, sufría por tener que dividir la casa con visitas nada discretas, gritando sus dolores, sus desconocimientos, impregnándola con el olor de velas e inciensos, con los colores de las botellas de remedios de raíces, con personas buenas y malas, humildes o inconvenientes, que se instalaban durante semanas en nuestro pequeño hogar. Mi madre era la que más sufría, porque tenía que permanecer en casa, atenta a los horarios de las medicinas, acompañando a los parientes que

también se acomodaban con el enfermo –era una condición para el "internamiento"– con el objetivo de auxiliar en los cuidados de los perturbados.

El orden delicado de la vida se rompía, lo que se reflejaba en el desequilibrio de todos, incluso de nosotros, niños, que comenzábamos a tener miedo incluso de las sombras de la vivienda iluminada por quinqués y velas durante la noche. Evitábamos dormir solas y nos amontonábamos para protegernos de los aspavientos que venían a veces durante la madrugada, con un grito ronco o con la sensación de un sutil temblor de tierra, que creíamos eran causados por las fuerzas contrarias de los internos.

Vislumbrar a Crispina en el suelo, a nuestros pies, con los ojos color de fuego, el pelo encrespado enredado en pétalos de flores y hojas secas –algunas guardaban la reminiscencia del color y ciertamente de algún perfume que habían tenido en el auge de su verdor– con la boca blanca de donde manaba saliva y el olor nauseabundo que exhalaba de su cuerpo al lado de su hermana Crispiniana, fue experimentar de nuevo la sensación de infortunio que nos devastó el día que retiramos el cuchillo de la maleta y, queriendo probar la belleza de un brillo misterioso y prohibido, lo colocamos en la boca, completamente libres, como si fuese posible hacerlo sin experimentar las prohibiciones de las creencias de nuestros padres y vecinos, o incluso sin comprender la dominación que nos hacía trabajadores cautivos de la Hacienda. Fue como si el espejo de mi abuela, que continuaba en su maleta debajo de la cama, cubierta por una gruesa capa de tierra, hubiese perdido un pedazo más, y sólo pudiésemos ver a aquella distancia parte de nosotros mismos. Tal vez por estar tan impresionada, Crispina me había agarrado el pie con tal fuerza que me derribó al suelo sin que mi madre consiguiese evitar la caída, y el llanto que brotó de mi rostro guardaba la impresión de aquella visión que remitía a algo muy reciente en nuestras vidas.

Saturnino, impaciente, soltó una sonora bofetada en la cara de la hija, que no reaccionó, al mismo tiempo que Crispiniana, que era testigo del acto, se llevaba la mano al rostro como si el golpe del padre hubiese sido en su propia cara.

Mientras lloraba, avisté a Belonísia y Domingas saliendo de la vereda que llevaba al campo. Mi padre no tardó en llegar cargando su bolsa y su azada. Zeca Sombrero Grande era diferente a nosotros, que no sabíamos lidiar con eventos de aquella naturaleza. Reaccionaba con gran afección delante de las dificultades más dispares que nos llegaban a la puerta. De inmediato, ordenó a Saturnino que desatase a la hija, que lo hizo sin cuestionar o temer, como hacía minutos antes. Ayudó a la muchacha a levantarse. Vi que de los labios gruesos y antiguos de mi padre salían los rezos que nos remitían a la seguridad de la magia que le atribuían. Él pidió que mi madre y Crispiniana la llevasen a tomar un baño, mientras Belonísia y Domingas se colocaban a mi lado. Se fue al cuarto de los Santos, extendió una estera de paja, colocó un banco de asiento de cuero viejo al lado.

Encendió una vela y la atención de todos los que estaban cerca se volvió hacia la llama; si permanecía encendida, Crispina, ahora perturbada, podría quedarse; si la llama no resistía la energía de la atmósfera, y se apagaba, era porque no había remedio.

6

Pasaron algunas semanas hasta que Crispina, en parte, se pacificó. Antes de eso tuvimos que convivir con sus gritos y gemidos, día y noche. De día, ya era de cierta forma esperado. Por la noche nos horripilaba y despertábamos aturdidos. Veía a mi padre Zeca levantarse de su cuarto e ir, acompañado de mi madre, adonde estaba la interna. Escuchábamos todo desde donde estábamos, minúsculo cuarto donde nosotros, hermanos, dormíamos amontonados, pero cuando las palabras llegaban hasta mí eran apenas susurros que apenas conseguía distinguir. Mi madre pasaba con el quinqué encendido por el cuarto para afortunar nuestro sueño. Esa rutina se repitió durante semanas.

Cuando volví cierta mañana, después de regar las plantas de la huerta –y Crispina ya reaccionaba bien a los rezos y pociones de raíces que mi padre le administraba–, oí a las dos hermanas conversando bajo, al principio, pero después se convirtió en una creciente exaltación de voces venidas del cuarto donde estaban. Acababan de volver de un paseo por el *terreiro* de la casa, consentido por el *curador*. No pude escuchar todo pero sus frases pasaron todo el resto del día martilleando en mi cabeza: “No fue verdad”, “Sí, fue”, “Enloqueciste, Crispina”, “No estoy loca, Crispiniana”, “No digas una tontería de esas delante de nuestro padre”, “Que tú estabas en el bosque con él”, “Isidoro ni siquiera estaba por allí a esa hora”, “Isidoro hizo la promesa de vivir conmigo”, “No hizo ninguna promesa, señora. Te estás inventando cosas”, “Dices eso porque eres tú la que lo quieres y estabas en el bosque”, “Loca, por eso estás aquí”.

Escuché todo suavizando mi respiración, atenta a lo que decían, en la misma medida que estaba atenta a la presencia de mi madre, que podría llegar en cualquier momento y sorprenderme escuchando la conversación. Sabía bien que me castigarían si me sorprendían oyendo la conversación de dos personas mayores. Fue cuando Crispina gritó para que la hermana se fuese de allí, para que la dejara en paz, y por las brechas de la cortina que separaba las habitaciones, vi sus ojos ponerse rojos como dos ascuas. Ella comenzó a llorar de tal forma que se formó un moco lechoso en la comisura de la boca. Eran gritos mezclados con un llanto alto. El caos se instauró en aquel instante, las dos lloraban hasta que, después de cierto momento, rodaban por el suelo quitándose los pañuelos y agarrándose del pelo.

Yo estaba sorprendida, pero Belonísia se acercó a mí riéndose de la escena. Mi madre, que lavaba los utensilios con agua del río que yo había recogido más temprano, dejó las ollas en el estante de ramas y corrió al cuarto. “Pero ¿qué está pasando?”, dijo avanzando para intentar separar a las dos, “Ustedes dos, vengan” —nos miró a mí y a Belonísia— “ayúdenme aquí”. Agarramos a Crispiniana por los brazos. Tenía los ojos lacrimosos y el cabello de punta de tantos tirones de pelo que se había llevado; mi madre agarró los dos brazos de Crispina, la perturbada, con los ojos vidriosos y la boca repitiendo las acusaciones que le había lanzado a la hermana. Mi madre amenazó con llamar al compadre Saturnino para llevarse a las dos de allí, “y eso no va a tener remedio, se acaba el tratamiento y no voy a querer que vuelvas, Crispina”. Allí, en los brazos de mi propia madre, Crispina, agitada, lloró reposando la cabeza sobre sus senos.

Salustiana Nicolau ordenó que Crispiniana saliese con nosotras dos y que las dejásemos a solas por un rato.

Crispiniana se arregló la ropa rasgada en su cuerpo y fue para el patio. Lloró en silencio y, cuando sus ojos se cansaron de verter lágrimas, cogió los utensilios que mi madre lavaba para terminar el trabajo. Yo y Belonísia continuamos en la sala, fingiendo jugar en silencio para escuchar lo que Crispina decía. Crispina repitió lo que había dicho, que encontró a su hermana acostada con su prometido en el campo de él. Que la inundó un sentimiento de amargura que nunca había experimentado. Que ya no atinaba a hacer nada bien y que la había invadido una cosa mala que la perturbó por completo. Sólo vino a recobrar la consciencia cuando ya estaba instalada en nuestra casa, hacía semanas y, poco a poco, fue recordando los días que antecedieron a su desaparición.

El resto de la historia la conocíamos de escuchársela al compadre Saturnino el día que llegaron a casa, además de las habladurías de vecinas, compadres y comadres que repetían la novedad en los caminos que cortaban la Hacienda. Después de desaparecer sin dejar rastro alguno, padre, novio y hermanos buscaron a Crispiniana por los campos, en el bosque que cercaba el río San Antonio, por las ciénagas y por los lodazales de los *marimbus*, sin éxito. El padre, atormentado con aquella inesperada desaparición, fue a la ciudad caminando y pidió ayuda a la policía. Cada día llegaba una noticia nueva, que Crispina estaba yendo a un poblado en las cercanías de la Hacienda, o que alguien la había visto subiendo a un autobús en dirección a la capital, o que oyeron aullidos de una mujer loca en la madrugada, como si fuese un animal. E incluso que habían visto a alguien cogiendo frutas del huerto, que el compadre Domingos había disparado a una persona pensando que era un zorro, y que cuando Saturnino llegó mareado a la casa del compadre, la historia se desmintió.

Ocho días después, Crispina fue encontrada por un enterrador acostada entre los túmulos del cementerio de la ciudad, incapaz de responder sobre quién era, mucho menos dónde vivía y lo que estaba haciendo allí. Apareció pocos días después de la fiesta de Todos los Santos, acostada entre flores marchitas que ya habían perdido la frescura, pero todavía guardaban el perfume de las cosas que se secan y disminuyen en su propia finitud. Angélicas, crisantemos, lirios dejados por las familias más acaudaladas, y flores artificiales, de alambre y papel crespón descolorido por el tiempo colocados por las familias con carencias. Estaba más delgada, abandonada al propio olvido, sucia de la tierra que revolvían para sepultar a los muertos, de la larga caminata, con los pies y las manos heridos, con un fuerte olor a sudor y orina. El compadre Saturnino fue al encuentro de la hija, sumiso al destino, aceptando lo imprevisto. No contó con la buena voluntad de Sutério para ir a buscarla con el Ford *Rural*. El gerente había alegado trabajos para no hacer el transporte en el carro del patrón. De ahí que vino la idea de atarla como se lazan los animales en el trabajo del campo o a los perturbados conducidos a los *curador*es del *jarê*. Y caminando durante muchas horas llegaron a los dominios de Zeca Sombrero Grande para que pudiese curarla del infortunio de la locura que se había abatido sobre su juicio.

De locura mi padre entendía, así decían, porque él mismo ya había caído en la locura en un periodo remoto de su vida. Los *curadores* servían para restituir la salud del cuerpo y del espíritu a los enfermos, era lo que sabíamos desde el nacimiento. Lo que más llegaba a nuestra puerta eran molestias del espíritu dividido, gente olvidada de sus historias, de sus recuerdos, apartada de su propio yo, sin distinguirse de una fiera

perdida en el bosque. Decían que tal vez fuese por el pasado minero de la gente que llegó a la región, enloquecida por la suerte de encontrar un diamante, de recorrer su brillo en la noche, abandonando un monte para adentrarse en otro, abandonando la tierra para entrar en el río. Gente que perseguía la fortuna, que dormía y despertaba deseando la ventura, pero que se frustraba después de periodos prolongados de trabajo fatigante, rompiendo rocas, lavando grava, sin que el brillo de la piedra pudiese tocar de forma íntima sus horizontes. ¿Cuántos de los que encontraban la piedra estaban libres de delirios? ¿Cuántos tenían que proteger su hallazgo de la codicia ajena, pasando días sin dormir, con los diamantes debajo del cuerpo, sin bañarse en las aguas de los ríos, atentos a cualquier gesto de engaño que podía venir de donde menos se esperaba?

Crispina pidió de todas las formas posibles que mi madre enviase a la hermana de vuelta a casa, que la dejase sola. Mi madre, de manera asertiva, dijo que el pasado quedaba atrás, que ellas eran hermanas y en aquellos días que se encontraba recogida en nuestra casa, Crispiniana había velado por ella como si fuese una madre. “¿Dónde se ha visto que hermanas de la misma barriga vivan como si fuesen enemigas?”, preguntó. Dijo que nunca en su vida había visto algo así, y que aquello debería traer mala suerte para la vida de las dos. Las gemelas volvieron a hablarse y a convivir como antes en el resto de la temporada que pasaron en nuestra casa. No se pelearon más, sin embargo “tampoco se unieron como los dedos de la mano”, le dijo mi madre cierto día a mi padre.

Crispina recobró la salud, la lozanía de la piel, las fuerzas de joven labradora, como gran parte de las mujeres que residían en la Hacienda. Recuperó el brillo en sus ojos, y se convirtió nuevamente en un espejo de la hermana, Crispiniana. Ya era hora de que regresaran a las orillas del río San Antonio. Ahora, más que antes, lazos concretos nos unían: la mano de mi padre reposaría, mientras viviese, en su cabeza. Reposaría en las cabezas de los miembros de su familia. Zeca Sombrero Grande no era sólo un compadre. Era padre espiritual de toda la gente de Agua Negra.

Cuando se fue de nuestra casa, Crispina volvió, contra la voluntad del padre, a encontrarse con Isidoro. Cogieron sus pertenencias y se fueron a vivir juntos a una casa de barro que levantaron en la parte destinada a las viviendas de los trabajadores. Desde la puerta de la casa del padre, Crispiniana miraba la vida de la hermana con su gran pasión. No creíamos que la historia de las hermanas fuese a terminar de aquella manera.

7

Años después del accidente que enmudeció a una de sus hijas, mi padre, incentivado por Sutério, había invitado al hermano de mi madre a residir en Agua Negra. El gerente quería traer gente que "trabaje mucho" y "que no tenga miedo del trabajo", en palabras de mi padre, "para dar su sudor a la plantación". Podían construir una casa de barro, nada de albañilería, nada que marcase el tiempo de presencia de las familias en la tierra. Podían colocar un pequeño campo para tener calabazas, frijoles, abelmoscos, pero nada que los distrajese de trabajar para el dueño de la Hacienda pues, al final, era para eso que se les permitía la vivienda. Podían traer mujer e hijos, mejor así, porque cuando crecieran sustituirían a los más viejos. Serían gente de estima, conocida, ahijados del hacendado. Dinero no tenía, pero habría comida en el plato. Se podrían quedar en aquellos parajes, sosegados, sin ser importunados, bastaba con obedecer las órdenes que les daban. Vi a mi padre decirle a mi tío que en el tiempo de sus abuelos era peor, que no podían tener campo, que no había casa, todos se amontonaban en el mismo espacio, en el mismo barracón.

Para convencerlo, mi padre le dijo que el arrozal era bueno para trabajar. Que allí llovía, había buena tierra, que, "mira", abría los brazos mostrando el campo y la huerta, mostrando el bosque a su alrededor, "aquí no nos falta de nada". "Tú tienes a los niños, eso es una ayuda. Hay un pajarito negro, pequeño, así", mostraba las falanges de los dedos dando la dimensión aproximada de la plaga, "que ataca el arrozal por la mañana temprano. Los niños te pueden ayudar a espantarlos. Aquí todo el mundo se despierta temprano para espantar a los pajaritos, sólo así tenemos buena cosecha".

Era verdad. En los largos años en que plantaron arroz en medio del desierto de agua, en las orillas de las ciénagas de *marimbus*, nos despertábamos antes de que el sol se levantase en el horizonte e íbamos rumbo al campo de la Hacienda. Nos aprovisionábamos de ramas, piedras, cualquier instrumento para espantar a los pájaros, pequeñitos, de plumas negras que brillaban casi azules en la luz de la mañana. Si no éramos lo suficientemente rápidos, su pico entraba en el grano que maduraba y sorbía todo lo que estuviera dentro con su minúscula lengua. Mientras los adultos trabajaban, nos cabía a nosotros, niños, espantar la plaga. Los chicos llegaban con tirachinas, a veces abatían la pequeña ave. Cierta vez Belonísia lloró y sólo cesó su llanto cuando sugerí que hiciésemos un entierro, con derecho a una caja de velas como ataúd, y flores que cogimos en el campo.

Mi tío viajó a lomos de un burro, la mujer en otro, los hijos caminaban, alternándose en la travesía para montar los animales. Fueron a vivir en una construcción de albañilería, una casa vacía que albergaba a los trabajadores que llegaban. Se permitía que se hospedasen allí hasta la aceptación definitiva de la vivienda, dada de acuerdo con la productividad y la disposición para el trabajo de la nueva familia. Si eran aceptados, se les destinaba una parcela de tierra para que pudiesen construir la tan deseada casa y tener su patio y animales pequeños.

Tío Servó llegó acompañado de la esposa, Hermelina, y de los seis hijos. Era la primera vez que los veía. Mi madre estaba emocionada, con la discreción de

sentimientos que le era peculiar. Mató dos gallinas de nuestro corral e hizo un almuerzo copioso. Nos sentamos en el suelo con nuestros platos, los niños tímidos se escondían detrás de los padres. Salu no conocía a la cuñada y quiso saber el nombre de los sobrinos. “Me he esperado para que tú bautices a este de aquí, Salu” dijo. Era mi primo mayor, Severo. Era casi un muchacho, crecido, pero igualmente tímido como los hermanos. “Pero ¿cómo dejaste al niño tanto tiempo pagano, Servó?”, se quejó mi madre de la negligencia del hermano.

Después del almuerzo, y dispersos por el *terreiro* mis primos se fueron integrando. La casa donde se quedarían estaba más cerca del río San Antonio, del lado opuesto a nuestra casa. Así, nuestro contacto no sería tan frecuente, nos veríamos en fiestas y vacaciones, o en los días de las celebraciones del *jarê* en nuestra casa. No llegué a verlos en los arrozales del prado de San Antonio, para saber si espantaban a los tordos tan bien como nosotros. Pero Severo, el primo tímido, venía de vez en cuando con mis tíos a visitarnos. Si era celebración del *jarê*, nos quedábamos despiertos hasta la madrugada corriendo por el *terreiro*, contando historias y riendo alto.

Yo y Belonísia, extrañamente, ya que éramos cada vez más cercanas, nos dispersábamos en esos momentos, tal vez de forma irreflexiva, para disputar la atención de Severo. Domingas y Zezé se ocupaban jugando con los menores, mientras nosotras, casi adolescentes, descubríamos poco a poco el interés que un chico podía despertar en dos muchachitas con senos despuntando en los vestidos, nalgas afirmándose y el perfume del cuerpo abundando como nunca. Dos muchachitas que se descubrían vanidosas, que se quejaban de no tener un espejo en casa, que ocupaban el tiempo libre en peinados y combinaciones de vestimentas diferentes con las pocas piezas de ropa que tenían.

Severo superó paulatinamente la timidez y comenzó a comunicarse de forma incesante con nosotras. Al principio, la que era la voz duplicada, la que hablaba por las dos, cuidó, sin darse cuenta, de instruir al primo de cómo podría ser fácil entender los signos que habíamos elaborado, sin el recurso de una escuela, para que nos comunicásemos. Rápidamente, él aprendió a comunicarse, a veces mejor que cualquiera de la casa, y luego se empezaron a sentir, además de los obvios celos por la atención del primo, celos por la capacidad de comprensión que había adquirido en tan poco tiempo. Quizás el primo nos comprendiese mejor que nuestros padres.

Los tordos estaban en los montes todos los días, al amanecer. Nosotros íbamos a espantarlos con nuestras armas. El tordo engaña, es furtivo y perezoso. Se come el arroz que plantamos –oíamos decir–, le gustan las cosas listas para comer. No batalla por su grano. Los tordos en los *marimbus* podían colocar huevos en los nidos de la jacana, de la tangara brasileña de plumaje rojo color de fuego, cantando “tie, tie” a los huevos de los hijitos que cree que son suyos. El tordo coloca huevos en el nido del cacholote de la *caantiga* que estaba construyendo su casa para abrigar a su cría –y a las crías del parásito sin saberlo–. Dejaba sus huevos fecundados para que fuesen empollados en los nidos del batará luctuoso, del cardenal azul, del zorzal colorado, del zorzal charchalero, del bienteveo común, del pato de agua y del cacique lomirrojo. Los huevos del tordo crecían debajo de la belleza del canto del turpial brasileño, e incluso del tinamú patigualdo en el suelo. Pero nunca vi huevos de tordo en nidos de patos morados. ¿Por qué será? Es lo que guardo de las conversaciones que teníamos cuando nos encontrábamos en nuestra casa o en la casa de tío Servó, en el secarral del río San

Antonio.

Con la llegada del tío, tuvimos un tocador de pífano para alegrar las fiestas de Santos, porque las fiestas de los encantados eran dominadas por los timbales. Durante muchos años, la música del pífano de nuestro tío dominó nuestras celebraciones y las más alejadas, cuando viajábamos a festejar San Francisco y otros Santos de nuestra estima en los poblados de Remanso y Pau de Colher.

El día de San Sebastián, santo de devoción de nuestro padre y celebrado en su fecha de nacimiento, había la más grande de las fiestas, la que más congregaba gente y la que más traía devotos de fuera de la Hacienda. Muchos venían de lejos para seguir los rituales de las celebraciones y festejar con bebidas y comidas las dádivas que habían recibido de los encantados. Nosotros, niños, permanecíamos distantes de las actividades principales, los más pequeños se entretenían en juegos alrededor de la casa; los más jóvenes disputaban la atención de los adultos. Yo y Belonísia oíamos la conversación de las hijas de Carmeniuza y doña Toña. Hablaban de la visita de los patrones a los campos de la Hacienda. Querían saber si ellos habían pasado por aquí, si se habían llevado las papas de nuestra huerta también. “Pero las papas de nuestra huerta no son suyas”, alguien decía, “ellos plantan arroz y caña. Se llevan papas, se llevan frijoles y calabazas. Hasta hojas para el té se llevan. Y si las papas cogidas son pequeñas nos hacen cavar en la tierra para llevarse las más grandes” –dijo Santa, desorbitando los ojos para mostrar su furia. “¡Qué usura! Ya se quedan con el dinero de la cosecha del arroz y de la caña”. Podrían muy bien comprar papas y frijoles en el almacén o en el mercado de la ciudad. Nosotros somos los que no conseguíamos comprar nada, a no ser que vendiéramos la masa del moriche y el aceite de palma, escabulléndonos de los límites de la Hacienda sin llamar la atención. “Pero la tierra es suya. A quienes no les den, los echan. Escupen y nos mandan desaparecer antes de que se seque el escupitajo” –dijo alguien con un sentimiento de burla e indignación.

Severo nos observaba desde lejos, rayando con una rama en el barro seco.

Cuando ya era madrugada mi madre me preguntó si había visto a Belonísia y Domingas. Domingas estaba jugando con la hija de Jandira al lado de la casa. A Belonísia yo la había perdido de vista. “La gente se está yendo ya”, –dijo mi madre. Me pidió que llevase a mi hermana a la cama. No obedecí de inmediato, dejé a Domingas en un rincón, parecía no tener sueño en aquel momento, cuando di una vuelta alrededor de la casa buscando a Belonísia. No muy lejos, debajo del ombú casi seco, vi una sombra que se distinguía del resto de la oscuridad de la noche. Era una noche fresca y parte de las personas que se iban estaban abrigadas para caminar a sus casas. Otros se abrazaban al propio cuerpo, intentando calentarse. Me aproximé despacio al árbol donde estaba la sombra y, antes de que me acercase más, la vi dividirse. Belonísia se fue del lugar como si nada hubiese ocurrido. Pasó delante de mí con la cabeza erguida y sonriendo. Antes de que yo me acercase más, Severo también abandonó el ombú y se fue en dirección a los padres que estaban listos para caminar hasta su casa con el quinqué en que temblaba la luz a lo lejos, en las manos.

No conseguí dormir el resto de la noche ni mirar a mi hermana, me invadió un sentimiento de decepción y rivalidad que desconocía hasta aquel instante.

8

Al amanecer, le hice llegar a mi madre el mensaje de que Belonísia estaba con el primo Severo debajo del ombú la noche anterior. Sin tener seguridad de lo que había visto, pero intuía, añadí al relato la visión de un beso. Por primera vez vi los ojos de mi madre crisparse y, sin esperar explicaciones, antes de que mi padre lo supiese, se encargó del castigo: una paliza con la sandalia. Cada golpe que oía que recibía Belonísia ardía en mi piel. Me invadió una extraña voluntad de venganza, por la traición que vi en aquel acto, al mismo tiempo que dolía en mí, porque nunca había visto que le pegaran a mi hermana, y porque, desde el accidente, nosotras habíamos mantenido una relación de reciprocidad más grande que las gemelas de compadre Saturnino.
Hasta aquel instante Belonísia había sido la más cercana a mi madre, mientras yo siempre me había mantenido más vinculada a mi padre. Pero la paliza repercutió más en su interior que el ardor y el dolor en la piel. Por miedo a la reacción de mi padre, mi madre no compartió lo ocurrido. Nunca lo supe con seguridad, pero de alguna manera debió hablar con tío Servó sobre lo sucedido, mandarle un recado con alguien o alguna nota, pues ella sabía escribir. Y durante un tiempo considerable no vimos a Severo. Ni siquiera en las celebraciones del *jarê* que continuaron con la regularidad de siempre en nuestra casa.

Belonísia, durante semanas, estuvo sin mirarme directamente. Pasaba del cuarto a la sala, o incluso a la huerta o al *terreiro*, se relacionaba con los otros hermanos, pero a mí me ignoraba. El sentimiento de decepción que yo tenía sobre el incidente paulatinamente se fue deshaciendo frente a la pena que ella exteriorizaba. De repente, sentí un enorme pesar por haber hecho a mi madre castigar a Belonísia y, al mismo tiempo, por haber apartado, de forma involuntaria y sin medir las consecuencias, a Severo de nuestra convivencia. La casa se volvió más silenciosa, a pesar de las travesuras de Zezé –cuando no estaba en el campo con nuestro padre– y Domingas, y del movimiento de gente que aparecía casi todos los días buscando los favores de Zeca Sombrero Grande. Vi también el remordimiento en el semblante de mi madre por lo que había hecho. Salu era enérgica, hablaba de forma firme y sin dudar, pero nunca había levantado la mano para pegarle a ningún hijo, mucho menos con una sandalia. Intentaba reparar su ímpetu de corrección ofreciendo a Belonísia un tazón de gachas antes que a cualquiera de nosotros, o dejándole los trabajos domésticos menos fatigosos, como lavar los platos sobre el estante de ramas, mientras para mí destinaba la carga de cubos de agua del pozo o del río.

Si mi hermana mostraba desencanto en relación a la reacción de mi madre, conmigo ocurrió peor. El sentimiento que Belonísia me destinó en aquellas semanas fue de total desprecio. Ignoraba cualquier gesto de aproximación que yo hacía, lo que sólo aumentaba mi arrepentimiento. Era orgullosa y dirigía muy bien sus decisiones a pesar de su poca edad. Yo no sabía lo que había pasado aquel día, lo que la llevó a estar a solas con Severo. Nosotras, que compartíamos todo sobre nuestras vidas, nunca hablamos del interés que empezamos a sentir desde la llegada de nuestro primo. Tal vez tuviésemos miedo de decepcionarnos mutuamente, ya que era notorio, para nosotras

dos, el encanto que alimentábamos por él. Tal vez fuese más cómodo mantener una disputa velada creyendo que ninguna de nosotras pasaría la línea imaginaria que trazamos para aquel caso.

Todo comenzó a cambiar una tarde, tras un temporal inesperado, cuando mi madre cerró la casa y nos llevó al río San Antonio, con latas y varas de pescar para capturar los peces que llegarían con la corriente. Yo y Belonísia seguíamos distanciadas, relacionándonos con Domingas, pero sin compartir ningún tipo de comunicación. Las primeras veces en que mi madre enviaba recado a una o a otra, como siempre había hecho, nos esquivábamos, y Domingas asumía la función de repetir la información. Cuando mi madre se dio cuenta del malestar que había entre nosotras, trató de reprendernos con rigor, diciendo que aquella no era la actitud de dos hermanas que convivían en la misma casa, que habían crecido en la misma barriga y que vinieron al mundo por las manos del encantado *Velho Nagô*. Que ella había parido hermanas, y no enemigas, y que no iba a tolerar más nuestro mal humor. Era mejor que nos volviésemos a comunicar porque no admitiría más hostilidad entre sus hijas. No hubo contestación a la reprimenda de nuestra madre, pero tampoco ninguna reacción de nuestra parte para restablecer la interacción. Con un significativo espacio de tiempo desde el episodio de la paliza, empezamos a comunicarnos con las sonrisas que Domingas nos provocaba, con su curiosidad y con las cosas que encontraba en el camino. Una mandarina madura era disputada por las dos, y Domingas intentaba envolverme también. Al final, Domingas dividía los suculentos gajos para decir que había degustado los más grandes y los más dulces.

El río bajaba con fuerte corriente y mi madre nos llevó a una pequeña laguna, tributaria de las aguas del San Antonio. Comenzamos a cavar la tierra mojada y a retirar algunas lombrices para que sirviesen de cebo. Domingas decía que retiraba las lombrices más grandes, se reía de las lombrices que Salu y yo encontrábamos. Mi madre, con sus manos habilidosas, transformaba las pobres lombrices en acordeones encogidos, con sus cuerpos traspasados por el anzuelo. “Se parece a San Sebastián”, y todas reímos juntas, menos mi madre que censuró el comentario “No bromees con los santos, Domingas. ¿Dónde se ha visto eso?”.

La laguna era lodosa. Su superficie estaba repleta de algas verdes, pero la crecida había traído peces, que picaban con rapidez en los anzuelos. Domingas iba nombrando, con la ayuda de la madre, las cualidades de los animales. Corronchos hay a montones. “El corroncho va en rebaños, Domingas”. “El corroncho tiene poco pez” –quería decir poca carne– “coge otro”, reía Domingas. “Cuida de tu vara y de tu anzuelo”, decía mi madre, atenta al cielo para saber si vendría más lluvia. “Picó, madre”, Domingas abrió los ojos como platos. Yo sentí que picaba en mi hilo también, y vi que Belonísia levantaba su vara. “Un pez óscar”, dijo mi madre. “Agárralo Belonísia, ese va para la comida. Espera que te ayudo”, y corrió para ayudar a tirar. El mío se debatía intentando desgarrarse del anzuelo, y Domingas se acercó a mí. “Ayuda a tu hermana, chica”, indicó mi madre mientras intentaba salvar su pescado. Cuando levanté el pez, vivo, intentado volver al agua para respirar, vi a Salu, satisfecha, identificar que era un bagre y que lo prepararía cocido en aceite de palma.

Pasamos una hora más de aquella mañana capturando los peces peregrinos que llegaban a la laguna de Agua Negra, llevados por la lluvia. En el retorno a casa, teníamos que atravesar nuevamente el lodazal de los *marimbus* descalzas. Nuestras

sandalias se pegaban en el lodo de tal forma que no conseguíamos levantarlas con los pies. “Pisen despacio”, dijo mi madre, para que no nos hiriésemos con piedras y lascas de madera que por casualidad estuviesen sumergidas en aquel gran lago de lodo para llegar al camino. De repente, sentí que mi pie pisaba algo duro, y mi cara se contrajo de dolor. Me había herido el pie, un corte profundo, con algo que parecía un pedazo de loza. Belonísia, que estaba más cerca de mí, me ayudó a levantar la pierna, a llegar al camino y retiró, con las indicaciones gritadas por Salu, que atravesaba con dificultad el charco, el objeto que me había cortado el pie. “¿No les dije que tuvieran cuidado?”. Era una concha de caracol abandonada, rota, clavada como una espina. Yo misma no tuve valor de retirarla, comencé a llorar de dolor. Belonísia me agarró y tiró de una vez. Domingas, que ahora se acercaba, me pedía “déjame ver, déjame ver”. Fuimos a la orilla del río a lavarnos los pies. Una sangre espesa y sustanciosa abandonaba mi cuerpo pintando la tierra con su rojo color de pájaro. Salu cogió una hierba, una hoja y otra, para aplastarla entre los dedos y ponerlas encima de la herida hasta que llegásemos a casa y saber lo que mi padre iba a hacer.

9

Volví a mi casa apoyada en mi madre y en Belonísia, saltando con un solo pie. Dejando de lado el corte profundo que me impediría colocar el pie en el suelo durante muchos días, sentí cierto alivio al darme cuenta de que mi hermana había vuelto a comunicarse conmigo; ella me sirvió de apoyo durante semanas junto a Domingas, permitiendo que anduviese con las manos reposadas en sus hombros en los desplazamientos que necesitaba hacer.

Sufrí un tanto con el pie cortado, sin poder andar por el *terreiro* y el patio, por el campo y la orilla del río. Aquel era nuestro pacto de vida, desde el fatídico día en el que el cuchillo de Doñana había hendido nuestra historia, amputado una lengua, impedido la producción de sonidos, hiriendo la vanidad de una *Mãe d'Agua*, pero uniendo de por vida a dos hermanas nacidas del mismo vientre, en tiempos diferentes, hasta aquel instante. Mi encanto por primo Severo no era más grande del que sentía por mi hermana, del sentido de protección que le debía, de la protección que ella me dedicaba también. Si no fuese por el pie resentido por la herida que me había producido la tarde de pesca, tal vez hubiera permanecido todavía más tiempo distanciada de Belonísia. Sin esa comunicación era como si nos silenciásemos mutuamente. Era silenciar lo que teníamos de más íntimo entre nosotras. Sin poderme tocar, ella no podía sentir la vibración de la respiración de mi cuerpo. Sin poder tocarla, no podía sentir la velocidad con que el río de sangre corría por sus venas. No podría saber, a partir de su agitación interior, si sus humores eran valientes o mansos. No podría mirarme a los ojos y darse cuenta, sólo examinando mis movimientos, de cuál era mi intención.

Poco a poco, fuimos superando el desorden y, al mismo tiempo que nos aproximábamos la una a la otra, evitábamos hablar sobre Severo. Él pasó a ser simplemente un miembro más de la familia y, en la distancia de nuestros sentimientos, todo el encanto que nos produjo pareció quedar enterrado. Se esperaba que el tiempo curase aquella pasión repentina y nos devolviese sólo los lazos de familia. Mi padre, misteriosamente, no parecía saber nada de lo ocurrido, o, si lo sabía, prefirió no mostrarlo por cualquier motivo moral o místico que nunca podríamos saber.

Volvimos a ver a primo Severo en nuestra casa en las celebraciones del *jarê*, acompañado de tío Servó y Hermelina, además de los primos más pequeños, que crecían espantando las plagas de tordos de los arrozales. Nos hacíamos saludos formales, sin grandes emociones, como cuando lo conocimos al llegar a la Hacienda. Crecíamos a ojos vistas. Yo y Belonísia ya enterrábamos nuestros restos de regla con un puñado de tierra. Cubríamos nuestros senos con un tejido para que los pezones no despuntasen a través del paño de nuestros vestidos. Los hombres de la Hacienda agrandaban sus ojos al vernos. Pero nada más que eso, pues al final éramos las hijas del *curador* Zeca Sombrero Grande. Mi padre era respetado por los vecinos y *filhos de santo*, por sus patrones y señores, y por Sutério, el gerente. Era el trabajador que se citaba como ejemplo a los demás, nunca se quejaba, independientemente de lo que se le pidiera. Por más difícil que fuera, reclutaba a los vecinos y trabajaba para entregar lo que le fuese encomendado con el esmero por el que era conocido. Construía una presa de agua de

río para algún pedido de irrigación que le hacía Sutério. Reunía a los compadres para cortar madera y contener con gran ingeniosidad un afluente. Pastoreaba el ganado de la Hacienda, llevándolo a comer donde hubiese verde. Era el trabajador de más alta estima de la familia Peixoto. A él recurrían para traer nuevos trabajadores a Agua Negra, porque confiaban en su responsabilidad con la Hacienda. Confiaban en su capacidad para persuadir y para reconciliar a quienes vivían en conflicto por las cercas o por los animales sueltos que acababan en sus campos provocando perjuicios.

Por eso, a diferencia de las jóvenes de nuestra edad, y a pesar de las miradas invasivas que nos deshojaban como flores, éramos casi intocables frente al asedio tan común de los hombres sobre las niñas que llegaban a la juventud. Muchas caían ante la pesadez de la insistencia, no resistían a los cortejos, y con las bendiciones de los padres se unían con sus cuerpos todavía en formación. Sucumbían al dominio del hombre, de los capataces, de los hacendados de las cercanías.

La familia Peixoto quería solamente los frutos de Agua Negra, no vivían la tierra, venían de la capital sólo para presentarse como los dueños, para que no los olvidásemos, pero, tan pronto como cumplían su misión, regresaban. Los hacendados y sitiadores crecieron en número y ejercían con fascinación y orgullo su papel de dominadores, eran descendientes lejanos de los colonizadores; o un subordinado que había conquistado la suerte en el yacimiento y pasaba a ejercer el poder sobre los otros que, sin alternativa, se sometían a su dominio.

Una de esas mañanas, mi madre llegó inquieta y buscó a doña Toña para conversar. Yo me interesaba por la vida ajena más que Belonísia, que estaba dispersa en aquellos momentos. Me puse a lavar la vajilla en el estante de ramas, mientras las escuchaba a las dos.

Hablaban de Crispiniana, que estaba con la barriga crecida. Que se había llevado una paliza del compadre Saturnino. Constataban qué difícil era para un padre, viudo, criar hijos solo. Y las hijas dan más trabajo. Vienen con la barriga a la casa. ¿Y después qué? ¿Quién cría a los niños? Decían que Crispiniana se negaba a decir quién era el padre. Que tuvieron que retirarla de la casa por unos días por miedo a que Saturnino la matase. Y las habladurías ya iban de boca en boca por la Hacienda. ¿Quién sería el padre del niño? ¿Algún trabajador de la Hacienda vecina? ¿Alguien de la propia Agua Negra? “Si el padre le pegó tanto, comadre” –sopesó doña Toña–, “¿no será que ese hijo es del cuñado que desgració a la hermana en la locura a causa de Crispiniana?” Mi madre entornó los ojos, incrédula “¿Usted cree comadre? ¿Isidoro?. ¿Que se juntó con Crispina?”.

Pasaron los días, Belonísia vino a comunicarme lo que había escuchado en la conversación entre Salu y doña Toña: que las hermanas Crispina y Crispiniana no se hablaban. Que Crispina estaba con una barriga de Isidoro, pero que Crispiniana estaba con la barriga más avanzada y nadie sabía quién era el padre. Que se había llevado más palos que una alfombra sucia. Que nuestra madre se ofendió porque el padre le dijo a la hija que la dejaría sin lengua, como a la hija del compadre Zeca. Que ahora ellas se miraban desde sus puertas y se insultaban con toda la discordia que podía existir entre dos mujeres, que habían ocupado el mismo vientre, pero que en la vida se desconocían como hermanas. Que el padre estaba disgustado y se había dado a la bebida por el disgusto.

Belonísia mostraba firmeza en su semblante. Estaba muy claro que ella había

asumido un lado en esa historia. Aunque primo Severo no fuese más un impedimento para nuestra hermandad, y el encanto por él parecía haberse desvanecido. Su posición me sonó como una advertencia sobre hasta donde podríamos llegar, como hermanas.

10

En aquel tiempo, mi madre ya había asumido definitivamente el oficio de partera. Mi padre, que era el partero hasta entonces, transfirió la responsabilidad a Salu. La formalidad del hombre simple y caballero se reflejaba en la vergüenza que sentía delante de las mujeres de sus compadres y *filhos de santo*. Todo eso lo había hecho designar a mi madre para lidiar con los nacimientos. Mientras Doñana vivió y tuvo salud, asumió la misión con toda la deferencia que el nacimiento de un nuevo ser podría tener. Mi abuela decía que ella no hacía partos, que quien lo hacía era la madre, ella sólo ayudaba. Ayudaba desde muchachas jóvenes, que se unían muy pronto o se quedaban embarazadas de viajantes y trabajadores, hasta vacas, yeguas y perras. Tenía manos pequeñas, capaces de mover al niño en el vientre de un lado a otro. Era lo que creían, en caso de que no hubiese el movimiento exacto para el nacimiento, o de que el niño no estuviese bien colocado.

Durante ese periodo en el que Doñana se ocupaba de los partos en Agua Negra y propiedades colindantes, mi madre fue su ayudante. Observaba los movimientos del cuerpo, rezos y prohibiciones; lo que se podía o no se podía comer, beber, hacer. Aprendía sobre el tiempo exacto para el baño del niño y de la madre, o la tijera nueva que quedaba guardada esperando el nacimiento. Prestaba atención a las dificultades surgidas tras el parto. Cuando mi abuela ya no podía ayudar más, Salu comenzó a acompañar a mi padre que, como *curador*, proporcionaba la asistencia que las mujeres necesitaban. Nunca vi a mi padre en esas misiones, pero mi madre relataba a las comadres toda la timidez que él traslucía al tocar el cuerpo de una mujer lista para dar a luz. A veces las colocaba en el suelo, mientras eran ayudadas por una mujer de la familia o una vecina, y les tocaba con el pie derecho la barriga, para capturar mensajes de los movimientos del niño, y saber si había o no llegado la hora del parto.

Pero no era mi padre quien estaba allí, constreñido, avergonzado de estar con una mujer en una delicada posición, con dolores lacerantes, contorciéndose en gestos bruscos que hacían despuntar un seno desnudo o sus genitales. Muchas veces la ropa apenas cubría el cuerpo. Era un encantado, el *Velho Nagô*, antiguo conocido del pueblo de Agua Negra. Era el señor del cuerpo y del espíritu de mi padre, de las bendiciones y curas que llegaban a los necesitados y a la tierra. Fue también el Velho, según mi padre, quien designó a Salustiana Nicolau como partera. Eran las fuerzas de su encanto las que guiaban las manos y los saberes de comadre Salu durante el parto. Por lo menos eso era lo que decía cuando era indagado por alguien que no tenía experiencia en nuestros parajes.

Fusco ladraba de forma incesante en el *terreiro* de la casa. Belonísia condujo al mensajero por la puerta y lo hizo aguardar a mi madre en la sala. Una de las gemelas de Saturnino estaba de parto, se retorcía de dolor en la casa de barro en que vivía, en las orillas del río San Antonio. En el afán de la noticia, no supo decir cuál de las hijas estaba a punto de parir, pero por las cuentas de mi madre debía ser Crispiniana, la que se había hospedado en nuestra casa con Crispina –que yo recordaba con la situación extrema de desencanto desencadenada, en parte, por la propia hermana–.

Era cosa urgente, por el rostro desesperado del mensajero. El padre estaba a punto de atarla, pues no había dejado ninguna cosa de pie dentro de la casa. Parecía estar hospedando algún espíritu perverso. Sus ojos ardían como brasas y los gritos podían ser escuchados a algunas leguas de distancia. Los sonidos que recorrían el valle eran ecos escalofriantes, gritos de furia, que nos llegaban con el viento templado de la tarde.

La casa quedó bajo la responsabilidad de Belonísia, y, ante la urgencia, mi madre me llevó como compañía, y siguió el camino un tanto afligida por las noticias traídas sobre el estado de la gemela. Todavía recuerdo cómo su tensión se disparó cuando fuimos alcanzadas por uno de los bramidos, lanzado en nuestra cara como un aliento caliente y colérico. "¡Misericordia!", había clamado al *Velho Nagô* en su plegaria no tan íntima, rompiendo la concentración que se infligía en aquellos momentos en que necesitaba dar sentido a la expresión de otros seres para su tarea, así como hacía mi padre.

Aquel día, los objetos que componían el paisaje de aquella casa se comportaban como si estuviesen vivos. Había un árbol derrumbado y cortado en leños, ciertamente para abastecer el fogón de la casa de Saturnino y de todos los otros hijos, que germinaron sus viviendas alrededor. Había un pequeño montón de yacas cuyos frutos blandos atraían gran cantidad de moscas y hasta abejas. Había restos de un horcón y barro, y otro tanto de tierra acondicionado en pocas latas. Sin duda una casa más para la colmena que la familia de Saturnino estaba formando en Agua Negra. Había objetos lanzados por la puerta: un peine, un frasco vacío de perfume, tazas y platos de esmalte, una gran vasija aplastada, pero que preservaba cierto brillo delante de su presumible antigüedad.

Mi madre no tenía la misma fuerza que la suegra ante esos sucesos. Era como si Salu fuese más humana y falible que Doñana. Mi abuela transitaba como una entidad viva, casi sobrehumana. Incluso así, Salu se adentró en la casa con la altivez y la autoridad que emanaba de su posición de mujer del *curador* Zeca Sombrero Grande. De inmediato, pude entrever el trastorno en la fisionomía de la mujer que estaba de parto. Incontrolable, avanzó para agredir a Salu. En aquel momento pude prever la belleza de lo que nos aguardaba. Crecí en medio de las creencias de mi padre, de mi abuela y, más recientemente, de mi madre. Los objetos, los purgantes de raíces, los rezos, las celebraciones, los encantados que domaban sus cuerpos, todo era parte del paisaje del mundo en que crecíamos. Pero la transformación de la mujer vacilante, que venía por el camino en plegarias pidiendo misericordia y bienaventuranza, en la fuerza que se anteponía a la perturbación de una embarazada trastornada por el dolor, y tal vez por espíritus que desconocíamos, era un milagro de energía. De tan acostumbrada que estaba a la asertividad de Zeca, yo nunca había sido capaz de contemplar con la atención que ahora tenía. Delante de mis ojos, vi a mi madre erguir su mano derecha y agarrar con fuerza el brazo que avanzaba rompiendo el aire para alcanzarla. Bastó ese gesto para que cesasen los rugidos y la cólera de la mujer, y un flujo de serenidad se instaurase entre los presentes.

Era Crispiniana quien estaba de parto. Que, tal vez afligida por el abandono y por la soledad de amar al hombre de su hermana, se había dejado llevar por un torrente de pesadumbre tan semejante a la aflicción de la otra que tiempo atrás la hicieron llegar atada a nuestra casa. Mi madre la llevó a la cama, con la ayuda de tía Hermelina, que nos encontró en medio del camino, e hizo que reposase. Algún tiempo después nacería

un niño, cuyos gemidos anunciando vida llenarían el espacio donde pocas horas antes habíamos escuchado los rugidos de dolor y delirio de su madre. Exhausta, Crispiniana se adormeció con el niño en su pecho. Ya no lloraba de agonía por su futuro ni por el de él. Así como la mano del *Velho Nagô* pacificó su cuerpo en cólera, su hijo confortó en aquellos días su corazón de los malos tratos de los que teníamos conocimiento.

El perdón brotó en el rostro de Saturnino cuando sonrió, medio bobo, al encontrar la cara del niño.

Crispina observaba todo desde su ventana, desde el otro lado del *terreiro*, sin saber expresar la indulgencia que su padre e incluso su hermana esperaban. Isidoro, tal vez avergonzado, había preferido irse al campo, incapaz de dar la cara a las gemelas delante del mal que juzgaba haber hecho.

Pasaron 28 lunas cuando llamaron a mi madre de nuevo para ayudar en el parto, esta vez de Crispina. Era, de nuevo, día de luna llena. Quien la acompañó fue Belonísia, pero, poco tiempo después de haber partido, mi hermana volvió sola y afligida para llevar a mi padre. Algo adverso le ocurría a Crispina y mi madre creyó mejor buscar a Zeca. Con el pie derecho en la barriga de la mujer, mi padre vio que no había movimiento del niño.

“Es un ángel”, dijo mi madre. La sentencia que nadie quería oír en aquellas horas.

11

Todos temieron, durante algún tiempo, que Crispina tuviese una recaída de su acceso de locura, que desapareciese como en el pasado, o incluso que necesitase ser recogida en nuestra casa para tratar nuevamente los males de su alma. Llegaban noticias de que se había hundido en un estado de melancolía preocupante, sin comer ni cuidar de la propia higiene. Isidoro velaba por ella, sacrificando en parte su trabajo en la Hacienda, expresando preocupación por la tristeza de la mujer. Además, estaba el peso de la hermana instalada todavía en la casa del padre, al otro lado del *terreiro*, con su sobrino que crecía saludable, sobrino éste que tal vez fuese hijo de su compañero.

Las cosas no se resolvieron de manera fácil, pero el tiempo se ocupó de que las emociones languideciesen. Supimos que, a pesar de la indiferencia que Crispina había mostrado durante el difícil parto de Crispiniana, la gemela no dudó en buscar a la hermana que, hundida en su melancolía, fue incapaz de reaccionar y se dejó cuidar como si fuese su madre ausente quien hacía aquella tarea. Al principio, Crispiniana evitó llevar al pequeño consigo, temiendo su reacción, y que considerase la presencia del niño una afrenta al sentimiento de la pérdida. Además, temía que Crispina pudiese vislumbrar algún trazo de Isidoro en su cara.

Pero el propio niño, con sus gestos inocentes de llanto o satisfacción, se encargó de despertar un brillo en la palidez de las actitudes de la tía. Y, como las cosas que no podemos explicar o entender, ocurrió que la leche de Crispiniana se secó. Nunca sabremos si fue una acción deliberada de la madre, o uno de los eventos místicos tan comunes en la vida del pueblo de Agua Negra. La hermana que estaba hundida en la melancolía por la pérdida del hijo, pero atenta al desconsuelo revelado en el constante berrinche del sobrino, lo abrigó en su seno sin que nadie necesitase pedírselo. Tal vez de forma instintiva haya dejado al niño por sí solo perseguir su leche que, incluso pasados tantos días de la llegada del hijo nacido muerto, todavía manaba como una fuente de agua, como las que surgen en las sierras que circundan la Chapada Velha. Era el gesto que faltaba para unir a las gemelas, por un breve tiempo, hasta las próximas disputas y peleas, en un movimiento de afecto y rencor que sería parte de sus días hasta el fin de sus vidas.

Vi al niño dando sus primeros pasos y después correr al seno de la tía, en plenas celebraciones del *jarê*, en una de las muchas celebraciones de la liturgia en nuestra casa. La última vez que lo vi mamar en el seno de Crispina, en la conversación tímida que tenía delante de otras personas, el niño ya tenía cerca de dos años. Era fuerte, activo, se parecía mucho a las dos hermanas y al compadre Saturnino, nada guardaba en sus trazos de la posible paternidad de Isidoro.

Fue en la noche de Santa Bárbara, en diciembre, y mi padre, a pesar de sus obligaciones en las celebraciones del *jarê*, se había despertado malhumorado, con respuestas lacónicas a las preguntas que le hacían. Sólo los más próximos, como nosotros, sabíamos el porqué del desánimo visible en sus gestos. Al final de la tarde, doña Toña trajo, en una caja antigua, adornos de encantada que mi padre vestiría por la noche, después de la letanía, y a medida que los espíritus llegasen y le tomasen el

cuerpo para hacerse presentes. En la caja estaban guardadas las ropas de Santa Bárbara, *Iansã*, la dueña de la noche, lavadas y planchadas desde la última vez que Zeca las había vestido. La repulsa por las vestiduras era tanta que la ropa no se guardaba en el cuarto de los Santos como las demás, sino en la casa de Toña, ella misma caballo para la encantada en las noches del *jarê*.

Zeca Sombrero Grande se avergonzaba de tener que dejar los pantalones que honraban su posición de liderazgo en la Hacienda, como padre espiritual, y vestir faldas, prestando su cuerpo al de una mujer. Lo hacía porque era su obligación, compromiso que había asumido cuando se curó de la locura y se hizo santo en la casa de João do Lajedo, en Andaraí. Pero se avergonzaba porque el público se formaba de sus compadres y vecinos, a quienes muchas veces conducía en los trabajos colectivos y gratuitos para la Hacienda.

Esa noche permanecí al lado de las *filhas de santo* que lo ayudaban a cambiarse durante la celebración. Los tañedores calentaron sus tambores en la hoguera encendida en el *terreiro*. La primera en llegar, tras la letanía y la lluvia de fuegos, fue justamente la dueña de la fiesta, Santa Bárbara; la caja que trajo doña Toña contenía la falda roja, la corona y la espada de *Iansã*, todos los adornos que la santa vestiría. El cuarto de los Santos, donde rezaban la letanía, tenía velas encendidas y una profusión de colores en las imágenes y las muñecas. Había imágenes de yeso y madera en diferentes tamaños y estados de conservación. San Sebastián, el Cristo Crucificado, el Buen Jesús, San Lázaro, San Roque, San Francisco, el Padre Cícero. Había pequeños cuadros, unos de colores vivos, otros descoloridos, de San Cosme y San Damián, Nuestra Señora de la Aparecida, San Antonio. Había fotografías de mis padres, de la vieja Doñana, otras tantas, pequeñas, de devotos. Había flores de papel, algunas más nuevas, otras más pálidas. Siemprevivas que cogíamos en el camino o en las cercanías, entre las rocas.

Hacía calor. Los presentes sudaban y se secaban el sudor con el dorso o la palma de las manos, sin dejar que los labios vacilaran en la oración. Había mucha gente y el cuarto era tan pequeño que la mayoría lo seguía desde la sala, principalmente las mujeres y los hombres más viejos. Los más jóvenes y los niños permanecían ajenos a los rezos y conversaban en tono bajo; los niños jugaban, y cuando se descontrolaban, una de las mujeres se volvía para quejarse y pedir silencio con los dedos en ristre y los ojos abiertos amenazantes.

Había belleza en los cantos que antecedían la aparición de la encantada, y mucho más encanto cuando mi padre dejaba el cuarto para bailar al son de los timbales, en medio de la sala. Era un hombre delgado, más bajo que mi madre, y con un tono de piel más claro que el nuestro. No era joven y cargaba en el rostro los trazos de su edad. Surcos profundos, valles en su piel erosionada por el sol y el viento a los que todavía se enfrentaba todos los días para plantar y tener derecho a la vivienda de su familia en la Hacienda. En aquella época, Zeca Sombrero Grande, ya parecía un anciano, guía del pueblo de Agua Negra y de las cercanías, referencia para todo tipo de asuntos, desde divergencias en el trabajo hasta problemas de salud.

Allí, en el cuarto caliente de los Santos que exhalaba sudor y espliego, Zeca, que ahora hospedaba a Santa Bárbara, vestía la falda roja y blanca, planchada con todo celo por doña Toña, con el rostro cubierto por la corona lustrosa, ornamentada de cuentas rojas que le recubrían la cara. Salió empuñando la espada de madera hecha por él mismo. La espada, pequeña, cortaba el aire con sus movimientos ágiles. “Oh, Santa

Bárbara, virgen del cabello rubio, ella viene descendiendo con su espada de oro", la audiencia aplaudía y cantaba a coro, acompañando al tañedor del timbal. Mientras los hombres aceleraban el toque, Santa Bárbara se agitaba en sus pasos y giros. Dos mujeres se desplomaron en el suelo, con los ojos semicerrados y movimientos que anunciaban la llegada de más Santas Bárbaras. Fueron conducidas al cuarto por mi madre y doña Toña para que se pudiesen poner sus vestiduras también.

Severo, en las últimas celebraciones del *jarê*, se había situado más cerca de los tañedores. Atento a los toques, ya se arriesgaba a tocar solo en el cuero calentado, intentando reproducir el ritmo. Estaba más grande y más fuerte. Tenía una sonrisa luminosa, la piel más negra por la faena debajo del sol. El cuerpo irrumpía de las ropas, que le quedaban pequeñas. Los ojos de Belonísia, así como los míos –sé que ella también me notaba–, perseguían con atención sus gestos. Tío Servó, también asumió, por breve tiempo, uno de los timbales, siempre al comienzo de la fiesta o cuando un encantado de su estima, como *Tupinambá*, venía a girar en la sala entre los presentes. Muchas veces, Sutério venía a participar desde el público y también ensayaba tocar el timbal en los intervalos entre un giro y otro.

Esa noche, en particular, estaba presente el alcalde. Hacía cinco años que mi padre había atendido a uno de sus hijos. Vinieron a buscarlo en carro, un Gordini rojo, cosa nunca vista en Agua Negra. Hasta entonces sólo conocíamos la Ford *Rural* de la Hacienda y los carros que vimos en la carretera cuando fuimos al hospital a causa del accidente. Desde entonces, aparecía en la fiesta de Santa Bárbara. Desde la primera vez, mi padre no aceptó su pago, pero pidió que trajese un profesor de la alcaldía para que diese clase a los niños de la Hacienda. Contaba que vio alguna reserva en el rostro de Ernesto, que, sin escapatoria, hizo la promesa. La gratitud hacia mi padre y hacia la encantada era grande, por eso tuvo que cumplir lo que prometió. Tenía también miedo a que el encantamiento que curó al hijo se deshiciese. Así, meses más tarde, venía una profesora en el carro de la alcaldía, tres días por semana, para dar tres horas de clase en la casa de doña Firmina. Firmina vivía sola y disponía de un pequeño cobertizo con tablas que, apoyadas en dos latas llenas de barro, se convertían en un banco para siete u ocho niños. Para reforzar lo que aprendíamos con la profesora Marlene, teníamos el apoyo de mi madre. Decía que lo único que no podía enseñar era matemáticas, porque no sabía: "tengo la letra, pero no tengo el número".

Incluso, al principio, el alcalde sugirió una solución menos trabajosa y, sabiendo que mi madre estaba alfabetizada, quiso hacerla profesora. Mi madre, consciente de sus limitaciones, lo rechazó. Reforzó en su argumento la expresión "tengo la letra, pero no tengo el número" y que realmente quería que sus hijos de sangre y de *pegação* tuviesen estudios y pudiesen tener una vida mejor de la que ella tenía. Esa era la razón de todo el esfuerzo que mi padre hizo para que tuviésemos un profesor y, dándose cuenta de que no era suficiente, una escuela. Mi padre no estaba alfabetizado, firmaba con el dedo de cortes y callos, de coger frutos y espinos en el bosque. Escondía las manos con la tinta oscura cuando tenía que colocar sus huellas digitales en algún documento. De todo lo que vi que mi padre deseaba en la vida, tal vez fuese la escritura y lectura de los hijos lo que persiguió con más ahínco. Quien acompañase su vida de trabajo en la tierra o la seriedad con la que guardaba las creencias del *jarê*, creería que eran los bienes más grandes de su existencia. Pero personas como nosotros, cuando veíamos el orgullo que sentía por los hijos que aprendían a leer y por el valor que daban a la enseñanza,

sabíamos que ese era el bien que más quería podernos legar.

Y no fue con sorpresa que aquella noche vi, antes de que todos los otros encantados llegaran y se hospedasen en su cuerpo, a Santa Bárbara girar, gritar y pararse con su espada apuntando al alcalde, a quien hizo honras, como si saludase a un monarca, pero también como si se dirigiese a un súbdito, para pedirle, enfrente de todos, que cumpliese la promesa hecha en el pasado –y que no recuerdo que entonces conociéramos– de construir una escuela para los hijos de los trabajadores. El alcalde miró desconcertado, esbozando una sonrisa sin gracia, cuando se vio delante de la mirada de las 40 familias que vivían en Agua Negra. Casi compasivo, recordando las gracias y temiendo la mala suerte que tendría, dependiendo del esfuerzo emprendido para realizar la orden dada por la encantada, consintió.

12

En pocos meses iniciaron la construcción de la escuela. No supimos cómo, ni qué intereses particulares envolvieron la negociación entre el alcalde y la familia Peixoto, pero la obra fue autorizada, y los propios habitantes comenzaron a construir el pequeño edificio de tres salas en régimen de trabajo colectivo y gratuito los domingos, día en que podían dejar de cuidar del campo –pero no podían dejar de dar comida y agua a los animales–. El lugar destinado para la construcción era el cruce de caminos entre los ríos San Antonio y Utinga.

Fue una obra providencial porque aquel mismo año se inició un largo periodo de estiaje, de modo que el poco dinero destinado a quienes construían la escuela, incluso con meses de atraso y el pequeño montante de recursos destinados al pago de mano de obra, garantizó la supervivencia de muchas familias. Fue un tiempo difícil. Mi padre se refería a aquel periodo como la peor sequía desde 1932. Aquel fue también el último año que vi una plantación extensa de arroz en aquellas tierras. El arroz, dependiente del agua, fue el primero en secarse con el estiaje. Después se secaron la caña, las vainas de frijol, los ombúes, las matas de tomates, el abelmosco y la calabaza. Había una reserva de granos guardada en casa y en el depósito de la Hacienda. Con la sequía, vino el miedo de que nos echasen por la falta de trabajo. Después vino el miedo más inmediato del hambre. Los granos pasaron a escasear, el frijol se acabó antes que el arroz, y arroz quedaba muy poco. Había un suplemento razonable de harina de mandioca que algunas familias fabricaban y cambiaban por otros alimentos. Ahora, más que antes, íbamos casi todos los días a los ríos a pescar, y en cada pesca sólo conseguíamos capturar peces cada vez más pequeños, que apenas servían para dar sabor al puré de harina. Los peces grandes llegaban de las cabeceras con las riadas, y como no caía ni una llovizna, sólo quedaban los menos nobles o los menos desarrollados como el bagre y la boga de río.

Fue posible aderezar los peces mientras había frutos en el ombú que, junto con la sal, garantizaban algún sabor a la carne. Cuando la harina empezó a escasear, mi padre recordó la receta de tortas de guapinol que Doñana hacía. Había vainas de guapinol en abundancia. Era un árbol que resistía bien la falta de agua, frondoso, imponente, una reserva de alimento de segunda línea, ignorada cuando había de todo lo demás. Así, comimos tortas de guapinol durante meses, hasta la náusea.

Disputamos la palma con el ganado de la Hacienda. Había una parcela de tierra destinada a su plantación. El cactus, que se destinaba a la alimentación, estaba en nuestros huertos. Quien no fue previsor en tener su propia plantación de palma, que acabaría con el pasar de los meses, tenía que contar con la solidaridad del vecino para garantizarse algo de lo cortado en la mesa, guisado con aceite de palma. También había caza. Pero, en lo peor del estiaje, era más fácil encontrar las carcasas de los animales muertos por la falta de alimento que encontrar alguno para abatirlo. Los venados eran escasos, ya fuera por la caza o por la falta de agua en las áreas de secano. Con mucho esfuerzo los veíamos bebiendo agua en los *marimbus*, pero había cada vez menos. El tepezcuintle, muy apreciado, no daba la cara en el bosque. Ni el carpincho, ni el agutí. Era posible cazar algunas veces aves como la pava oscura, el inambú y la paloma

montaraz, pero esas aves casi no tenían carne, así que nos contentábamos con el gusto de los huesos. Hubo hasta un caso de una familia en Pau de Colher, contó tía Hermelina, que murió después de comerse una chuña por la desesperación del hambre; el ave se había comido una cascabel y su carne estaba impregnada de veneno ponzoñoso.

Con más frecuencia conseguíamos una iguana, fácil de encontrar porque se comían las carcasas de los animales muertos, del ganado menguado sin pasto, de las presas abatidas por el estiaje. Así, bastaba con quedarse al acecho donde hubiese un animal muerto para conseguirla. Y, si no nos las comiésemos, sin duda ellas se comerían nuestra carne delgada.

Los niños eran los que más padecían: dejaban de crecer, se ponían más débiles y por cualquier cosa caían enfermos. Perdí la cuenta de cuántos no resistieron la mala alimentación y se fueron sin vida, en cortejo, al cementerio de la Virazón. La muerte se apeaba en las casas de nuestros vecinos e incluso con todo el esfuerzo de Zeca Sombrero Grande para restituir la salud y el vigor de los niños enfermos, muchos no resistían. Las velas que mi padre encendía para cada niño parecían no querer permanecer encendidas: incluso sin viento y sin golpes de aire, se apagaban. No había remedio, decía sin conformarse con su incapacidad de revertir la situación. Que buscasen otro *curador* o se conformasen con los designios de Dios.

Continuábamos cogiendo frutos del moriche y de la palma para llevar al mercado de la ciudad los lunes. Mi madre, las comadres, yo, Belonísia y Domingas recolectábamos los frutos de los valles de los *marimbus*. Mi padre, Zezé y los otros habitantes cogían los racimos de palma de los troncos para que preparásemos aceite. Los moriches eran altos y sus frutos no servían si eran cogidos en racimos. Había que esperar a que cayesen para poder consumirlos. Almacenábamos los frutos en grandes toneles de agua para ablandar la cáscara. Las retirábamos con las manos, de forma suave, para aprovechar la pulpa, y llevábamos aquellas masas en bolsas de lino en las cabezas, por el camino, para venderlas a las señoras que hacían dulce de moriche y jugos para vender.

Por el camino, bajo el sol fuerte, la masa del moriche caliente se escurría por el lienzo de lino y nos untaba con su pulpa grasienta y anaranjada. Nuestra piel negra se quedaba casi cobreada. Llegábamos a la ciudad avergonzadas por la suciedad en nuestro pelo y nuestras ropas. Llevábamos tejidos enrollados debajo de la cabeza para ayudar con el equilibrio del peso y disminuir un poco lo que se escurría. Había días en que el sol parecía una hoguera encendida de cabeza para abajo, y nuestros cuerpos se cubrían con el jugo del moriche. Yo misma me llegué a resbalar en la masa que se escurría. De la misma forma, llevábamos el aceite de palma fabricado en nuestros patios, cuando había, en botellas vacías de cachaza, cerradas con corchos usados. No teníamos animales en aquel entonces, así que había que contar con la fuerza de los brazos para llevar las bolsas de yute con las botellas llenas de aceite, llegábamos con las manos hinchadas y dormidas de transportarlas al mercado.

El sol nos castigaba con el hambre y nos quedaba el desaliento por los campos perdidos. Mi padre estaba debilitado, e incluso el *jarê* perdió un poco del brillo que tenía antes. En uno de esos días, después de acomodarnos la masa del moriche en las bolsas de lino, mi madre enfermó con fiebre y fuerte dolor de barriga, nada le quedaba en su estómago. Necesitábamos dinero, entonces, como ocurría en esos casos, yo iba con

las hijas de Toña a la ciudad, y Belonísia se quedaba cuidando de Domingas.

Aquel día, fui sólo con una de las bolsas en la cabeza por el camino que llevaba a la ciudad. Me senté en una parca sombra en el cruce donde construían la escuela, esperando a las hijas de Toña. El día apenas había comenzado, yo había tomado una de las tortas de guapinol y un té de caña santa. Belonísia se quedó con mi madre. Domingas era la más pequeña y estaba muy debilitada, no conseguiría equilibrar la otra bolsa de lino en la cabeza. Había ocurrido un malentendido cuando quedamos en encontrarnos, porque el tiempo pasaba y las chicas no llegaban. Me adormecí apoyada en una cerca de alambre que se había levantado para demarcar el terreno de la escuela. Me despertó alguien llamando a Bibiana y me levanté sobresaltada. Era Severo con un machete enterrado en la vaina de su cintura. Había salido a recoger racimos de palma para que la madre hiciese aceite. Ellos también iban al mercado con frecuencia para vender y comprar abastecimientos para la semana.

Le dije que estaba esperando a las hijas de Toña, pues íbamos juntas a la ciudad. Que mi madre había enfermado y se quedó bajo los cuidados de Belonísia. Severo se ofreció para acompañarme, el mercado comenzaba bien pronto y duraba hasta medio día. Necesitábamos el dinero, no podía perder la oportunidad de vender el moriche. Era mi primo, alguien de la familia, y pasábamos dificultades. Nuestros padres no verían problema en que me acompañase. Severo era querido por todos, a mi padre le gustaba verlo en los timbales del *jarê* y se enorgullecía de su interés por la creencia.

Continuamos juntos.

Era un camino largo y él habló de las cosas que nos sucedían en aquel tiempo. Dijo que la escuela no sería suficiente para que completásemos los estudios, aunque era un gran beneficio para nosotros que vivíamos en Agua Negra, que carecía de todo. Lo oí hablar de la sequía, de los animales que morían, de los peces cada vez más pequeños, de los niños que habían muerto en los últimos meses. Lo oí hablar sobre nuestra familia, del *jarê*, de lo único que no conversamos fue sobre Belonísia, no quería sacar a mi hermana en la conversación. No quería recordar la discordia que el beso de mi primo había provocado entre nosotros. Mi primo ya era un hombre, fuerte, trabajaba de sol a sol, ya no tenía el cuerpo de niño de cuando había llegado. Tenía una estatura mediana, una gran sonrisa, hablaba de forma desinhibida, como si conversásemos desde siempre. Como si entre nosotros no se hubiese impuesto una prohibición por los celos que sentí de Belonísia, por el miedo de nuestros padres a que ocurriese algo entre nosotros pues, al final, éramos primos, criados allí en la Hacienda; por lo tanto, la prohibición del noviazgo se extendía a nosotros. Las bodas entre primos no eran vistas con buenos ojos. Podría nacer un niño defectuoso al que le faltase un miembro o con alguna perturbación. Los casos eran muchos, todos tenían una historia que contar sobre esa prohibición. Había otras razones, tal vez motivaciones económicas, para no incentivar las bodas entre primos. No conseguía entender exactamente porqué, pero las había. Aquel día, en las horas que pasamos juntos en el camino de ida y vuelta, en el mercado, no pensé en ninguna de ellas. Pensé sólo que Severo –quería alejar de mis pensamientos el recuerdo del parentesco– era un hombre joven que hablaba bien sobre las cosas de la tierra, que tenía sentimientos buenos y respeto por mis padres, sus tíos, por nuestra familia como un todo. Él se sentía a gusto para hablar de sus sueños conmigo, tenía planes de estudiar más y no quería ser para siempre empleado de la Hacienda Agua Negra. Quería trabajar en tierras propias. Quería tener él mismo su Hacienda porque, a

diferencia de los dueños, que no conocían mucho de lo que tenían, que tal vez no supiesen ni cavar la tierra, y mucho menos la hora de plantar de acuerdo con las fases de la luna, ni lo que podía nacer en secano o en el valle, él sí sabía todo eso y mucho más. Había sido parido por la tierra. Me parecía gracioso verlo utilizar esa imagen para afirmar su aptitud para la labranza. Yo nunca había pensado que había sido parida por la tierra. La tierra "paría" plantas y rocas. Paría nuestro alimento y lombrices. A veces paría diamantes, escuchaba decir. Él decía que podría aliar su conocimiento sobre la naturaleza y la labranza con su disposición para el trabajo, además del estudio que le podría dar conocimientos nuevos para cambiar de vida. A mí, todo aquello, me parecía interesante, pero nunca me había parado a pensar por qué estábamos allí, lo que podría modificar en esa historia, lo que dependía de mí misma o lo que dependía de las circunstancias. Pero oír las cosas que él decía iluminó mi día, y quise oír más. Nunca había conocido a nadie que me dijese que era posible una vida más allá de la Hacienda. Creía que allí había nacido y que allí moriría, como le ocurría a la mayoría de las personas.

En el mercado, vendimos la bolsa de lino con la masa de moriche sin mucho esfuerzo. Con el dinero fui al almacén y compré arroz, frijoles, azúcar, harina de maíz y café. Compré Agua Inglesa que mi padre había prescrito a una vecina gestante. Esa agua restituía el vigor. Volví en medio de la tarde bajo un sol abrasador, sin almorzar, pero en compañía de Severo. No me olvidé de aquel día, y antes de llegar a la casa había decidido que no dejaría más de verlo, si así también él lo quisiese. Comencé a inventar disculpas para ir a coger moriche sola, de modo que podía ir a los *marimbus* y comunicarme con Severo lejos de los ojos de todos. Quería probar la vida, ver lo que podría ocurrirnos.

13

Continué encontrándome con Severo en el camino, casi siempre en el mismo lugar, los lunes. Mi madre había mejorado y Belonísia había retomado su rutina de acompañarme al mercado. Mi padre también solía ir con Zezé, pero la mayoría de las ocasiones prefería continuar trabajando duro en la tierra para ver si daba algo. Buscaba un frescor de humedad, una "ventura", como él mismo decía. Cavaba y lanzaba simientes. Los campos de cultivo habían migrado hacia más cerca del río, y llegó un tiempo en que el propio lecho, sin agua en algunos tramos, comenzó a ser utilizado para plantar. E incluso en el lecho había porciones de tierra que no servían para el cultivo, eran demasiado arcillosas. Lo que se lograba iba a la mesa. Unos pocos abelmoscos o calabazas pequeñas. La mandioca no servía, las raíces se pudrían con el exceso de humedad. Y si se quedase en secano en aquel tiempo de estiaje no llegaba a crecer.

Severo nos acompañaba a la ciudad, era de conocimiento de nuestros padres. Las hijas de Toña también iban, y él pasó a ser visto como un protector. Belonísia estaba más tímida, parecía darse cuenta de que en aquel periodo las atenciones de Severo se dirigían a mí. Algunas veces intentó librarse de acompañarme, principalmente cuando el moriche no daba para dos bolsas. Pedía ayudar a nuestro padre a recoger anea y alimentaba a los animales que sobrevivían. Ella manejaba el machete mejor que yo, confieso que envidiaba su habilidad. Blandía los instrumentos con una fuerza admirable, al mismo tiempo que me hacía sentir débil para el trabajo duro con la tierra. Con su disposición, Belonísia se acercaba más a mi padre, comenzaba a hacerle compañía, junto con mi hermano, y participaba de las decisiones, aunque Zeca siempre recordase que ella era mujer, y le negase determinadas tareas. Pero eso no la abatía. Era como si estuviese siempre esperando la oportunidad para demostrar su fuerza, sus conocimientos y su destreza.

A pesar de aquel distanciamiento sutil, sentía que Severo la entusiasmaba en las celebraciones de *jarê*, ya que nuestra convivencia pasó a ser de nuevo más constante. Habíamos estrechado los lazos adormecidos debido a las adversidades que vivíamos en aquel estiaje. Observaba los movimientos blandos que Belonísia hacía para llamar la atención de Severo que, a pesar de demostrar gran aprecio por ella, estaba de forma más constante conmigo. Tal vez la pequeña diferencia de edad que había entre nosotras, para dos adolescentes representase una fisura. Tal vez fuesen sólo las afinidades que descubrimos en los caminos al mercado: las ganas de estudiar, la casa de doña Firmina se hizo minúscula para lo que ansiábamos; las ganas de abandonar la Hacienda que, como en él, se despertaron en mí.

Como el moriche estaba llevando alimento a nuestra mesa, diversificando nuestra dieta de tortas de guapinol, nadie preguntaba sobre el tiempo que yo pasaba en el bosque o alrededor de los *marimbus* cogiendo frutos, que comenzaban a escasear con el final de la cosecha. Cuanto más escaseaban, más tiempo necesitábamos para encontrarlos. En ese periodo, me acercaba más a las orillas del río San Antonio, me acercaba más al campo de mis tíos y de Severo. Nos quedábamos cada vez más juntos, riendo y discrepando, o apenas en silencio. Hasta que las manos pasaron a tocarse para

impedir un gesto, o solamente por broma. Yo sentía su respiración, a veces tranquila, en otros momentos intensa, dependiendo del tenor de sus manifestaciones. Hasta que comencé a oír los latidos de su corazón frente al silencio que venía de la tranquilidad del bosque, sin agua, sin hojas susurrando, durante horas, sin pájaros que no tenían alimento. Su mano ya no sólo tocaba la mía, tocaba mi hombro. Yo me permitía empujar levemente su pecho. Y cuando estábamos cansados, nos echábamos en cualquier lugar de la ribera del río para sentir el viento que, para llevar la contraria, no llegaba ni a soplar. Cuando soplaba lanzaba sobre nuestros cuerpos la tierra seca. Le pasé las manos para limpiarle la cara, él hizo lo mismo con la mía, y un día dejé que su boca tocase mi boca, y aquel día recordé mi sentimiento cuando lo vi besando a Belonísia. No volví bien a casa, era como si hubiese traicionado a mi hermana. Pero no soporté mucho tiempo ese sentimiento de traición, lo destruí, porque todo lo que estaba sintiendo era grandioso. Volví a la orilla del río sólo por volver, el moriche ya se había terminado. Salía sin avisar y oía las quejas de mi madre, que quería saber por dónde andaba. Todavía no podía decir la verdad, decía solamente que estaba con algunas de las chicas que vivían más lejos.

Todo fue creciendo de forma tan potente que era como si mi cuerpo se guiase solo, y Severo reaccionaba de la misma manera en la trama en que estábamos enredados. En aquella misma tierra, entrañada de sequía por la falta de lluvia, dejamos nuestros sudores para que le sirviese de alivio. El silencio de la ausencia de los pájaros, de los animales que migraban para donde había agua, fue roto por nuestros susurros. Después de tanto oír hablar de niños muertos, la naturaleza, misteriosa y violenta, nos impulsaba a concebir vida.

14

Me atacó una intensa ansiedad cuando comencé a sentir mareos y náuseas casi a diario. Tenía 16 años y ya había visto a muchas mujeres de la Hacienda a las que les habían hecho una barriga. Lo primero que me causó repulsa fueron las tortas de guapinol. Salía despacio al patio, lejos de casa, para echar fuera lo que no me caía bien. No iba a soportar mirar a mi madre y a mi padre y explicarles lo que estaba ocurriendo. Me preocupaba todavía más la reacción de Belonísia. Si verdaderamente estuviese embarazada, tendría que abandonar la casa e irme a vivir con Severo. Eso significaría que nuestros lazos serían, como mínimo, desgarrados. No eran meros lazos de hermanas: había algo que nos unía de forma irremediable. En los últimos diez años, aunque manteníamos nuestras individualidades, fortalecimos un vínculo muy íntimo, gestos y expresiones que solamente nosotras sabíamos interpretar. Además, estaba mi desconfianza por los sentimientos que Belonísia alimentaba por Severo, aunque en aquel instante fuesen menos intensos que en el pasado. En cualquier caso, ella no recibiría muy bien la noticia. Podía ser doloroso.

Continuaba encontrándome con Severo y nos acostábamos juntos en la tierra, en lugares alejados de la vista de cualquier persona. Cuando nos levantábamos, él me retiraba del pelo la paja seca acumulada en el suelo. Sentía mi preocupación. Estaba dispersa, retenía poco de lo que me decía y comprendía todo a medias. Cuando le comuniqué mis sospechas, que mis reglas no habían bajado, sentí su rostro iluminarse. Así como yo estaba afligida por todo a lo que me tendría que enfrentar cuando mis padres lo descubriesen, vi en su expresión sentimientos diversos de aquellos que me afligían. Severo se puso eufórico, se subió a un árbol de yaca de hojas vistosas en aquella atmósfera de ramas secas y retiró un fruto de su tronco para que lo comiésemos juntos. Abrió la yaca viscosa con el machete que traía junto al cuerpo y sonrió. La leche pegajosa que emanaba de la cáscara aumentó todavía más mis náuseas. Pero me gustó tanto verlo animado que me comí dos gajos, en un esfuerzo tremendo para hacerlos bajar por la garganta –era yaca blanda y yo regurgitaba intentando engullirlos– hasta que mantuve la respiración para mantenerlos en mi estómago.

Volvió a hablar de su deseo de irse por el camino y continuar estudiando, probar suerte, no quería continuar trabajando el resto de la vida en Agua Negra. Aquí ya no hay más trabajo, decía, tal vez sea hora de irnos. Tú te vienes conmigo. Aquella idea me dejó más aturdida, no tenía condiciones de ponerme a pensar en nada. Eran demasiadas las cosas que me estaban ocurriendo y lo más inmediato que tenía que hacer era dominar mi cuerpo. Después, contarle todo a mis padres y enfrentar a Belonísia. Ella era la que más me preocupaba y más ocupaba mis pensamientos. Imaginar que sería madre no me había dejado con el mismo entusiasmo que vi en el semblante de Severo. No aludía a ningún sentimiento especial, por lo menos hasta aquel momento.

El tiempo fue pasando y la barriga comenzó a despuntar. Como estaba más delgada creo que nadie lo notó, a no ser yo misma a la hora del baño en el río. Me volví más solitaria. Sentía más tristeza que entusiasmo por todo. Cualquier cosa me hacía llorar. Cuando vio que el tiempo pasaba, quiso Severo, él mismo, hablar con mis padres, dijo

que no podíamos retrasar la confesión, que cuanto más tiempo pasara sería peor para todos. Mi primo era joven, pero tenía un sentido de responsabilidad admirable desde niño. Al mismo tiempo, era resuelto, en ningún momento pensó en esquivar su deber. Cada vez me sentía más atada a su vida y casi no pasaba un día sin verlo, incluso oyendo las quejas de mi madre que me preguntaba adónde iba, y por qué pasaba tanto tiempo sola.

Belonísia no expresó nada sobre lo que me pasaba, pero parecía saber lo que estaba ocurriendo. Posiblemente no sospechaba de mi embarazo, pero deducía adónde iba en mis caminatas. Ella estaba más solitaria, se relacionaba poco con nuestros hermanos. Mi madre culpaba de nuestra melancolía a la sequía que enfrentábamos, decía que era el mal del tiempo. Mi padre prescribió baños, traía hojas del bosque y se las entregaba a mi madre para que las preparase con la esperanza de que se revirtiese la tristeza que nos asolaba. Yo me avergonzaba porque, además de la omisión de lo que me ocurría, tenía planes para irme de Agua Negra en la callada noche, sin que ellos lo supiesen. Severo no veía otra opción frente al miedo que le relataba, estaba paralizada por todo. Ya discutíamos los caminos, la mejor hora, el mejor día, lo que llevaríamos y haríamos después. Al principio me resistí a la idea de dejar la Hacienda y apartarme de todos. Pero me gustaba tanto Severo, él había iluminado mi horizonte con la posibilidad de una vida más allá de la Hacienda. Era difícil no dejarme seducir por sus planes y entusiasmo. El desaliento que se abatió sobre todos con el prolongado estiaje contrastaba con el soplo de vida que todo aquello podría ser para nosotros. Si todo fuese bien, volveríamos para dar mejores condiciones de vida a nuestros padres y hermanos. Volveríamos para retirarlos de allí. Aquella Hacienda siempre tendría dueños y nosotros éramos meros trabajadores, sin ningún derecho sobre ella. No era justo ver a Tío Servó y a los hijos creciendo espantando a los tordos de las plantaciones de arroz. No era justo ver a mi padre y a mi madre envejeciendo, trabajando de sol a sol, sin descanso y sin garantía alguna de bienestar en su vejez. Pero no conseguía entusiasmarme de la misma forma que Severo con esa posibilidad y, por eso, a veces me sentía más abatida y confundida.

Fue en aquel periodo, en las fiestas del *jarê* que continuaba habiendo, aunque más modestas, pero con la esperanza de movilizar al panteón de encantados para que trajesen la lluvia y la fertilidad a la tierra, que apareció una misteriosa encantada de quien nunca habíamos oído hablar. Nada se sabía sobre ella entre los encantados que corrían de boca en boca, y mucho menos había sido vista manifestándose en las casas del *jarê* de la región. Doña Miúda, viuda que vivía sola en un descampado al final del camino hacia el cementerio de la Virazón y que siempre asistía a las celebraciones en nuestra casa, fue quien recibió al espíritu. Cuando ella se anunció como Santa Rita Pescadera, los tambores se silenciaron y una conmoción invadió a los presentes. Era posible distinguir las dudas entre el público, si la encantada de hecho existía o no, y por qué hasta entonces no se había manifestado, ya que aquel *jarê* era tan antiguo como la Hacienda y los exploradores de aquella tierra.

En aquel momento, con la ropa rota que vestía, pero con un velo antiguo y desgarrado cubriendo la cabeza, oímos su voz débil, casi inaudible, entonar una *cantiga*, “Santa Rita Pescadera, ¿dónde mi anzuelo está? ¿Dónde mi anzuelo está? Que fui al mar a pescar”. La encantada, a pesar de la edad de doña Miúda, daba giros hábiles en la sala, ora como si tirase una red de pesca en medio de todos, ora corriendo en

evoluciones como un río en furia. Algunos parecían estar perplejos y querían desvelar el misterio de la aparición. Otros sonreían, tal vez incrédulos, pensando que la vieja Miúda había enloquecido y necesitaba los cuidados de mi padre.

En medio de las evoluciones, mientras la hebra de voz de la vieja entonaba la canción que parecía haber sido compuesta allí mismo para la ocasión, ella agarró mi brazo con fuerza. No intenté desprenderme, estaba acostumbrada a la presencia de los encantados en las celebraciones de *jarê*. Era la casa de mi padre, el *curador* Zeca Sombrero Grande, y había crecido entre locos y plegarias, entre gritos y jarabes de raíces, entre velas y tambores. La simple presencia de un encantado que no conocía no sería capaz de intimidarme, ya fuese una manifestación real del encanto o de la locura. Los ojos de doña Miúda estaban nublados por detrás del velo, grises, casi blancos. Tal vez fuesen las cataratas. Pero ella dijo algo muy íntimo, que yo no podía explicar, pero sabía bien lo que podría ser.

Ella dijo algo sobre un hijo, pero era una frase sin nexo que no recuerdo con exactitud, algo como "va de hijo". Dijo también que yo iba a recorrer el mundo a caballo, animal que nuestra familia no tenía, lo que me dejó todavía más confusa. Que todo iba a cambiar. Y la sentencia que permaneció más exacta en mi memoria y resistió a los golpes que mi vida sufriría en los años venideros fue que "de tu movimiento vendrá tu fuerza y tu derrota".

La voz era tan débil que sólo yo pude escuchar lo que decía. Aquel mensaje se inscribió en mí como una marca esculpida en la roca y atravesó mi espíritu durante el tiempo que tengo sobre la tierra.

15

Belonísia me encontró doblando algunas piezas de ropa y guardándolas en la maleta que perteneció a nuestra abuela. Vi sus ojos sorprendidos con el descubrimiento y no fui capaz de comunicarle nada sobre lo que estaba haciendo. Ni ella. Su mirada era inquisidora, árida como el tiempo que nos cercaba, y mi vergüenza era suficiente para que ni siquiera intentase justificar lo que hacía. Lloré después de que mi hermana saliera, porque tenía la seguridad de que estaba contribuyendo a su sufrimiento. Yo estaba teniendo encuentros con nuestro primo, tal vez ella sospechase del embarazo, pero además de todo eso, yo era su hermana –no teníamos secretos, o por lo menos evitábamos tenerlos– y me había encerrado en mi mundo en aquellas últimas semanas, olvidándome de la familia y, principalmente, de ella, que parecía cada vez más distante.

No soporté recordar su mirada, lloré lejos de casa, no podía continuar más con la idea de abandonar Agua Negra, tenía que decirle a Severo que quería continuar viviendo en la Hacienda, que nos enfrentaríamos a nuestros padres, que al final todo saldría bien. Construiríamos nuestra casa cerca de la casa de tío Servó y tía Hermelina. Así debía ser cuando dos jóvenes se unían; construían su casa en el *terreiro* de la casa de los padres, se hacía un comunicado y se esperaba una especie de consentimiento por parte del gerente de la Hacienda para que comenzasen a erguirla. Haríamos nuestra casa como todas las demás, con barro del valle, con las horcas que forjábamos del bosque. La cubriríamos con los juncos que ocuparon el lecho del Utinga con la gran sequía. Cuando estuviésemos establecidos podríamos planear nuestra partida, ir tras los sueños de Severo, que pasaron a ser los míos también. Tampoco quería vivir el resto de la vida allí, tener la vida de mis padres. Si algo les ocurriese no tendríamos derecho a casa, ni siquiera a la tierra donde plantaban su huerto. No tendríamos derecho a nada, saldríamos de la Hacienda llevando nuestras pocas pertenencias. Si no pudiésemos trabajar nos invitarían a abandonar Agua Negra, tierra donde toda una generación de hijos de trabajadores había nacido. Aquel sistema de explotación ya estaba claro para mí. Pero era muy joven y aquel no era el momento, y mucho menos las circunstancias adecuadas para partir.

Tiré de la maleta de debajo de la cama y retiré todo lo que había guardado. No iba a seguir el viaje con Severo, hacia un destino incierto, de Hacienda en Hacienda hasta llegar a la ciudad. Iba a encontrarme con él ese mismo día para decirle que le contaría todo a mis padres y que permaneceríamos allí, juntos, si así lo quisiese. Si quisiera abandonar la Hacienda, seguiría solo su vida, que se sintiese libre de hacerlo. Yo criaría al niño, no nos faltaría familia. Mis padres no nos abandonarían. Ellos eran rigurosos en nuestra educación, pero ese rigor tenía un límite. Terminarían por ayudarme, me acogerían en casa, no habría pena ni rencor. Incluso Belonísia se rendiría a la sonrisa del sobrino y yo podría dárselo para que lo bautizase, lo que significaría un gesto de aproximación y perdón por las diferencias que habían surgido entre nosotras en los últimos meses.

También estaba lo que dijo la encantada de doña Miúda, la tal Santa Rita Pescadera. No me dejaba impresionar por los encantados, estaba tan acostumbrada a su

presencia que no me permitía envolverme en el mundo de obligaciones y prohibiciones de la creencia. La distancia me protegía de las bendiciones o de los infortunios, era lo que esperaba. Pero tampoco había sido casualidad que me trajera aquel mensaje. O si fuese causalidad, era un hecho que lo que dijo se dirigía a mí, y pensaba que sólo yo y Severo lo sabíamos. Permanecí en el límite entre la creencia y la incredulidad. Pasé noches en blanco, pensando en el significado de las palabras "victoria" y "derrota" y lo que todo aquello podría querer decir sobre el viaje, sobre el hijo, sobre mi vida con Severo. Mi ansiedad aumentó. Imaginaba la razón por la que la encantada agarró mi brazo y no el de doña Toña que estaba a mi lado, o el brazo de Crispina que estaba con las manos dadas con el sobrino y la hermana Crispiniana. ¿Me habría visto doña Miúda acostada con Severo en medio del bosque? Su casa no estaba muy cerca del lugar donde solíamos encontrarnos y ella parecía muy vieja para salir vagando por el bosque para husmear a dos jóvenes en momentos de afecto.

Encontré a Severo en el mismo lugar de siempre. El árbol de yaca hacía una sombra rara, considerando el estiaje que se prolongaba más allá de lo esperado. Le comuniqué que había comenzado a separar algunas ropas para nuestro viaje, pero que Belonísia me había sorprendido. Gesticulé mucho para expresar lo mucho que no estaba segura del viaje. Para intentar hacerlo comprender que yo era muy joven. Mis manos iban a la cabeza y al pecho en una urgencia que lo dejó sobresaltado. Quise hacer que supiese que aquella fuga sería una ruptura –y crucé los brazos para después separarlos– y una traición imperdonable para mis padres. Por todo lo que ellos habían vivido, por todo lo que habían hecho por nosotros. Que, de la misma manera, no sería justo con tío Servó y tía Hermelina. Que se quedarían afligidos –me llevé la mano derecha a la cara– y que yo no sabría cómo cuidar de un niño sin tener a mi madre cerca, a pesar de ser la mayor y haber cuidado un poco de los otros hermanos.

Severo sólo se aproximó y me acogió en sus brazos. Dijo que era normal que estuviese afligida, pero que él ya se sentía hombre y estaba listo para irse de la Hacienda. Que no se lo diría de inmediato a sus padres porque tendría que enfrentarse a su resistencia pero que, en breve, cuando encontrase asentamiento y trabajo, mandaría noticias y diría cuál era su destino. Tuve ganas de decirle que podía irse solo, que yo permanecería allí y esperaría a que el niño naciese. Me quedaría con mis padres, trabajaría en Agua Negra. Cuando estuviese establecido, iría a encontrarme con él, con las bendiciones de Zeca y Salu. Pero me faltó coraje. Estaba con el corazón quebrantado por la inminencia de la separación, ya fuera de Severo o de mi familia. Con mucho sufrimiento, nos despedimos sin decidir nuestros destinos.

A la mañana siguiente, Sutério apareció en nuestra casa para decir que mi padre tenía que terminar la pequeña presa que construía en el riachuelo. Que debía organizar a los trabajadores para desmalezar y hacer hogueras, y dejar la tierra limpia, por fin, para cuando la lluvia llegase. Entró en nuestra cocina y preguntó de donde habíamos cogido los camotes. Mi padre le respondió que los habíamos comprado en el mercado de la ciudad. Con qué dinero, quiso saber. Vendimos el resto del aceite de palma que habíamos fabricado, dijo. Sutério cogió la mayor parte de los camotes con las dos manos grandes que tenía y las llevó a la *Rural* que había dejado en nuestra puerta. Agarró también dos botellas de aceite de palma que guardábamos para cocinar los peces pequeños que pescábamos en el río. Le recordó a mi padre la tercera parte que tenía que dar de la producción de la huerta. Pero los camotes no eran de la producción de la

huerta. De la tierra seca no brotaba ni pasto, mucho menos camotes. Y la sequía era tanta que ni los valles se estaban cultivando. En el lecho del río, donde no había agua, era posible encontrar algún césped que pudría las semillas, de donde tampoco brotaba nada, sólo anea para hacer esteras, bolsas y techos de casas. Vi la vergüenza de mi padre crecer frente a nosotros, sin poder hacer nada. Zeca Sombrero Grande era un *curador* respetado y conocido más allá de los confines de Agua Negra. Pero allá, en los límites de la Hacienda, bajo el dominio de la familia Peixoto –que casi no pisaba por allá a no ser para dar órdenes, pagar al gerente y decir que no podíamos hacer casas de ladrillo– y de Sutério, su lealtad por la vivienda que había recibido en el pasado, cuando vagaba buscando tierra y trabajo, se imponía. Vi a mi madre moverse, sus ojos se inyectaron de sangre, indignados, pero se detuvo al darse cuenta de que mi padre era incapaz de cuestionar y reclamar sobre cualquier asunto. Muy al contrario, todavía colaboraba con su liderazgo espiritual para el mantenimiento del orden entre las familias que vivían allí. Era a él a quien Sutério o cualquiera de los herederos se dirigía para pedir la intervención en los más variados conflictos, desde el animal comiendo en campo ajeno hasta la construcción levantada con material que no cumplía las prohibiciones impuestas a los residentes.

No podríamos herirlo todavía más en su humillación, pidiéndole que volviese a coger los camotes que habíamos adquirido con nuestro trabajo en el mercado. Qué larga fue aquella noche. No dormí. El insomnio se había vuelto compañero en las últimas semanas. Pensé en las palabras de Severo sobre la situación de nuestras familias en la Hacienda. Que toda la vida estaríamos sometidos, sujetos a humillaciones, como al saqueo de nuestros alimentos. Que yo tenía un papel en todo eso, y que mis padres me necesitaban para cambiar de vida. Que podríamos, sí, comprar nuestra propia tierra y venir a buscarlos. Que sólo así conseguiríamos tener una vida digna.

Me las arreglé para encontrar a Severo, incluso sin haber quedado. Cuando nos vimos, apenas tuve que mirarlo para hacerle saber que me había decidido a partir. Entonces planeamos el día exacto, la hora, hasta donde iríamos andando y donde intentaríamos montar en algún vehículo para irnos de la Chapada Velha. La madrugada de la partida, la maleta vieja de Doñana estaba organizada, desempolvada, para que me pudiese llevar lo poco que tenía a esa nueva vida que comenzaba. Me levanté mientras dormían, pedí a Dios por la salud y la vida de todos durante el tiempo que pasaría fuera. Pedí que los encantados me ayudasen a no ser considerada una deshonra y que, cuando volviese con dinero, ya establecida en nuestra tierra, para buscar a nuestras familias, todos entendiesen que aquel viaje había sido por una buena causa. Pedí a Dios especialmente por Belonísia, que hacía poco más de diez años compartió conmigo el incidente que cambió de cierta forma nuestras vidas. Cuando salí de la casa por la puerta del patio trasero, durante la tranquilidad de la noche, no pude evitar mirar atrás algunas veces, mientras avanzaba por el camino al encuentro de Severo. Enumeraba las cosas que llevaba conmigo y todo lo que dejaba atrás. Casi desistí en ese justo momento, dejaría que Severo se fuera solo, pero la imagen de Sutério llevándose nuestros pocos alimentos, y el hambre y la improvisación que siguieron para hacer una comida más tarde, me dieron la firmeza necesaria para proseguir. De entre las cosas que me llevaba, y tal vez la que más daño me hacía, era mi lengua. Era la lengua herida que había expresado en sonidos durante los últimos años las palabras que Belonísia evitaba decir por vergüenza de los ruidos extraños que habían sustituido su voz. Era la lengua



que la había retirado, de cierta forma, del mutismo que se impuso por el miedo al rechazo y a las mofas de los otros niños. Y que numerosas veces la había liberado de la prisión que puede ser el silencio.

[TORCIDO ARADO]

1

Corría entre papiros, helechos y forraje que nacían en la orilla de los *marimbus* y abrían heridas profundas en mi piel seca. No salía sangre. No salía pus. De mi cuerpo sólo escurría el sudor que empapaba mis vestiduras, que empapaba el paño que ataba mis senos. La canoa, juntada a otras mediante correas de cuero, se deslizaba sola como un nenúfar hasta ser engullida por el Veião, desaparecía en un remolino de agua oscura como el color de mi piel. Corría en medio de la antigua *caatinga* de árboles altos, buscando la vereda hacia la casa, cuando pedazos de piel de mis brazos se quedaron enganchados en los espinos del *tucum*. No era ni día ni noche, y la tierra asaba mis pies con la calentura que emanaba. Surgió un hombre bien vestido de piel blanca e igual caballo blanco, sonriendo, cortando la senda por donde yo corría. Intentaba escapar por otros rumbos, pero estaba todo cercado. El alambre brillante como la plata ladeaba la tierra y sólo había *tucum*, *mandacaru*, palmas, jaguas y madera seca. No podía volver a casa. Hasta que vi una piedra que irradiaba luz, lucía como una piedra preciosa. Puse la mano sobre ella. Lo que de lejos parecía una piedra era un pedazo de marfil que no se movía del suelo, parecía tener el peso del mundo. Con las dos manos intenté levantarlo hasta que el marfil salió, con el metal pulido, puro brillo, era el cuchillo de Doñana, perdido, que volvía a mis manos. El cuchillo que en un impulso retiré de la boca de Bibiana para repetir el gesto, en aquella edad en la que queremos ser como los hermanos mayores, sin darme cuenta de que de la boca de mi hermana salía sangre. Sin darme cuenta del peligro del filo cortante de la lámina que producía una llama violenta. La llama que amputaría mi lengua. Me encerraría, sin palabras, avergonzada de lo que me había hecho a mí misma, como el alambre que me cercaba en aquel campo. Al retirar el puñal de mi abuela del suelo seco me di cuenta de que sangraba, y un río rojo comenzó a correr por la tierra.

Durante años me desperté, en medio de la noche pesada, mojada de sudor, con ese mismo sueño, contado de muchas maneras, pero siempre con un hombre bien vestido, la cerca, el puñal de Doñana y la sangre que brotaba del suelo. El único sentimiento bueno que esas imágenes me dejaban era que yo gritaba, hablaba por los codos, cosa que desde hace muchos años ya no hago. La noche que Bibiana abandonó nuestra casa, el sueño se repitió de esa exacta manera. Y tal vez por eso comencé a contármelo a mí misma así. Cuando me desperté sofocada, me di cuenta de que el lugar donde mi hermana dormía estaba vacío. Me levanté para tomar un vaso de agua y no la vi en casa. Si hubiera ido al patio para alguna necesidad habría dejado la puerta abierta. Abrí la puerta y Fusco, que estaba acostado, vino cojeando a buscar la caricia de mis manos.

Me bastó con volver hasta el cuarto y buscar la maleta vieja de mi abuela para entender que Bibiana nos había dejado. Sus ojos no escondían su intención cuando llegué de repente, mientras organizaba sus ropas en la maleta de cuero gastada. Estaba claro que ella planeaba un viaje a escondidas. Podría haber hecho lo que hizo ella al verme con Severo debajo del ombú en una noche de *jarê*. Podría haber incitado el juicio de mi madre para que le devolviese la paliza que me llevé a causa de la mentira que se inventó sobre mí y mi primo. Pero ya había pasado tanto tiempo que no quería verla

llorar. No quería sentir que me vengaba con algo que ya había pasado. Estaba cicatrizado. No quería que me tuviese rencor, que, como yo, estuviese amargada por lo que me ocurrió cuando no pude defenderme de las acusaciones de que estaba besando a Severo. Cuando lo que hacíamos, yo con doce años, era mirar las luciérnagas, lejos de los quinqués de la casa.

Lo que vino tras aquel descubrimiento, que para mí no llegaba a ser una sorpresa, fue una conmoción que sólo había visto años antes, cuando me mutilé. Al ver a Salu devastada con la actitud de Bibiana de irse en el silencio de la noche como una mujer cualquiera, me culpé por no habérselo comunicado a mi madre, por no haberla llevado con mis propias manos hasta la maleta de Doñana, hasta las ropas de Bibiana, por no haber expuesto lo que había visto días antes. Después cavilé que, con mi gesto, quería dar una oportunidad a mi hermana para que pensara sobre el sentido de todo aquello. Quería, al ahorrarle aquel disgusto, decirle que la necesitaba a mi lado, que debía permanecer con nosotros. Que si las náuseas que ella sentía, la irritación con el calor y la falta de lluvia, los ojos inyectados de rencor delante de Sutério llevándose nuestros camotes sin que nuestro padre hiciese nada para detenerlo, en un claro descontrol a causa de su barriga, eran razón para querer irse de Agua Negra, no necesitaba hacerlo. Quería que reflexionase un poco más antes de tomar cualquier decisión equivocada. Nuestros padres podían enfadarse al principio, pero nunca dejarían de acoger a un niño. Hecho el daño, no intentarían más apartarla de Severo. Ella era ya una mujer y, tal vez por eso, mi madre no le pegaría como a mí. Ya no era pequeña y no tendría que enseñarle lo que era bueno como había hecho conmigo. Dudé que fuese a llevar a cabo lo que vi en sus ojos.

Siguió un periodo de calma después de su partida. Vi a mi padre concentrado en el cuarto de los Santos. Tal vez comunicándose con los encantados para tener noticias de la hija. Para que entre velas, hojas, inciensos y letanías pudiese ver el destino de Bibiana y Severo, quien le gustaba mucho y al que trataba como un hijo porque en él había una energía de líder que no veía en nadie más. Mi padre intentaba confortar a mi madre, que se precipitaba en tristeza y llanto. Mi padre animó de la misma manera a tío Servó y tía Hermelina, desolados con la partida del hijo mayor que, además, se había llevado a la prima, menor de edad. También lo vi prohibir que se hablase de lo ocurrido en casa y entre los vecinos. No por inquina, sino porque consideraba deshonesto hablar de cualquier persona lejos de su presencia. Quería, intuía yo, que continuásemos queriendo bien a Bibiana, incluso cuando ella había roto la lealtad que regía el universo de nuestra casa. A pesar de su liderazgo entre los habitantes de Agua Negra, mi padre se negaba a ser juez y creía que cualquier persona podía redimirse de sus errores.

Semanas después llegaron las primeras nubes de lluvia, y de la tierra subía un frescor que los trabajadores llamaban ventura. Decían que podíamos cavar un poco en el barro seco para sentir que la humedad iba a llegar, para sentir la tierra más fría. Era la señal de que el tiempo de estiaje estaba acabando. No tardó mucho para que las primeras gotas de lluvia cayesen del cielo, e incluso con todo el desaliento en que nuestra casa había caído con la partida de Bibiana, mi madre sonrió y colocó los toneles para que se llenasen de agua. Vi a las mujeres de la Hacienda entonar sus cantos con más fuerza por los caminos, mientras llevaban sus ropas para lavar en el río que crecía en volumen, o cargando sus azadas para desmalezar y hacer hogueras en el terreno donde harían sus plantíos. Los hombres sólo pudieron juntarse con las mujeres después

de limpiar el terreno donde plantarían los campos de los dueños de la Hacienda.

La lluvia cada día caía más fuerte y se extendía por más tiempo, y con ella venían los colores misteriosos del cielo, de los animales y de la gente que vivía en Agua Negra. Francisco Peixoto, el heredero mayor, volvió a aparecer con más frecuencia, y a Sutério, frente a él, se le bajaban un poco los humos, guardaba la valentía para su ausencia. O bien don Francisco nos saludaba, o bien fingía no vernos. En la Hacienda no había casa donde reposar, sólo el barracón donde se guardaba la producción y donde, no pudiendo ir a la ciudad, comprábamos comida a precios altos, mucho más que los del mercado. En la Hacienda nunca hubo casa, escuchaba decir a los trabajadores, porque la familia Peixoto tenía otras en la región, más grandes y más productivas que Agua Negra, y era en alguna de ellas donde residían.

Al mismo tiempo, antes del día de San José, el alcalde inauguró la escuela, que tuvo la construcción –con tejas de cerámica que ninguna construcción de los trabajadores podía tener– concluida en verano. El edificio recibió el nombre de Antonio Peixoto, padre de los Peixoto. Hombre que, decían, fue propietario de la Hacienda pero que nunca había puesto un pie allí. Todos los habitantes estuvieron presentes en la inauguración: las mujeres con pañuelos en la cabeza; los hombres con sombrero y azada en la mano; los niños riendo de la novedad, un pequeño edificio de tres salas y sin el baño que, en realidad, nadie tenía. De la familia Peixoto se presentó también la hermana mayor que nunca se había visto por allí, una señora gorda y muy blanca, que no nos dirigió la mirada en ningún momento. Llevaba un velo en los ojos mientras el alcalde hablaba. Cuando retiraron el papel que cubría la placa con el nombre de su padre fallecido, casi se cayó, en un llanto convulso que hizo que sus hermanos la amparasen para que no se desmoronase de una vez en el suelo. Ninguna palabra de agradecimiento a mi padre que, la noche que celebraba el *jarê* de Santa Bárbara, había requerido, casi ordenado, cumplir la promesa de la construcción de la escuela hecha a la Santa en el pasado. Pero él estaba allí, en pie, uno de los primeros del público, dando la mano a Domingas, y al lado de mi madre, con cara de satisfacción. Poco importaba, podía ver en su semblante la lucha que había trabado con las fuerzas de la encantada Santa Bárbara para que tuviésemos un destino diferente del suyo, para que no fuésemos analfabetos. Mi padre no sabía ni siquiera firmar su nombre e hizo lo que estaba a su alcance para traer una escuela a la Hacienda, para que aprendiésemos letras y matemáticas. Muchas veces lo vi intentar convencer a algún vecino que no quería que el hijo fuera a la escuela; podía hasta estar de acuerdo en que el hijo fuese, pero decía que la niña no necesitaba aprender nada de estudio. Incluso contrariando al compadre, conseguía que su pedido se acatase, pues grande era la consideración y el prestigio que fluían de su liderazgo.

Tardó un tiempo para que enviasen una nueva profesora, para sustituir a la que daba clase tres veces por semana en la apretada sala de la casa de doña Firmina. En el camino a la escuela que hacía todas las mañanas, veía los ombúes con las copas verdosas, los mandaracus floridos, la lluvia más fina que todavía caía incluso después del día de San José. Pensaba en Bibiana y Severo, me preguntaba si por donde andaban la lluvia habría llegado también, si habrían encontrado vivienda en alguna Hacienda o ciudad lejana. Si los caminos los habían llevado a la capital.

2

En la escuela, sin Bibiana a mi lado para ayudarme, mi vida se convirtió en un tormento. Desde el principio, mi madre avisó a doña Lourdes, la nueva profesora, de mi mudez. Ella fue cuidadosa, al comienzo, y bastante generosa para enseñarme las tareas. A aquella altura yo ya sabía leer, mucho más gracias a los esfuerzos de mi hermana mayor y de mi madre que a los de la profesora sin paciencia que daba clase en casa de doña Firmina. Para mí era suficiente. A diferencia de Bibiana, que quería ser profesora, a mí lo que me gustaba era el campo, la cocina, hacer aceite y despulpar moriche. No me atraían las matemáticas, y mucho menos las letras de doña Lourdes. No me interesaban sus clases en las que contaba la historia de Brasil, en la que hablaba de la mezcla de indios, negros y blancos, de cómo éramos felices, de cómo nuestro país era bendecido. No aprendí ni una línea del himno nacional, no me servía de nada porque no puedo cantar. Muchos niños tampoco lo aprendieron, me pude dar cuenta, porque estaban con la cabeza pensando en la comida o en la diversión que se estaban perdiendo en la orilla del río, para oír aquellas historias aburridas sobre los *bandeirantes*, después de los militares, de las herencias de los portugueses y otros asuntos que no nos decían mucho.

Mi desinterés sólo aumentaba. Tenía la sensación de que perdía el tiempo en aquella sala caliente, oyendo a esa señora de manos finas y sin callos, con un perfume fuerte que parecía incensar la escuela en los días de calor. Miraba el pizarrón verde, las letras confundidas, bonitas, pero que formaban palabras y frases difíciles que no me entraban en la cabeza, y pensaba en mi padre en la vega del río encontrando cosas nuevas en la tierra para dedicarse, o mi madre cuidando de la huerta, de los animales, cosiendo. Y las horas soñolientas tardaban mucho en pasar para que pudiese tomar mi camino a casa. No evitaba que mi pensamiento encontrase a Bibiana en aquella sala, tal vez interesada en la clase, cerca de la profesora, intentando que me interesase también por las cosas. Mi apatía venía de darme cuenta de que había niños más pequeños, algunos más dispuestos a aprender, leyendo con muchos errores, pero en voz alta, que eran interrumpidos cada dos palabras por doña Lourdes para corregirles la pronunciación. Yo sabía leer, seguía la escritura, conseguía identificar algunos errores en la pronunciación gracias a lo que había aprendido antes. Domingas y Zezé iban a la escuela en otro turno, había una diferencia entre etapas, tal vez su presencia hasta me hubiera dado algún ánimo. Me preguntaba si en aquel instante la hermana ausente tenía un libro o una azada en las manos, si seguía con el sueño de ser profesora. Comparaba sus ambiciones con las mías para concluir que, tal vez, por ser diferentes en aquel asunto, tuviésemos cierto equilibrio en nuestros vínculos.

Un día me inventaba un dolor de cabeza, otro día un dolor de barriga, y poco a poco fui haciendo valer mi voluntad de volver al trabajo del campo y de la casa. Dejé el cuaderno y el lápiz en un rincón del cuarto e, incluso dándome cuenta de que mi padre estaba malhumorado con mi desinterés por la escuela, hice valer mi determinación. Si era dolor de cabeza el motivo para no ir a la escuela, justo después del comienzo de las clases el padecimiento desaparecía, entonces me juntaba con mi madre en la cocina

para preparar la comida, o me colocaba un cubo de agua para ir a la orilla y traer la que necesitábamos para regar el huerto. Mi madre, tras muchos enfados, se mostraba conforme, pues al final yo sabía leer y escribir lo necesario y hacía la lista de la compra mejor que ella. Sabía hacer también cuentas simples. Su corazón se conformó. Por lo demás, tendría que estar de acuerdo conmigo en que mi futuro no sería mejor yendo a la escuela pues, a fin de cuentas, no podría dar clases en Agua Negra ni en ningún poblado o ciudad próxima. No se tenía noticia de profesora muda por los alrededores. En su interior, sabía que yo no podría enseñar si no salía palabra alguna de mi boca. Sería mejor que continuase mis andanzas por campo, huerto y cocina, por *marimbus*, caminos y ferias, para que en su ausencia me pudiese valer por mí misma.

Poder estar al lado de mi padre era mejor que estar en compañía de doña Lourdes, con su repugnante perfume y sus historias mentirosas sobre la tierra. Ella no sabía por qué estábamos allí, ni de dónde vinieron nuestros padres, ni lo que hacíamos, pues en sus frases y textos sólo había historias de soldados, profesores, médicos y jueces. No tenía que oír las risitas de los niños cuando repetían casi hasta el infinito que yo no hablaba. Algunos me pedían que abriera la boca de par en par para que pudiesen ver lo que no tenía dentro.

Con Zeca Sombrero Grande me internaba por el bosque en caminos de ida y vuelta, y aprendía sobre hierbas y raíces. Aprendía sobre las nubes, cuando habría o no lluvia, sobre los cambios secretos que el cielo y la tierra vivían. Aprendía que todo estaba en movimiento –bien diferente de las cosas sin vida que la profesora mostraba en sus clases–. Mi padre me miraba y decía "el viento no sopla, él es la virazón misma" y todo aquello tenía sentido. "Si el aire no se mueve, no hay viento, si nosotros no nos movemos, no hay vida", intentaba enseñarme. Atento al movimiento de los animales, de los insectos, de las plantas, alumbraba mi horizonte cuando me hacía sentir en el cuerpo las lecciones que la naturaleza le había dado. Mi padre no tenía la letra, ni las matemáticas, pero conocía las fases de la luna. Sabía que en luna llena se planta casi de todo; que a la mandioca, a la banana y a las frutas les gusta el plantío en luna nueva; que en luna menguante no se planta nada, sólo se desbroza y se hacen hogueras.

Sabía que para que un árbol creciera fuerte tenía que limpiarse todos los días, para que no surgieran plagas. Tenía que apurar alrededor del tallo de cualquier planta, haciendo montículos de tierra. Había que regar de la misma forma, para que creciese fuerte. Mi padre, cuando encontraba un problema en el campo, se acostaba sobre la tierra con el oído vuelto a su interior, para decidir lo que usar, lo que hacer, donde avanzar, donde retroceder.

Como un médico en busca del corazón.

3

Meses después de que la escuela abriera, llegó un pequeño grupo de trabajadores a la Hacienda. Entre ellos, una mujer delgada de pelo negro y liso, de nombre María Cabocla. Estaba acompañada del marido y de seis hijos. La familia fue instalada en una cabaña en las tierras donde vivía tío Servó. Había llegado también un hombre alto y delgado, tal vez con edad para ser mi padre, que se convirtió en vaquero de la Hacienda. Tenía gestos discretos y era de poco hablar. Se presentó como Tobías y comenzó a asistir a las fiestas de *jarê* en nuestra casa. Hizo amistad con Zeca Sombrero Grande y tenía gran aprecio por las historias. Luego se encontraban en los campos y en el barracón para oír las órdenes del gerente. A veces, lo veía en las sendas de la Hacienda o en las veredas hacia la vega. Oía su saludo –buenos días, señorita– gesticulando con la cabeza, seguía mi camino, pero sentía sus ojos quemando mi espalda como brasas.

Con el pasar del tiempo, Tobías ya debía saber de mi deficiencia y no me importunaba con preguntas. Se retiraba una ramita de siempreviva del sombrero y la colocaba en mi pelo. Sentía vergüenza y me incomodaba. No estaba acostumbrada a responder a cortesías de extraños. Después tuve ganas de sonreír, pero era tan torpe cuando tenía que relacionarme con otras personas, que sólo conseguía desviar la mirada y seguir mi caminata. En las noches de *jarê* veía al vaquero de charla con otras personas, a veces se juntaban mujeres, como las chicas de doña Toña, y él continuaba sonriendo, cortejando, principalmente después de tomarse unas buenas dosis de cachaza. Al principio sentí indiferencia, incluso me gustaba cuando estaba de charla animada con otras personas y sus ojos me paralizaban, al lado de Domingas o de mi madre. Después comencé a sentirme inquieta y desconfiada, quería tal vez que me dirigiese su atención.

Tobías se ganó la confianza de Sutério y comenzó a guiar los bueyes por el camino, porque había parado de llover y los pastos continuaban mermados. Muchos trabajadores destinaban horas que deberían trabajar en los terrenos desbrozados para cortar la anea de los *marimbus*, que servía para dar de comer a los animales. Pero, incluso así, Tobías y otros vaqueros a veces llevaban el ganado a terrenos más lejanos, a la orilla del Utinga, por el camino de la carretera de vehículos.

También comenzó a sustituir al gerente en los asuntos que se debían resolver en la ciudad, en algún encargo que llegaba, o con alimentos para venderlos a precios altos en el barracón. En las conversaciones lejos de Sutério, llamábamos al barracón “un robo”. “Voy a tener que comprar en ‘un robo’ no puedo ir a la ciudad hoy”, era lo que decíamos en cuchicheos, y terminamos por bautizar así al almacén. Tobías iba con su caballo por el camino hacia la ciudad y volvía trayendo los encargos en sacas dispuestas en la carroza. Al volver de una de esas andanzas vino por el camino, resuelto, como si guardase una buena noticia. Cuando veía a alguien con esa alegría desmedida, dejaba mi imaginación correr libremente y pensaba de pronto que había encontrado un diamante, o tenido una gran suerte y que iba a preparar sus ropas para partir. Se apeó del caballo, llamó a mi padre, que había acabado de llegar del campo, y le entregó un

sobre. Mi padre no podía leer, así que le pasó el sobre a mi madre, que preguntó qué era, y Tobías sólo repetía que se lo habían dado en la ciudad y que era para el compadre Zeca. Salu estaba envejeciendo y, al caer de la tarde, a la luz del quinqué, no veía bien. Debía necesitar gafas, como la profesora Lourdes. Le pasó el sobre a Domingas, que leyó con los ojos que le brillaban reflejando la débil luz. “Es de Bibiana, madre”.

Mi padre se sentó en una silla. No conseguía mirar fijamente a nadie. Mi madre suspiró por Dios, rezando para que fuesen buenas noticias. Domingas rasgó el sobre, había otro sobre dentro, ése destinado a Severo padre, nuestro tío Servó. Tobías se acercó a mí, su jubón olía a cuero que todavía curtía, sus ojos rodeaban a Domingas, pero luego se desviaban en mi dirección. Mi hermana se puso a leer, aproximando el papel de vez en cuando al quinqué. Parecía que la nota había sido escrita con una pluma débil. Estaban todos bien, trabajaban en una Hacienda en la región de Itaberaba. Bibiana tendría el hijo pronto. Le gustaría que nuestra madre hiciese el parto, intentaría volver para el nacimiento, pero si no fuera posible, vendrían para fin de año. Severo estaba trabajando cortando caña, había hecho amistad con gente del sindicato. Tenían noticias de la lluvia que había cerrado el largo periodo de sequía, porque allí también llovía. Que iban a intentar guardar dinero para comprar un pedazo de tierra. Querían ser dueños de tierra propia. Estaban bien, no les faltaba nada. Que al principio del próximo año ella iba a hacer un curso suplementario recomendado para trabajadores rurales y que luego podría hacer magisterio para ser profesora. Preguntaba por mí, por Domingas y Zezé. Decía que nos extrañaba a todos. Pronto mandaría más noticias.

“¿Qué es lo que tienen esos chicos en la cabeza?”, preguntó mi padre sin esperar respuesta.

Salu se secó una lágrima y llevó el quinqué a la cocina, llamó a Domingas para leer la nota de nuevo. Sentí tranquilidad al saber que estaban bien, amparados, durmiendo bajo techo y alimentándose del propio trabajo. Sentí un poco de resentimiento también por la atención que mi madre le daba a la carta, por el alborozo que había causado en aquel momento, incluso estando lejos. Sentí amargura por la simplicidad de las palabras, por las culpas no expiadas, por la voz que Bibiana me negaba. Por estar en la misma línea de la carta como un nombre apenas, junto a Domingas y Zezé. No había ninguna pregunta sobre cómo me iba en la escuela, quién me hacía compañía, quién comunicaba las cosas que yo necesitaba, cómo me desenvolvía en mis actividades sin su presencia.

El olor del jubón de Tobías era una mezcla de sudor y cuero que todavía estaba siendo curtido, como si no estuviese listo para ser usado. Casi podía ver las moscas buscando restos de carne sobre su cuerpo. Él intercambió dos frases con mi padre, pidió permiso, hizo una reverencia despidiéndose de mí y se montó en el caballo. Al verlo yéndose por el camino, tuve ganas de que diese media vuelta, volviese a mi encuentro y le pidiese a mi padre que me llevase a su rancho. Quería que cuidase de mí, yo cuidaría de él. Quería probar la vida que Bibiana ahora mostraba en su carta, con su letra bien dibujada, que llevó a Salu a las lágrimas y dejó a mi padre contrariado sólo por fuera, hecho miel por dentro, con una expresión seria, interrumpida por llamas de luz que decían lo que él no supo decir: estaba contento de saber que estaban bien y de que pensaban en la familia. Tuve ganas de que Tobías volviese en ese instante, quizás al día siguiente o después, pero que no tardase en hacer de mí su mujer.

4

Cuantos más niños veía nacer, más sentía como si mi cuerpo vibrase, en movimiento pidiendo parir, como la tierra húmeda parece pedir ser sembrada; y si yo no era sembrada, la naturaleza hace ella misma su cultivo, dando la maleza, el maracuyá de la *caatinga* y hojas de toda suerte para curar los males del cuerpo y del espíritu.

Después del fin del estiaje, nacieron niños como hongos en los troncos podridos de los charcos formados por las salidas de agua. Comencé a acompañar a Salu casi todas las semanas para ayudar a las mujeres en el parto. Crispina y Crispiniana se quedaron embarazadas de nuevo, al mismo tiempo, y ya nadie preguntaba quién era el padre del hijo de la segunda. Las noticias que llegaban a nuestra casa eran que vivían en conflicto. El segundo hijo de Crispina nació sin problema, lo que para mi madre fue un gran alivio. Temía que naciese otro ángel y fuese desprestigiada como partera. Iba de casa en casa para ayudar a dar a luz a los niños, con las fuerzas del *Velho Nagô*, recordaba mi madre siempre, y se regocijaba con el "Que Dios se lo pague". No vi a mi madre quejarse de la cantidad de mujeres que parían, ni del trabajo que era abundante, ni de la preparación de los utensilios para evitar cualquier mal después del parto, de los restos que debían ser enterrados en los patios, del cuidado que había que tener al cortar el cordón umbilical. El sonido de la cuchara caliente quemando el ombligo del recién nacido y el olor a manteca derretida que llenaba el ambiente quedaron grabados en mi memoria. Era el olor de aquel año ajetreado de tanto trabajo, pero que considerábamos una gran bendición, diferente de los años de sequía, cuando enterramos tantos angelitos en la Virazón.

Los días pasaron como el viento. Bibiana y Severo no vinieron para fin de año como habían prometido. No llegó ni una nota para decir si el niño había nacido, si era niño o niña, si se llamaba Severo o José, o Salustiana o Hermelina. O si se llamaba María o Flora, como llamábamos a las muñecas de mazorca de maíz de nuestra infancia. Mi madre se mostraba afligida, sensible a cualquier anuncio de la llegada de un viajante o vendedor de mantas y ollas que podría traer una nueva nota con noticias de Bibiana. Soñé un día, aunque olvidé cuándo, que mi hermana daba a luz y que quien hacía el parto era mi padre, mucho más viejo y encorvado por los años. En el sueño, yo cantaba los cantos de las lavanderas de la orilla del río y el niño, que debía nacer llorando, venía al mundo sonriendo, como nunca se había visto.

En diciembre cayó un aguacero con tormenta, justo en el día de la fiesta de Santa Bárbara. Doña Toña trajo las vestiduras guardadas y planchadas del año anterior para el *jarê*, y mi padre cuanto más viejo se hacía más avergonzado parecía por tener que vestirse con falda y corona. Ni mi padre pudo predecir en sus encantamientos que las lluvias arrasarían un año de trabajo duro en los campos anegables del lecho del río. Apenas habíamos salido de la sequía y pasamos a sufrir los perjuicios de las inundaciones. Algunas casas, precarias, prácticamente se desmoronaron con la fuerza del agua y del viento.

"Si el agua no se lleva todo, comeremos", dijo mi padre entre un desbroce y otro en la plantación. El agua se lo llevó todo. Los campos se convirtieron en charcos y lagunas,

y, al contrario que la mandioca y los camotes, que se pudrieron debajo de tanta agua, cogíamos *cumbás*, bagres, corronchos y bagres sapo donde antes había un secarral. Buena parte de las familias habían almacenado harina de mandioca fabricada a lo largo de los últimos meses. La gente de Agua Negra empezó a ir a la ciudad antes de que el sol saliese, sin conocimiento del gerente, internándose por el bosque para no ser descubiertos, con la intención de vender lo pescado y comprar otros víveres. Pescaban día y noche, y sólo no conseguían pescar las noches de luna nueva porque los peces tenían los dientes blandos y no agarraban el cebo. Para despistar a Sutério, los trabajadores dejaban la caña y el anzuelo escondidos en el bosque a la orilla de la laguna o atados en ramas de árboles. Aquel verano me interné muchas veces en el lodo con Domingas y con mi madre para coger peces. Zezé y mi padre continuaban trabajando en el campo del alto, más apartado de las zonas anegables, para aprovechar la lluvia que se volvió constante en aquellos primeros meses. Como habíamos cultivado nuestros huertos desde el final del largo periodo de estiaje, y muchas familias hicieron lo mismo, bendecimos la lluvia y no nos lamentábamos, incluso viendo meses de trabajo debajo del agua. Era doloroso ver el trabajo encharcado, pero teníamos fuerza y agua para labrar el campo de nuevo.

Aquel año continué viendo a Tobías. Yo lo notaba observándome, cercándome con gestos corteses, pero era cada vez menor la frecuencia con la que eso ocurría. Parecía dividir su interés con otras muchachas de la Hacienda. Resentida, comencé a ignorarlo en los caminos o en las noches de *jarê*. Durante un tiempo, llegué a pensar que hacía aquella escena de melindroso para llamar mi atención. Y, de hecho, sentía ganas de desviar mi mirada para saber hasta dónde llegaría con la bebida a la que se entregaba esas noches. Pero contenía mi voluntad, me acordaba de mi condena al silencio, de mi timidez grosera, arisca, que me hacía salvaje y apartaba a las personas de mí.

Desvié muchas veces mi mirada para evitar sus ojos. Pero cuando notaba su distracción en otras muchachas y personas, o su dedicación en el servicio del *jarê*, lo observaba de lejos y sentía mi interés crecer. Mi cuerpo se descontrolaba como un potro, sudaba, exhalaba olores, temblaba, hacía movimientos que llevaban el corazón a la boca. Me recordaba la llegada de Severo, todavía niño, a Agua Negra. Pero no había toda esa potencia del deseo, era algo bueno como alas frágiles moviéndose en mi cuerpo. Ahora yo era una fruta madura invitando a los pájaros a picar, como los tordos que espantábamos en los arrozales hasta poco tiempo atrás.

Cierta mañana, sentados en la mesa de la que emanaba el olor a café fresco que Salu colaba, mi padre se dirigió a mí. Dijo que Tobías lo había buscado con respeto, porque quería llevarme a vivir con él. Dijo que el hombre se quejaba de la soledad en la cabaña de la ribera del San Antonio. Que tenía mucha estima y consideración por mí. Por un minuto, imaginé a mi padre alertando al hombre de mi defecto, diciendo que la hija era deficiente, que tenía una naturaleza fuerte, brusca como un jaguar, pero que tenía buen corazón. Imaginé a mi padre haciéndole prometer que cuidaría de mí, que no conocería el sufrimiento. Imaginé aquella conversación que nunca supe si existió, porque nada se dijo sobre mi condición. Dijo que no tenía que responder en el momento, que podía pensarlo, y que sólo aceptase si me sentía lista para ir, porque él no quería concederle la mano de su hija a cualquiera. Que sólo lo hacía porque conoció a Tobías durante aquel año y lo consideraba una persona trabajadora y de respeto.

No sé por qué, en aquel momento, me vino la imagen de Doñana a la cabeza. Mi

abuela surgió en mis pensamientos con su valentía, con su sombrero grande, con su puñal con el mango de marfil, con las historias que me contaban sobre ella, con sus tres bodas y el misterio de la vida de tía Carmelita, de quien nadie tenía noticias. Sobre qué respuesta daría si fuese ella la cortejada en aquellas circunstancias. Si sí o si no, tenía que escribir el rumbo que daría a mi vida en un pedazo de papel pardo guardado debajo del colchón.

5

Dejé la casa de mis padres montada en un caballo y en compañía de Tobías, llevando un fardo pequeño de ropas, recordando la maleta de cuero gastada de Doñana que Bibiana había retirado de debajo de la cama antes de partir. Si ella no se la hubiese llevado, tal vez yo la hubiera cargado conmigo. Sentí un apretón en el pecho; el trotar de las patas invadía la parte baja de mi cadera como un eco. Continuamos despacio, Tobías en silencio, hubiera preferido que dijese algo para confortar mi aflicción. Con una mano agarraba su cintura y, con la otra, el fardo.

"Aquí está tu casa, muchacha". Miré alrededor y había una sombra extensa venida de la copa de un guapinol que caía desde unos veinte metros de la casa. Un verde vivo que llamaba la atención. Él se bajó, guiando el caballo para una cuadra con pasto verde y fresco que debió haber cogido esa misma mañana, antes de ir a buscarme. Me sentía paralizada y ya con ganas de volver a la casa de mis padres. "Entre". Me impresionó el desorden que había en aquella casucha de tres cuartos, con ropas sucias, mal olor, y todo tipo de trastos esparcidos por los rincones. Eso sin contar con el estado general de la casa, con paredes agujereadas e hilos de luz que entraban por el tejado, lo que indicaba que necesitaba reparaciones o una nueva cobertura. En pocos días sentí un enorme arrepentimiento de haber escrito "quiero" en el papel pardo que le di a mi madre, porque me di cuenta de que mi vida de allí en adelante no sería nada fácil.

Abrió la puerta de un armario viejo que terminó por quedarse en su mano y que aumentó al resto de cosas sin nombre que estaban esparcidas por la casa. Dijo que podía guardar lo que era mío en aquel hueco. En aquel momento fui poseída por el temor, pero hice de todo para no transparentar mi tristeza. A pesar de estar asustada y con dudas, no quería hacerle daño. Aquella repulsa era natural, pues nunca había salido de mi casa. Allí, en la cabaña de Tobías, todo era novedad. En poco tiempo se convertiría en un lugar que me pudiese agradar. No hay nada con lo que una mujer no pueda, así me lo habían enseñado, tanto en casa como en las clases de la profesora, en la casa de doña Firmina.

Tobías parecía estar contento. Cogió el fardo de mi mano y lo tiró sobre la cama. Me cogió por el brazo y caminó por los cuartos de la casa mostrándome objetos, un montón de cachivaches, cosas echadas a perder y que jamás serían recuperadas. Me condujo alborozado por la puerta del fondo, había un pequeño estante, palos de madera, un fogón de barro casi desmoronándose. Estaba perpleja, pero intentaba prestar atención a los rincones de tierra que me mostraba. Guardé en la memoria las formas de un guayabo con frutos maduros en el suelo, picados por los pájaros. Cuando se acercó dijo que los pájaros no dejaban ni un fruto maduro en el árbol y, como él no se interesaba, pues se quedaban así. Tenía también un cerdo joven atado al tronco de un árbol, y una pequeña plantación de palma.

Me llevó de vuelta al fogón viejo y me mostró sus dos ollas negras de las cenizas de la leña quemada. Repetía todo como si se lo estuviese enseñando a una niña venida de la ciudad y que no sabía nada sobre aquello. En la cocina, paquetes grasientos estaban dispuestos encima de una barra carcomida, granos de frijoles y arroz como sembrados

entre los paquetes deshechos, además de restos de alimentos y una nube cargada de moscas. Dijo que podía hacer la comida, que si faltaba algo allí, podría encontrarlo creciendo en medio de la tierra. Le agradecí a Dios estar muda porque no habría sabido qué decir ante aquella pocilga.

Cumplida la presentación, Tobías salió de la casa, se colocó su sombrero de cuero y desató el caballo, diciendo que iba al campo. Volvería para comer. Cabalgó lejos. Me vi sola. No sabía a qué distancia estaba la vecina más cercana, ni qué hacer si encontrase algún peligro, como una serpiente tigre o una cascabel dentro de casa. En un primer momento, me desplomé en una silla con el asiento de paja deshecho, y el zumbido de las moscas durante un tiempo fue la única cosa que conseguí escuchar.

Pensé que quedarme sola allí tampoco era tan malo, porque no sabría lo que hacer si Tobías me quisiese llevar a la cama a aquella hora de la mañana. Guardaría mi miedo hasta la noche, a cada hora su agonía. Tenía que poner un poco de orden en aquel chiquero que pasaría a ser mi casa, en caso de que aguantase. Fui a la cocina, porque decidí que debía comenzar por allí. Busqué los granos encima de la mesa, comencé a separarlos. Descubrí que la nube de moscas cubría dos *cumbás* que debían haber sido pescados esa mañana, antes de salir el sol. Cubrí los pescados antes de que los insectos los devorasen. Separé los frijoles de pequeñas piedrecitas y restos de cáscara y los quise poner en agua. Pero no había agua, ni recipientes de reserva, entonces la primera cosa que tenía que hacer era descubrir dónde estaba el río. Cogí una lata que olía a óxido y la llevé al fondo del patio. Atravesé el bosque, bajé por un terreno empinado para llegar al valle del San Antonio. El río estaba lleno en aquellos tiempos, así que lo encontraría. Seguí buscando en mi memoria el padrón de las casas de los habitantes, casi todas construidas a lo largo de la ribera de los ríos para tener agua al alcance de la mano y de la boca de forma rápida. Llegué a la ribera del río negro, con sus aguas corriendo sin obstáculos, llevaba peces y restos de bosque hacia otro río. Coloqué la lata en la orilla y cuando estuvo llena tuve dificultades para llevarla de nuevo hasta la casa. Pero ya estaba acostumbrada –me decía a mí misma– y pronto mis pies conocerán este pedazo de tierra sin que mis ojos necesiten ver el suelo.

Puse la lata a los pies del estante, dejé los frijoles en agua en los recipientes que iba retirando de la masa de trastos. Los que no servían, los colocaba en un lado, los que todavía se podían utilizar, en otro. Traje los pescados al estante y usé un cuchillo que ya estaba allí. Les quité las tripas, los salé –la sal estaba al alcance de Tobías, en la mesa– y los dejé marinar en el aliño verde y en la lima fresca que tenía en su huerto. Mientras tanto, coloqué palos de madera en el fogón viejo casi inservible. ¿Cómo encender aquel fuego? No encontraba ni fósforos ni queroseno. Rebusqué cerca del fogón, encima de la mesa, entre los trastos. Nada. No perdí el tiempo, estaba decidida a resolver todo mientras separaba los objetos buenos de los averiados. Intentaba organizar, hacer de aquella casa un lugar donde vivir. Limpiaba las telas de araña de los rincones mientras pensaba que debía ir a la próxima casa de los alrededores para pedir un poco de queroseno o ascuas para encender el fuego. Debía ser de alguien conocido. Tras tanto tiempo viviendo allí, los trabajadores vivían como una gran familia, dejando de lado las buenas disputas y peleas que tienen los verdaderos parientes.

Decidí salir para intentar encontrar fuego. El sol ya se encontraba en lo alto y una brisa templada llegaba a mi cuerpo mojado de sudor. Me llevé un pedazo pequeño de leña conmigo para poder decir a quien encontrase por el camino que necesitaba fuego.

6

Cuando Tobías volvió el sol ya estaba manso y comenzaba a bajar en el horizonte. Yo estaba débil del hambre, engañé el estómago con las guayabas caídas en el suelo picadas por los pájaros. Encontré la casa de María Cabocla y fue de allí que traje la llama. No se sorprendió al verme, ya nos conocíamos de vista de las celebraciones de *jarê*. María me dijo que no necesitaba leña. Después notó que yo no respondía y que estaba parada delante de ella como si esperase algo. Entonces me preguntó si era yo quien necesitaba leña. Por último, entendió que quería fuego y me dio uno de los palos que se quemaban en su fogón y que estaba con la punta en ascuas.

De inmediato, Tobías abrió una sonrisa cuando entró en la casa. Temí por un momento que se quejase por haber tocado sus cosas, por haber intentado organizar aquel lío, a pesar de no haber conseguido hacer todo en aquellas horas en las que permanecí sola. Pero la diferencia era clara. Él miraba los rincones, la cama hecha, la rasgadura del colchón de paja cosida –con hilo y aguja que traje en mi fardo–, la mesa limpia, las moscas que volaban más lejos, la comida que humeaba en el fogón. No me lo agradeció, era un hombre, por qué habría de agradecerlo, fue lo que se me pasó por la cabeza, pero conseguía ver en sus ojos la satisfacción de quien había hecho un excelente negocio al traer a una mujer a su cabaña. Serví un plato abundante para él, me quedé de pie a su lado, esperé que comiese, quería ver en su cara el deleite al probar mi aderezo. Comió ávido, con las manos, ingería grandes porciones de harina de mandioca de su plato, hasta vaciarlo. Tiré las raspas en el bosque. No esperé a que pidiese más y repuse los frijoles y el pescado. Lo vació con el mismo entusiasmo que el primero. Dejé que se alejase para el baño en la lata llena que había ido a buscar al río, al terminar mi intento de organizar la casa. Estaba exhausta cuando entré a bañarme en el San Antonio.

Cuando la noche cayó, encendí el quinqué con el queroseno que había encontrado mezclado con la basura. Me coloqué cerca de la luz, sentada para coser una de las dos sábanas deshilachadas y con grandes rasgaduras que había lavado por la mañana. Estaba tomada por la agonía e intentaba concentrarme en la aguja. Tobías me cercó, bebía la cachaza que había dejado encima de la mesa. Comenzó a hablar del día, de las reses, de Sutério, de los trabajos en la Hacienda. Yo paraba durante unos minutos para mirarle un poco a la cara, para que no pensase que era una ofensa mía coser a aquellas horas. Para que no desconfiase de que temía lo que estaba a punto de ocurrir entre nosotros dos, en la misma cama que había apaleado con el palo de la escoba para levantar el polvo y que había cosido. Pero bastaba que encontrase sus ojos para de inmediato desviar los míos a la aguja que rompía la trama del tejido entrando por uno y otro lado. Y con el corazón saltando me decía a mí misma “a cada hora, su agonía”.

Después me acostó en la cama, besó mi cuello y levantó mi ropa, no sentí nada que justificase mi temor. Era como cocinar o barrer el suelo, o sea, un trabajo más. Sólo que ése yo todavía no lo había hecho, lo desconocía, pero ahora sabía que, como mujer que vivía junto a un hombre, tenía que hacerlo. Mientras él entraba y salía de mí en un vaivén que me hizo recordar los animales de la huerta, sentí una incomodidad en mi

vientre, el mismo que me invadió por la mañana con el trotar del caballo. Volví mi cabeza para la ventana. Intenté mirar por las rendijas la luz de la luna que había despuntado en el cielo más temprano. Sentí algo desprenderse de su cuerpo en mi interior. Él se levantó y fue a lavarse con el resto del agua. Me bajé mi ropa y me quedé de espaldas con los ojos en el techo de paja buscando hilos de luz. Buscando alguna estrella perdida, que se presentase como una vieja conocida, para decirme que no estaba sola en aquel cuarto.

Al día siguiente, después de que Tobías saliera a trabajar, mi madre apareció con Domingas. Tenía una alforja de comida: un poco de carne seca, miel, huevos y frijoles verdes desgranados. Quería ver cómo estaba, salió temprano de casa, vinieron caminando aprovechando que el sol no estaba en su cénit. Sentí cierto alivio al ver a las dos. Salu mostraba aprensión en los ojos. Si no fuese por vergüenza, me habría preguntado si me hizo mujer durante la noche, si había sido respetuoso conmigo. Se espantaron con la cantidad de trastos que había separado. Yo estaba agitada, mis manos cortaban el aire, Domingas intentaba entender mi razonamiento y se reía de mis tareas de nueva ama de casa. Pasamos horas felices aquella mañana, pero sentí un apretón en el pecho al verlas alejarse rumbo hacia su casa.

Tobías volvía al final de la tarde y lo primero que hacía era dar un trago a la botella de cachaza que se quedaba encima de la mesa. Después se bañaba o iba directo a sentarse a la mesa para la comida. Yo paraba lo que estuviese haciendo para servirle. Al principio parecía gustarle mi comida, siempre repetía. Después comenzó a quejarse de que tenía mucha o poca sal. Que el pescado estaba crudo, y me mostraba pedazos donde yo no conseguía ver la falta de cocción, u otros que se despedazaban con las espinas diciendo que se habían cocinado demasiado. En esos momentos yo me quedaba afligida, el corazón me saltaba, dolida conmigo misma, sintiéndome una idiota por haber sido descuidada con la preparación. Pero sus quejas no pasaban de eso, no alteraba el tono de voz, no hablaba alto. Lo decía como si mirase al cultivo y constatase alguna cosa que debilitaba la plantación.

Conforme el tiempo pasaba, Tobías no parecía sentir satisfacción por lo que yo hacía. Se quejaba de algún objeto que buscaba y no encontraba. Decía que yo no podía revolverlo todo, que a veces podía parecer que algo estaba fuera lugar, pero que estaba en el lugar exacto porque él lo había decidido así. Estaba de acuerdo. Asentía con la cabeza, pero evitaba mirarle a los ojos. En esos momentos, aumentaban mis ganas de dejarlo todo atrás, de volver a mi casa, pero ¿qué dirían los vecinos? Continuábamos yendo a la casa de mis padres las noches de *jarê*, todos sabían ya que ya no era “Belonísia de Zeca Sombrero Grande” y que ahora vivía con Tobías, por tanto, era “Belonísia de Tobías”. Dejaba aquel dolor morir en el pecho, principalmente cuando él me levantaba la ropa antes de dormir para entrar en mí. Él se dormía, roncaba, no se quejaba con la mujer acostada, entonces me quedaba quieta por dentro, como si todo estuviese bien.

Me levantaba cuando lo veía moverse en la cama, antes de que sol apareciese. Pero era sólo despertarse y ya venían más quejas: o el café estaba suave como pis de ángel, o estaba fuerte y con posos amargos. Buscaba la azada, buscaba la hoz, cosas que yo no había tocado. Y si él mismo colocaba las cosas en lugares diferentes, sólo por no recordarlo, preguntaba “mujer, ¿dónde está esto?”, “¿dónde está aquello?”, yo sentía pesar, paraba lo que estaba haciendo para ayudarle a buscar. Si yo lo encontraba, era

como si lo hubiese hecho él, no decía ni una palabra de agradecimiento. La cosa se puso tan mal que yo me anticipaba, ni esperaba a que él lo pidiera, ya le daba todo en las manos: cinturón, zapatos, sombrero, jubón, machete, sólo para no oírlo llamarme “mujer”. Me sentía una cosa comprada, por qué diablos ese hombre tiene que llamarme mujer, mi cabeza agitada gritaba. En la casa de mis padres, cuando íbamos cada 15 días, o en las visitas de mi madre y Domingas, me llamaba por mi nombre o me ignoraba, yo no levantaba ni la cabeza para darle razón. Sentí a mi madre un poco meditativa con mis formas, con los desvíos de mis ojos, con las cosas que mi presencia quería reclamar, pero yo lo disfrazaba, intentaba no expresar nada. Lo que más me inquietaba era que aquélla no era mi forma de ser. Arisca, dejé de ir a la escuela incluso sabiendo cuál era la voluntad de mi padre. Incluso admitiendo que aquello podría ser una pequeña frustración para él, que trabajó duro para que Agua Negra tuviese una escuela para los hijos de los trabajadores, pero enfrentando los sentimientos arbitrarios de los dueños que no se opusieron a la idea sólo porque el alcalde decidió ponerle el nombre de su señor padre a la construcción. Para ellos era una revalorización más, no una escuela que daría estudios a los hijos de la gente de la Hacienda. Los chicos no se acercaban a mí, o porque me consideraban fea, o porque no podían conversar conmigo, principalmente sin la mediación de Bibiana, o porque me veían como un desafío, alguien que desafiaba a la fuerza lo que creían que era un privilegio de los hombres. Era así como me sentía. Pero allí, en la casa del hombre con quien vivía, en los límites de aquella cabaña de paredes que se caían, era una intrusa. No me sentía a gusto para reaccionar, ni aunque fuese de forma serena, sin altivez violenta en los gestos.

7

Un día, justo después de que Tobías saliera a caballo para ir al trabajo, María Cabocla entró repentinamente en casa lo que me hizo imaginar que algo malo estaba al acecho, algún hombre que entraría por la puerta para atacar a la mujer que vivía sola. Tenía la ropa rasgada, lloraba mucho, el cuerpo le temblaba, cargaba a su hijo menor también llorando. No entendía mucho de lo que decía, oía sólo algunas repeticiones, “me va a matar”. Los ojos estaban desorbitados, el cabello liso pegado a la cara de sudor, y mocos viscosos le caían por la nariz.

Se sentó. Cerré la puerta de la casa para ver si su pavor disminuía, para tapar el sonido de los llantos que resonaban puerta afuera. Le serví un vaso de agua, tomé al niño en mis brazos, pero nada de lo que hacía parecía disminuir el sufrimiento de los dos. Sólo después de algún tiempo María Cabocla me dijo que huía del marido, que estaba loco, ensandecido, y que los otros hijos se habían internado en el bosque. Sentí un escalofrío sólo de pensar que aquel hombre entrase en la casa buscando a María Cabocla, además de darme unos golpes por haber violado la regla de que nadie debe meterse en peleas de marido y mujer. Después intenté calmarme. Tobías era un hombre valiente y respetado. Conocía a Aparecido, tenían buena relación, no eran compadres, pero eran buenos vecinos. Él no invadiría la casa sin permiso. Cogí algunas hojas de caña santa. Puse agua en el fuego. Le serví a María Cabocla, que no me miraba, sollozaba como un niño. Le puse el vaso de té en la boca, estaba templado, necesitaba bebérselo. Fue entonces cuando vi su ojo morado, una herida encima del párpado, y sentí amargura.

Hice un emplasto con lo que tenía más a mano en la huerta, recordando los gestos de la cura que me fueron pasados por mis padres y mi abuela, sin que yo misma supiese que sabía todo aquello. Lo pasé por su magulladura. Pasé mis manos por su pelo, lo até con una tira de tela vieja que guardaba para cualquier necesidad. Sólo en aquel momento vi de forma más clara la cara de María Cabocla, con su piel cobreada de india. Las veces que me la encontré para pedir fuego o lavar la ropa en la orilla del río, me contaba su historia, su travesía, y no había observado sus trazos con la profundidad con la que lo hacía en aquel instante. De María guardaba, sobre todo, las historias de las muchas Haciendas por las que había andado. De la abuela, que había sido raptada del bosque violentamente. María estaba delgada, parecía tener un hambre permanente. Su cuerpo menudo tenía manchas púrpuras, era posible verlas a la luz del día. Mujer bonita, mi madre diría, pero maltratada. Todas nosotras, mujeres del campo, éramos un tanto maltratadas por el sol y por la sequía. Por el trabajo arduo, por las necesidades que pasábamos, por los niños que paríamos muy pronto, uno detrás de otro, que marchitaban nuestros pechos y alargaban nuestras caderas. De pie, mirando a María sentada en la silla, vi sus senos pequeños, subiendo y bajando en la inquietud de su respiración desolada. Me sentí compadecida de su situación y con ganas de dividir el escaso almuerzo, pero me contuve porque todavía le daba importancia a la reacción de Tobías.

Así como llegó, María Cabocla, después de un tiempo corto, se largó por la puerta,

dando las gracias. El niño dormía cargado en su cuerpo, olvidado del llanto. Dijo que iba a buscar a los otros hijos, que el marido debía haber salido, que la rabia ya se le habría pasado. Casi leí en sus pensamientos que fue una tontería haber dejado la casa, asustarse, que el lugar de una mujer es al lado del marido. No se va de casa en casa contando lo que ocurre en la tuya propia, convirtiendo tu vida en asunto de chismes.

En la puerta, vi su cuerpo deslizarse ágil por el camino, y pedí a los encantados que la protegiesen junto a sus hijos.

Más tarde, Tobías llegó sudado y con los ojos rojos. De lejos sentí que había bebido. Ató el caballo con dificultad y entró en la casa tropezando con las piernas. Coloqué las ollas en el fogón para calentar comida, antes de sentarse ya se estaba quejando de la tardanza, que tenía hambre, que trabajaba desde temprano. Me inquieté, de hecho, esa inquietud se había convertido en una rutina en mi vida en aquel poco tiempo en que vivíamos juntos. Pensaba en la gran estupidez que fue haber salido de casa, pero él no me quería dar ni el derecho a pensar aquel día, berreaba palabras violentas contra todos: desde los vecinos hasta Sutério y la familia Peixoto. Me asusté al pensar que le podían haber contado en el camino que había ayudado a la mujer de Aparecido, María Cabocla. Cuando le puse el plato en la mesa, él metió sus manos sucias y se las llevó a la boca. Dijo algo que no entendí, parecía haberse quemado los dedos con la comida caliente. Continué a su lado. Después de llevarse la mano a la boca de nuevo, gritó que no tenía sal. Babeaba.

Era la primera vez que lo veía completamente embriagado, en las fiestas bebía un poco, pero se mantenía de pie. Se quedaba con la boca roja y los ojos apretados por los párpados caídos, pero no se le enredaba la lengua como le pasaba en esta mesa. Intentaba entender lo que decía, y sin posibilidad de protegerme, el plato vino en mi dirección. Miré al suelo y vi la comida tirada. Aquel suelo donde había curvado mi cuerpo para barrer y asearlo con celo. Sentí rabia en aquel instante, pensé para mí misma que quién pensaba que era aquel vaquero ordinario. Al principio, encaraba con inquietud los arrebatos de furia que comenzó a presentar. Antes eran más contenidos. Ahora había perdido los estribos. En poco tiempo, ese caballo me golpearía igual que el marido de María Cabocla. Pero yo ya me sentía diferente, no me daban miedo los hombres, era nieta de Doñana e hija de Salu, que hicieron a los hombres doblar la lengua para dirigirse a ellas.

Él se recostó en la pared, el banco se inclinaba para atrás. Miré al suelo, imaginé que esperaba que limpiase todo en ese momento, pero pasé saltando el plato de chícharos y pollo desparramado. Me limpié las manos en la ropa, salí por la puerta del huerto, y me puse a escarbar el cantero de tomates y cebollines. Esperaba que viniese a por mí, valiente, que quisiese levantarme la mano para pegarme. Oí gritos en la casa de que yo era una tonta. Que no hablaba. Que tenía la lengua lisiada. Engullí cada insulto que oí de su boca. Daba un golpe más fuerte haciendo desprenderse de la tierra grandes terrones. Que se atreviese a venir a agredirme y haría lo mismo con su carne: le partiría la cara de un único golpe. Antes de que cualquier hombre me pegase, le arrancaría las manos o la cabeza, que no dudasen de mi cólera.

Continuó con los insultos, pero dejé que mi corazón se aquietase. Trabajar la tierra tenía de esos sentimientos buenos que amansan el pecho, que serenan los malos pensamientos que me cercaban. Pensaba en todo lo que estaba lejos, menos en Tobías descontrolado a pocos metros, en la cabaña que llamaba casa. Cuando terminé ya era de

noche, el sol se puso, y la parcela estaba bonita, había mejorado con el trabajo. Volví a la casa para limpiar la cocina. Guardé la comida tirada sin respeto al suelo en un envoltorio para Fusco. Iría a la casa de mi madre a la mañana siguiente, quisiese él o no. Estaba con el pecho apretado de la nostalgia de aquel pedazo de tierra que conocía como la palma de mi mano. No le haría comida. Tenía mi orgullo, no era humilde, y mucho menos sabía perdonar. Si la comida no estaba buena, que la hiciese él mejor. ¿Cómo podría decirle eso? No valía la pena escribirlo, él no lo entendería. Tobías sólo sabía firmar el nombre, como la mayoría de los trabajadores. Entonces, para mostrar mi insatisfacción con su temperamento, no iba a cocinar. Cuando me acerqué al cuarto, me di cuenta de que roncaba. Ni se había bañado en el río, se había acostado sucio del trabajo. Paciencia, pensé, no voy a despertar a la fiera para que se bañe, es capaz de volverse contra mí.

Al día siguiente, salió antes de la hora de costumbre. No me levanté. Oí cuando cerró la puerta. Oí también el trotar del caballo tomando distancia. Sólo después me levanté y cuidé de todo; regué el huerto. Cociné fruta del pan. Sentí placer con el olor que humeaba en la cocina. Pensé en María Cabocla, que había ocupado mis pensamientos y mis rezos antes de dormir, pedía que ella y los niños estuviesen bien, que se hubiese entendido con el marido. Que Dios amansase aquel corazón, le pediría a María Cabocla que hablase con mi padre, que muchos ya se habían curado de la bebida con sus pociones y rezos. Que había encantados para todo en la vida, por tanto, había encantados para quitarle aquel vicio al hombre. María parecía ser más vieja que yo y Bibiana. No tenía tanta edad como mi madre, pero su hijo mayor tenía once años, fue lo que me dijo. Tal vez, si nos pusiesen juntas, la tomarían por mi madre, dada su apariencia desgastada por el sufrimiento.

Cerré la casa y salí. Continué por el camino como si volviese a casa. Una sensación buena se apoderó de mí, sentía leves escalofríos, era como si fuese a recibir un regalo que esperaba hacía mucho tiempo. Seguí reencontrándome con lo que conocía, las veredas, las casas, el río, los moriches, un sentimiento de que si las cosas no salían bien con Tobías podría disponerme a caminar para regresar a la orilla del río Utinga. Siempre quedaría la posibilidad de encontrar un lugar conocido. O uno nuevo.

Cuando vi la casa a lo lejos, casi sonreí. Quise que mi madre no se asomase a la puerta, quería pillarla por sorpresa, reiríamos juntas, me sentaría a la mesa para tratar de las cosas conocidas. La oiría hablando por mí y por ella. Haciendo preguntas y respondiéndose a sí misma, como si fuesen mías las respuestas. Hasta que yo interviniese, negando. Iba recordando todos aquellos sentimientos vivos como una cosa buena que se repite siempre. Golpeé con los pies, despacio, en el umbral de la puerta. Oí un rumor de voces, doña Toña debía estar por allí, pensé. Cuando pasé la puerta vi una mujer sentada, de perfil, con un bebé en el regazo. Bibiana había regresado.

8

Hace tantos años, pero recuerdo aquel día, el día del accidente que hizo a mi madre y a mi padre desesperarse y correr en compañía de Sutério, en la *Rural* en que soñaba pasear, aunque no en medio del llanto y la sangre, por la carretera hasta el hospital. Hice el viaje acompañada del recuerdo de la desesperación que le entró a Doñana al vernos sangrando por la boca, impactada al ver su maleta fuera del lugar de siempre, tal vez olvidada del cuchillo de mango de marfil envuelto y recogido después. Sólo cuando mi madre, avisada por doña Toña, llegó apresurada y se desesperó al ver nuestro estado, preguntando de forma incesante qué habíamos hecho, sacudiéndonos a mí y a Bibiana con tal violencia que desconocíamos sus gestos, fue que mi hermana, llorando y escupiendo sangre, dijo que habíamos sacado el objeto de la maleta de nuestra abuela. No pude ver lo que hizo después Doñana, al descubrir que guardaba un peligro, un objeto que nosotras, niñas, creíamos que no tenía la menor importancia, a no ser la curiosidad de tenerlo en las manos, y después, hechizadas por su encanto, en la boca. Un brillo que se reveló de augurio, que se posó en nuestros ojos y nos hizo olvidarnos del mundo y de los peligros que todos decían que tenían los objetos afilados, “cuidado con el filo cortante”, llevándonos finalmente al hecho que golpearía nuestra inocencia para siempre.

Aquella mañana, cansada de jugar con las muñecas de mazorca de maíz, miré a Bibiana y le sugerí que podíamos ir al patio, al estante de ramas, coger un pedazo de brasa, y tal vez un lagarto en el bosque para hacerle las maldades que veíamos a otros niños de los alrededores hacerles a los animales. Dijo que no quería, “¿Y si vamos a ver la maleta de la abuela Doñana?” “Está cocinando papas”. “Espera”, me dijo. “Doñana se pierde en su imaginación. Vive en el pasado, así que estará perdida en sus pensamientos avanzando por el bosque, después del vergel y del viejo gallinero”. Nos sentamos en el umbral de la puerta, vislumbrando la sombra de nuestra abuela alejarse por la puerta del fondo. Es probable que Bibiana no supiese lo que iba a encontrar, pero yo me consideraba más inteligente que mi hermana, incluso siendo más joven. Ya había visto a Doñana organizar y desorganizar aquella maleta muchas veces, a pesar de la gruesa capa de tierra que los vientos de septiembre y octubre traían todos los años y que quedaba depositada sobre ella, como si hiciera mucho tiempo que no revolvía en sus pertenencias. Había visto, cierta mañana, desenrollar el cuchillo de mango de marfil. Vi a Doñana pulir su plata con un paño sucio, mientras hablaba sola de Carmelita, la tía desaparecida. Podríamos usar el cuchillo para cortar los matorrales de fuera, escarbar la tierra, tratar los animales cazados en nuestra imaginación. Podríamos usar el cuchillo para sacar punta a los restos de lápices que teníamos.

Pero el cuchillo relucía más que cualquier cosa. En él nos veíamos mejor que en el trozo de espejo que Doñana guardaba en la misma maleta. Le soplé a mi hermana, en el silencio del cuarto, sin la agitación de los pájaros de fuera, una pregunta: “¿Qué gusto tiene?”, “Debe tener gusto a cuchara”, dijo Bibiana. Déjame ver, pedí agitada, saltando encima de la piel de pecarí que cubría las ondulaciones de la tierra en el suelo. “No, yo primero”, Bibiana quería imponer la autoridad de la hermana mayor que le gustaba

exhibir. “¿Y si Doñana llega y te encuentra con el cuchillo en la boca? Ella perderá la compostura y te llevarás una buena paliza”. Arrastré la cama empujando mi cuerpo para atrás para que Doñana oyese a lo lejos el movimiento y volviese deprisa. Nos sorprendería y se acabaría el juego, al final, la idea de coger el cuchillo fue mía. Pero el aviso que lancé por el aire no tuvo resultado, entonces pensé gritar. Mi hermana sería más rápida para echarme la culpa. Voy a coger el cuchillo incluso contra tu voluntad. “¿Tiene gusto a cuchara?”.

Se lo retiré rápido de la boca. Tuve que luchar por un instante contra la fuerza de su mano. Creía que ella se resistiría más, como hacía al quitarle algo suyo, o como yo misma resistiría si intentasen quitarme algo mío. No le di importancia a sus ojos que crecieron. Me coloqué el cuchillo en la boca, encantada con su brillo. Y mi abuela Doñana se distanciaba del mundo con sus pensamientos. En mi mano aquel objeto pesó como una piedra. Lo retiré de forma violenta cuando me di cuenta de que el hechizo se volvería contra mí, sería sorprendida por nuestra abuela. Bibiana estaría libre para negarlo hasta las últimas consecuencias. Cuando retiré el cuchillo y vi a Bibiana sangrando, sentí que algo en mi boca también se había roto. Pero la emoción, la respiración acelerada por la proximidad de ser sorprendida, no me permitieron sentir en aquel instante el dolor que sentiría después. Guardé en las manos la fracción de mi lengua, como si por arte de magia mi padre o mi abuela pudiesen colocarla de nuevo en su lugar. El *curador* Zeca Sombrero Grande lo podía todo. Se transformaba en muchos encantados en las noches de *jarê*. Cambiaba la voz, cantaba, giraba ágil por la sala, investido de los poderes de los espíritus de los bosques, de las aguas, de las sierras y del aire. Mi padre que curaba locos y borrachos, colocaría mi pedazo de lengua en mi boca. Mientras pensaba, insensata, en una solución para mi desgracia, Doñana nos sorprendió, antes incluso de que Bibiana colocara la maleta de nuevo en su lugar. Vi su mano caer en la cabeza de mi hermana, como imaginé minutos antes. Con la misma fuerza cayó en la mía. Pero yo comencé a debilitarme porque perdía mucha sangre.

Recuerdo haber oído a los médicos decir que tendría dificultades para hablar y alimentarme. Que tendría que volver siempre a la ciudad para revisiones, para hacer ejercicios de habla. Pero no sería posible, no tenía cómo salir desde Agua Negra, vivíamos lejos, no había manera de desplazarnos por tantas leguas con tanta frecuencia. En el hospital de la ciudad más cercana no había médico que supiera hacer el tratamiento.

Por eso me callé.

Pasado mucho tiempo, decidí que intentaría hablar, porque estaba sola internándome en la misma vereda en la que Doñana solía entrar. Todavía recuerdo la palabra que escogí: arado. Me deleitaba viendo a mi padre conduciendo el arado viejo de la Hacienda tirado por el buey, rasgando la tierra para después lanzar granos de arroz a los terrones marrones y rojizos revueltos. Me gustaba su sonido redondo, fácil y ruidoso que tenía al ser enunciado. “Voy a trabajar en el arado”. “Voy a arar la tierra”. “Sería bueno tener un arado nuevo, ese arado está truncado y viejo”. El sonido que produjo mi boca era una aberración, un desorden, como si en el lugar del pedazo perdido de lengua tuviese un huevo caliente. Era un arado torcido, deformado, que penetraba la tierra de tal forma que la dejaba estéril, destruida, dilacerada. Intenté otras veces, sola, decir la misma palabra, y después otras, intentar restituir el habla a mi cuerpo para ser la Belonísia de antes, pero luego me vi impelida a desistir. Ni siquiera

cuando el edema se deshizo conseguí reproducir una palabra que pudiese entender yo misma. No iba a reproducir los sonidos que me provocaban disgusto y repulsa y ser el blanco de las burlas de los niños en la casa de Firmina, o de las hijas de Toña.

Durante todos esos años, solamente cuando estaba sola, e incluso así muy rara vez, osaba decir algo. Era un tipo de tortura que me imponía de forma consciente, como si el cuchillo de Doñana pudiese recorrerme por dentro, rasgando toda la fuerza que intenté cultivar desde entonces. Como si el arado viejo y retorcido recorriese mis entrañas lacerando mi carne. Se desvanecía todo el valor del que me intenté investir para vivir en aquella tierra hostil de sol perenne y lluvia eventual, de malos tratos, donde las personas morían sin asistencia, donde vivíamos como ganado, trabajando sin obtener nada a cambio, ni siquiera descanso, y las únicas cosas a las que teníamos derecho era a vivir hasta cuando los señores quisiesen y a que el hoyo que nos esperaba fuese cavado en el cementerio de la Virazón, en caso de que no abandonásemos Agua Negra.

Pero yo persistía y me repetía a mí misma las palabras más duras, las que no nos gusta oír, en los caminos que recorría sola y que, con el pasar del tiempo, se volvieron frecuentes. No eludía decir lo que haría a muchos correr, temiendo la virulencia de una lengua. Eran palabras repetidas por mi voz deformada, extraña, cargada de rencor por muchas cosas, y que sólo creció a lo largo de los años. Ahora, con los malos tratos de Tobías, esas palabras se volvieron más viles, eran gritadas por mis ancestros femeninos, por Doñana, por mi madre, por las abuelas que no conocí, y que llegaban a mí para que las repitiese con el horror de mis sonidos, y así adquiriesen los contornos tristes e inolvidables que me mantenían viva.

9

¡Cómo había envejecido mi hermana! En aquel breve periodo de casi dos años según mis cuentas. Tenía las caderas anchas, había perdido el vigor de la juventud. Lo único que todavía la hacía parecer joven eran los granos brillantes que le salían como puntos amarillos en la cara. Por lo demás, parecía tener diez años más. Ese tiempo parecía haber pasado con violencia para ella, ahora madre de un niño. Pude ver sus senos despuntar de la ropa que vestía, llenos, caídos de amamantar a Ignacio. Pero eso no significaba nada para nosotras, mujeres del campo. Estábamos preparadas desde temprana edad para generar nuevos trabajadores para los señores, ya fuera para nuestras tierras donde vivíamos o para cualquier otro lugar donde se necesitase. La constatación que hacía era sólo en relación al paso de mi hermana de la infancia a la madurez.

Su cara guardaba un delicado recelo entre la alegría de verme, saber que estaba bien, y el abandono al que supeditó a su familia para vivir con el primo, una aventura de niños como la de tantas otras chicas que habían hecho lo mismo. Historias que relataban casos como éste era lo que no faltaba entre nosotros. Sus movimientos revelaban los instintos maternos, los que observamos con mucha familiaridad en los animales que nos rodean. Pude notar eso al verla levantarse, pesada, al pasar el niño al regazo de Salu para abrazarme. Cómo quise abrazarla con fuerza y verdad, yo estaba sorprendida con la bendición que era poder mirar de nuevo la cara de mi hermana y verla con su hijo. La pena que sentía afloraba con una intensidad debilitada, mezclada con todo lo demás que sentía y, por más que quisiese sofocarla, todavía persistía en mí. Por eso, nuestros saludos fueron desanimados, sin el vigor que permeaba nuestra relación de hermanas antes de su partida.

El motivo de mi salida de casa aquella mañana quedó en segundo plano. No esperaba, después de tanto tiempo, de repente, encontrar a Bibiana. Me senté a su lado para escuchar su conversación con Domingas y mi madre, contaba sobre su vida fuera de la Hacienda. Intenté romper mi asombro y articular algunas intervenciones con los mismos gestos que durante mucho tiempo fueron comprendidos y transmitidos por Bibiana a los demás. ¡Cómo intenté, en aquel instante, recuperar el vínculo que nos hacía casi una! Pero los gestos no eran entendidos de pronto, mi hermana tenía que intentarlo una, dos o muchas más veces, hasta que nos cansásemos. Domingas parecía comprenderme mucho mejor. Ya había perdido, en parte, la habilidad de transmitir mis sentimientos, mi incesante capacidad de comunicarme llevaba durmiendo mucho tiempo, desde su partida.

Bibiana contó que había hecho un curso de formación y que el próximo año ingresaría en una escuela pública de magisterio. Que trabajaba cuidando las hijas de las vecinas para que pudiesen trabajar. Ganaba muy poco con eso, pero era lo único que podía hacer con un hijo pequeño. Contó también que Severo trabajaba en el campo y asistía a actividades en el sindicato de los trabajadores rurales. Estaba aprendiendo muchas cosas. Batallaba, a pesar del miedo y de las adversidades, para mejorar la vida de los trabajadores con quienes compartía el peso del trabajo. Era admirado y respetado

incluso por los más viejos.

Severo entró por la puerta del fondo acompañado por mi padre y Zezé. Me saludó quitándose el sombrero. Me llamó prima Belonísia. Me sentí feliz de verlo. Él también había cambiado, parecía más hombre, adulto, había dejado atrás definitivamente la adolescencia. Parecía conservar solamente la inquietud de siempre. Al verlo, noté que la pena por la partida infantil de los dos, superficialmente, había quedado en el pasado. Durante algún tiempo, pensé que pudiese haber una ruptura entre nuestras familias, pero el perdón afloraba de la bendición que podía ser el retorno de alguien del cual somos parte. No fue posible evitar, de la misma manera, recordar las tonterías que Bibiana pensó sobre nosotros dos algunos años antes. La figura de mi primo ejercía de hecho un encanto sobre mí. Pero no era nada que se pudiese llamar pasión. Había una admiración porque era mayor, por la energía y el frescor que emanaban de sus gestos, de sus historias y principalmente de sus actos. Severo tenía una seducción natural, como los animales del bosque que no se cansan de sorprender con su astucia. No era apenas el conjunto de atributos que su cuerpo mostraba, sino que estaba enraizado en su movimiento por el mundo. Mi admiración nacía de las ganas de tener la misma fuerza, liderazgo y sabiduría, como si fuese el hijo mayor de Zeca Sombrero Grande, porque todo lo que admiraba en Severo era la misma capacidad que tenía mi padre de conducir personas por caminos tortuosos.

Con su presencia veía reforzadas las impresiones que me había dejado desde siempre. Hablaba con dureza sobre nuestras condiciones de vida en la Hacienda, al punto de dejar a mi padre confundido. Zeca nos hizo saber, en muchas ocasiones, que hablar mal de quien nos había acogido y permitido que habitásemos y viviésemos de esa tierra era ingratitud. Pero prefirió no rebatir los argumentos de Severo, tal vez por la ocasión, o por el resentimiento de poder ser superado. Aquella fue una señal de los tiempos que viviríamos si algún día ellos volviesen a la Hacienda. Noté que había algo vigoroso y decisivo en sus enunciaciones sobre el trabajo, sobre la relación de servidumbre en que nos encontrábamos. Guardé lo que pude de sus palabras para intentar descifrar los mensajes nuevos que traía, y transferir su vivencia en otras tierras a nuestra propia historia, para que algo comenzase a tener sentido para nosotros.

Miré el niño de vuelta a los brazos de Bibiana, con profundidad. Ella se dio cuenta y se dirigió a mí para decirme cómo se llamaba. Me pareció bonito el nombre y, para mostrar que me había gustado, sonreí. Intenté tomarlo en mis brazos, pero él me esquivó, echando la cabeza en el hombro de la madre. Era mi sobrino, mi sangre, que continuaría sembrando la tierra, incluso si no viviese en Agua Negra, si no fuese abatido por las enfermedades que a veces se llevaban a nuestros niños muy pronto. Tenía unos ojos que no era posible definir, se parecían a los del padre o a los de la madre. Extendí mi mano para acariciarlo. Mi madre repetía, descontrolada en su alegría, que era abuela. El calor de Ignacio encontró mi mano que lo reconocía, su piel viva y templada, color de la miel de las flores, me llenó de fuerza y me hizo apreciarlo.

Bibiana dijo que traería al niño en breve para bautizarlo en la Iglesia del Señor de los Pasos. Tú serás la madrina, escuché. Su invitación indicaba la importancia que yo tenía en su vida, incluso estando lejos, incluso dándose cuenta de que había diferencias y extrañezas entre nosotras. De esa forma, podríamos reforzar nuestros lazos.

Durante aquellos días, volví casi diariamente a la casa de mis padres o de tío Servó y tía Hermelina, donde Bibiana y Severo se alternaban en atención a ellos. Quería

escuchar cada vez más las historias que traían de su paso por otros lugares. Quería oír las explicaciones de Severo a quienes vivíamos en Agua Negra. Eran historias que se comunicaban con mis rencores, con la voz deformada que me afligía y que, a veces, me despedazaba, con todo el sufrimiento que nos unía en los lugares más lejanos. Que juntos, tal vez, pudiésemos romper con el destino que nos habían designado. Ni el malhumor ni el mal temperamento de Tobías me desanimaron a salir a visitarlos hasta que partiesen de nuevo, con la promesa de que volverían.

Cuando se fueron, presentí que iban a regresar. Que los buenos vientos los traerían con lluvia y cambios. Y sólo por eso hice una plegaria para que fuese muy pronto.

10

La agresividad de Tobías aumentó en los meses siguientes, a tal punto que mi madre me hizo llegar un recado de mi padre: estaba preocupado por mí y quería que volviese a casa. Mi retorno no sería ninguna vergüenza ninguna para la familia. Sólo quería velar por su familia para que nada malo ocurriese.

Tobías se quejaba por cualquier cosa, y casi siempre la culpa de todo la tenía yo. Bebía gran cantidad de cachaza, sus ojos se ponían rojos y se posaban en mi cuerpo para acompañar los insultos que me dirigía: me recordaba que era muda, que pasado tanto tiempo no había engendrado un hijo como mi hermana, que no cocinaba bien, que perdía mucho tiempo arando el huerto, que no me quería ver en compañía de María Cabocla. Ella, a su vez, me decía que estaba segura de que el problema de no tener un niño en la barriga no era mío, porque Tobías se acostaba antes con alguna que otra mujer, pero no se tenía noticia de hijo alguno. “Sin duda”, me dijo, “debe ser que tiene leche escasa”.

No fueron pocos los días en que pensé volver a la casa de mi padre. Pero algo me decía que podría doblegar a ese hombre. No quería abandonar la casa acobardada. Si hay algo que había aprendido era que no debía aceptar la protección de nadie. Si yo misma no lo hiciese, nadie más lo haría. El cuidado que Bibiana me dirigía, en el pasado, nada más era el deseo que ella alimentó desde muy pronto de que podría salvarnos a todos, tal vez influida por la experiencia de las creencias de nuestro padre. Pero, en el fondo, era yo quien la protegía cuando demostraba miedo en las actividades más corrientes, cuando teníamos que avanzar en el bosque, en los ríos o en los *marimbus*, haciéndome ir enfrente para, en caso de que viésemos una cobra o un animal salvaje, espantarlo con lo que decía que era mi valentía.

Durante un tiempo, Tobías incluso temió a mi padre mientras asistía a las noches de *jarê*. Bebía, hablaba alto, llamaba la atención de los presentes. Pero no era el único en exagerar, por eso nadie le daba mucha importancia. Era un momento de relajación del duro trabajo llevado al extremo día a día. Pero yo, que ya lo veía hablar alto casi todo el día a causa de la bebida, no soportaba ni mirarlo ni escuchar su voz, ni siquiera quedarme a su lado cuando salíamos. Prefería buscar otras compañías, ayudar a mi madre en los quehaceres, quedarme con Domingas o con las hijas de Toña.

Fue más o menos en aquel periodo que me vino un fuerte sentimiento de culpa por haber aceptado vivir con Tobías. Él nunca había hecho nada tan perverso como el marido de María Cabocla o de tantos otros que golpeaban a sus mujeres. Solamente una vez había amenazado con pegarme, cuando me hizo buscar un pantalón harapiento que había cosido días antes para ponérselo. Me gritó con su forma grosera, y yo, sintiéndome ofendida, ni moví el pie de la silla donde cosía una toalla. Él levantó la mano como si fuese a darme una bofetada y se la sostuve en el aire cuando interrumpí la costura para mirar con ojos feroces a sus ojos. Como si lo desafiase a hacer lo que quería, para ver si su valentía rebasaría mi determinación. Sentí un animal malo royéndome por dentro en aquel instante y, tal vez, haya visto la furia que guardaba. Tobías bajó la mano, paró de hablar, avergonzado, y salió para beber más. Cuando

volvió, tambaleándose, se acostó en la cama todavía sucio y se durmió.

Pensaba que sería mejor si me hubiese muerto el día que salí de casa. Que me podía haber caído del caballo y haberme estampado contra el suelo sin fuerzas, porque a aquella altura mis lamentos no servían de nada. Sabía que, incluso después de muchos años, cargaría con aquella vergüenza por haber sido tan ingenua, por haberme dejado encantar por sus cortesías, su labia que no era diferente de la de muchos hombres que se llevaban las mujeres de las casas de sus padres para servirles como esclavas. Para después convertir sus días en un infierno, pegarles hasta sacarles la sangre o la vida, dejando el rastro del odio en sus cuerpos. Para quejarse de la comida, de la limpieza, de los hijos malcriados, del tiempo, de la casa de paredes que se deshacían. Para presentarnos el infierno que puede ser la vida de una mujer.

La vida exitosa de mi padre y mi madre, y hasta el momento la de Bibiana y Severo, parecía ser una excepción. Sufrían algunas penitencias, ninguna mujer estaba libre de ellas, pero eran respetadas, tenían voz dentro de la casa. Nunca había visto a mi padre dirigir un insulto a mi madre. Si no eran calurosos y afectuosos entre sí, tampoco eran indiferentes. Cada uno conocía las necesidades del otro y estaba de acuerdo en ceder para avanzar. A pesar del poco tiempo, conseguía ver que conmigo no sería de la misma manera. Podría incluso empeorar, al punto de que Tobías me destinase los mismos malos tratos que Aparecido le daba a María Cabocla.

Sin justificarse, Tobías comenzó a pasar más tiempo fuera de casa. Dejó de ir al *jarê* de mi padre y comenzó a asistir a otro, a leguas de distancia. Cuando no era el *jarê*, eran las fiestas de santo, o los cumpleaños o bautizos de gente que conocía. Continuaba llegando borracho, con la ropa sucia, con todo tipo de manchas, desde barro hasta pintura de mujer. Fueron muchos los días que durmió fuera de casa. Al principio, me preocupaba su manera de ser explosiva y las posibles peleas y juramentos de venganza que podrían recaer sobre él. Me preocupaba también que Sutério, viendo correr su fama, lo invitase a irse de la Hacienda. Ya había decidido que, en caso de que eso ocurriese, yo no me iría del lugar donde nací.

Sentí mi cuerpo enfriarse muchas veces y, con cada ausencia de Tobías, rezaba por mí misma, para que tuviese fuerzas de soportar aquella vida. Continué trabajando en el huerto, cuidando del campo y de las cosas que él ya no hacía. Sólo no montaba animales como un vaquero porque eso no lo sabía hacer.

Pasadas algunas semanas, después de una noche mal dormida, sin yo saber por donde andaba Tobías, Genivaldo, vaquero de la Hacienda, llegó hasta la puerta de nuestra casa con el sombrero en la mano. Silencioso, el mal presagio a punto de reventar en su cara. Parecía un ave del mal agüero, sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. Me invitó a acompañarlo por el camino hasta el lugar donde encontró al hombre que me había sacado de casa, caído.

11

Me arrodillé y cerré los ojos de Tobías. Me levanté sin sobresalto, caminé para el lado del camino donde el caballo comía con la cabeza baja abanicando las orejas para espantar los moscardones. Alisé su barriga, como si fuese el ser más importante del mundo. Le di dos palmadas en el lomo, indicando que quería partir. Tomé las riendas en mis manos y seguí caminando con las otras personas que llevaron el cuerpo hasta nuestra casa.

Cierta vez, me hicieron llegar una noticia, a través de María Cabocla, de que Tobías se había peleado con una *curador*a de nombre Valmira, que vivía en la ciudad. Muchos hijos de la casa lo habían echado después de una borrachera. El motivo era la encantada de doña Miúda, la tal Santa Rita Pescadera, la misma que de vez en cuando surgía en el *jarê* de mi padre. Después de llegar a la casa de Valmira, la encantada empezó a oír ofensas de Tobías, dudando de su existencia, incitándola a que mostrase sus poderes, diciendo que la propia Valmira era una farsa, que nada de aquello existía. Varias veces la *curadora* había intervenido para que dejase de decir tonterías. Sin echarse atrás o disculparse, Tobías recibió una única sentencia, proferida por la propia encantada montada en el cuerpo de doña Miúda. Palabras que nadie escuchó, ni siquiera Valmira, solamente él. “Pero él continuó despotricando de la encantada”, dijo María Cabocla, “y ahora no te asustes si alguna desgracia alcanza tu casa”.

“Como tu abuela, Belonísia. Como tu abuela”, oí decir a mi madre agarrando mis hombros, mientras ataba un pañuelo negro en mi cabeza. Ella quiso recordar las viudeces de mi abuela Doñana, que había enterrado a sus maridos. Mis ojos estaban secos, tamaña era la duración del estiaje. Se secó alguna cosa en mí desde el día que permití aquella unión, desde cuando entré en aquella casa repleta de trastos y dejé que Tobías levantase mi ropa. Desde cuando me permití oír insultos sin devolverlos de la manera que me gustaría. Me situé de pie un poco alejada del ataúd, pero cerca de la puerta, recibiendo a los vecinos que llegaban en gran número. Vi entrar y salir gente de la casa, estaba dispersa, pero no afligida, y Domingas y mi madre intentaban proporcionar lo necesario. A veces, apartaba a las personas de mí sin cambiar la expresión de mi rostro. Esperaban que me comportase como una viuda inconsolable. Cuidaban para que mi luto fuese evidente, en respeto al hombre que vivía conmigo. Tuve que contenerme algunas veces para no dejar escapar una sonrisa traicionera, un gesto que sería considerado irrespetuoso por los presentes, por mi padre y mi madre, principalmente. Pero que no esperasen que me encerrase en el luto, me repetía a mí misma, al darme cuenta de los gestos exagerados de contrición y luto por parte de los vecinos y compadres.

Durante todo el velatorio sólo miré a la cara de Tobías una única vez, incluso así guardando cierta distancia de su cuerpo. Tenía una pequeña herida en la cabeza, e incluso después de limpio, continuaba saliendo un líquido transparente como sangre descolorida. No extendí mi mano ni siquiera para poner bien el tul que adornaba la urna. Quería acabar de una vez con aquel momento de mi vida. Intenté agilizar el fin del funeral apretando a mi hermana para que condujese a la salida el cortejo. Se le

hicieron todos los homenajes que podían ser hechos, las comadres habían rezado el rosario y recomendaron su alma. Yo también recé por él. Pero bastaba. No tenían que esperar que de mis ojos salieran lágrimas. Fue así que vi su cuerpo abandonar la casa que levantó, donde guardaba todo lo que encontraba como si fuese un tesoro, para descender a la tierra, con la serenidad que no había en aquella cabaña, donde vivimos durante poco más de un año.

Mi madre quiso que me fuese con ella a su casa, que cerrase todo y volviese a vivir en su compañía. Tampoco quise. Quería estar sola, experimentar la vida en el silencio que había encontrado lejos de todos. Comprendí la preocupación de Salu, pues yo estaba sola y me consideraba expuesta a los peligros de una mujer sin un hombre acompañándola. No se creerían si contase que tal vez fuese yo quien protegía a Tobías, que en los últimos tiempos se tiraba borracho en la cama, inútil en esas horas para cualquier tipo de vigilancia. Sólo por eso, permití que Domingas me hiciera compañía en los primeros días. Pero mi hermana vio que yo estaba bien, muy entretenida en las actividades del día a día desde que fui a vivir en la orilla del río San Antonio. Me preguntó si no me daba miedo quedarme sola. Agité la cabeza para decir muchas veces que no, conseguiría un perro para que me hiciese compañía como el viejo Fusco, que ya había muerto. De Tobías quedó una espingarda guardada debajo de la cama. No estaba dispuesta a abandonar ese pedazo de suelo para que otra persona se beneficiase del cuidado que tuve para convertir aquel huerto en un rincón vistoso de tierra. Le había cogido cariño a las plantas, a cada cosa que crecía con la fuerza de mi trabajo y el de Tobías. Pero la casa está en mal estado, me dijo Domingas. Sí, en mal estado, pero ya vi casas que se levantaron muchas veces. Sé bien lo que se necesita para hacer de este ranchito una buena vivienda. Buscaría un destino para los trastos, Tobías atrasaba el momento de hacerlo de forma desinteresada, pero ahora me llevaría todo y lo dejaría en el basurero. Después, aquella casa bajo la sombra del guapinol, sería un lugar muy diferente del lugar al que llegué. No pretendía juntarme de nuevo con nadie, no quería casarme nunca más. Conservaría la casa y el pedazo de tierra que la cercaba porque tal vez fuese todo lo que podía tener en la vida.

Sólo así podría experimentar el sufrimiento como el sentimiento que unía a todos los que vivían en Agua Negra y en muchas otras Haciendas de las que teníamos noticia. Fue sola que experimenté las aflicciones que vi pasar a mis padres a lo largo de sus vidas. No tenía descendientes que alimentar, pero insistí en trabajar con más fuerza y vigor que muchos de los hombres que allí vivían. El sufrimiento venía de las cosas que no siempre acaban bien, me hacía sentir viva y unida, de alguna forma, a todos los trabajadores que padecían los mismos impedimentos. Nunca pude quejarme de la suerte, que también estuvo, con su encanto, de mi lado. Golpeé los sacos de maíz, hice muchos sacos de harina, trabajé duro día tras día en el campo que crecía verde. Si el sol fuese inclemente y matase la plantación, dejando un rastro de cultivo marchito y quemado, o si los ríos se llenasen y el agua se comiese lo que no dio tiempo de recoger, daba mi día de trabajo donde lo necesitasen. Cuando no había trabajo me ponía a recoger moriche y frutos de la palma e iba con María Cabocla y otras mujeres al mercado de la ciudad. Alguna que otra vez, por la carretera, algún conductor nos ofrecía llevarnos para ir en el remolque de su vehículo, al vernos untadas de la masa del fruto.

Un día, al subirme a un moriche, me perforé el pie en un espino. Fui abatida como

una presa en el suelo de los *marimbus*. Sólo pude continuar porque María Cabocla mandó a dos de sus hijos a llamar a Zezé y Domingas para ayudarme. Intentaron a toda costa hacerme volver a casa. Hasta Zeca Sombrero Grande vino, con su autoridad de padre y *curador*, para intentar cambiar mi idea de no vivir acompañada. Apelé a su fe, que de cierta forma reflejaba la mía también, para recordar, apuntando al cielo y para mi pequeño altar de Santos en la sala –un santito de San Sebastián acribillado de flechas, un portarretratos al que le faltaba uno de los laterales, con una imagen oscurecida de San Cosme y San Damián, una pequeña imagen de Nuestra Señora Aparecida, otra de Santa Bárbara, una imagen nueva de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro que me dio la comadre Nini y una botella de Coca-Cola con ramilletes de siemprevivas que cogía de la Hacienda–. Era para decir que nunca estábamos solos, porque Dios y los encantados siempre estarían a nuestro lado.

Nunca más mi pie volvió a ser como era, el espino, como un puñal, lo atravesó de un lado a otro dejando como secuela un dolor permanente, seguido de hinchazón y enrojecimiento. Fui algunas veces a la ciudad con Domingas, mi madre y doña Toña, los médicos me examinaban, me daban medicinas, pero no se curaba. Mi padre hizo un remedio de raíz, me pidió paciencia, el dolor se fue aliviando hasta casi desaparecer. Pero bastaban unos días de duro trabajo para que la hinchazón volviese y el dolor se agravase. Sin embargo, nada de eso me quitó la voluntad de transformar mi entorno con mi trabajo, incluso sabiendo que, al no tener hijos, Sutério se llevaría una generosa parte de mi producción. Por eso salía muchas veces antes que los rayos del sol, llevaba parte de lo que cogía a la casa de mis padres para que fuese dividido entre todos. Esperaba que María Cabocla viniese con los niños para saber cómo me encontraba, e insistía en que se llevasen yuca, frijol de carita, calabazas y papas a su casa.

Cuando me sentí mejor de la herida comencé a construir una nueva casa. No hay manera de arreglar las casas de barro, entonces lo mejor es construir una nueva, en otra parte del *terreiro*. Era eso lo que hacían todos los que vivían en la Hacienda: mientras hacíamos la nueva, dejábamos que la antigua se cayese allí mismo. Zezé me ayudó a llevar el barro del río, a cortar estacas para los horcones y las paredes. Veía como un encantamiento una casa que nace de la propia tierra, del mismo barro en que, si echásemos simientes, veríamos brotar el alimento. Cuántas veces había visto aquel ritual de construir y derrumbar casas y todavía me maravillaba al ver levantarse las paredes que serían nuestro abrigo.

El mismo día que terminé de traer las cosas de la casa antigua a la nueva, María Cabocla entró en casa, acorralada, con un corte en la boca. No tenía que contármelo para que lo supiese. Aparecido estaba cada día peor. Le dijo que, si volvía y la encontraba en casa, la mataría enfrente de los hijos. Sentí furia, tuve malos recuerdos de Tobías, incluso pensando que no debía recordarlo de esa forma para que tuviese, finalmente, descanso. Arrastré a María a su casa de nuevo, había llegado con tres niños, pero los otros continuaban allí, solos. No me parecía justo dejarlos al cuidado de un borracho. Estaba harta de verla llegar desamparada. Ella parecía no querer ir, tenía el miedo en sus ojos, pero cedió. Fui a buscar algunas cosas en el armario de ropa para colocarlas en una pequeña cesta. Pensé pedir la ayuda de algún hombre, pero antes de que exteriorizase esa idea, María me dijo que si un hombre fuera a su casa sería peor, que incluso podría haber muertes, Aparecido tenía unos celos enfermizos. Abandoné esa idea y decidí ir sola, en su compañía.

La puerta no estaba bien enderezada y demandó fuerza de mi parte para cerrarla antes de irme de casa. Dejé la pequeña bolsa caer al suelo y María Cabocla se agachó a para juntar todo de nuevo. Se detuvo en el mango de marfil del cuchillo de plata que, pasado tanto tiempo, todavía era puro brillo, encantada con el objeto. Su mirada parecía la mirada de Bibiana el día que lo colocamos en la boca. Pasó de una mano a otra antes de devolverlo a la bolsa y no osó preguntar por qué lo llevaba conmigo.

12

Para mi mala suerte, el pie comenzó a dolerme en el camino y, cuando decidí parar para colocarme el calzado, vi que estaba hinchado. Llegué cojeando a la casa de María Cabocla. Lo primero que me saltó a los ojos fueron dos botellas de cachaza tiradas en un rincón de la sala. Había ropa sucia, restos de comida en el plato encima de la mesa y una gran cantidad de moscas, fieles compañeras que viven de nuestras sobras, tal vez esperando la hora en que nuestros cuerpos les puedan servir también de alimento. De hecho, no necesitaban ni nuestros cuerpos totalmente muertos, bastaba una herida abierta para introducir sus larvas. Sabíamos bien cómo vivían. Había periodos del año en que el zumbido era tan intenso que me dormía y me despertaba escuchándolo. Tal vez si desapareciesen o se silenciasen notaríamos que algo extraño ocurre a nuestro alrededor.

Las paredes se erosionaban, con rotos que permitían ver al otro lado. Ayudé a reunir a los niños para el baño, mientras yo misma me ocupaba también de lavar los platos, vasos y vasijas que estaban alrededor de la mesa o distribuidos en pilas en el suelo. Era una tarde fresca, nublada, pero que con el avanzar de las horas volvía el semblante de María Cabocla tenso, como si se aproximase una inevitable tempestad. Varias veces dijo que todo estaba bien, me pidió que me fuese. Aguanté. Me metía a organizar cosas, a colocar algo que estaba fuera de lugar o a reparar cualquier cosa rota. No sé lo que me ocurrió con aquella total ausencia de miedo. Tal vez fuese la muerte de Tobías, la soledad en que me había encerrado. Tal vez fuese el recuerdo de Doñana, las conversaciones que escuchaba escondida sobre su valentía. Tal vez fuesen los percances que viví hasta ese momento incluso sin haber llegado a 20 años. O el deseo de defender a la mujer María, yo sabía bien lo que era aquel desprecio; aunque Tobías nunca me había puesto la mano encima, todavía recordaba sus insultos y toda la furia que me crecía en el pecho. Quería creer que a María Cabocla le faltaba un trazo de valentía para enfrentarse al marido. Cuando se diese cuenta de que ella no le temía y lo podría herir de la misma manera que él hacía siempre, se lo pensaría dos veces antes de levantarle la mano de nuevo para cualquier gesto de violencia.

La noche cayó lenta, preparé camotes y café para que los niños comieran. El aire fresco invadió la casa que permanecía con puertas y ventanas abiertas, a pesar de la invasión de mosquitos que abatíamos entre las palmas de las manos. María Cabocla encendió el único quinqué, el olor a queroseno quemado se fue mezclando con el frescor que entraba en la casa. Ella me había dicho tiempo atrás que no había llegado a los 30 años, pero parecía tener bastantes más. Tenía muchos hilos blancos entre el cabello liso que paraba a la altura de los hombros. Su rostro siempre relucía a la oleosidad del propio cuerpo, el brillo se volvía más intenso entre la luz y la sombra proyectada por el candil. Miraba a los niños alrededor de la madre, a veces se quedaban a mi lado intentando hacerme participar de sus juegos. Jugaban a la casa y a la escuela, al campo y a la caza, yo los miraba con nostalgia, recordando mi infancia a la orilla del río Utinga, entre muñecas de mazorcas de maíz y espantando los tordos de los campos de arroz. Algunos niños se parecían a la madre, otros al padre, pero todos, sin

distinción, cargaban las marcas del abandono: barriga grande, cuerpo frágil, y, principalmente, la tristeza y el miedo que mostraban en sus ojos por la rutina de la violencia que tenían en la propia casa.

Después de que los niños se durmieran me quedé con María Cabocla en la sala, con las puertas cerradas, escuchando su conversación sobre la vida antes de llegar a Agua Negra. “Ya nací cautiva. En una Hacienda. Como tú”, me dijo, revolviendo una caja que tenía restos de tejido, hilo, aguja, y unos pocos bordados de distintos colores. “Pero mi padre vivía como un gitano, andaba de un lado para otro en busca de trabajo y mejores condiciones para criar a los hijos”, continuaba diciendo sin mirarme. “Antes de aquí, viví en seis Haciendas diferentes, por eso tampoco sé leer ni escribir”. Retiró tres piezas de tejidos redondos del tamaño de la palma de su mano y los puso sobre su regazo, buscó hilo y aguja para comenzar a hilvanar las piezas hasta que pareciesen capullos de flor. “Por mí, no viviría más en Haciendas, bajo las riendas de nadie”, aproximó la aguja muy cerca de los ojos para intentar meter el hilo, “pero a Aparecido se le inculcó el campo y vino a pedirle al dueño de aquí la posibilidad de venir a vivir, justo en la época de la última sequía”.

Deshilaba los recuerdos como un rezo extraño y antiguo, común a todos los que en algún momento llegaron en romería a Agua Negra y a tantas otras Haciendas de las que tenemos noticia. “Cuando llegué aquí pensé que ésta era la Hacienda Buena Suerte, imagínate”, dijo, riendo casi sin ganas, “él se pasaba la vida hablando de esa Buena Suerte, que tenía tierra buena, que tenía buenas casas para los trabajadores, pero llegamos aquí y no tenía nada diferente de otros lugares por donde pasamos, y de `buena suerte´ no tiene nada. Cuando me junté con Aparecido tenía 14 años”, se levantó para coger una taza más de café, “¿Quieres más café?”, me preguntó mirándome, esperando que me manifestase con los gestos que ya le eran familiares. “Él no bebía entonces. Era un buen hombre. Pero la bebida ahora lo ha desgraciado”, colocó una taza llena en la pequeña mesa en que me apoyaba, “Ya le pedí que converse con el compadre Zeca para que le recete pociones, pero no quiso”.

Sin conseguir concentrarse en los bordados que pretendía hacer, que tal vez intentase hacer en ese momento para aliviar la inquietud que consumía su cuerpo, María Cabocla dejó la pequeña caja a un lado y se dirigió a mí. Incluso en la penumbra de la casa mal iluminada por el pequeño candil, vi sus manos temblorosas, nudosas, aproximarse a mi cabeza.

“Y tú que te quedaste viuda… qué triste puede ser quedarse desamparada, pero debe ser mejor que estar como yo estoy”, dijo retirando el pañuelo de mi cabeza, cuando sentí una ola caliente recorrer el interior de mi pecho. Pasó la mano sobre mi cabello crespo, dejando que sus dedos se enmarañasen en él. Sentí una comodidad que nunca había sentido con el contacto de cualquier persona. Pocas veces me eché en el regazo de Doñana o de mi madre para que me hiciesen lo que María me hacía ahora. Exhalaba un olor a agua dulce, que conocía bien, de sus poros. “Tu pelo es muy negro, Belonísia, nunca te veo sin pañuelo”. Sin que volviese mis ojos para encontrar los suyos, dejé que ahondase sus manos en mí. Paró. Fue al cuarto a coger algo. Comenzó a trenzar mi pelo afirmando el peine que lo desenredaba y hacía trenzas desde el cuero cabelludo. Por un instante cerré los ojos para sentir mejor las puntas de sus dedos, que alternaban vueltas entre charlas y silencios llenos de su respiración jadeante, en contraste con la mía, que estaba cada vez más lenta, como si me preparase para dormir.

Cuando terminó el peinado yo estaba casi dormitando y sentí el calor de su cuerpo próximo a mi cabeza. Llevé mis manos para sentir las formas del pelo, ya que no había espejo, y sin querer encontré su piel áspera. Se formaron caminos en lo alto de mi cabeza que parecían moldearse con la calentura que recorría mi cuerpo.

Durante mucho tiempo después de aquella noche, cerré los ojos para intentar sentir de nuevo a María Cabocla. “Debes estar cansada, échate un poco en la cama. Voy a quedarme despierta, no consigo dormir”, dijo cuando fue a guardar el peine. Doblé mi pañuelo y lo puse en la bolsa donde estaba el cuchillo, lo que me hizo recordar que tenía que sacar las papas que había traído. Intenté resistir durante algún tiempo, pero después acepté. “No te preocupes”, me dijo, “échate aquí donde yo me acuesto, porque Tião tiene mal dormir”, dijo colocando las piernas del niño y de las dos niñas que dormían en su cama, “si el hombre llega, te despierto”.

Sentí el olor de agua dulce en el pañuelo que recubría la cama y durante mucho tiempo resistí el sueño, intentando calmar el interior de mi cuerpo que todavía latía vivo al afecto que había recibido. Cuando finalmente me vencí al reposo, soñé con Tobías, que me miraba desde lejos, y yo intentaba alejarme de él. Subía cansada por las cuestas del valle, pero me topaba con una cerca brillante. Intentaba escapar por otro lado y veía más cercas. Cuando me apartaba, vi el bosque quemarse. Después todo se volvió gris, sin que nada me ocurriese, me sentí acorralada, sin salida. El mango de marfil del cuchillo de Doñana aparecía cuando intentaba volver al río. Bibiana y Severo surgían frente a mí, pero no conseguían verme. Los llamaba, mi voz era alta, pero incluso así no me oían. Cuando retiraba el cuchillo de la tierra, el suelo comenzaba a abrirse, dividido, y el roto los engullía sin que se diesen cuenta.

Me desperté alarmada y con la respiración jadeante. Me levanté de la cama, era casi de día, y encontré a María Cabocla dormitando, sentada cerca de la puerta, vigilando para que el marido no me sorprendiese echada en su cama. Volví a mi casa todavía en el sereno de la madrugada, tenía que alimentar a los animales. Fui por el camino, preocupada, pero sabía que si algo ocurriese María o los niños se las arreglarían para pedirme ayuda.

13

Menos de una semana después, uno de los hijos de María fue a buscarme mientras limpiaba el campo. Dijo que el padre estaba loco, pegándole de nuevo a la madre. Le hice una señal para que el niño esperase. Pasé por casa para coger lo que necesitaba. Aproveché y puse yuca y bananas en la bolsa, le pedí ayuda para cargar el peso. No me quité el pantalón que llevaba, sucio de tierra, ni la camisa de manga larga que casi había olvidado que era de Tobías. Llegué a la casa de María Cabocla como quien no quería nada, y a cierta distancia pude oír el llanto resonando por la senda por la que caminaba a pasos rápidos. Llamé a la puerta que ya se encontraba abierta, pero avisando de que alguien iba a entrar. Aparecido paró para observarme, estaba confiado en la cobardía de los hombres que oían la desesperación de aquella mujer y no hacían nada. Entré como si la casa fuese mía, apoyé los alimentos en la mesa de la cocina, reuní a los niños desesperados. Limpié sus caras con un pedazo de tejido que estaba en un rincón del fogón.

El hombre me gritó que me fuera, que cuidase de mi vida. No miré en ningún momento a María, que estaba en el cuarto en sollozos. Si ella hubiese visto mi cabeza, vería que todavía tenía las trenzas que me había hecho una semana antes, y en mis ojos todo lo que sobrevenía de aquel gesto íntimo. Permanecí de pie, desafiándolo para que viniese él mismo a echarme porque no saldría con mis propias piernas. Oí de su boca que respetaba mucho a mi padre, que era su compadre, pero que no iba a admitir un desacato en su propia casa. María se levantó de donde estaba, se echó encima de él, pero fue lanzada enseguida al suelo por una bofetada asestada con el dorso de la mano desproporcionada del hombre. Eran manos fortalecidas por el trabajo, por la vida nada fácil. Mis ojos crecieron feroces al ver a María en el suelo, que parecía no acobardarse en aquel momento, diciendo que yo me quedaría. Cuando él se me vino encima para intentar sacarme de allí a la fuerza, mi corazón saltaba, sentía mi interior frío como la brisa de la madrugada, pero permanecí firme como mis antepasados. No fue suficiente para que Aparecido apretase mi puño e intentase arrastrarme para fuera. Puse la lámina que escondía detrás de mí en su barbilla, mirándolo segura a sus ojos rojos con venas que se espantaron al ver mi reacción. Estaba en mi mano derecha, con el mango fresco como una piedra recién sacada del río. María parecía sobresaltada con la visión que tenía, pero no dudó en pedir que Aparecido se largase de nuevo. Corrió al cuarto para hacerle un pequeño fardo y volvió gritando que no le iba a pegar más, que se fuese de una vez y la dejase con los niños, que ya se las arreglarían. Puse el cuchillo de tal manera en su barbilla que casi vi el momento en que lo heriría.

Sus ojos rojos de furia se amansaron como los de un niño debilitado por el miedo de una aparición en el bosque. Aparecido lloró pidiendo perdón, diciendo que él no quería hacer eso, que la bebida era una desgracia en su vida. María Cabocla aprovechó la fragilidad que mostraba para echarlo de una vez. Mostraba las marcas del cuerpo, las que parecían estar curadas, las que no se habían curado y las de aquel instante. Su rabia decía mucho de los dolores del alma –sobre estos ella no dijo nada–, aquéllos que tardan en curarse, los que en medio de los recuerdos tenemos que alejar con gesto de

negación para que el desánimo no se abata sobre nosotros. Decía que no quería ver más al marido en aquel lugar. Dos de los niños más pequeños lloraron cuando la madre le tiró las ropas por la puerta, pidiéndole "no, mami, no eches a papá". María, aunque parecía no oír a nadie, continuaba gritándole al hombre que los dejase de una vez, que se fuese a la casa de las putas con las que se acostaba. Él gritaba entre lágrimas que la casa era suya, que él la había levantado, él había pedido vivienda. La mujer parecía firme, y yo apoyaba su resolución.

Después de que se fuera tambaleándose por la senda, arreglamos la casa y alimentamos a los niños. Tuve ganas de cuidar de María Cabocla, de lavarle sus heridas, de darle de comer, pero me dijo que todo estaba bien y me agradeció con un gesto sincero. Me fui con recelo, pensando en el hombre vagando por el camino. Pensé también en María con aquella pila de hijos que cuidar y alimentar. ¿Qué sería de ella? ¿Y si la echasen de la Hacienda? ¿Y si el marido fuese a hablar con Sutério? Dormí con esas cosas martilleándome en la mollera, pensando en María lastimada, sola, tenía ganas de agradarla, de peinar su pelo esta vez, de hacerle una trenza si el brillo oleoso que se desprendía de él me dejase.

Comencé a llevarle yuca y papas, la cosecha era buena, era mi disculpa para justificar la frecuencia con que la visitaba todas las semanas. En realidad, no me hacía falta, y aquí era así desde el principio, una mano lavaba la otra. Al fin y al cabo, nuestros padres, la gente de María Cabocla, y tantos otros, llegaron de lugares diferentes y lejanos, pero, pasado tanto tiempo, vivían como una parentela de hijos *pegação*, de compadre, comadre, vecino, marido y mujer, cuñados, primos y enemigos. Muchos se habían casado entre sí y eran parientes de verdad, en los lazos y en la sangre. Los que no lo eran, se consideraban parientes. Así, el corazón mandaba dividir lo que teníamos y, por eso, sobrevivíamos a las peores dificultades.

Semanas después, supe que Aparecido había vuelto. Sentí tristeza, pero pensé que "si es el padre de sus hijos tiene que haber algún perdón". ¿Podría cambiar aquel hombre? O, quizás, el afecto de María sea más grande que las diferencias que existen entre ellos. En el fondo, ¿pensó María que podría ser peor estar sola en la tierra con aquel montón de hijos, sin condiciones para cultivar el campo y dar de comer a todos? Tal vez haya sido por eso, por la vergüenza de haberme llamado aquel día en que me enfrenté a Aparecido con la valentía que corría en mi sangre, que María se apartó de mí. Fue cambiando con el tiempo, volviéndose más tristona, más solitaria de lo que era. Si se encontraba conmigo, me saludaba, pero ya no se detenía a hablar de la vida, de las penas que sufría, de los golpes del marido, de las dificultades para llevar comida a la mesa. Yo también, para no herirla sin querer, u ofenderla, dejé de llevarle las cosas que plantaba y cultivaba con mi fuerza.

¿Cuánta gente que entraba en la soledad de mi rancho, decía que era un campo bonito, que era más grande y estaba mejor cuidado que el de muchos hombres? Se sorprendían cuando veían que trabajaba sola. Con los ojos, medían mi cuerpo de arriba abajo. Si pudiesen me harían echar un pulso con los hombres, sólo para saber si la fuerza para remover la tierra, para trabajar el suelo, venía del propio brazo. Para asegurarse de que no eran las fuerzas de los encantados en que las personas creían. Sutério pasaba rigurosamente todas las semanas y se llevaba lo que podía. Pero no le dejaba llevarse lo mejor, como mi padre hacía por gratitud. Separaba las legumbres más grandes para la casa, para mis padres. Y solamente no las dejaba pudrirse en las matas

porque me parecía una falta de respeto con la propia tierra. Pero si servía para dárselo a los animales, se lo daba, para no dejar que él se llevase mi sudor, mi dolor de espalda, mis callos en las manos y mis heridas en los pies, como si fuese algo suyo.

14

Bibiana y Severo volvieron con sus cuatro hijos a la Hacienda, algunos años después. En ese intervalo de tiempo, vinieron a las fiestas de fin de año y de San Sebastián con cierta frecuencia. En una de esas visitas bauticé a dos de sus hijos, como había prometido: Ignacio, el mayor, que había crecido y tenía casi mi altura; y María, la tercera. Domingas bautizó a la segunda, Flora, y Zezé también fue escogido como su padrino. Santa, la hija de Toña, bautizó a Ana, la benjamina, que había recibido el nombre de nuestra abuela, y que ya había cumplido tres años. Mi madre había viajado para hacer el parto de la segunda, y también acompañó a Bibiana al hospital en el parto de las dos últimas. El año del regreso fue el año en que llegó la primera televisión a la Hacienda. Se la había dado a Damián uno de los hijos que trabajaba en la ciudad. Era una televisión en blanco y negro con una caja gris, con antenas medio estropeadas y una esponja de acero en la punta. Al principio, veíamos más lluvias de puntitos que cualquier imagen. Después llegó la primera antena parabólica, “un plato grande vuelto a las estrellas”, dijo Damián a mi padre, en una de sus visitas al *jarê*. Recuerdo la cara de asombro y risa de la gente de Agua Negra, conocíamos la televisión de andar por la ciudad y por otros lugares, pero nunca habíamos tenido una por allí. Llegó antes que la energía eléctrica, y en la casa de Damián la hacían funcionar con una batería de vehículo antigua que siempre necesitaba ser recargada. Así, veíamos una telenovela durante quince días y pasábamos otros quince sin ver nada, hasta que alguien de la familia iba a la ciudad llevando el peso de la batería. A partir de entonces, las personas empezaron a reunirse en la casa por la noche; cuando se acababa la batería oíamos quejas en el campo, en el mercado y en todo lugar, hasta que volvían con ella cargada de nuevo. Hasta incluso Sutério venía, cojeando, de vez en cuando, “para espiar”, como decía. Se formaba una aglomeración de gente conversando, otros pidiendo silencio. Otras personas empezaron a asomarse por las ventanas porque no había más sitio ni en el suelo de la sala. Bibiana dijo que cuando tuviésemos energía eléctrica compraría una para nuestros padres.

Antes de la vuelta de mi hermana, habíamos pasado por nuevos tiempos de crecidas y estiajes. Poco a poco, el paisaje fue cambiando también. Los grandes campos que los hombres trabajaban fueron reducidos, año a año. La familia Peixoto ya no tenía interés en producir. Uno de los hermanos, que estaba al frente del trabajo instruyendo a Sutério, había fallecido. Ya tenía edad avanzada y los hijos no parecían tener interés en continuar cuidando de la Hacienda. Las sequías habían sido duras, ya no se plantaba arroz, decían que faltaba dinero para comprar abono y semillas. Las únicas cosas que parecían estar bien eran los campos de las zonas anegables de los lechos del río, los *marimbus*, la televisión de Damián y las celebraciones de *jarê*. Mi padre estaba envejeciendo, encorvándose con el tiempo, el pelo se le ponía blanco lentamente, pero todavía trabajaba de domingo a domingo. No hablaba de dejarlo. Él y otros trabajadores pioneros que llegaron en los primeros años a Agua Negra se estaban jubilando. El propio Sutério les aconsejó solicitar el beneficio –que se haría sin registro de trabajo, confesó–, lo que era de mucha ayuda y cambiaba en parte la situación de los habitantes.

Pasaron, de mano en mano, una copia del documento del impuesto de la tierra para que los más viejos pudiesen tener lo que nunca tuvieron, como si todo el tiempo de espera y trabajo hubiese sido para ese último momento, cuando recibirían sus parcos recursos en el banco de la ciudad. Era como si, después de pasar tanto tiempo trabajando sin recibir cualquier tipo de remuneración, ahora entendiesen que tenían derecho a recibir un salario todos los meses. Continuaban trabajando en sus campos, cultivando sus alimentos, muchos seguían montando un puesto en el mercado de la ciudad, pero ya no existían las tareas fatigantes que les quitaron la salud a muchos y que significaban la servidumbre de los antiguos, de los abuelos y bisabuelos, la sujeción que les gustaría poder olvidar.

A pesar de los cambios lentos, muchas prohibiciones impuestas por los hacendados todavía continuaban vigentes. El dinero no se usaba para mejorar las casas que continuaban siendo de barro, seguíamos sin poder construir casas de albañilería. Pero las personas comenzaron a mejorar su interior: colchones de espuma para sustituir los colchones de paja de maíz, una cama, mesa y sillas, medicinas, ropas y alimentos. Ollas y colchas que los gitanos vendían de cuando en cuando en nuestras puertas.

Bibiana había estudiado para ser profesora, hablaba diferente, bonito, veía el orgullo de mi padre al verla enseñar a los hijos. Decía que quería a la hija como profesora de la escuela de Agua Negra. Que hablaría con el alcalde en una fiesta de *jarê* para que le diese el cargo de profesora a la hija, si fuera posible. Ella y Severo construyeron una casa cerca de nuestros padres, como la mayoría solía hacer cuando se casaba y no se iba para otros lugares. Yo continué viviendo cerca del río San Antonio, pero pasaba los fines de semana entre ellos. Me gustaba estar con los niños, escuchar a Severo hablar sobre nuestra situación en la Hacienda. Aprendía cosas nuevas. Mi primo continuaba yéndose de la Hacienda a las reuniones del sindicato, a movilizaciones, a congresos. Me gustaba su compañía, pero guardaba cierta distancia porque sentía que mi hermana tenía celos del marido, incluso de mí. O tal vez yo me haya quedado con esa impresión al ver sus ojos crisparse cuando alguna mujer, atraída por el discurso de Severo, por la sabiduría que emanaba de él, se deslumbraba ante su oratoria y su sonrisa, que parecía ser la del mismo niño que me había encantado y me había hecho querer ser como él en mi juventud.

Cuando Severo viajaba para encontrarse con quienes le enseñaban las cosas sobre la precariedad del trabajo, sobre el sufrimiento de la gente del campo, yo dormía en la casa de Bibiana para hacerle compañía. Ignacio, mi ahijado, ya era un niño crecido, tenía cuerpo de hombre, le gustaba ayudarme a plantar en el huerto de la casa. Él mismo cogía la azada de mi mano o de la mano de su madre, cavaba surcos, hacía hogueras bajo nuestra vigilancia. Tenía el mismo interés por los libros de la madre y el padre. María, mi otra ahijada, era traviesa, vivía sorprendiéndonos a todos. Se colgaba de los ombúes y los anacardos, desaparecía en los bosques. El día en que se cayó y se rompió un brazo me acordé de la *Rural* que nos llevó al hospital en la infancia que se distanciaba, pero que en momentos como ése volvía como un sueño. Mi madre miraba a la nieta y decía “ésa tiene a quien salirle, nunca me voy a olvidar de lo que me hicieron pasar, corriendo hacia el hospital”. Bibiana se quedaba afligida, pero yo me reía en silencio, pensaba qué gracioso era poder ver la vida repetirse como una historia antigua. Mi padre se unía a Bibiana en la preocupación, le decía que no castigase a la niña, que ella tenía los Cosmes que él no quiso cuidar. Por eso nosotras dos habíamos sufrido en

la infancia, porque él no quiso cuidar de San Cosme y San Damián, o, cuando los cuidaba, lo hacía de mala gana. Se quedaba contrariado cuando tenía que prestar su cuerpo a los Santos, cuando reaccionaba como un niño, cuando se subía a los árboles o saltaba por las ventanas, y si el tejado de la casa fuese de cerámica habría corrido por encima como un niño inquieto.

El año de la vuelta de la hija fue la última vez en que mi padre y mi madre viajaron para los festejos de Bom Jesus da Lapa, tierra de Salu, en caminata y romería, promesa hecha con ocasión de la partida de Bibiana y Severo, para que volviesen a la Hacienda. Sólo supimos de la promesa cuando se aproximó agosto y ellos partieron a pie a su destino, con otros habitantes de Agua Negra y de las Haciendas vecinas. La romería también era para agradecer la lluvia, aunque era cada vez más parca. Por eso, muchos habitantes, principalmente los más antiguos, partieron a aquel viaje. Caminaron durante 17 días, ida y vuelta, y todos nosotros nos sentimos afligidos por la seguridad de los romeros, principalmente Bibiana, sintiéndose culpable por el peso de la promesa, temía que algo ocurriese y ella se llevase la culpa por el resto de su vida. Pero volvieron bien, quemados por el sol, cansados y, sin embargo, revitalizados, como siempre ocurría tras un viaje a las tierras de Bom Jesus, agradeciendo al santo por la romería, por tener piernas y salud para caminar. Volvieron, como siempre, cargados de gracia, con imágenes, rosarios y promesas. Volvieron más viejos en la carne, con dolores que los acompañaron durante semanas, años, tal vez durante toda la vida, pero los ojos relucían como la llama de una vela, y eso bastaba para que supiéramos qué era lo que se debía hacer.

Pero después de ese viaje mi padre nunca más fue el mismo. Sus fuerzas fueron menguando. Tal vez la fuerza empleada en una caminata tan larga como aquélla fuese demasiado para su edad. Mi madre volvió con el cuerpo abatido, pero Zeca Sombrero Grande volvió con el cuerpo mucho más débil. Sentir el sol en el camino de asfalto, entre rezos y encantos, revivir la caminata que lo trajo a Agua Negra, tal vez la emoción de ver al santo, hijos y nietos a su vuelta, hubiese preparado su cuerpo para la partida.

15

En el último año de vida, mi padre fue contra todas las recomendaciones que había hecho en relación a las prohibiciones propias del *jarê*, y que nos eran impuestas los años bisiestos. Construyó en los primeros meses la base, el centro y los horcones de la nueva casa, con la ayuda del yerno y del hijo. Nosotros desconfiábamos de lo que eso supondría, pero no hablábamos para no atraer la mala suerte. Plantó dos árboles de yaca en un *terreiro* a media legua de la casa, tres anacardos cercanos a la puerta de la nueva construcción, bananos en el huerto y un mango en el corto camino hacia la casa antigua. En esos años mi padre decía que no podíamos plantar especies de raíz profunda, ni hacer cultivos permanentes como el café. Decía que no podíamos construir ni el medio ni el centro de la casa. Que si hacíamos todo el año anterior, se permitía colocar las puertas, las tejas, calar, terminar una casa en año bisiesto, pero la base tenía que ser hecha antes. Aquel año, sin embargo, él no dijo nada de las prohibiciones, ni habló del riesgo de muerte, ni del mal agüero que suponía la ruptura de las prohibiciones, ni nadie lo cuestionó cuando lo vio plantar los esquejes y pedir ayuda para levantar la nueva casa.

Mi madre incluso intentó argumentar sobre por qué no esperábamos al próximo año, principalmente para construir la casa. Él apenas respondió que no tenía sentido esperar. Daba a entender que todo lo que había dicho en relación a la creencia era superstición, que no nos atuviésemos a los detalles, que viviésemos lo que teníamos que vivir. El último invierno había sido de mucha lluvia y vientos fuertes, habían causado averías en la casa en que mi padre vivía solo con mi madre después de la partida de los hijos. El barro había cedido, dejando ver el trenzado de madera que sostenía la pared de la entrada. Era como un cuerpo corroído que nos permitía ver los huesos. Que nos permitía ver la intimidad de una casa porque los rotos y grietas ya no cubrían su interior. Y el interior de una casa era todo lo que teníamos. Guardaba secretos que nunca serían revelados. Guardaba secretos que eran parte de lo que todos nosotros éramos en aquellos parajes. Él no nos contaba las razones de la prisa por construir, pero todos nosotros las intuíamos: el cuerpo de nuestro padre declinaba como las paredes de la casa que se deshacía, tal vez aquéllos serían los últimos meses que lo tendríamos a nuestro lado. Era previsible, pues tenía avanzada edad, y era seguro que se aproximaba el momento de su descanso.

Al mismo tiempo veíamos su cuerpo cansado yendo de un lado a otro del camino, de una puerta a otra de la casa, su vigor de trabajo al amanecer, cuando salía con su azada y bolsa de paja y bajaba a la vega del río, con las primeras luces del día. Nos confortábamos al ver que mantenía la misma disposición para el trabajo de domingo a domingo, y que traía la bolsa cargada de maíz y arrastraba la malla de raíces de mandioca a casa. Traía peces los días en que se ponía a pescar en las aguas negras del río. Comía con la misma hambre y continuaba encendiendo velas, cogiendo hierbas, preparando remedios para nuestros vecinos. No dejó a San Sebastián sin fiesta, aunque los encantados que le acompañaron durante toda la vida no lo tomasen como caballo. Aunque las palmas, los cantos y los sonidos de los timbales ya no fuesen capaces de

sacar de su cuerpo la danza ágil, y ni siquiera lo hiciesen levantarse de su silla. Sus hijos e hijas, que eran tan numerosos como el junco que crece en la vega, no consiguieron levantarlo de la silla, ni fueron capaces de hacerlo reaccionar a los cantos. Doña Miúda estuvo presente con Santa Rita Pescadera, lanzando redes al aire. Pero mi padre permaneció todo el tiempo fumando su pipa, con la mirada vacía, mirando mucho más allá de las danzas en la sala, para que justo después los invitados comenzaran a hablar de la debilidad de Zeca Sombrero Grande, en el *terreiro* de enfrente, en el camino de vuelta a sus casas, durante los días que siguieron a la fiesta.

Hasta que, después del día de San José, noté que la energía que todavía guardaba para el trabajo también se desvanecía. Se despertaba, encendía un cigarro, pero ya no iba al plantío. Se levantaba a la misma hora, pero desde la puerta sólo contemplaba el horizonte hacia donde caminó durante tantos años, donde estaba todo lo que más le gustaba. Miraba el suelo que sembró con sus propias manos. Bajaba el batiente de la puerta y se apoyaba con cuidado, para reposar, entre las plantas que crecían en el *terreiro*. Sus manos tocaban el agua fresca del rocío, cuando el sol todavía no se había levantado con su fuerza descomunal, con la fuerza de una bendición o de un castigo. Llevaba las gotas de agua frente a los ojos, deshaciéndolas entre los dedos, para sólo entonces volver a la casa dejando la colilla del cigarro en el suelo.

Madre Salu lo esperaba en la cocina con un café humeante y camotes. Se sentaba, pero no tocaba el plato, dejaba que el café se enfriase y volvía después de algunos minutos de silencio a la sala. Se quedaba cerca de la puerta, se adormecía mientras mi madre me hablaba del tiempo. Ella intentaba no exteriorizar su preocupación, y cuando yo estaba más lejos la oía preguntarle si estaba sintiendo algo. Él no respondía. Levantaba la mano izquierda con visibles nudos en los dedos y su palma gruesa para hacer un gesto de negación.

Cerré la casa de la orilla del río San Antonio. Recogía, de vez en cuando, lo que tenía que cosechar, y me iba a trabajar al campo de mi padre, pero con una opresión en la garganta que a veces me sofocaba. Bibiana, en la casa de al lado, iba a la escuela donde daba clase pero, preocupada, volvía a la hora de la comida y pasaba para preguntar por él antes incluso de ir a su casa. Mi madre cuidaba de los nietos, cocinaba, regaba la huerta, despachaba las visitas y los que buscaban consultas para los males del cuerpo y del espíritu. Fue difícil hacer entender a las personas que nuestro padre estaba cansado, que no daba señales de poder atender a nadie. Pedíamos que aguardasen su mejoría. Él pasaba la mayor parte del tiempo en sueños breves, pero continuaba despertándose temprano para abrir la puerta y mirar de nuevo el camino hacia la vega.

Mi hermano alternaba los días de trabajo en su campo con los días de trabajo en el campo de mi padre, conmigo. Le contaba, intentando despertar su interés, que las matas de pimienta habían florecido o que el plantío de calabaza no había crecido. Pero nada parecía sacarlo de su desconexión con el mundo, cada día un gesto menos, hasta que en las últimas semanas empezó a no levantarse de la cama. Su delgadez y apatía cambiaron el semblante de mi madre. Él sólo hizo una petición: que no lo llevasen al hospital de la ciudad. Domingas intentó rebatir, mi hermano, Bibiana y Severo también. En ese momento el silencio se rompió y todos pasaron a discutir sobre qué providencias tomar. La ambulancia podía venir a buscarlo, pero no debíamos ir contra su voluntad. Yo me expresaba como podía, me confundía en los gestos, y la tensión era permanente.

El médico que vino dijo que se lo deberían llevar de forma urgente al hospital. Que

sus pulmones conservaban una capacidad pequeña de respiración, que tenía líquido en ellos y que estaba deshidratado y desnutrido. Él permaneció con los ojos cerrados durante toda la consulta, aunque supiésemos que estaba despierto y lúcido. No decía ni que sí ni que no. Fuera del cuarto, Bibiana le dijo al médico que íbamos a conversar de nuevo y que llamaríamos a la ambulancia. "Pero la ambulancia puede estar atendiendo a otra persona, lo correcto sería que nos lo lleváramos ahora. Ya hicimos el viaje, gastamos combustible y tiempo". Fue así que vimos la ambulancia alejarse.

Ahora todos juntos intentábamos convencerlo de que debía ir al hospital. Que no podíamos tratarlo del cansancio cada vez más agudo que presentaba. "El médico nos dijo que usted necesita ponerse oxígeno". En aquel momento, sus ojos permanecieron cerrados, pero su boca, que profirió sentencias de vida y de muerte a personas, no dudó en recordar, "todavía estoy vivo, yo soy el *curador*, no él".

En determinado momento, él sólo pudo quedarse sentado para no sofocarse con los líquidos que se desbordaban en su pecho. A veces era Domingas quien lo cuidaba en la cama. Mi madre también lo hacía, pero se cansaba, aunque no se quejase. Bibiana continuaba yendo a la escuela, pero en las horas vacías se acercaba a cuidar el cuerpo del padre. Y yo hacía lo mismo. Cierta vez me adormecí del cansancio. Me desperté con Zezé levantándolo de mi regazo donde se sofocaba. No me había dado cuenta de que se había escurrido de mis brazos y echado la cabeza en mi regazo, en una posición en la que no se podía quedar. Cuando noté que me había descuidado y dejado que casi muriese, me desesperé de tal forma que, en años, fueron los primeros gemidos que dejé escapar de mi boca mutilada delante de mi familia. Lloré con tanto dolor que la única cosa que me confortó fue el abrazo de mi madre, al mismo tiempo en que todos parecían haberse olvidado de los problemas reales, para ver aquel gesto involuntario de mi cuerpo como un milagro que avisaba de que todo podría cambiar y mi padre podría restablecerse; al final, hacía casi 30 años que no escuchaban ningún sonido de mi boca. Los ojos de Bibiana guardaban el mismo espanto que el día en que me vio silenciar.

En la semana santa, Zeca se encontraba apenas con un hilo de aliento. Aceptaba el caldo que le preparábamos sin resistirse. Continuaba deshidratado, pero respetábamos su voluntad de permanecer en casa. El viernes, aprovechamos el caldo de carne roja que lo alimentó el día anterior. Mi madre decía que era más nutritivo que el de pescado, aunque no nos estaba permitido comer carne el día de la Pasión. Cuando se sentó en la caja de legumbres vacía a su lado y le dio la primera cucharada de caldo, él cerró los dientes. Parecía concentrar todo el resto de fuerza en su boca. Para nosotros, aquella fue una señal de que Zeca Sombrero Grande todavía tenía sus pies plantados en la tierra.

El domingo de Pascua, mi madre contó que sintió una fuerte corriente de aire frío y húmedo de la madrugada recorrer su cuarto. Se levantó aturdida, creyendo que se había olvidado la ventana abierta, pero vio que permanecía cerrada. Encendió el quinqué para ver si mi padre necesitaba algo. Lo encontró con los ojos abiertos, aunque con la expresión serena. Su rostro, a la luz parca, era un juego de sombras enmarcado en los huesos. Fue así que vino a llamar a los hijos, con su voz rompiendo el canto de los insectos. Zeca había partido.

16

Crecí escuchando las historias de José Alcino, mi padre, Zeca Sombrero Grande. Algunas venían de su propia energía y disposición para contárselas a los hijos, de sangre o de santo. Pero gran parte venían de la memoria de mi madre, que ya oía historias sobre mi padre incluso antes de conocerse y de recibir la propuesta de vivir con él. De ella oí las más emocionantes, y también las que nos costaba creer que habían ocurrido. Oí las primeras cuando era niña, pero guardé poca cosa de lo que se contaba. Conforme crecía, vi a mis hermanos indagar sobre nuestros orígenes. Nuestros padres respondían que sólo escuchábamos sus lamentos. Muchas veces las historias venían en momentos de reprimenda, cuando protestábamos por la cantidad de trabajo.

"Ustedes no han pasado ni la mitad de lo que su padre pasó", decía mi madre mientras desgranaba las vainas de frijoles que vendíamos en la feria. "Eso fue mucho antes, mucho antes de llegar a esta Hacienda". Mi padre había nacido casi 30 años después de que declararan a los negros esclavos libres, pero todavía cautivo de los descendientes de los señores de sus abuelos. Mi abuela, Doñana, había dado a luz al hijo José Alcino en medio de una plantación de caña en la Hacienda Caxangá. Nació en medio de un charco, porque no permitieron que su madre dejase de trabajar aquel día. Mi padre vino al mundo rodeado de mujeres que, igual que mi abuela, cortaban apresuradas la caña bajo la vigilancia de los capataces. Doñana decía que nació con los ojos abiertos de par en par y no lloró en los primeros minutos. Casi sin fuerzas se lo llevó al seno para que tomase de su pecho. Solamente después de saciado dio un grito, que se pudo oír desde lejos, anunciando su llegada.

Mi padre fue el primero de los once hijos que mi abuela tuvo con diferentes maridos. Llamaban a nuestra abuela Doñana Sombrero Grande porque no abandonaba el sombrero de paja del primer compañero. Él había fallecido poco antes del nacimiento de mi padre, y mi abuela, durante mucho tiempo, no se conformó con su destino. De lejos, a pesar de su baja estatura, se veía en las plantaciones cortando caña a causa del sombrero que había decidido usar hasta el final de su vida. Protegía sus ojos del sol fuerte, al mismo tiempo que contribuía a la imagen de hechicera que se creó a su alrededor. De Doñana, sólo sabíamos que la llamaban así, no conocíamos el nombre que su madre o su padre le habían dado. Mi madre decía que debía ser simplemente Ana. Cuando murió no tenía siquiera un documento, y como fue enterrada en el cementerio de la Virazón, nadie se quejó.

De boca de Doñana no supe casi nada. Sólo del insistente recuerdo de Carmelita y de un miedo a los jaguares que nadie entendía muy bien. Salu era quien contaba sobre los años que ella misma había vivido en Caxangá, e incluso así sólo se dispuso a hablar después de que la suegra ya no estaba viva. Ella solamente tuvo contacto con las historias que contaba en la juventud, cuando dejó las tierras de Bom Jesus da Lapa al lado de los padres, con rumbo a la Hacienda donde conoció a Doñana Sombrero Grande y al hijo, que ya eran parte de las creencias de aquellas tierras.

Mi madre me contó que, todavía niña, Doñana vivió en compañía de la familia del capataz que había asumido su custodia, sirviendo como empleada en su casa en la

Hacienda. Fue allí que empezó a sentir gran incomodidad, poco antes de la llegada de su primera menstruación. Tenía fiebre, sentía un sueño intenso durante todo el día, no conseguía dormir por la noche. Vomitaba casi todo lo que le caía en el estómago. Oía a la dueña de la casa decir que estaba poseída por un espíritu maligno, que no iba a durar mucho tiempo. Días antes de que la sangre le escurriese por las piernas, Doñana comenzó a ver objetos balancearse de forma violenta, el bosque seco se quemaba por donde pasaba, e incluso las ropas que se secaban en el tendedero desaparecían como paja seca. La familia, con miedo, llevó a la niña a un *curador* conocido de Caxangá, y la dejaron hospedada en su casa. Allí, Doñana vio puertas y ventanas agitarse donde no había ni corriente de aire, vio la estera de paja destinada para dormir quemarse. Hasta que el *curador* desistió del tratamiento.

La familia recorrió leguas, de casa en casa de los *curadores* conocidos de la región, "golpearon 16 puertas, 16 casas de *jarê*", dijo Salu, mientras retiraba las hojas secas de la pequeña huerta en el patio. "Eran los *curadores* más conocidos de la Chapada Velha". Por último, la niña comenzó a recibir encantados, casi siempre al *Velho Nagô*, y le dijeron a la familia que el problema del otro mundo había sido resuelto. Los encantados la esperarían hasta llegar a la edad adulta para que pudiese ella misma ser *curadora* y guiar a los espíritus en beneficio de los que necesitaban sus poderes. Fue en esa última casa, al lado del *curador* João do Lajedo, que Doñana aprendió a manejar hierbas y raíces para hacer jarabes y remedios para los más distintos males que atacaban a gente de todo origen: de coroneles a trabajadores, de muchachas ricas que vivían en la ciudad hasta mujeres del campo que trabajaban al lado de sus maridos.

Cuando el destino llevó a José Alcino, el marido, a su encuentro, Doñana no tuvo dudas de que se refugiaría debajo del sombrero que lo protegió del sol durante la larga travesía que había hecho. José migró del Recôncavo a la Chapada, atraído por la promesa de riqueza que venía con las noticias de explotaciones de diamantes. Tan rápido como llegó a la región, vio que la lucha por la piedra había transformado la tierra en un horizonte de luchas y de bandos armados guiados por coroneles que se enriquecían a costa de la sangre y de la locura de quienes se entregaban a la suerte de los yacimientos. El hombre, entonces, dejó su bolsa con sus pocos objetos y dos mudas de ropa en el suelo donde Doñana vivía. Decidió hacer lo que había aprendido con sus padres, lo que lo había mantenido hasta el momento de partir y durante el camino que siguió hasta llegar a la Chapada. José Alcino pidió una azada y mostró que sabía trabajar la tierra. Pidió vivienda en la misma Hacienda donde mi abuela vivía cautiva, sin nunca haber intentado dejar a sus tutores, trabajando por lo que comía. Construyó una casa de barro, la cubrió con juncos, hizo amistad con el capataz que había criado a Doñana. Con el tiempo, dijo que necesitaba compañía, que quería familia y no podía vivir solo. Notó que la muchacha no paraba de mirar su sombrero, e incluso evitando sus ojos, la llevó para la casa.

Poco antes de que Doñana diese a luz a mi padre, José Alcino se cayó de un caballo, mientras viajaba acompañando un cargamento de caña. Los dueños de mi abuela volvieron a ser motivo de conversaciones e intrigas en la casa grande, en los caminos que los trabajadores tomaban hacia los campos bajo el sol. Contó mi madre que Doñana se dirigió despacio, amparada por las vecinas, hacia el lugar donde había ocurrido el accidente. No lloró cuando lo vio caído ya sin vida en el suelo, así como yo no había derramado ni una lágrima por Tobías. Tal vez por motivos diferentes, pero fue

extraño saber, después de todo lo que ocurrió, que la historia se había repetido. Salu dijo que, cuando Doñana cogió el sombrero caído a algunos pasos del cuerpo, volvió en un carro de bueyes, en su regazo apoyada la cabeza del hombre que le había dado casa y compañía.

Cuando mi abuela enviudó por segunda vez, recibió un recado del *curador* João do Lajedo, que ya se estaba muy viejo: era hora de tomar para sí las obligaciones que Dios le había dado. Debería cuidar de los encantados que le acompañaban. Debería servir en su casa para curar los males del cuerpo y del espíritu de los que fuesen a buscarla. Su poder era un regalo que debía usarse en favor de los que sufren. De lo contrario, sería perseguida por la mala suerte el resto de su vida, y ya tenía pruebas suficientes sobre esta sentencia.

Doñana no puso oído a la petición. Haría lo que estuviese a su alcance. Era partera y preparaba remedios de raíces, y ya hacía mucho por las personas que la buscaban. Pero no podía poner el *jarê* en su casa. No podía organizar fiestas, hospedar enfermos. No había nacido para una vida de privaciones y obligaciones que nunca acababan. “No sirve de nada que me lo ruegue. No lo hago y se acabó”, devolvió en respuesta a las palabras de la mensajera.

Fue poco después de esa época, o así lo entendí, que Zeca, casi hecho un hombre, comenzó a tener fuertes dolores de cabeza. No conseguía terminar el día de trabajo al lado de la madre y de los hermanos. Volvía a casa temprano, a veces no conseguía ni bañarse en el río para retirar la arena que le cubría el pelo y la piel, una arena levantada en el aire en la tarea de remover la tierra con arado y azada en mano. Se acostaba en el suelo, encogido, sin comer o dormir. Pasaron los días y Zeca comenzó a gritar como un animal salvaje, lanzando gemidos por todos los lugares, los ojos recorriendo el espacio y las personas. Doñana vio que su resistencia había hecho que el hijo mayor enloqueciese. “Loco, loco”, le gritaban los niños en la ventana de la casa de Doñana, que salía a la puerta con la escoba en mano, sin olvidar el gran sombrero que la acompañaba.

Doñana intentó de todas las maneras posibles que el hijo volviera del encanto. Le dio jarabe de raíces, consultó con el curador João do Lajedo, conversó con otros *curadores*, y todos le decían que no había mucho que hacer, que ella estaba en deuda con los encantados porque se negaba a cumplir su misión en la tierra. Doñana no se sentía capaz de tanto sacrificio. Por eso rezaba, encendía velas día y noche, muchas se apagaron antes de quemarse por completo, señal de que sus intenciones no estaban siendo consideradas. Al final, comenzó a encerrar al hijo en casa cuando se iba al campo. Dejaba a mi padre en el cuarto, sin nada que le pudiese servir de ayuda para la muerte, sin un vaso de agua, sin velas, sin comida, sin nada con que pudiese herirse. Zeca vivió algunos días en el espacio oscuro de un cuarto sin ventana.

Hasta el día en que Doñana volvió a casa y no lo encontró allí.

17

Si supiese que todo lo que pasa por mis pensamientos, esa procesión de recuerdos mientras mi pelo se va volviendo blanco, podría servir como algo valioso para cualquiera, me habría empeñado en escribirlo de la mejor forma posible. Habría comprado cuadernos con el dinero de las cosas que vendía en el mercado, y los habría llenado con las palabras que no me salen de la cabeza. Habría dejado que la curiosidad que tuve al ver el cuchillo con mango de marfil se transformase en curiosidad por saber en lo que podría convertirme, porque de mi boca podrían salir muchas historias que servirían de motivación para nuestra gente, para nuestros niños, para que cambiasen sus vidas de servidumbre a los dueños de la tierra, a los dueños de las casas en la ciudad.

Cuando Bibiana ya vivía nuevamente entre nosotros, comencé a leer todo lo que veía en sus manos o en las de Severo. Comencé a tener hambre de lectura, me llevaba libros incluso a la sombra del descanso en el campo. Esas historias que encontraba en los libros y oía de boca de la gente se van desenrollando en mi cabeza como un ovillo de mallas para coger peces. Cuando me siento para coser una ropa vieja o levanto la azada para devolverla de nuevo al suelo, abriendo surcos, arrancando las raíces de las plantas, es que ese hilo, que ha sido mi pensamiento, se va haciendo trama. En esas horas yo, que le tomé rabia a los hombres, que nunca más me quise acostar o casar con un hombre, tal vez me acostase de nuevo para tener hijos, para tener con quien sentarme a deshilar esas historias que no me abandonan. Tal vez les diese un montón de cuadernos viejos, manchados de la humedad de la lluvia, o roídos por las polillas, para que los leyesen y pudiesen entender de lo que estamos hechos.

El entierro de mi padre tuvo lugar después de un día de velatorio, cuando los afligidos que habían pasado por sus manos para curarse vinieron como homenaje al *curador*. Zeca Sombrero Grande había colocado su mano sobre las cabezas de los que ahora se arrodillaban y rezaban por su alma, en reverencia. Cada uno tenía una historia de locura, de bebida, de desaliento o mal de ojo, y todas las cosas que contaban se encontraban en el enjambre de sentimientos que abatió la Hacienda aquel día. Era una mañana cálida, yo me alternaba con mi madre y hermanas en la cocina preparando té de hierba limón para calmar el llanto de las personas. La casa que se deshacía, la sala donde mi padre prestó su cuerpo para que los encantados danzasen, curasen a quien lo necesitaba, impusiesen respeto y tolerancia, organizasen a los vecinos, ahora hospedaba a los que acogió durante su vida. Oía el sonido de las conversaciones, cada uno contando su historia con Zeca, cada uno recordando por qué él haría falta en Agua Negra. Las mujeres más cercanas entraban en la cocina, preguntaban si comadre Salu necesitaba ayuda. Dejaban por allí un paquete de café limpio, otro de azúcar, las botellas térmicas de sus casas, y llevaban la bebida para servirla en la sala. Cuanto más pasaba la hora, llegaba gente de más lejos. Venían en automóvil, a caballo, en carros tirados por bueyes, la gran mayoría a pie, con sus sombrillas para protegerse del sol. “Este sol todavía me come el juicio”, bramó doña Miúda mientras entraba en nuestra casa, “Bendición, mi comadre, que Dios la conforte”.

Entre los susurros y las conversaciones más acaloradas oí, como una constante

compañía, el zumbido de las moscas. Yo misma espantaba los insectos mientras estaba al lado del ataúd. Ese sonido de insectos y voces mezcladas siempre me viene a la mente cuando recuerdo aquel día. El mismo sonido que escuché en el velatorio de Tobías. Los vecinos y parientes se guardaban en sus silencios, se quitaban sus sombreros y los bajaban a la altura de sus ombligos, y sólo de vez en cuando susurraban cosas que no conseguía escuchar.

Como si esperase una buena noticia me acercaba al ataúd, juntaba las flores pequeñas sobre su cuerpo, un manto albo de la tierra que pudiese cubrirlo. Miraba sus manos antiguas y gruesas de trabajo, como si tuviese muchos guantes de piel y callos calzándolas. Manos grandes y desproporcionadas, cuando miraba al brazo seco como un palo. Sentí a María Cabocla consolándome, cogiéndome los brazos, sin conseguir decir palabra alguna que me pudiese consolar. Después de una madrugada de vigilia, después de que colásemos café y cubriésemos nuestras cabezas, pusimos rumbo en cortejo para Virazón, el cementerio de la Hacienda, donde estaban Doñana y Tobías. Donde estaban los niños que no lograron superar el parto. Donde estaban los dolores y los recuerdos de muchas familias que nos acompañaban. Donde estaban los que murieron de enfermedad y del agotamiento que producía el duro trabajo. Los que murieron por hechizos o porque Dios así lo quiso, como se oía decir. El hoyo estaba listo, había un montón de tierra acumulada en el borde para después de los rezos ser lanzada sobre el ataúd.

18

Doñana temió muchas veces que entrasen por su puerta para decirle que habían encontrado al hijo muerto. Mi padre desapareció sin dejar rastro y ya habían pasado muchos días desde que mi abuela había llegado a casa y había encontrado la puerta reventada.

Fue difícil continuar segando durante aquellos días. Mi abuela concluía el trabajo y esparcía a los otros hijos por las veredas de los caminos para buscar al hermano. Ella misma avanzaba por el bosque con el machete, abriendo sendas, llamando a Zeca –José Alcino, cuando quería repetir todo su nombre– o conteniendo la respiración, para que de su silencio viniese un mensaje de donde se encontraba. Volvían a encontrarse por la noche, a la luz de la vela y del farol, para decir que vieron huellas cerca de la ribera del río, o que una mujer en la lejanía de las cercas de la Hacienda había dicho que vio a Zeca, que no estaba segura porque ya no veía muy bien, pero que, si no se equivocaba, era él andando como loco. O que algunos habían dicho que había un jaguar agitado en el bosque, por donde podía estar escondido. O que habían robado huevos y frutas en sus huertos o que había desaparecido ropa del tendedero.

El tiempo parecía no moverse en aquellos días, las noticias llegaban de forma lenta. El sol no hacía el camino con los mismos pasos en el cielo y la noche parecía larga. Fue cuando uno de los hijos de Doñana llegó corriendo a casa diciendo que un vaquero de la Hacienda Piedad, a muchas leguas de distancia, vio a un hombre joven, negro, sin ropas que le tapasen las vergüenzas, viviendo bajo un guapinol en medio del bosque, en los límites con otra Hacienda de la que no sabía el nombre. Mi abuela dejó a Carmelita con los niños menores, avisó al capataz de que necesitaba saber si era el hijo y se dirigió con los mayores hacia el lugar. Llevó harina, panela y torta para matar el hambre de los niños. No sabía durante cuánto tiempo caminaría.

Fueron por el camino hasta llegar a la Piedad. El vaquero dijo que ya hacía algunos días que no veía al hombre, que “aquello no era algo normal, doña, él duerme bajo un guapinol junto con un jaguar manso, que no le hace nada”. El jaguar, dijo, parecía estar hechizado porque lo rondaba y protegía como si fuese su cría. El hombre no hablaba, se quedaba en silencio, encogido en aquel lugar. El mismo jaguar que Doñana más tarde vería en los ojos de Fusco.

Mi abuela pedía también un poco de harina para alimentar a los hijos cuando, en medio de sus andanzas, encontraba a alguien preparándola en alguna casa. Acampó con los niños cerca del guapinol. Cogió frutos caídos. Cogió la simiente del guapinol para hacer tortas. Las tortas que mataron el hambre de sus ancestros y mataría el hambre de su descendencia. Dormía mal bajo la choza que levantó para abrigar a los hijos del sereno, temerosa de las historias sobre el jaguar.

Una de las madrugadas de vigilia, oyó un sacudir de hojas no muy lejos, lo que indicaba que el hijo podía estar al acecho. Doñana se irguió en la estera, llamó al mayor de los hijos, todos dormían, y dejó que el sonido la guiase por las sendas del bosque. Vio una charca y luciérnagas en gran cantidad moviéndose en alborozo cerca de un espejo de agua. Un animal apoyado en las cuatro patas bebía agua metiendo la cabeza

en la hierba. Pero, a medida que la noche se disipaba, mi abuela se dio cuenta de que aquel animal salvaje apoyado en los cuatro miembros era el hijo desaparecido hacía meses. Llamó a "José Alcino", "Zeca", pero él desapareció internándose por la parte más cerrada de la *caatinga*, arrastrándose entre espinos y ramas secas. Doñana, que aprendió a caminar despacio, sin asustar a capataces y vecinos, que segaba con la fuerza que muchos hombres no tenían para segar, se internó en el bosque y encontró a Zeca con los ojos desorbitados, mostrando los dientes, intimidado. Doñana hizo una plegaria, pidió permiso a los encantados del bosque y ató al hijo, como si atase a un becerro para derribarlo. Su cuerpo, desnudo y sucio, estaba cubierto de grandes heridas. Su olor era más fuerte que el olor del pecarí. Cubrió su desnudez con una manta, amarró sus manos con fuerza mientras él gritaba y llamó a los hijos para poner rumbo juntos a Caxangá. Dejó la choza sin derrumbar y sobras de tortas de guapinol.

En medio del camino estaba la casa del compadre João do Lajedo. "Él carga mi peso", dijo Doñana cuando el viejo abrió la puerta, "él lo lleva por mí porque fui desobediente, no me doblegué. Resistí. Los Santos me castigaron". Los vecinos del viejo João do Lajedo se aproximaron porque Zeca gritaba intimidado, aullando como un perro que quiere huir. "Cura a mi hijo, compadre. Cura a mi hijo. Y si tiene que ser él el *curador* que llevará mi carga, entonces que así sea", dijo, dando la espalda y continuando con los hijos hacia casa.

19

Aquel fue el último entierro realizado en la Virazón durante mucho tiempo. No porque no muriese más gente, sino porque la Hacienda fue vendida meses después de la muerte de mi padre. Los herederos de la familia Peixoto envejecieron, y los hijos y nietos no querían continuar con la propiedad Agua Negra. Los mayores nos conocían, pero los más jóvenes ni sabían quiénes éramos, aunque no tenían duda de que éramos un problema para sus negocios. Fue con las casas de barro y nuestros cuerpos como mobiliario que vendieron la tierra a un matrimonio con dos hijos. Tan acostumbrados estábamos a la posesión de la familia Peixoto que fuimos sorprendidos por el cambio y nos quedamos sin saber lo que ocurriría a partir de entonces. Los más ingenuos pensaban que todo continuaría de la misma manera. Los más desconfiados temían lo que estaba por venir, quizás el desalojo. Sabíamos que la Hacienda existía, por lo menos desde la llegada de Damián, el pionero de los trabajadores, durante la sequía de 1932. La familia Peixoto había heredado las tierras de las *sesmarías*. Esas cosas que ni Dios sabe explicar cómo ocurrieron, pero Severo lo exponía de tal forma que los habitantes prestábamos atención, yendo de casa en casa, a la escuela o por los caminos hacia el campo. Después nos quedábamos preguntándonos, conversando entre nosotros, recuperando las historias de las familias antes de la llegada. Yo intentaba concentrarme después, para aprender lo que Severo contaba. Que llegó un blanco colonizador y recibió el regalo del reino. Llegó otro hombre blanco con nombre y apellidos y fueron dividiendo todo entre ellos. Los indios fueron apartados, asesinados, u obligados a trabajar para esos dueños de la tierra. Después llegaron los negros, de muy lejos, para trabajar en lugar de los indios. Nuestro pueblo, que no sabía el camino de vuelta para su tierra, se fue quedando. Cuando las Hacienda s dejaban de producir porque los dueños ya estaban viejos y los hijos no se interesaban por el trabajo en el campo, porque ganaban mucho más dinero como doctores en la ciudad, y nos buscaban cercando las tierras por los extremos de las Haciendas, dijimos que éramos indios. Porque sabíamos que, aunque no se respetase, había una ley que prohibía quitarle la tierra a los indios. Y también porque ellos se mezclaban con nosotros, yendo y volviendo de sus lugares, perdidos de sus aldeas.

Antes que nosotros, dicen, vino aquí mucha gente, venían con la noticia de que se habían encontrado muchas minas de diamantes. Dicen incluso que quien encontró el diamante fue uno de nuestros antepasados. Cuentan que le robaron las piedras que tenía bajo su posesión, que había encontrado en el río Serrano. Que para quitarle las piedras de sus manos llegaron incluso a acusarlo de matar a un viajante de Minas Gerais. Para que no lo mataran, tuvo que contar donde había hallado las piedras. Otros cuentan que él sólo llevaba los diamantes para venderlos, y que las piedras las habían encontrado unos esclavos de un tal señor Prado. Otros dicen que el primer diamante fue encontrado por un hombre de Minas Gerais. Lo que sabemos es que esa noticia trajo más esclavos, trabajadores libres, consulados de países extranjeros y compañías mineras al interior para retirar los diamantes de las sierras. Se sabe también que se derramó mucha sangre, muchos hombres sucumbieron a la llamada, a la locura y al hechizo de la piedra.

Muchos enloquecieron en la saña por encontrar el brillo. Muchos perecieron encantados y otros tantos fueron asesinados. Esta tierra vivió en guerra de coroneles durante muchos años. Para trabajar en los yacimientos vino una multitud de hombres esclavos de los alrededores de la capital, de los ingenios que ya no tenían la misma importancia que antes, y de las minas de oro de Minas Gerais. Dicen incluso que nació por aquí, hijo de uno de los trabajadores de las minas de diamante, el nieto de un rey de Oyó de África, el nieto del último rey que mantuvo el imperio unido antes de caer en desgracia.

Durante muchos años, nacimos y vivimos a la sombra de la carrera de los yacimientos de piedras preciosas. Ya sea en los juegos de niños, cuando nos enseñaban a identificar cualquier gema que se pudiese asemejar a la piedra de la codicia, ya sea en las historias de los coroneles que dominaban la región y de las guerras que trajeron a las sierras donde estaba el diamante. Contaban cómo el tránsito de personas era, a veces, interrumpido de un lugar a otro para que no fueran asesinados en emboscadas. De cómo tanto las Haciendas donde vivíamos como nuestros orígenes tenían la marca de esa trama de vida y muerte que se instaló durante décadas en la Chapada Velha. Si fuésemos habitantes de la Hacienda “tal” éramos libres de transitar de un lugar a otro. Si nuestro señor tuviese desafecto por “tal” coronel, los que allí vivían corrían el riesgo de volverse víctimas de la violencia. Era lo que nos contaban. El miedo atravesó el tiempo y se hizo parte de nuestra historia desde siempre.

Era el miedo de quien fue arrancado de su suelo. Miedo de no resistir la travesía por mar y tierra. Miedo de los castigos, de los trabajos, del sol abrasador, de los espíritus de aquella gente. Miedo de andar, miedo de desagradar, miedo de existir. Miedo de que no les gustases, de lo que hacías, de que no les gustase tu olor, tu pelo, tu color. Que no les gustasen tus hijos, tus cantos, nuestra hermandad. Dondequiera que fuésemos, encontrábamos un pariente, nunca estábamos solos. Cuando no éramos parientes, nos hacíamos parientes. Fue nuestra valía poder adaptarnos, poder construir esa hermandad, incluso siendo el objetivo de la vigilancia de los que querían debilitarnos. Por eso, difundían el miedo. Yo iba recogiendo cada palabra de la charla de Severo, de las muchas veces que lo vi contarlo, para guardarlas en mi pensamiento.

Eso fue lo que él nos dijo, y las personas también ayudaban contando lo que sabían de las historias de vida: que, en un momento dado, el diamante ya no atraía a tanta gente y sólo quedaban las tierras de Agua Negra, conocidas por la gran cantidad de agua y por la vega, que daba de todo. Era una porción de mundo entre dos ríos que corrían a su alrededor por casi todos lados, formando una isla en el corazón de la Chapada Velha. Hacia acá, en casi todos los años de sequía de los que se tiene noticia, peregrinaron muchos trabajadores buscando donde vivir. Los traía el gerente de la Hacienda, o los que allí ya estaban, que se lo pedían a los hermanos y compadres. Otros llegaron sobre las fuerzas de las propias piernas para juntarse a los demás, con la autorización de los dueños de la tierra.

Durante muchos años, la Hacienda fue una bendición de agua y hartura en el *sertão*. Ahora, el nuevo dueño, que construyó una casa bonita y vistosa en la orilla de los *marimbus*, mandó al nuevo gerente, después de que Sutério se jubilara, a decirnos que no podíamos sepultar a nadie más en la Virazón. Que era un crimen contra los bosques. Contra la naturaleza. Que el cementerio estaba cerca del lecho del río. Que en la ciudad había cementerio y que la alcaldía garantizaba el transporte del muerto a la ciudad.

Los más jóvenes no vieron mucha diferencia en enterrar los muertos en la ciudad o en el cementerio de la Virazón. Pero para los más viejos aquella prohibición era una ofensa. La Virazón existía hacía más de 200 años, era lo que contaban. Las mujeres decían en sus conversaciones que sólo saldrían de sus casas, sólo se recogerían de sus vidas, en la Virazón. Que no habría discusión ni prohibición, que no renunciarían a ser sepultadas en aquel suelo. No abdicarían del destino de ser enterradas al lado de sus parientes y compadres. Querían estar alrededor del compadre Zeca, asentado bien en el centro de ese cuadrado de tierra seca, con la mitad del terreno cercado por un muro de un metro, mientras la otra mitad estaba cercada por la *caatinga*. "De aquí sólo salgo para la Virazón", fue lo que más oímos en aquellos días en que anunciaron la prohibición.

Por suerte, nadie murió en aquel primer año. Pero tampoco nadie se tranquilizó con lo que estaba por venir. Aquel mensaje decía mucho más sobre nuestras vidas que sobre nuestra muerte en sí. Si no podíamos acostar nuestros muertos en la Virazón era porque, en breve, tampoco podríamos estar sobre la misma tierra.

20

Muchos meses pasaron hasta que se consideró que Zeca estaba curado de la locura. Doñana volvía todos los días a la casa del compadre João do Lajedo para ayudar en la administración de las bebidas de raíz, en las plegarias y en el aseo del hijo. Con el tiempo, fue volviendo a la vida de antes, aunque estaba claro que algo había cambiado en su interior para siempre. Sus ojos ya no guardaban inocencia. Un peso había caído sobre sus hombros delgados. Participaba con interés y atención en las ceremonias de la casa del *curador*, aprendía de forma dedicada sobre los ritos y preceptos, ayudaba en las celebraciones, en los cantos para llamar a los encantados. Identificaba con facilidad las entidades que surgían, mudaba el ritmo de los cantos, sabía a qué velocidad los timbales debían tocarse, dependiendo de si quería agitar o amansar algún espíritu. En las fiestas, se enteraba del orden en que se debían presentar. Tampoco se sorprendía con los cambios que a veces surgían.

Al poco tiempo, volvió al plantío con la madre, pero continuó durmiendo en la casa del *curador*. Volvió a la plantación de caña. Salía de la casa con Doñana y los dos hermanos más pequeños antes de que el sol naciera. Pero no descuidaba sus plegarias, ni las velas que debía encender, ni se olvidaba de volver al comienzo de la noche a la casa del compadre João do Lajedo.

Cuando se consideró que Zeca estaba listo, cuando ya podía reconocer los males que entraban por la puerta del viejo *curador*, cuando comprendió la naturaleza del parto, de la vida y de la muerte de animales y cultivos, abandonó la casa de João do Lajedo, aunque continuaba participando en las ceremonias. Volvió a Caxangá para trabajar con la madre en la colecta y reconocimiento de las hierbas del bosque, y preparaba ungüentos y brebajes para las más diversas aflicciones.

Pero el tiempo trajo la necesidad de ir a otro lugar. Quería andar por otras tierras, buscar trabajo. Los campos de la Hacienda Caxangá comenzaban a sufrir una nueva sequía. El *mandacaru* no había florecido en la época esperada, la *caatinga* perdió su follaje. Tenían que buscar agua cada vez más lejos y las charcas también se iban secando. Las Haciendas fueron armando a sus hombres para que las aguas que quedaban no se las llevasen los extraños. Los ríos estaban con niveles cada vez más bajos y no era posible encontrar la abundancia de peces que había en periodo de lluvias. Todo ese ambiente hostil, donde faltaba agua, pero sobraba violencia, se fue volviendo el paisaje de los primeros años de su vida como hombre. En esa misma época, pasaban viajantes de camino a lugares donde hubiese agua, y donde también necesitasen trabajadores.

No sé decir cuándo llegaron las noticias sobre Agua. Debe haber sido entre un cigarro de paja y otro, entre la hierba cogida en el campo y el rezo para un mal de ojo o para la debilidad, entre ventanas y caballos que levantaban la tierra seca de Caxangá. Anunciaron que había una Hacienda donde corrían ríos de agua oscura. No sé cuándo se dijo que había abundancia de peces, que se cultivaba arroz y había hartura de palmas, moriche y un gran espejo de agua donde los ríos Utinga y San Antonio se encontraban. Que a los dueños no les importaba hospedar más gente, querían sólo que fuese gente

trabajadora y no se quejasen de su dureza. Gente que sudase de sol a sol, de domingo a domingo. Querían gente que regase las huertas y transformase la tierra de la Hacienda en riqueza y que no temiesen herirse las manos en la cosecha.

A cambio, podía construirse una cabaña de barro y madera, que se deshiciese con el tiempo, con la lluvia y con el sol fuerte. Que esa vivienda nunca fuese un bien permanente que atrajese la codicia de los herederos. Que la casa se deshiciese de forma fácil si fuese necesario. Pueden trabajar –contaban en sus romerías por el suelo de Caxangá–, pueden trabajar, pero la tierra es de esa familia por derecho. Los dueños de la tierra eran conocidos desde la ley de tierras del imperio, no había nada que reclamar. Quien llegase era forastero, podía ocupar, plantar y hacer de la tierra su vivienda. Podía cercar su huerto y cultivar en la vega en las horas libres. Podía comer y vivir de la tierra, pero debía obediencia y gratitud a los señores.

Después de mucho sondear a los viajantes en conversaciones, los compadres que traían noticias de parientes que se habían mudado más lejos, Zeca Sombrero Grande decidió partir. Cuando llegó el día, avisó a la madre de que se iba. Doñana sintió sus ojos cansados llenarse de agua. “Por favor, no llores, madre”. Mi abuela se quitó del cuello un cordón con un crucifijo y se lo puso por la cabeza al hijo. “El *Velho Nagô* me acompaña, madre”. Dijo que si salía en ese momento estaría en Agua Negra al día siguiente. Se vistió con la ropa cosida por las mujeres de la casa, la madre y la hermana. “Que los *caboclos* y los guías te acompañen”, las palabras rozaron la boca de Doñana. “Que te acompañen Sete-Serra, *Iansã*, Mineiro, Marineiro, Nadador, Cosme y Damián, *Mãe d’Água*, *Tupinambá*, *Tomba-Morro*, *Oxóssi*, *Pombo Roxo*, *Nanã*”.

Zeca partió antes de que el sol llegara. Los pájaros volaban de un lado a otro, en alborozo, lanzando buena suerte entre el vuelo y el posado. En la bolsa de paja que había trenzado en las horas libres, Doñana había colocado un pedazo de charqui, una lata de harina de mandioca y una pequeña botella de miel para que se alimentase en el camino. Tal vez él quisiera dar un beso en la cara de la madre, en la cabeza de la hermana, un abrazo a los hermanos. “Bendición, madre. Enviaré noticias con quien vuelva para este lado. Enviaré buenas noticias. Y volveré para buscarla, madre, para que viva cerca de mí”. Doñana se limpió los ojos. “Mucho le pido a Dios que te acompañe”.

Cargó la bolsa de paja con la comida y la poca ropa que tenía. Papel para liar cigarros, un peine al que le faltaban dientes. Un aparato de afeitar oxidado. Fue a pie por el camino un día y una noche hasta llegar a Agua Negra, el lugar donde pasaría el resto de su vida.

21

Un día, mi hermano Zezé le preguntó a mi padre qué era vivir de prestado. Por qué no éramos nosotros también dueños de aquella tierra, si allí habíamos nacido y trabajado desde siempre. Por qué la familia Peixoto, que no vivía en la Hacienda, se decía la dueña. Por qué no hacíamos a aquella tierra la nuestra, ya que de ella vivíamos, plantábamos las semillas, cogíamos el pan. Si de allí retirábamos nuestro sustento.

Ese día vive en mi memoria. No se borra ni se aleja, aunque envejezca. El sol era tan fuerte que casi todo al alcance de mi visión estaba blanco, reflejando la luz intensa del cielo sin nubes. Mi padre se retiró el sombrero, el calor hacía que de su cuerpo saliera un sudor denso que lavaba su rostro y que se escurría por la frente y por las sienes. Se escurría por el lado interno de sus brazos, formando grandes manchas en la camisa gastada. El barro cubría su pantalón, su azada, sus brazos, el ancho sombrero en sus manos. Yo les echaba maíz y restos de comida a las gallinas. "Se pide vivienda cuando no sabes dónde ir, porque no hay trabajo de donde vienes. No tienes de donde sacar el sustento", apretó los ojos mirando el surco delante de sus pies, "en ese caso preguntas a quien tiene y quién necesita gente para trabajar, \`muchacho, ¿y el señor me da vivienda?´". De pronto su ojo se levantó hacia mi hermano, "Trabaja más y piensa menos. Tus ojos no deben crecer hacia lo que no es tuyo". Apoyó la azada de pie en el suelo, agarrando la punta de su mango con uno de los brazos. "Tener el documento de propiedad de la tierra no te va a dar más maíz, ni frijoles. No te va a poner la comida en la mesa". Sacó un papel y tabaco del bolsillo y comenzó a liar un cigarro. "¿Ves ese mundo inmenso de tierra? El ojo crece. El hombre quiere más. Pero sus manos no son suficientes para trabajarla toda, ¿no? Tú sólo puedes conseguir trabajar este acre que trabajamos nosotros. Esa tierra donde crece el bosque, donde crece la *caatinga*, el moriche, la palma, no es nada sin trabajo. No vale nada. Puede valer para esa gente que no trabaja. Que no sabe abrir un surco, sembrar ni cosechar. Pero para gente como nosotros la tierra sólo tiene valor si tiene trabajo. Sin él, la tierra no es nada".

Zezé volvió a la faena, sin entender la conversación. Mi padre no pronunció el nombre de Severo, pero sabía que él andaba conversando con la gente de la Hacienda contándoles historias del sindicato, de derechos, de leyes. Estaba llevando esas conversaciones a los campos de trabajo. Sabía también que el asunto ya debía haber llegado a los oídos de Sutério. Zezé dejó de hablar frente a nuestro padre, por respeto, pero volvió al asunto alguna que otra vez, sin considerar el pensamiento de mi padre. Zezé no lo comentaba, pero continuó indagando sobre las mismas cuestiones, continuaba exponiendo sus ideas. De los más viejos oyó los mismos argumentos defendidos por Zeca. De los más jóvenes oyó que sus cuestionamientos tenían sentido, que sus padres y abuelos murieron sin tener nada. Que el único pedazo de tierra al que tenían derecho, de donde nadie los sacaría, era la pequeña tumba de la Virazón. Que jubilarse era una humillación, había que pedir un documento de impuestos o de la tierra a los dueños de la Hacienda a quienes les costaba entregar cualquier cosa, más allá de explotar el trabajo sin paga de los que se iban a jubilar. A veces llegaba el día de ir a la Seguridad Social y las personas no habían conseguido reunir los documentos

requeridos.

Además de la deuda de trabajo para con los señores de la Hacienda, no había nada que dejar a hijos y nietos. Lo que era transmitido de uno a otro era la casa, casi siempre en mal estado y que tendría que ser rehecha. Los pioneros no pensaban así, sus pensamientos eran ahogados por la urgencia de mantener la paz entre los trabajadores y sus señores. O porque había una gran gratitud por la acogida que las generaciones posteriores ya no tenían, tal vez por haber nacido y crecido en este lugar. Los más jóvenes comenzaban a considerarse más dueños de la tierra que cualquiera de aquéllos que tenían sus nombres escritos en un documento, que tenían su copia disputada y negociada por los gerentes de forma ventajosa para ellos.

Mi hermano insistió en el asunto, a pesar de evitar hablar frente a nuestro padre. Vivía con Severo para arriba y para abajo, entre un trabajo y otro, para ganarse la atención de los habitantes. "No podemos continuar viviendo así. Tenemos derecho a la tierra. Somos *quilombolas*". Era un deseo de libertad que crecía y ocupaba todo lo que hacíamos. Con el pasar de los años, ese deseo comenzó a oponer a padres e hijos dentro de una misma casa. Algunos jóvenes ya no querían permanecer en la Hacienda. Deseaban la vida de la ciudad. Los desplazamientos se volvieron más intensos que en el pasado, cuando nos transportábamos en animales hacia otros lugares, ciudades y poblados vecinos. La vida en la ciudad, entre viajantes y comerciantes, era atrayente. Pesaba en la decisión justamente el tener que trabajar para los hacendados, un hecho que se mantenía entre nosotros y que atravesó generaciones. Zezé quería decirle a nuestro padre que no nos interesaba sólo la vivienda. Que no era ingratitud. "Son ellos quienes no son agradecidos, corre el rumor de que quieren vender la Hacienda sin preocuparse de nosotros", nos decía a mí y a Domingas. "Queremos ser dueños de nuestro propio trabajo, queremos decidir qué plantar y cosechar más allá de nuestras huertas. Queremos cuidar de la tierra donde nacimos, de la tierra que creció con el trabajo de nuestras familias", completó Severo, en un círculo de debate debajo del árbol de yaca, al lado del camino.

Pero el deseo de liberarnos acabó por envenenar nuestras casas.

22

Caminó un día y una noche, y antes de que el sol naciese llegó a una villa de casas asentadas sobre un tablero. Había tierra en el horizonte de sus ojos, pasaba una boyada y los vaqueros seguían a los animales en sus caballos. De aquel día, se acordaba del viento y de la nube de polvo que no se deshacía. Tuvo que caminar a través de ella, mientras uno de los vaqueros, solitario, apartado de los que seguían hacia delante, lo miró con atención. Anduvo despacio y agarró la cruz que cargaba en el cuello. Por la posición del sol debían ser las seis de la mañana de un nuevo día, y lo comenzó con alabanzas.

Sus pies le dolían, no había reposado durante la noche, tuvo miedo de adentrarse en el bosque que no conocía. Caminó con sus encantados. Pero los riesgos lo rodeaban. ¿No serían sus propios guías los que le daban el miedo bañado en la luz de la noche para ponerlo vigilante ante los peligros? ¿No le haría ese miedo llegar con seguridad a su destino? Ellos iban delante abriendo caminos. Él sentía que ellos apartaban los peligros de las veredas. Los peligros de las cobras, de los pecaríes, de los jaguares. Los peligros de los coroneles y sus bandas. Los peligros de la codicia por la tierra y los diamantes. Dios era el más grande de los guías que miraba por él y guiaba a los encantados.

Nagô Velho, que iba detrás, se fue acercando cuando él llegaba al fin de la jornada. Con bastón, encorvado, con una pipa en la mano y sombrero blanco. Desde Caxangá, desde que fuese curado de lo que había sufrido con las perturbaciones de la mente, sitió al Velho cercano, sintió que su toque y conocimiento lo cubrían como un manto. Pero no estaban solos. Mineiro iba delante. Noble, todo de blanco. Mineiro llegó con la gente de Minas Gerais y se quedó por aquí porque entendía bien a la gente de los yacimientos. No dispensaba vino blanco. No dispensaba cigarros blancos. Era de él de donde venían los avisos de que alguien sufriría locura.

Oxóssi era el cazador, el que decía por dónde seguir en medio del bosque. El que lo libraba de los peligros, de las serpientes ponzoñosas, y también hechizaba las presas que lo alimentarían en la nueva vivienda. El pedazo de charqui que su madre le había dado era suficiente para alimentarse hasta la llegada. Pero no por eso lo dejó *Oxóssi* continuar solo, y anduvo por cielo y tierra, en el alborozo de los pájaros, en las hojas y raíces que cogía para los remedios y que guardaba en su bolsa de paja.

Mãe d'Água lo guiaba por el agua dulce, aplacaba su sed. Surgió cuando él bajó del tablado que había entre la plantación y los bueyes del camino, para entrar por una vereda por donde le habían dicho que quedaba la Hacienda. Continuaba apareciendo entre las hojas verdes y los troncos de los árboles, entre los espinos y las ramas retorcidas. Corría, aparecía y desaparecía, y sus pies se deshacían en un río negro y limpio que era el propio camino y promesa de vida en su destino. El río corría y era como si, a distancia, lavase sus pies para bendecir la llegada. *Ventania* no dejaba el horizonte y subía en un remolino lanzando tierra a sus ojos. Era como si corriese el mismo camino que con *Mãe d'Água* para decirle que tendría tierra y agua para plantar y cosechar, para sí y para los que vendrían. *Ventania* fue primero, delante de todos, y se

irguió en el horizonte mientras él estaba en la villa, cegando a vaqueros y ganado. *Ventania* le hizo cubrirse los ojos. Arrastró las hojas secas del suelo y las levantó en el aire, lanzadas sobre su cuerpo como un azote, para que permaneciese despierto en su caminata.

Ese día, se acordó de las cosas que le contaban y no recordaba. Que durmió semanas cerca de un jaguar que protegía sus movimientos en el bosque. Que se comió las frutas que cayeron del árbol y pequeñas aves y peces a bocados, vivos y con la sangre escurriéndole por la boca. Vino el recuerdo del campo, del trabajo para los dueños de los campos. La historia de la madre, viuda, pariendo en medio de la plantación de caña. Su resistencia de no querer asumir las funciones de *curadora*. Vino el recuerdo de la hermana Carmelita, llegando a la juventud, cosiendo la camisa y trenzando paja de moriche con las manos. Recordó a sus hermanos todavía pequeños ayudando a las dos a regar la huerta.

Pensó en todo, y pensó también que si tuviese tierra en Agua Negra, que si le diesen el derecho de levantar una casa y poner campo, si tuviese un huerto de abundancia y agua para el riego, que si tuviese un río cerca y peces para poner en la mesa, él iría a buscar a la madre, iría a buscar a sus hermanos, conseguiría un hombre honesto y trabajador que se juntase con Carmelita. Y si hubiese una muchacha honesta, él también se la llevaría a la casa. Tendría hijos. Si los encantados llegasen, les haría celebraciones. Haría plegarías y remedios de raíces para los necesitados.

Fue así que caminó un día y una noche en compañía de los encantados, llevando lo que tenía de recuerdo y de historia. Cargando carne seca y miel salvaje. Así, sucio de la tierra pegada a su sudor y con el cansancio que lo llevó hasta uno de los vaqueros de la Hacienda.

“¿Es esto de aquí Agua Negra?”.

“Pues no. ¿Viniste por orden de quién?”.

“No vine por orden de nadie. Vine porque necesito trabajo. Vine porque soy joven y tengo fuerza para trabajar. Tengo buena mano para la plantación. Tengo rezos y remedios para las plagas de insectos”.

“Entonces te puedes quedar. Hay gente que llega, y gente que se vuelve por donde vino, necesitamos gente por aquí, sí. Te voy a dar una nota para que se la lleves a un señor negro de nombre Damián. Vive entrando por aquel camino de allí. ¿Cómo te llamas?”.

“José Alcino da Silva, pero me puede llamar Zeca Sombrero Grande”.

El hombre cogió un lápiz y un papel pardo hecho para anotar cosas que él no podía leer. Pero las palabras decían: “Busque a Damián. Él le va a decir lo que hacer”. Dobló el papel para no perderlo. Lo guardó como si fuese un documento y se encaminó por la vereda para encontrarlo.

23

“Tienes que quitarte la mano de tu padre de la cabeza, comadre. Debes ir a la casa de otro *curador*”, decían las hijas de Toña. Después vinieron Crispina y Crispiniana para decirme lo mismo. Y por último María Cabocla, al pasar por la puerta de la casa vieja, donde yo me había instalado desde que mi padre enfermó. No le daba importancia a lo que me decían. Era la creencia que mi propio padre había ayudado a difundir durante toda su vida en la Hacienda, pero que ya no tenía sentido para mí. ¿Cómo podría quitarme la mano de mi padre de mi cabeza? Mi padre se fue y su mano también. Aunque quisiese seguir a raya las creencias, no me quitaría su mano. Zeca Sombrero Grande era mi padre, guía en la tierra y responsable por lo que soy. Sus *filhos* y *filhas de santo* continuaron día tras días buscando casas de *jarê* conocidas en los alrededores para retirar su mano de sus cabezas. Temían estar sentenciados a fallecer. Yo no conseguía temer nada, no temí las groserías de Tobías, y mucho menos a Aparecido avanzando sobre mí. No temía a los vivos, y no temería a los muertos. Incluso llegaron a llorar a nuestra puerta diciendo que yo iba a morir. “Dejen a Belonísia. Si ella no quiere, no se la quita. Muchas gracias, pero vayan a cuidar de sus vidas”, dijo Salu más de una vez, hasta que el tiempo pasó y parecieron olvidarse. “Si se descuidan”, pensé, “es posible que ustedes se vayan antes que yo”. Cómo me reiría si se fuesen antes que yo.

Mi madre, apenada, pasó un largo periodo sin conseguir ir al campo. También comenzó a beber cachaza, incluso antes de mediodía. Era extraño, nunca había visto a mi madre beber en una fiesta o celebración. Comencé a esconderle las botellas de aguardiente, pero ella iba a la feria y las traía a escondidas, junto con los alimentos. Se echaba grandes vasos, como nunca había hecho, y se dormía sentada en la silla, hasta roncar. Olvidaba la comida en el fuego y parecía no tener más ganas de interactuar con los nietos. En los pocos momentos en que estaba sobria, cogía algo que había pertenecido a nuestro padre para decir “mira lo que dejó”, o “no consiguió terminar de hacer eso”. Los recuerdos se apoderaban de su día cuando alguien aparecía pidiendo ayuda para un problema de tan acostumbrados que estaban a tratar sus males con Zeca. Ella les decía que no les podía ayudar, que no era *curadora*. “No voy a trabajar con cosas que no sé”, dijo a Domingas mientras abanicaba la leña del fogón, “no nací con el don”.

La obra de la casa que mi padre había comenzado a levantar estaba parada y pasó meses así, sin que nadie se dispusiese a continuarla. No se sentían autorizados. Fue mi madre quien dio el paso mirando al bosque que comenzaba a crecer alrededor de la casa, “voy a derrumbar esa casa, ya no quiero salir de aquí”. “Esta casa se está cayendo”, le recordó Bibiana, “tal vez fuese mejor terminar la otra para mudarse cuanto antes”. Mi madre, que había perdido las ganas de mudarse, hizo valer su voluntad, “nadie toca ahí, deja que el tiempo acabe con ella”.

Cuando el sol se prolongó en el horizonte trayendo de nuevo el estiaje, Salu pasó un día enferma en la cama, ardiendo de fiebre. Doña Toña vino a visitarla. Se quedaron las dos en el cuarto, conversando bajo. Al día siguiente, me dijo que iba a Cachoeira, que estaba entregada a la bebida por una obligación que no cumplía de los encantados

que mi padre había dejado. Doña Toña la acompañaría. Consideró que en aquel momento tenía que retirar la mano del marido de la cabeza. Partió para encontrar al *curador*, y me quedé sola en casa. Retomé el trabajo del plantío porque quería intentar hacer que las cosas volvieran a parecer como antes. Pensaba que continuar trabajando era la única manera de recordar a mi padre de una forma que no fuese tan dolorosa. Me puse a trabajar con mi hermano y, de hecho, arar la tierra, plantar, cosechar, arreglar la cerca, me fueron curando de su ausencia, de la misma manera que me habían curado de la tristeza que sentí al dejar la casa para irme a vivir con Tobías. De la misma forma que cuando me quedé viuda: fue lo que me sustentó en las tierras del río San Antonio. Fue de las cosas que nacieron de nuevo en mis manos que pensé sobre el rumbo que tomaríamos sin el liderazgo de nuestro padre. Cómo sería todo sin las fuerzas de los encantados, que durante tanto tiempo habían estado entre nosotros.

Salu volvió a la Hacienda después del viaje a Cachoeira y dijo que iba a terminar de construir la casa. Dijo también que no tocaría más la bebida. La decisión nos trajo alivio. En poco tiempo, la casa que mi padre había dejado con la construcción encaminada estuvo lista. Limpiamos el terreno de las hierbas que habían crecido. Preparamos todo para la mudanza. El mismo *pai-de-santo* que había cuidado de mi madre en Cachoeira vino a Agua Negra para orientar la transferencia de una casa a otra. En la casa vieja había vivido un hombre poderoso que movía energías entre el mundo de los vivos y de los muertos. Movió sentimientos buenos y malos, curó la tierra, curó personas, evocó espíritus de la naturaleza. Todo lo que había vivido, todo el movimiento de su mundo de fe estaba planeando en ese espacio, y debería ser encaminado a un destino. La casa sería derrumbada. Retiraron puertas, ventanas y los juncos que recubrían el techo. El *pai-de-santo* golpeó con hierbas en las paredes y entonó cantos que nunca había escuchado en las celebraciones de *jarê*.

“Si hubiera alguna fuerza en esta casa, ¿usted la va a querer doña Salustiana? ¿Para seguir adelante con el trabajo de su marido?”, preguntó el viejo. “No”, respondió sin dudar, con los ojos firmes en lo que el bendecidor hacía. “Entonces, ¿puedo tomarla para mí?”, paró con las hojas en el aire mientras acompañaba al lado a mi madre. “Sí, puede”, fue lo que respondió.

El viejo no tocó ninguna pared. No retiró ningún horcón. El tiempo se ocupó de derruir la casa antigua. Sin hospedar ya nuestras vidas, parecía deteriorarse en una urgencia propia de la naturaleza que la envolvía. Con cada lluvia fuerte, una pared se desmoronaba y, por fin, el viento completó su lucha. La pared de tierra, del barro que era el suelo de Agua Negra, volvió a ser tierra de nuevo. Nacieron hierbas y flores minúsculas en medio de la humedad que surgía con el rocío y con la lluvia que caía cuando era la voluntad de los Santos. Estaba atenta a todo lo que ocurría, sabía que nada volvería. Miré con cierto encanto el tiempo caminando, indomable como un caballo bravío.

Indomable, Severo caminó por los senderos, levantó su voz en discursos, se enfrentó a los nuevos dueños y al jefe de los trabajadores. Cambiándose a sí mismo en medio del movimiento que parecía crecer en nuestras vidas, fue moldeando Agua Negra, haciéndola transformarse en un lugar diferente. Mientras Zeca Sombrero Grande vivió, Severo respetó su deseo de no confrontar a los que le habían dado vivienda. Cuestionar el dominio de las tierras de la Hacienda sería un gesto de ingratitud. Por eso mismo, Severo se dio cuenta de que no podía discutir con mi padre, su tío y suegro, sería una falta de respeto por todo lo que él significaba para nuestro pueblo. Zeca Sombrero Grande había mantenido a los habitantes de la Hacienda unidos, fue el liderazgo de todos durante años, y, sin permitir que se produjesen malos tratos a ningún trabajador de la Hacienda, muchas veces intervino, sin enfrentarse a Sutério, para impedir injusticias más grandes de las que ya existían. Gracias a sus creencias, había fortalecido un orden propio que nos ayudó a atravesar el tiempo hasta el presente.

Su muerte dejó un vacío entre los habitantes de la Hacienda y, finalmente, la venta de las tierras transformó todo de manera repentina. Las noticias que nos llegaban eran que la Hacienda se había vendido a un precio menguado, porque nuestra presencia la había desvalorizado. El nuevo dueño hacía movimientos contrarios a nuestra permanencia, tal vez porque sabía que, por el tiempo que llevábamos allí, la justicia nos reservaba algunos derechos. Poco a poco, fue viniendo, primero como benefactor, diciendo que nada cambiaría. Se mostraba solidario, llevando a uno que otro a la ciudad si necesitaba ir al médico, propagando a los cuatro vientos lo bueno que era con sus trabajadores. Después montó un barracón de alimentos, decidió criar cerdos y quien estuviese dispuesto a trabajar tendría derecho a un salario que las personas, de hecho, nunca recibieron. Los días de trabajo se pagaban con la retirada de mercancías y, al salir de allí, los habitantes terminaban dejando una deuda mayor que el salario que tenían que recibir.

En esa lucha desigual, Severo levantó su voz contra las determinaciones con las que no estábamos de acuerdo. Se convirtió en un adversario declarado del hacendado. Dio discursos sobre los derechos que teníamos. Dijo que nuestros antepasados habían migrado a las tierras de Agua Negra porque sólo quedó aquella peregrinación permanente a muchos negros después de la abolición. Que habíamos trabajado para los antiguos hacendados sin nunca haber recibido nada, sin derecho a una casa decente, que no fuese de barro, y tuviese que rehacerse tras cada lluvia. Que si no nos uníamos, si no levantábamos nuestra voz, en breve estaríamos sin un lugar donde vivir. A cada movimiento de Severo y de los hermanos contra las exigencias impuestas por el propietario, las tiranías surgían con más fuerza. Al principio, el dueño quiso dividirnos diciendo que aquella “banda de holgazanes” quería su Hacienda, comprada con su trabajo. Aquel sentimiento de desamparo que el pueblo había sentido con la muerte de mi padre fue sustituido por el liderazgo de Severo, para algunos. Otros no veían con buenos ojos esas manifestaciones y se opusieron abiertamente a mi primo, divergieron entrando en el juego del nuevo hacendado para socavar nuestras fuerzas. Llevaban sus

animales en la callada noche para destruir nuestros campos en los lechos de los ríos. Derribaban las cercas y meses de trabajo se convirtieron en pasto en la boca del ganado. Cierto día, fuimos despertados en la madrugada con un incendio en nuestro gallinero. Los huevos explotaban como bombas en las fiestas de junio. Apagamos el fuego con tinajas de agua y echando tierra seca. Otros gallineros también fueron incendiados, lo que dejó claro que era una acción organizada del hacendado con algunos trabajadores. Con recelo de dejar a solas a mi madre y a mis hermanas, cerré la casa del río San Antonio de una vez y volví a vivir a la orilla del Utinga.

Severo recogió firmas para fundar una asociación de trabajadores. Dijo que necesitábamos organizarnos mejor o, de lo contrario, acabaríamos siendo expulsados. Para muchos era imposible imaginarse lejos de Agua Negra. Escuché a doña Toña, en una conversación con mi madre, preguntar sobre lo que haría en la ciudad: "¿Voy a alisar carreteras? Para vivir en la ciudad se necesita dinero para todo. Una cebolla, dinero. Un condimento, dinero". Bibiana estuvo más activa al lado del marido. En medio de la movilización, yo me quedaba de buena gana con los niños para que ella pudiese escribir, trabajar, andar con Severo buscando ayuda en el asiento trasero de la motocicleta que él había comprado. Iban al sindicato, a reuniones. Volvían, hacían más reuniones, escondidos ahora en casa de uno, ahora en casa de otro. En nuestra casa hubo muchas. Temí que mi madre tuviese la misma postura que nuestro padre, que le pareciese ingratitud todo aquello. Pero no, ella parecía entusiasmada, se deshizo contándonos historias, era un libro vivo. Contaba historias de los bisabuelos y abuelos, de la Hacienda Caxangá, donde también vivió, de las tierras del Bom Jesus, de donde vino. Intervenía activa, consciente de la importancia de las cosas que sabía. A esas alturas, ya se habían dado cuenta de que si no hiciésemos ruido para garantizar nuestra permanencia en la Hacienda, no tendríamos dónde ir.

Con frecuencia, también comenzó a aparecer un carro de policía, de donde bajaban para hacer preguntas, entrando en las casas, constriñendo a los habitantes. Había mucho miedo, una casa avisaba a otra cuando aparecían, o si alguien tardaba demasiado en volver a casa o si iba a un lugar alejado. Compartíamos cada paso, porque entendíamos que sólo así conseguiríamos protegernos.

Bibiana y Severo se arreglaron para una jornada en busca de un registro para la asociación de trabajadores y pescadores de Agua Negra. Teniendo las firmas necesarias, irían a registrarla. Una mañana nublada, de calor sofocante, el cielo casi blanco, Salu recordó que guardaba el pedazo de nota que Sutério le había dado a mi padre hacía más de 70 años. Sería bueno adjuntar una copia a los documentos, habían decidido en la última reunión. Era una nota en un papel manchado que Zeca guardó junto con otros documentos, en un sobre pardo, casi deshecho por el tiempo. Recuerdo el día en que Bibiana lo abrió con cuidado, cuando nuestro padre le pidió que lo leyese, para que todos tuviésemos conocimiento de cual era nuestra situación en la Hacienda. Cuando Bibiana terminó de leerlo yo misma insistí en comprobarlo: "Estuvo aquí el Sr. José Alcino pidiendo una vivienda y yo se la di allá en la orilla del río Utinga y le dije que tiene que trabajar en los campos de la Hacienda y puede levantar casa de barro prohibido casa de ladrillo".

Bibiana ya se había subido en el asiento de atrás de la motocicleta cuando se acordó de que se había olvidado algo. Devolvió el casco a Severo y fue a buscar la nota. María y Flora ayudaban con los platos en el patio mientras yo intentaba encender el

fuego, con la ropa mojada de sudor del esfuerzo de abanicar las brasas.

Oí varios estampidos, como en la madrugada del incendio del gallinero. Los huevos estallaron aquella noche, las aves quedaron carbonizadas. Me dolía el pecho de ver los animales de la casa muertos por pura maldad. No reconstruimos el gallinero, no había huevos que pudieran estallar y al oír aquel sonido, de nuevo, se me debilitó el cuerpo. Corrí en dirección al *terreiro*. Yo y Bibiana llegamos a la puerta al mismo tiempo.

Severo estaba caído. La tierra seca a sus pies se había convertido en una hendidura abierta y en ella corría un río de sangre.

[RÍO DE SANGRE]

1

Mi caballo murió y no tengo más montura para caminar como debo, de la forma que un encantado debe presentarse a los hombres, como debe aparecer en este mundo. Desde entonces, comencé a vagar sin rumbo, dando vueltas por aquí y por allá, buscando un cuerpo que pudiese acogerme. Mi caballo era una mujer llamada Miúda, pero cuando me apoderaba de su carne su nombre era Santa Rita Pescadera. Fue en ella que cabalgué por un tiempo, no cuento el tiempo, pero monté el cuerpo de Miúda, solitaria. Soy mucho más vieja que los 100 años de Miúda. Antes de ella, me hospedé en muchos otros cuerpos, desde que la gente se adentró en bosques y ríos, se adentró en sierras y lagunas, desde que la codicia cavó hoyos profundos y muchas personas se internaron en el suelo como armadillos, buscando la piedra brillante. El diamante se convirtió en un enorme hechizo, maldito, porque todo lo que es bonito lleva en sí la maldición. Vi hombres hacer tratos de sangre, cortar su carne con los puñales afilados, marcar sus manos, sus frentes, sus casas, sus objetos de trabajo, sus tamices de gravilla y sus bateas. Vi hombres enloquecer sin dormir, varando noche y día por en el río Serrano, en las sierras, en los yacimientos, agazapados en la oscuridad para ver el brillo cambiar de lugar. El diamante tiene hechizo y en la oscuridad podemos ver su reflejo hasta el punto de poder cegar una lechuza, cuando va de un lugar para otro, como un espíritu que se desparrama por una sierra, cruzando el cielo, y descendiendo en un monte o en un río, en forma de una luz que llamaba la atención incluso a lo lejos. Los hombres enloquecían así, esperando el amanecer y abriendo hendiduras en el suelo donde creían haber visto la luz entrar, para no encontrar nada. Enloquecían sin comer o bañarse. Morían dentro de los hoyos o de intentar quitar la piedra de las manos de quienes la habían encontrado. Morían de hambre porque toda la energía de sus cuerpos y mentes era para encontrar el diamante. Llevaban a las familias a los mismos caminos de locura y muchos se trastornaban del día a la noche, sin previa señal o aviso. Venían a cumplir sus obligaciones con los encantados en las casas de *jarê*, con Mineiro y Sete-Serra, mataban animales, derramaban sangre para poder encontrar el brillo. No querían guardar las piedras, no querían admirar su luz, querían llenar sus alforjas para poder tener una casa o la libertad. A veces, alguno que otro encontraba su fortuna, compraba su libertad, montaba su negocio. Otros se convertían en dueños de esclavos, y decían adiós a la servidumbre y a la búsqueda que laceraba sus manos y sus almas. Pero la mayoría sólo encontraba la quimera y la locura, el asombro y el desasosiego, el dolor y la violencia. Se sometían a la propia ilusión, derrotados, acuclillados en un montón de gravilla.

Mi gente siguió yendo de un lugar a otro, buscando trabajo. Buscando tierra y vivienda. Un lugar donde pudiese plantar y cosechar. Donde hubiese una cabaña para llamarla casa. Los dueños ya no podían tener más esclavos, a causa de la ley, pero los necesitaban. Fue así que comenzaron a llamar trabajadores y habitantes a los esclavos. No se podían arriesgar a fingir que nada había cambiado porque los hombres de la ley podían traer problemas. Comenzaron a recordarles a sus trabajadores que ellos eran buenos porque les daban vivienda a los negros sin casa, a los que iban de tierra en tierra buscando donde vivir. Que eran buenos porque no usaban látigos para castigar a nadie.

Que eran buenos porque les permitían plantar su propio arroz y frijoles, abelmosco y calabazas. El camote del desayuno. “Pero tienen que pagar ese pedazo de suelo donde plantan su sustento, el plato que comen, porque saco vacío no queda en pie. Así, ustedes trabajan mis campos y, con el tiempo que les sobra, cuidan de lo que es suyo. Ah, pero no pueden construir casas de ladrillos, ni poner tejas de cerámica. Ustedes son trabajadores, no pueden tener una casa como el dueño. Se pueden ir cuando quieran, pero piénsenlo bien, es difícil encontrar vivienda en otros lugares”.

Me interné entre la gente que los dueños de la tierra llaman trabajadores y habitantes. Era la misma gente que me llevó en las espaldas cuando eran esclavos de las minas, de los trabajos de caña de azúcar, o simplemente los esclavos de Nosso Senhor Bom Jesus. Me acogía en un cuerpo, me acogía en otro, cuando tenía abundancia de agua en esas tierras. Pero el diamante no nos trajo suerte ni ventura. El diamante trajo una ilusión porque, cuando instalaron las dragas, los ríos se fueron llenando de la arena que chorreaba de las grutas, se fueron ensuciando y perdieron profundidad. Sin la abundancia de agua para pescar ya no tenían por qué pedir nada a Santa Rita Pescadera. Ah, llegó la luz eléctrica y quien pudo compró un frigorífico. Esos peces pequeños que quedaron por aquí ya no matan más el hambre de nadie. Avergüenzan hasta a quien los pesca.

Así, nadie atinaba a aprenderse los cantos de la encantada. Hasta se sorprendieron cuando aparecí, cierta vez. Me miraron y se rieron como si fuese una aparición. Miúda trabajaba en el campo, pero su pasión era pescar. Se despertaba de madrugada y se iba sola a la orilla del río. Llevaba a los hijos, pero cuando se fueron, Miúda pescó sin ellos. Dormía a la vera del río sin miedo al jaguar o a la cobra. Yo era su encantada, la que domaba su cuerpo sin espanto. Protegía a mi caballo. Mi caballo que bailaba tirando la red, en medio de la casa del *curador* Zeca Sombrero Grande. Mi caballo no usaba zapatos porque sus pies eran mis raíces y me afirmaban en la tierra. Sus brazos eran mis aletas y me movían en el agua. Monté mi caballo durante tantos años que no los puedo contar. Pero ahora, sin cuerpo para posarme, vago por la tierra.

2

Cuando amaneció había muchas nubes y el cielo era un algodonal espeso y templado. Vagaba encima de la tierra, entre el maizal, sobre el río, sin que fuese posible ver mi reflejo en el espejo de agua. El aire estaba pesado y se me hacía difícil moverme, hasta que, tomada por el estupor, me quedé completamente inmóvil ante lo inesperado. Así como llegó de repente, todo el peso se disipó con el soplo de la tierra, como un ímpetu apartando la vileza que había dejado al aire dilatado y opresivo. Un grito atravesó el espacio como un sable afilado. Todo se fue tiñendo de rojo y seguí el rastro del río de sangre que corría, no se sabía desde dónde.

La fuente del río era Severo, el señor que movilizaba los trabajadores de Agua Negra, caído en la tierra con ocho agujeros hechos a bala. El grito era de Bibiana, postrada en el suelo con la cabeza del marido en el regazo. El río era sangre y lágrimas, caudaloso y lento, como una corriente de lodo avanzando por las casas y llamando a la gente para unirse o huir de la Hacienda. En los momentos de fuerte emoción mi horizonte se nubla, me desbordo hacia los lados, no consigo reunir lo que me compone. Si todavía pudiese montar un caballo… pero nadie se acuerda de Santa Rita Pescadera. No hay *curador* ni casa de *jarê*. Poco a poco van desaprendiendo, porque hay muchos cambios en la vida de todos.

Una profunda tristeza me invadió al ver aquellas dos vidas, desamparadas delante de lo que les habían hecho. Vi tanta crueldad a lo largo del tiempo que, incluso ya curtida, me conmuevo al ver a los hombres derramando sangre para destruir sueños. Vi a señores ahorcar a sus esclavos como castigo. Cortar sus manos en los yacimientos por robar un diamante. Socorrí a una mujer que incendió su propio cuerpo por no querer ser cautiva de su señor por más tiempo. Mujeres que retiraban a sus hijos todavía en los vientres para que no naciesen esclavos, dando libertad a los que serían cautivos, muchas murieron a causa de eso. Mujeres que enloquecieron porque las separaron de los hijos que serían vendidos. Vi a un señor cruel acostarse con mujeres negras y abandonar sus cuerpos castigados hasta la muerte, como si quisiese purgar el mal que lo hacía caer en ellas. Otro hizo con el cuerpo de su esclavo un arreglo para el barco en el que navegaba, que no servía. Entraba agua en la embarcación. El barco llegó a su destino con el hombre ahogado. Vi a hombres y mujeres vender sus pedazos de tierra por una bolsa de frijoles o una arroba de carne, porque no soportaban más el hambre de la sequía. Severo murió porque peleaba por la tierra de su pueblo. Luchaba para liberar a la gente que pasó su vida cautiva. Quería sólo que reconociesen el derecho de las familias que estaban hacía mucho tiempo en aquel lugar, donde sus hijos y nietos habían nacido. Donde enterraron sus ombligos, en los amplios terrenos de los patios de las casas. Donde construyeron casas y cercas.

Me deshice en una fina lluvia que regó las vidas que peleaban para salvar a Severo, en medio de la nada. Entré por su boca para lavar la sangre que se desvanecía. Me dividí en los hombros, cabezas y espaldas de los que rodeaban al marido y la mujer en el suelo. Vi un carruaje de fuego correr por el camino. Llevaron a Severo a la ciudad, pero no hubo tiempo de salvarlo. En Agua Negra corrió un río de sangre.

Belonísia se retiró el pañuelo de la cabeza y abrazó a las que lloraban, llamando al padre y a la madre. En la desesperación para salvar a Severo, dejaron que los niños se acercaran y vieran lo que había ocurrido. Fue Toña quien, en un arranque de protección, reunió a las niñas y las llevó a la casa. Salustiana encendió velas, hizo plegarias a los Santos y encantados, les pidió que salvasen a Severo. Todo lo que quedó fue el silencio. Del cielo no se escuchaba ni lluvia ni viento. Abrazó al nieto, Ignacio, con fuerza y le pidió que no perdiese la fe. Todo se había ido de las manos. Algunas personas corrieron para dar la noticia a los padres y hermanos de Severo. Vi a Hermelina desmoronarse en el suelo como una gallina degollada. Ni mi soplo fue capaz de devolverle la consciencia.

Cuando Bibiana volvió con la ropa sucia de sangre, la madre se dio cuenta de que algo se había roto dentro de la hija, para siempre. Hizo que se quitase la ropa marcada de violencia y vistiese algo para el velatorio del yerno. No intentó que comiese nada. Vio que sus ojos vagaban atravesando cualquier cosa o persona que se colocase en su horizonte. Belonísia tuvo ganas de abrazar a la hermana, pero parecía estar desapareciendo como la voz que resonó algún día. No conseguía razonar. Se daba entera a los sobrinos, intentando compensar el dolor que entreveía como una débil luz desbordando de sus ojos.

Velaron a Severo en la casa que él mismo ayudó a levantar. Bibiana permaneció al lado, sin moverse de allí ni un minuto, como un lapacho que no se doblega al corte del hacha. Hicieron discursos exaltando las cualidades de Severo. Alabaron su lucha y la conciencia que había traído a la gente de la Hacienda. Algunos juraron venganza. En aquel camino, Severo había despertado el desafecto entre los habitantes que no estaban de acuerdo con sus manifestaciones. Pero incluso éstos aparecieron para velar su muerte.

Hacía tiempo que no enterraban a nadie en la Virazón. El portón estaba cerrado por determinación de Salomão, el dueño que sucedió a la familia Peixoto. Alguien se acordó de preguntar a Bibiana dónde quería que llevasen el cuerpo. Quería que el marido fuese a la Virazón, para descender al lado de Zeca Sombrero Grande. Los hermanos y Zezé cargaron el cuerpo por el camino de tierra. Belonísia iba detrás unida a los sobrinos. Hermelina caminaba ayudada por Servó y por las hijas.

El pequeño portón estaba cerrado con cadena y candado. Pararon la marcha para decidir lo que hacer. Bibiana, que pasó casi todo el velatorio sin hablar, pidió que el cementerio de la Virazón se abriera, en un tono de voz que muchos no consiguieron escuchar. Hicieron lo que creían haber oído. Fueron muchas las manos agitadas sacudiendo el portón viejo como muchos antepasados habían agitado el cuerpo para huir de los castigos y grilletes del cautiverio. El portón acabó tumbado en el suelo como una corriente deshaciéndose en el aire.

3

Los nuevos propietarios llegaron un año después de la muerte de Zeca Sombrero Grande. El hombre era alto y corpulento. Negoció con los herederos de la familia Peixoto y estuvo, durante el periodo de negociación, algunas veces en la Hacienda. Tenía color de arena y óxido como la que se ve en la orilla del río San Antonio. Usó ese color de piel muchas veces, en las discusiones con Severo y con el pueblo de Agua Negra, para decir que no tenía nada contra nadie, que él mismo tenía antepasados negros, de los cuales se decía orgulloso. La mujer que lo acompañaba, y que después vino a residir en la Hacienda, era blanca y pequeña, parecía no llegar a 30 años. Tenían dos hijos que llegaron mucho tiempo después, durante breves periodos, porque estudiaban en la ciudad. Al comienzo, iban para arriba y para abajo, el hombre tenía grandes planes para las cosas que veía en la Hacienda, y la mujer conseguía fingir interés. Era atolondrada, entraba en los lugares sin saber si podía entrar, repetía las mismas frases de asombro, sonreía de forma casi discreta de lo que llamaba la ignorancia de la gente, cuando se disponía a preguntar y obtenía una respuesta diferente de la que presumía ser la verdadera.

Salomão parecía interesarse por todo. Se disponía a escuchar lo que los habitantes decían, para refutar después, diciendo que él sabía más, que ya vio sobre tal cosa en algún lugar cuyo nombre nadie entendía. Comieron en la casa de Firmina en una de las visitas a la Hacienda, mientras escogían el lugar para construir la casa grande. Firmina mató una gallina para recibir a los nuevos dueños de Agua Negra, hizo un pequeño banquete con calabaza y abelmosco, picadillo de nopal y arroz. Se sentía como una inquilina, aunque viviese allí desde hacía más de 40 años y, a pesar de que el dueño estaba allí desde hacía tan poco tiempo, sentía como si le debiese favores por estar en tierra ajena. Salomão comió lo que le sirvieron, la mujer no tocó la comida, decía que tenía una alimentación especial, le agradeció por todo, pero quedó claro que sentía asco. Asco de las casas en malas condiciones, de las ropas, de la precariedad de no tener agua canalizada. Una de las veces, tuvo dolor de barriga y sintió horror al descubrir que no había baño en ninguna de las casas, ni en la escuela. Después de aguantar, cuando su cara fue cambiando de color, del colorado del sol al pálido, tuvo que hacer sus necesidades en el bosque. Al volver, entregó el pedazo de papel, sucio, que le habían dado, para que una de las mujeres lo cogiese. “No, señora puede dejarlo en el bosque”, fue lo que las que la observaban de lejos le dijeron, entre la risa y la ofensa. Volvió contrariada, considerando que tendría dificultades para adaptarse a la vida en aquel lugar.

Aquella Hacienda parecía ser la niña de los ojos del nuevo señor. Deseaba convertirse en un gran productor de café, sin saber si era posible su cultivo en aquella tierra. Después quiso criar puercos. Por último, quiso hacer de Agua Negra un santuario ecológico, pues estaba extasiado con la abundancia de agua y bosque preservado, que resistían a la depredación de la Chapada. En ninguno de sus planes la gente de Agua Negra tenía cabida. Eran meros trabajadores que debían ser desplazados a otras residencias. Tendrían que vivir efectivamente lejos de la Hacienda, porque eran intrusos

en propiedad ajena.

Salomão contrató trabajadores para ayudar en el transporte de materiales y servicios eventuales para la obra de la casa, que se convirtió en un paisaje extraño para los habitantes. Talaron moriches y palmeras que fructificaban en un terreno pantanoso, donde comenzaban los *marimbus*. Drenaron parte del agua, levantaron una casa de madera y cristal. Fue suficiente para que Severo le recordase que desde hacía mucho existía una demanda de los habitantes para la mejora de sus precarias casas de barro que podían caerse o ser fuente de enfermedades. Era necesario construir con materiales más duraderos. Unos estaban de acuerdo, otros no. Decían que si la tierra era del dueño, era él quién decidía lo que se podía hacer. Siempre había sido así. No había motivos para cambiar ahora. Otros eran conscientes de sus derechos. Hacía bastante tiempo, mucho antes de la muerte de Zeca Sombrero Grande, Severo y otros trabajadores traían información sobre los permisos negados a los habitantes de la Hacienda. Muchos nunca se conformaron con las prohibiciones, pero durante mucho tiempo tuvieron que permanecer quietos y sumisos para garantizar su supervivencia. Ahora se habla de los derechos de los negros, de los descendientes de esclavos que vivieron errantes de un lugar para otro. Se habla mucho sobre eso. De que ahora tienen derechos. Hay formas de garantizarles la tierra. De no vivir a merced del dueño, yendo de aquí para allá, como en el pasado.

Soy una vieja encantada, muy antigua, que acompañó a esta gente desde su llegada a Minas, desde el Recôncavo, desde África. Tal vez se hayan olvidado de Santa Rita Pescadera, pero mi memoria no me permite olvidar lo que sufrí con tantas personas, huyendo de disputas por la tierra, de la violencia de los hombres armados, de la sequía. Atravesé el tiempo como si caminase sobre las aguas de un río bravo. La lucha era desigual y el precio fue cargar con la derrota de los sueños, muchas veces.

Dos semanas antes de la muerte de Severo, Salomão y Estela se fueron de la casa de la Hacienda. Partieron a un viaje, era lo que se decía. Pero el deseo de la gente, después del entierro, fue quemar la casa de madera y cristal. Querían verla reducida a cenizas, molida como polvo, consumida por las llamas. Tenían ganas de destruir todo lo que les había sido negado.

4

Alguien recordó que todavía se podría hacer justicia. Se dijo que por más dolorosa que fuese la desaparición de un líder, la solución para los problemas permanecía en el horizonte y se debía perseguir como homenaje. No iban a ceder a la violencia del momento y reaccionar de forma irresponsable para poner en riesgo sus sueños y perder de una vez la batalla. Una voz se levantó para decir que se tenían que calmar los ánimos, aunque se sintiesen destrozados por lo que había ocurrido. Otra voz pidió templanza, que no dejasen al odio imponerse.

Aquella noche fue larga. Bibiana permaneció despierta, primero con la luz encendida. Después dejó que la oscuridad tomase la casa cuando todos se fueron a dormir. Ignacio cuidó de que las hermanas se acomodasen en la cama. Ana preguntaba por el padre. Dónde estaría ahora. Preguntaban si él se quedaría mojado y con frío bajo tierra si llovía. Si no tendría mucho calor con el sol del medio día. Ignacio no tenía muchas respuestas para las preocupaciones que venían de los miedos de la hermana. Todo lo que sabía tenía origen en las creencias sobre los encantados de las abuelas Salu y Hermelina. Venía de la fe de sus padres, no muy distinta de la que los abuelos les habían presentado. Todo lo que sabía tenía gran influencia de su abuela materna, por la convivencia con el mundo de los encantados, por estar desde muy pronto al lado de un *curador*. Por eso, Ignacio le contó cualquier cosa, sin siquiera pensar sobre si lo creía, hasta que se durmiese vencida por el cansancio. En ese momento, volvió a la sala y preguntó a la madre si no iba a descansar. Le dijo que iría, sí, cuando sintiese sueño. Se aproximó y la abrazó, sentada en la silla donde estaba. La besó en lo alto de la cabeza. Bibiana sintió las lágrimas de su hijo encontrar las suyas, calientes, saliendo hacía mucho de sus ojos. Le pidió que no se pusiese triste porque él cuidaría de ella. Esas palabras demolieron el resto del dominio que Bibiana intentaba mantener. Ignacio era un joven un poco mayor que el padre cuando éste abandonó Agua Negra.

En ese momento el día de la partida renació en su mente, mientras abrazaba al hijo en un llanto que liberaba los dolores que se habían acumulado desde el atentado contra Severo. Ella acompañó el cuerpo sin vida al hospital, llevó la cabeza en su regazo, el olor a sangre parecía haber penetrado en sus entrañas, por más que hubiese lavado el cuerpo y cambiado de ropa. El destrozo del portón de la Virazón donde estaban enterrados los antepasados de los habitantes, y la decisión de no quemar la casa de los dueños de la Hacienda En poco más de un día, todo había cambiado de forma tan abrupta que era imposible procesar lo que estaba ocurriendo. Cuando el hijo fue a acostarse, Bibiana permaneció en la oscuridad, con la esperanza de que algo se manifestase para orientarla sobre lo que hacer. Se refugió en los recuerdos, en las dificultades que pasaron juntos cuando partieron. En las tareas que tuvo que hacer mientras intentaba afirmarse en el mundo más allá de la Hacienda: ayudante de cocina en un restaurante al lado de la carretera, limpiadora en servicios domésticos, cuidado de niños. Durante ese tiempo, nacieron sus hijos y cursó magisterio, realizó en parte los propósitos que la hicieron abandonar la Hacienda por un tiempo. En ese periplo se dio cuenta de que la vida más allá de Agua Negra no era muy diferente, en lo que se refería

a la explotación. Pero estaba Severo, y los sueños, y todo lo que construían juntos. Había dificultades y discusiones, pero había, antes que nada, afectos que ella misma no podía definir. Afectos que envolvían sus historias y todas las cosas que aprendían, sobre sí mismos y sobre su gente. ¡Cómo comenzaron a amar su lugar en ese viaje! Sintieron ganas de volver, a medida que iban acumulando información sobre lo que debía pertenecer a una comunidad de personas, tal vez invisibles para todos los demás, en el corazón de una Hacienda.

Antes de que el sueño llegase, Bibiana se levantó de la silla. La luz del sol entraba por las rendijas de la puerta y la ventana. Abrió la puerta, sintió el sereno fresco de la mañana tocar su piel. ¿Qué sería de todo ahora, sin Severo? ¿Qué sería de ella con el vacío que se había asentado en su cuerpo? Tenía los hijos para encaminarlos en la vida. Y, antes de que pensase en los días por venir, llegaron las hermanas y la madre. Salu fue a la cocina a preparar café. Belonísia y Domingas se sentaron en la sala, a su lado. Las tres miraron, por un tiempo, la tierra más allá de la puerta, el canto de los pájaros parecía ser el mismo de toda una vida. Parecía ser el mismo de un pasado tan cercano y tan lejano. El mismo canto que las acompañó en la infancia, mientras iban camino al campo de madrugada, al lado del padre, para espantar a los tordos de los arrozales.

Más tarde, la policía llegó para hacer el peritaje del lugar del crimen. Aunque Ignacio y Domingas pidieron insistentemente que Bibiana se quedase en casa, ella no cedió y acompañó todo el proceso, respondiendo a las preguntas que le hacían. Alternaba momentos de completa apatía, cuando las preguntas tenían que ser repetidas más de una vez para que las comprendiese, con momentos de ansiedad y furia, visibles en los gestos del cuerpo y en los timbres de la voz. Se esforzaba intentando recordar cada fracción de tiempo, cada paso, cada pensamiento, gestos, hasta lo que estaba escrito, palabra por palabra, en la nota de la llegada del padre que había ido a buscar cuando dispararon a Severo. Nada, no sabía nada más. Sólo que un carro había partido a gran velocidad hacia la carretera, fue lo que algunos habitantes dijeron. Los agentes fueron a las casas de los habitantes que supuestamente habían visto al vehículo en fuga. Anotaron el color del carro. Los cristales oscuros, dijeron, habían sido un obstáculo para saber cuántos y quién estaba en su interior. Preguntaron si notaron algo extraño en los días que antecedieron al crimen y si Severo se había peleado con alguien. Cuando los habitantes respondieron sobre las discusiones con el dueño de la Hacienda, los policías se dieron por satisfechos, no continuaron. Bibiana y algunas de las personas presentes fueron invitadas a prestar más testimonios en la comisaría de la ciudad.

Pareció, durante un breve periodo, que las cosas habían cambiado, tal vez se haría justicia por lo que había ocurrido. Iban a investigar la muerte de un hombre simple como investigarían la muerte de un hacendado o de cualquier hombre poderoso de la ciudad. Pero, algunas semanas después, apareció la noticia de que la investigación se daba por concluida. Que habían descubierto una plantación de marihuana cerca de los *marimbus*. Que Severo había sido asesinado en una disputa por el tráfico de drogas en la región.

5

Fue ese el día en que Bibiana decidió reunir al pueblo de Agua Negra para hablarle. Incluso inmersa en su luto, necesitaba exponer lo que pensaba. No podía dejar que las cosas se desarrollaran de la forma en que lo estaban haciendo porque, de lo contrario, en breve todos estarían en peligro. Aunque el vacío permaneciese en su cuerpo, no dejaría que la memoria de Severo fuese violada por una mentira. Pues luego muchas otras mentiras acompañarían esa historia, sin que se pudiese defender. ¿Y sus hijos? ¿Cómo vivirían con la imagen vilipendiada del padre? No iba a permitir que su legado fuese despedazado por la historia que las autoridades querían contar. Muchos dejaron sus quehaceres, por respeto, para oírla. Salu fue por el camino apoyada en el brazo de Domingas y del yerno. Belonísia acompañó a los sobrinos, cojeando, después de dudar y escuchar de la hermana si debían o no permitir que oyesen lo que tenía que decir: "No hay nada que esconder", dijo Bibiana, en un momento de rara firmeza en las últimas semanas. "Por más que duela la verdad, es mejor conocerla por nosotros mismos que por otros. Y, sabiéndola por mí, podrán defender a Severo con los mismo argumentos".

Belonísia se sintió una sombra de Bibiana durante aquellos días. Toda su vida había esquivado aquel papel, desde que, de forma casi instintiva, la hermana comenzó a hablar por ella. Desde que permitió que Bibiana conociese sus sentimientos más íntimos. De la misma forma, se infundía de lo que se movía feroz en el pensamiento de la hermana. Se sentía, más que nunca, unida por lo que parecía ser un destino inevitable trazándose en las sendas de sus vidas. Pasado tanto tiempo, no necesitaban ninguna comunicación visible, ya fuera por el intercambio de miradas o por la lectura de los gestos. El aire, sentía, podía vibrar de forma involuntaria transmitiendo el malestar físico y mental que de la otra emanaba. Podía transmitir sus agitaciones y sus voluntades. Esos días fueron cruciales para darse cuenta de hasta qué punto estaban compenetradas en su comprensión de las cosas. Belonísia había desarrollado esa percepción expandida en relación a las personas, más todavía en referencia a la hermana, su voz en el mundo donde se movía en silencio. El mismo silencio del campo y de la casa en que residió por poco tiempo con Tobías fue el estado propicio para desarrollar la furia de sus sentidos para comunicarse con su entorno. La vida, en aquel instante, confirmaba lo que continuaba oculto a los ojos ajenos, encubierto, tal vez en un primer momento incluso a la propia hermana, pero que consolidó de forma vigorosa y sin retorno el vínculo entre las dos.

Durante toda su vida, Bibiana había visto al padre organizando las tareas del trabajo o dirigiendo la asistencia en las ceremonias de *jarê*. Nunca imaginó, sin embargo, que aquella responsabilidad de hablar al pueblo de la Hacienda recaería sobre sus hombros. Incluso porque Severo era quien hablaba con los habitantes, organizaba la resistencia al cerco que Salomão y sus empleados venían imponiendo, aunque ella se integraba y participaba de forma activa en el movimiento. Ahora se notaba expuesta a la violencia del atentado, a la mentira que intentaban difundir para desmoralizar de una vez al pueblo de Agua Negra. Sentía como si los tiros continuasen atravesando los cuerpos de su familia, incluso después de haberse llevado al marido.

Antes de comenzar a hablar delante de los vecinos y parientes, Bibiana sintió su cuerpo temblar de incomodidad, al ver que Salomão observaba desde lejos, desde encima de un caballo, acompañado por el actual gerente. Poco después se apeó colocándose a la sombra de un guapinol. Quería intimidarla. Su presencia tenía la clara intención de silenciar aquella reunión, o, como mínimo, hacer que midiese bien las palabras antes de lanzarlas fuera de la boca. Argumentaría que era su tierra, y que no iba a tolerar más aquel desorden de gente reuniéndose para propagar ideas como las que Severo expandía, ideas que tenían la intención de perjudicarlo. “Nunca hubo *quilombolas* en estas tierras”, podía oírlo repetir antes incluso de pronunciarse. Pero no había vuelta atrás: Bibiana estaba tomada por la furia. Dirigió su mirada a los habitantes que esperaban sus palabras, aunque notase de vez en cuando a alguien mirar con indignación en dirección a Salomão.

Bibiana tembló de forma visible cuando pidió silencio para poder hablar. Belonísia desvió la mirada, temiendo que la invadiese el mismo miedo que la hermana exhalaba. Pero su seguridad creció cuando inició el discurso. Súbitamente, el temblor dio lugar a una voz fuerte, segura, que fue persuadiendo a los presentes.

“Llegamos a la Hacienda hace muchos años, cada uno aquí sabe cómo fue. Esa historia ya se ha repetido muchas veces. Mil veces. Muchos de nosotros, la mayoría, puedo decir, nació en esta tierra. Nació aquí, en esta tierra que no tenía nada, sólo nuestro trabajo. Todo esto de aquí existe porque trabajamos esta tierra. Yo nací aquí. Mis hermanos nacieron aquí. Crispina, Crispiniana y la familia también. Y los que no nacieron ya llevan la mayor parte de sus vidas en Agua Negra. Los dueños sólo ponían los pies en esta tierra para recibir el dinero de las cosas que plantábamos en los campos. Todo el mundo conoce las historias del Señor Damián, del Señor Saturnino y de Zeca, mi padre. Y conoce las historias del *jarê* y de todo lo que vivimos aquí. Sabe mejor que cualquier forastero cuántas sequías hemos visto golpear la Hacienda y cuántas crecidas se comieron nuestros campos en la vera del Utinga y del San Antonio”.

Pausó su discurso para respirar, recuperando el aliento consumido por sus recuerdos. Consumido por la responsabilidad de presentarse para defender lo que quedaba de la dignidad de su gente. Miró a los hijos, atentos, al lado de Belonísia, que tenía el cuerpo muy cerca de las niñas, como un animal defendiendo sus crías. En ese instante la invadieron recuerdos desordenados que la llevaron a la imagen de Severo.

“Todos saben lo que hizo Severo por Agua Negra. Llegó aquí muy pequeño, fuimos a vivir fuera para buscarnos la vida, porque aquí las cosas se estaban poniendo difíciles. Pero ustedes le gustaban y les tenía respeto. Tenía consciencia de nuestra historia. Sabía que nuestro pueblo había sufrido desde antes de Agua Negra. Desde hacía mucho tiempo. Desde los diez mil esclavos que el coronel Horacio de Matos usó para encontrar diamantes y guerrear contra sus enemigos. Cuando les dieron la libertad a los negros, nuestro abandono continuó. Nuestra gente vagó de tierra en tierra pidiendo vivienda, pasando hambre, conformándose con trabajar por nada. Conformándose con trabajar por una vivienda. La misma esclavitud de antes, pero disfrazada de libertad. Pero ¿qué libertad? No podíamos construir casas de albañilería, no podíamos plantar en el campo lo que queríamos. Se llevaban lo que querían de nuestro trabajo. Trabajábamos de domingo a domingo sin recibir un centavo. El tiempo que sobraba era para cuidar de nuestros campos, porque si no, no comíamos. El hombre trabajaba en el campo del señor, y la mujer y los hijos en el campo de la casa, en los huertos, para no morirse de

hambre. Los hombres se fueron agotando, muriendo de extenuación, llenos de problemas de salud cuando llegaron a viejos".

Las botas de Salomão pisaban la tierra moliendo terrones y el sonido resonaba en los breves silencios entre una charla y otra. Algunas veces, Crispina y Crispiniana, Isidoro y Saturnino miraban hacia atrás. Algunos habitantes se volvían para mirarlo y murmuraban entre sí las impresiones de aquella presencia. María Cabocla estaba de pie mirando atenta a Bibiana, con la cabeza canosa cubierta por un pañuelo gastado, al lado de cinco de sus hijos que todavía vivían en la Hacienda.

"Pero no vamos a desistir. Esa simiente que Severo plantó para nuestra libertad y por nuestros derechos no va a morir. Fue uno el que se fue. Mi compañero y el padre de mis hijos. Pero somos muchos todavía en esta Hacienda. Se fue un fruto, pero el árbol se quedó. Y sus raíces son muy hondas para intentar arrancarlas. La mentira de que él cultivaba una plantación de marihuana no permanecerá. Nosotros sabemos quien planta", dijo sin desviar la mirada de la gente que estaba frente a ella. "Nosotros vivimos en la periferia de la ciudad, y allí los policías usaban la misma disculpa de drogas para entrar en las casas, matando al pueblo negro. No necesita ni ser juzgado en los tribunales, la policía tiene licencia para matar y decir que fue un tiroteo. Nosotros sabíamos que no era un tiroteo. Que era exterminio".

Otras voces, que nunca se manifestaban en presencia de Salomão, fueron sumándose al discurso de Bibiana. Su imagen, debilitada por el torbellino de emociones a la que había sido lanzada, consternaba y, al mismo tiempo, inflamaba las conversaciones de parientes y vecinos, o de quienes habían sido sus alumnos. Los ojos de Salomão mostraban recelo. Él observaba la reunión con la cautela necesaria. Era una aglomeración considerable, había muchas familias, todos movilizados por el incidente. Cualquier gesto suyo podría entenderse con sospecha. Podría provocar una turba, y en aquel momento él estaba en desventaja.

"Quieren deshonrar a Severo, porque deshonrando su nombre debilitan nuestra lucha. Quieren proteger a los poderosos. Quieren callarnos, retirarnos de aquí a cualquier precio. Quieren doblegarnos, pero no nos someteremos. Quieren que nos levantemos llevándonos nuestras cosas y que dejemos la Hacienda. ¿Hacia dónde? Eso no interesa. Quemaron nuestros gallineros, soltaron animales para destruir nuestros campos. Quisieron impedirnos pescar con la disculpa de que era para proteger los ríos. Como si no fuésemos nosotros los que cuidamos de las cosas. Como si no fuésemos parte de todo esto. Si estuviera todo en las manos de los buscadores de piedras preciosas o de los hacendados, estaría todo destruido. Hasta intentaron prohibirnos enterrar a nuestros muertos en la Virazón. Pero no nos doblegarán. No abandonaremos Agua Negra".

Irrumpieron aplausos a coro para reafirmar lo que Bibiana había dicho. De forma sorprendente Salomão permaneció callado, aunque impaciente, moviendo los pies de manera que llamaba la atención. Quien allí estaba sabía muy bien cuánto las cosas habían empeorado desde la venta de la Hacienda. Vivían acorralados. Impulsados por la movilización iniciada por Severo, veían en su muerte un pretexto para hacerse oír. Era ahora o nunca.

Salomão ni siquiera esperó que las personas se dispersasen para aproximarse a Bibiana. Aunque, aparentemente, quisiese deshacer el malestar por la muerte de Severo, su presencia era incómoda. Ni sus palabras consiguieron señalar una tregua. "Siento mucho la muerte de su marido. Estaba fuera, pero los empleados me avisaron", inició la

conversación de forma amena para continuar con el recado, “pero usted no puede acusar a nadie. La investigación, por lo que se ha informado, ha concluido. La policía ya dio una respuesta. Hay gente seria ahí”, paró enfrente de Bibiana, intentando apoyar la mano en su hombro. Ella, de inmediato, dio un paso atrás. “Usted no tiene que decirme lo que voy a decir”, caminó apartándose de Salomão, cuando se volvió para atrás mirándolo directamente a los ojos, “Quien le hizo eso a Severo lo va a pagar. La justicia de los hombres puede fallar, pero de la de Dios nadie se libra”.

Belonísia encaró al hacendado mientras los sobrinos caminaban intentando alcanzar a la madre. En sus ojos rutilaba un brillo vivo, encantado, e hizo al hombre sentir un escalofrío aparente en el vello de los brazos que se le erizaron. Solamente Ignacio desaceleró los pasos para esperar a la madrina. Ella ladeó la sombra de Salomão proyectada en el suelo y escupió sobre ella el veneno que guardaba en la boca.

6

Encontré a Miúda todavía muy joven. Me fui acostumbrando a moverme dentro de las capas de faldas que vestía cuando fue madurando como mujer. Miúda y la gente de aquí no decían que eran negros. Los negros no estaban bien vistos, y tenían que abandonar la tierra. Entonces, decía que era india. Los otros decían que eran indios. Los indios no tenían que abandonar la tierra. El indio se toleraba, a nadie le gustaba, pero las leyes los protegían, era lo que se pensaba. Los otros fruncían el ceño porque veían que eran negros. Pero ellos contaban que fueron raptados violentamente. Generalmente era la mujer la que era raptada, entonces nadie podía cuestionar que no era una india legítima o mezclada con un negro. Miúda, atenta, comenzó a contar que había sido raptada como su madre. Lo contaba y, listo, todos la creían. Tal vez por eso haya sobrevivido a la travesía.

Miúda era peregrina. Antes de asentarse en Agua Negra, anduvo de tierra en tierra. Anduvo tanto que cuando lo contaba quienes la oían se reían, pensando que era mentira o que la vieja estaba chocheando. Ella se levantaba el filo de la falda para interrumpir una conversación, sacudiendo los muchos paños y levantando una polvareda de la tierra. Iba a la orilla del río. Miúda era una mujer-pez, pescaba, nadaba, dormía de madrugada en la orilla del agua. Imitaba el sonido de los peces, pero también sabía imitar el canto de los pájaros. Sus ojos se despertaban unos días rojos como tangaras brasileñas y parecían querer saltar y volar entre las cosas. La tangara brasileña jugaba con su reflejo en el espejo de agua de los ríos y las lagunas. Miúda no tenía tiempo, ni gusto, ni ganas de mirarse en el río, que era una vena abierta de su cuerpo en el medio del bosque. Lloraba día y noche porque se habían llevado a sus hijos lejos. Sus compadres de la ciudad vieron el hambre y la necesidad que se abatía durante la sequía en su casa. Le dijeron que llevándose a los niños aliviarían el sufrimiento de la mujer sola. Le dijeron que los niños iban a estudiar en la ciudad, que iban a aprender una profesión, que podrían ayudar a la madre después. La mujer-pez se resistió. Vagó día y noche en la orilla del río para pescar. Encendía una hoguera para calentarse e iluminar la oscuridad, mientras esperaba. Pero la minería trajo mucha arena al lecho del río y alejó los peces más grandes. Pescaba bogas de río que se juntaban en la orilla del agua para comer la piel gruesa, casi como una corteza de árbol, de los dedos de sus pies. Pero eran peces tan pequeños que no daban ni gusto al puré de harina. Plantó en el campo, ella sola, y cogió muchas cosas. Pero en las crecidas de los ríos o en las sequías no había remedio. Con el trabajo perdido y lo que se llevaban los dueños de la tierra, sólo quedaba engañar el hambre. Vino uno y se llevó un niño. Otro se llevó otro niño. Un tercero se llevó dos de una vez. Miúda se quedó sola. La noche, en soledad, se fue haciendo cada vez más larga, y antes de que el sol surgiera, salía por el camino, acompañada por el sonido de los insectos, para ir a la ciudad y pedir que los hijos volviesen con ella. Sus compadres le decían que era mejor que los chicos estudiasen en la escuela de la ciudad, que era mejor que viviesen por allí, tenían comida que no les faltaba. Y Miúda era una mujer-pez que volvía desolada a casa. Se acurrucaba en la orilla del río, sin temer a la cobra o al pecarí. Pescaba las bogas, y cuando llovía en las

cabeceras de los ríos llevaba peces grandes a la mesa. Las manos de la mujer-pez estaban encantadas, hechizaban a los peces. Descendían lentas en el agua, sin provocar agitación. Quien veía a Miúda pescar notaba su perspicacia. Los peces se rendían en sus manos, sin oponer resistencia.

Santa Rita Pescadera vagaba sin compañía viendo la historia de esa gente que también vagaba de un lugar a otro buscando donde vivir. Desde hacía mucho tiempo. Vio la guerra por las minas y después la guerra por la tierra. Vio mucha gente muriendo por maldad. Santa Rita Pescadera montó el cuerpo de Miúda para dar sentido a sus fuerzas, que se desvanecían sin los hijos. Las faldas de Miúda giraban en la casa del *curador*. Sus brazos se agitaban como la corriente del río del alma. Lanzaba una red para capturar las desgracias de las vidas de los presentes y llevarlas al fondo de las aguas. En esos momentos, éramos sólo una. Sentía la comodidad de estar acogida en un cuerpo de mujer fuerte. También era mujer-pez. Era una mujer-pez dentro de otra mujer-pez. Sus pies se movían como aletas, la zorra aullaba en la noche en que danzaba. La gente la ridiculizaba, sin acordarse de la encantada. Sin recordar que fui el arrullo de las noches de quien vagaba huyendo de la maldad. Pero danzaba, lanzaba la red y los brazos corrían sueltos en el aire, como el río bravo de las crecidas. Mis fuerzas alcanzaban a quienes las necesitaban. El padre del padre de su padre encendió una vela para que curase la fiebre del hijo de su señor, en una noche de luna menguante. La madre de la madre de su madre cantó un canto a Santa Rita Pescadera, en días de huida y desesperación. Me alegro y me entristezco en esta danza antigua.

Ya no bailo porque nadie se acuerda de Santa Rita Pescadera, porque el *curador* de esta tierra murió, se llevaron sus fuerzas y el tiempo desmoronó su casa. Planeo como el aire y desciendo como la lluvia en la tierra. Desciendo lavando la sangre que derramaron sin piedad. La sangre del pasado corre como un río. Corre en los sueños, primero. Después llega galopando, como si fuese a caballo.

7

Llevaron un pastor de la iglesia, días después, para celebrar un culto. La intención era reunir a algunos pocos habitantes que iban de vez en cuando a las iglesias en los días de feria en la ciudad, y ya tenían su lista de oraciones y pecados. Era costumbre de casi todos participar en las ceremonias o ir a las romerías, pero era la primera vez que se celebraba algo que no fuese el *jarê* dentro de la Hacienda. Después de la muerte de Zeca Sombrero Grande, quien pudo fue a otra casa de *jarê*, a buscar un nuevo *curador* para retirar la mano del anterior y colocar la nueva sobre su cabeza. En los últimos años, después del fin de las celebraciones de *jarê* en la Hacienda, dos familias se habían convertido en evangélicos, continuaban conviviendo con las demás familias sin conflictos aparentes, aunque renegasen, en privado, de sus prácticas anteriores.

Antes del culto, Estela, la mujer de Salomão, fue con el pastor casa por casa, para invitarlos a la celebración. Se desplazaron en un vehículo de la familia. Ella llevaba un vestido blanco con flores y su piel parecía enrojecida, pero no por el exceso de sol, era como si hubiese comido algo que la dejó con señales de irritación en cuello y brazos. El pastor era un hombre conocido, llegaban noticias de que sería candidato a alcalde, y realizaba visitas a Haciendas y poblados de la región con la intención de pedir el voto para las elecciones de octubre.

"Ahora quieren aparentar ser buenos cristianos. De hecho, siempre fingieron que eran buenos", dijo Bibiana, al saber del culto a través de doña Toña.

"Qué graciosa esa noticia de que el pastor esté hoy por aquí", intervino Salustiana. "Me desperté pensando en el Bom Jesus. En las historias que contaban y que ya les conté tantas veces", dijo apuntando a Bibiana, mientras Belonísia regaba el huerto, "pero creo que a ti no te las conté, Ignacio, y no sé si tu madre te las ha contado".

"¿Quién, mi madre?".

"La historia de allá del Bom Jesus, en Lagoa Funda", dijo abriendo una vaina de frijol mientras su nieto suspendía la reparación de una red de pesca colgada entre la puerta y una estaca de la cerca, en el *terreiro* de la casa. "Ya mi abuela contaba que los negros de Lagoa Funda llegaron en un tiempo que nadie sabía decir. Cada uno tenía su cabaña, sus campos, plantaban en el lecho del río San Francisco. Los hijos iban naciendo, haciendo sus casitas y poniendo sus campos cerca de donde los padres las tenían. Durante mucho tiempo no hubo nada ni nadie por aquellos lugares. Estaban solamente ellos y Dios. Después llegó la iglesia y dijo que las tierras de la ciudad le pertenecían. No tardó mucho y llegó hasta Lagoa Funda y todo lo que estaba alrededor de la ciudad. Dijeron que nuestra tierra pertenecía a la iglesia también".

"¿La gente tuvo que irse de allí?", Ignacio paró por un tiempo el trenzado de la red para oír el resto de la historia.

"No. La iglesia marcó con hierro los árboles con una B y una J de Bom Jesus. Marcó todo lo que podía. Dijo que las tierras pertenecían a la iglesia y que nosotros éramos esclavos del Bom Jesus. Y bueno, nos extrañó, porque nunca se había hablado de esclavitud en Lagoa Funda. Mi abuela dijo que sabían que había esclavos en otros lugares, pero allí no. Nunca hubo esclavos en aquellas tierras. Todos se consideraban

libres, y hoy pienso en las cosas que el fallecido Severo, tu padre, decía: los negros vinieron a Brasil para ser esclavos, Lagoa Funda debe haber comenzado con quienes huyeron de alguna Hacienda o se ganaron la libertad de algún hacendado. Pero allí, nadie quiso hablar de eso. Todo el mundo nacía libre, sin dueño. Borraron ese recuerdo del cautiverio".

"Tal vez fuera difícil hablar, madre. Sufrieron cosas malas que no querían decir", dijo Bibiana, mientras ordenaba la bolsa que llevaría a la ciudad.

"Puede ser. Después de marcar todo con el nombre de Buen Jesús –vi muchos árboles de todo tipo, desde guapinoles hasta oitíes, con la marca de hierro del Bom Jesus– dijeron que éramos esclavos del Bom Jesus, pero vivimos como antes durante muchos años. Más tarde los hacendados llegaron mostrando documentos, y fueron cercando las tierras, nosotros nos resistíamos, murieron personas, y terminaron por quedar reducidos a un rinconcito. Mi madre y mi padre se fueron a la Hacienda Caxangá, donde conocí a tu abuelo, en esa época en que cercaron las tierras", se limpió el sudor que le bajaba por la cara con un trapo, "si viviésemos en aquel gran mundo todo de tierra, que los más viejos decían que teníamos antes de que los hacendados lo cercasen, tal vez ni ustedes ni yo estaríamos en Agua Negra. Ni tus abuelos paternos tampoco, Ignacio".

Salustiana y Belonísia permanecieron en casa después de que Bibiana y las hijas hubieran salido hacia la ciudad. Ignacio había bajado al lecho del río, no acompañó a su madre. Cuando Estela y el invitado llegaron a la puerta de la casa de Salustiana, primero las invitaron a orar "por los que se fueron" en el culto que se realizaría, lo que rápidamente ella rechazó. "Gracias, pero estoy ocupada". El pastor, un hombre que hablaba alto como si estuviese siempre pregonando para una multitud, comenzó a hablar sobre las imágenes de Santos después de ver el pequeño altar de la casa. Belonísia golpeó el suelo con los pies, impaciente, con la cara trastornada por la presencia de los dos. Se colocó con la mitad del cuerpo tras la puerta, alerta para cerrarla a la primera ofensa. El hombre hablaba mientras Estela sonreía sin gracia, previendo el fracaso de su intervención. Hasta que Estela tomó la palabra. Dijo que allí se practicó *jarê* durante mucho tiempo. Que doña Salu tocaba el tambor, pero que ahora todos necesitaban oír la palabra de Dios.

Belonísia hizo un gesto para empujar la puerta, pero la madre la agarró antes de que la cerrara. Aunque estuvieran hablando de religión, Salu estaba amargada por la disputa por la tierra que había arrancado la vida de Severo. Por las amenazas y prohibiciones que tenían la intención de hacerles abandonar la Hacienda. Aquella visita era parte de la tormenta que sufrían desde hacía tiempo para constreñirlos, hasta que no quedase nada. Se puso con autoridad delante de los dos para decir lo que la estaba sofocando desde hacía mucho tiempo.

"Mire, señora", interrumpió Salu antes de que la mujer continuase su sermón, "yo no tengo mucha letra ni estudios, pero quiero que usted entienda una cosa. Yo no soy la única que vive en esta tierra. Muchos de estos habitantes que ustedes quieren largar de aquí llegaron bastante antes que ustedes, que ni habían nacido. Muchos nacieron aquí. Tengo hijos y nietos, todos nacieron en Agua Negra. No puedo decir lo que cada uno piensa porque no estoy en la cabeza de nadie. Pero hablo por mí: yo nací en Bom Jesus, pero también nací de alguna manera en esta tierra. Llegué cuando era una muchacha y joven. Aquí viví, crie a mis hijos, trabajé duro con mi marido, vi cómo mis vecinos y

compadres fueron enterrados, allá en el cementerio que ustedes cerraron. Fui parida, pero también parí en esta tierra. ¿Sabe lo que es parir? Usted tiene hijos. ¿Pero sabe lo que es parir? ¿Alimentar y sacar una vida de dentro de sí? ¿Una vida que continuará incluso cuando usted ya no esté más en esta tierra de Dios? No sé si usted lo sabe, pero yo saqué con mis manos a la mayoría de esos niños, hombres y mujeres que usted ve por ahí. Soy *mãe de pegação* de todos ellos. Así como saqué a cada uno con mis propias manos, yo parí esta tierra. Déjeme ver si usted lo ha entendido: esta tierra vive en mí", golpeó con fuerza en su pecho, "brotó en mí y se enraizó". "Aquí", se golpeó nuevamente en el pecho, "está el hogar de la tierra. Vive aquí en mi pecho porque de ella se hizo mi vida, con todo mi pueblo. En mi pecho vive Agua Negra, no en el documento de la Hacienda de usted y su marido. Ustedes pueden hasta arrancarme de ella como una mala hierba, pero nunca arrancarán la tierra de mí".

Estela se quedó más pálida de lo que ya era e intentó interrumpir a Salu, sin éxito.

"Y hay más", completó, "puedo no ser *curadora*, pero todavía sé trabajar con hechizos. Puedo muy bien dar de comer y beber a mis guías y pedirles ayuda en muchas cosas equivocadas que hay por aquí", dijo, dando la espalda y cerrando la puerta.

8

El cuchillo resurgió, rutilante, entre las cosas que Belonísia llevaba en su bolsa de paja. Por un instante, Bibiana no creyó que se tratase de la misma pieza que había desaparecido de la casa antigua, probablemente a través de las manos de Doñana. Caminó hasta enfrente de la casa de la madre, las hijas llamaban desde fuera para que viese el bautizo de muñecas que Ana estaba preparando. Se aproximó, muda, y volvió a la silla vieja donde sobresalía la lámina. Extendió los dedos y sintió que estaba caliente al contacto, casi candente, cuando confirmó de lo que se trataba. Sintió vergüenza por estar espiando la bolsa de la hermana, pero consiguió disfrazar su sorpresa al ver lo que juzgaba enterrado en su memoria. La cicatriz de su lengua se resintió con el recuerdo, hormigueó, y lanzó a Bibiana de nuevo al día del accidente. La mano de la abuela, por un instante, se posó sobre su cabeza, se volvió pesada con los interrogantes que surgieron con la imagen. Tiró del objeto por la punta hasta que se reveló por entero: la empuñadura de marfil bien acabada; el pomo y la protección de un metal más opaco; la lámina brillante, sin envejecer. Y el filo cortante que parecía vibrar, dispuesto a rasgar el pequeño campo de atmósfera a su alrededor, como si dividiese de un tajo un pequeño pañuelo de seda.

Belonísia entró en el cuarto y paró, le pareció volver 30 años atrás en el tiempo y ver, de nuevo, a Bibiana retirar el objeto del tejido manchado de sangre. Hacía mucho que el tejido no estaba. Pero el silencio con el que vio a la hermana devolverle la mirada la dejó suspendida en el tiempo, como si sólo pudiese avanzar antes de esclarecer lo que aquella presencia significaba.

Tan habituada estaba a moverse con el cuchillo, que ahora se contraponía de forma inevitable a la perplejidad que los ojos de Bibiana le devolvían. El brillo se volvió más intenso en el objeto, alrededor de las hermanas surgió una sombra fría, proyectada por una nube que cubrió el sol. Belonísia se dio dos bofetadas leves en la barbilla y bajó el pulgar por la cara para decir que sí, era de la abuela. Cruzó los dedos de las dos manos, deslizando unos sobre otros para comunicarlo, sí, era el cuchillo. Repitió el gesto con las bofetadas en la barbilla y el pulgar bajando por la cara. No necesitaba confirmarlo, Bibiana ya lo había entendido. Preguntó si Salu lo sabía. La negación fue la respuesta. ¿Para qué? Se preocuparía de una forma innecesaria. Ella sólo continuaría siendo tratada como una niña traviesa que se había mutilado. ¿Y por qué lo llevaba consigo? Para trabajar, claro, para protegerse –mira lo que le ocurrió a Severo, sus índices se deslizaron en el aire en dirección a la hermana– y porque había perdido la lengua. El objeto había llegado a sus manos de nuevo, había una señal en aquella aparición. Lo guardaba por sentimientos que, por más que viviese, no sabría explicar. Y dónde estuvo todo ese tiempo, preguntó. Tú no lo creerías, dijo negando con la cabeza y colocando una mano sobre la otra con las palmas vueltas hacia arriba.

Al mudarse a la casa de Tobías, aquella mañana en que salió con el fardo de cosas y se fue a la ribera del río San Antonio en el mismo caballo, aquella mañana en que sintió su vientre vibrar en la caminata del animal hasta la casa donde viviría, no imaginó que sería sorprendida con una montaña de trastos que el marido guardaba en casa. A

aquella visión inicial le siguió el desánimo, al pensar todo lo que tendría que hacer para convertir aquella casa en habitable, y que tendría mucho trabajo, ya que había cambiado la casa de los padres por una vivienda escasa de todo. No consiguió organizar todo en el mismo día, tras la primera organización siguieron muchos días de trabajo, separando basura, botellas vacías y todo lo que se amontonaba por la cabaña.

Un bote de cerámica –como las ollas antiguas– con pequeños terrones de tierra alrededor estaba olvidado, como casi todo, en un rincón de la cocina. Belonísia se resistió a abrirlo con miedo de encontrar un ratón, una araña o la osamenta de alguna persona, como ya había oído en algunos relatos que contaban personas de la región. Le faltaba un pedazo a la boca del bote. Atrasó esa abertura hasta tropezar con él de forma accidental y terminar por quebrar otro pedazo grande de la boca. Al levantar el objeto sintió que algo se balanceaba con el movimiento. Dejó el bote en el suelo y se apartó. Pero el rayo del sol de la mañana alcanzó el bote y se reflejó en lo que quiera que fuera que estuviese ahí guardado. El brillo llegó a sus ojos. Un diamante. Fue lo primero que cualquiera pensaría, considerando las historias de la Chapada. Todo el mundo espera, un día, encontrar o ser encontrado por el brillo de la piedra. Retiró la tapa. La punta de un cuchillo relució de forma más intensa expuesta a la luz. Belonísia lo retiró del bote para hacer como había hecho con todo hasta ese momento: tirar lo que no servía y dar un nuevo destino a lo que tenía utilidad.

El cabo de marfil tocó su mano. Estaba caliente como el bote expuesto al sol en que se guardaba. Pero la boca hormigueó como el día en que encontró el cuchillo de la abuela. El brillo intenso, la intriga, el deseo de descubrir su gusto y la disputa en los juegos con la hermana la llevaron al desenlace que la silenció para el mundo. El recuerdo de Doñana después del suceso surgió vivo en su pensamiento. La vieja vagando por el patio, llamando a la hija de quien no tenía noticias, pidiendo que tuviesen cuidado con el jaguar, doña Toña diciendo cuando llegamos del hospital que Doñana había ido hacia la vera del río llevando un envoltorio. El envoltorio, el cuchillo, el bote de cerámica que desconocía. Era la lámina calentada por el sol, fría cuando estaba en la maleta debajo de la cama. Era el filo cortante resguardado que rasgaba el velo del pasado y llegaba a su presente para hacerla recordar aquel día.

Tobías entró y encontró su semblante de espanto y lejano en el tiempo. Belonísia colocó un paño de platos sobre el cuchillo encima de la mesa. Él se había olvidado la caña de pescar, traería pescado para los dos cuando terminase las tareas.

“No se lo devolveré a Tobías”, fue lo que pasó por sus pensamientos, “pertenece a mi familia”. Encontró un lugar seguro para esconder el cuchillo, entre el armario torcido y la pared, donde apenas su mano y el objeto cabían. Después de quedarse viuda, lo retiró del lugar en que lo había escondido. Comenzó a ir con él al campo, al río, lo llevó para defender a María Cabocla, doblegó al hombre de la vecina que se acobardó delante de la lámina y de sus ojos de furia. Pero nada de eso sabía Bibiana. Ella colocó un punto y final en la historia antes de que la memoria se le volviese desordenada. Sólo oyó de la hermana que, mirando el cuchillo tantos años después, parecía que lo acababa de sacar en ese mismo instante de la maleta vieja de Doñana. La maleta que se había llevado consigo y con la cual había regresado también. Y la alertó: “Cuidado con Ana, no la dejes sola por ningún motivo”, le devolvió el cuchillo a Belonísia, “ella es tan curiosa como éramos nosotras”.

Salió en dirección al *terreiro*, pero, antes de llegar a la puerta, se volvió.

“Belo”, dijo a la hermana, “¿qué haría a la abuela guardar este cuchillo como un tesoro?” Belonísia hizo que la forma de su boca se pusiese en forma de arco. “Sabes, no sé si te acuerdas, pero una cosa me intrigó, no en aquel tiempo, éramos muy niñas, sino años después, cuando me acordaba de todo esto”, dijo, mientras la hermana terminaba de guardar el cuchillo en la bolsa. El dedo índice arqueado volvió al cuerpo de Belonísia. “¿Por qué el cuchillo estaba envuelto en aquel tejido sucio de sangre? Aquella mancha oscura era sangre”, suspiró. “¿Y por qué la abuela guardaba ese cuchillo con tanto miedo? No temía otras cosas que podían herirnos de la misma forma, como un trozo de espejo o cualquier otra cosa”.

“¿Miedo?”, el pulgar y el dedo del medio tocaron el lugar del corazón. Belonísia quería entender adonde la hermana quería llegar.

“La abuela tenía miedo de lo que ese cuchillo significaba. Temía más el secreto que guardaba que la posibilidad de que pudiese herirnos”.

9

Doñana robó el cuchillo de su funda olvidada en la entrada de la casa de la Hacienda Caxangá al comienzo de la tarde. Había viajantes de visita aquel día. Aprovechó la breve confusión y el desorden de la cabalgata para hurtar el objeto. Aprovechó que los vaqueros, que acompañaban a los señores, habían bajado la guardia. Aprovechó su ruta desviada por el camino que daba a la casa de sus señores. Al parar para protegerse del sol que le comía el juicio, se topó con la funda colgada en la barandilla. Se retiró su sombrero grande y lo encogió entre las manos. Pensó que era un cuchillo bonito, como una reliquia de la casa grande donde nunca pudo poner los pies. Tenía un mango con un material como de mármol, no sabía lo que era. Pero la lámina era brillante como las cosas finas que los señores llevaban. Parecía ser de plata. Debía valer un buen dinero. Fue cuando se acordó de los hijos que necesitaban calzados y ropas nuevas, porque ya no había cómo zurcir más los trapos estirados. “Ellos nos quitan a nosotros y nosotros les quitamos a ellos”, fue lo que le pasó por su pensamiento. Pediría perdón a Dios y a sus guías. Colocó el objeto en su cesto de paja, en medio de las yucas cogidas aquella mañana, entre el cansancio y el desaliento. En ese exacto momento dijo apenas “Que Dios me perdone” y salió de la sombra que le serenó el cuerpo, llevándose consigo tal vez un tesoro, sin ser notada.

En el camino, la seguridad de que Dios la perdonaría fue creciendo. Al fin y al cabo aquella gente le debía mucho: el trabajo que no era remunerado, el sol que ardía sin piedad sobre su cabeza y que en la labranza quemaba inclemente, aunque su sombrero, no podía ser ingrata hasta ese punto, era un refugio, pero insuficiente para protegerla completamente de la exposición en las largas jornadas. En aquel infierno llamado Caxangá, el infierno de esclavitud al que se acostumbró como si fuese su tierra, no tuvo autorización para parir a su hijo en casa. Zeca nació en medio del campo, dentro de un charco, con la ayuda de las trabajadoras de la Hacienda, debajo de este mismo sol que ahora le hervía el juicio. Era suyo por merecimiento. Sin duda, Dios la perdonaría.

Pero los propósitos iniciales de su pequeño crimen no se concretaron. Doñana le tomó tal cariño al objeto que lo enterró debajo de la propia cama. Temió cuando oyó la conversación de los trabajadores, buscaban el cuchillo de un visitante, un invitado del señor de Caxangá. Pero guardó aquel temor para sí, sin confesárselo a nadie. Cualquier paso en falso podía significar la vergüenza de la exposición pública. Esos hombres, que amenazaban con enviar a sus capataces para entrar de casa en casa en la búsqueda del cuchillo, podrían castigar de forma ejemplar a quien fuese culpable, echándolo de la Hacienda sin las manos. Después, la noticia era que el hombre lo había perdido en la cabalgata que culminó en aquella tarde, bien viva en el recuerdo de Doñana. Se convocó a los trabajadores para buscar en los maizales, por los campos de yuca, caña de azúcar y ricino. Pero no encontraron nada y el tiempo trató de hacerles olvidar la desaparición.

Primero Doñana enterró el cuchillo para cavilar, mientras no terminase la búsqueda, sobre dónde podría vender su joya de caza. No podía ser en la ciudad, porque todos se conocían. Preguntarían lo que aquella mujer sin oficio ni beneficio hacía con

un cuchillo rico y bien tallado. Y las sospechas volarían más rápido que cualquier otra cosa. Fue cuando pensó en la posibilidad de venderlo más barato a un mercader o a un gitano, si no tuvieran ninguna relación con la casa grande. Con tal de que pudiese hacer algo por los hijos con lo que ganase. Pero ese día se fue atrasando porque Doñana no se animaba a desenterrar el objeto, no sentía confianza en ninguno de los mercaderes que llegaban a su puerta. Finalmente, pensó que lo podía dejar como herencia para alguno de sus hijos.

Cuando nadie más hablaba de la desaparición del cuchillo, y los trabajadores ya no lo buscaban por matorrales y campos, Doñana lo desenterró, lejos de los ojos de todos. Limpió el cuchillo, pulió el metal con un tejido viejo y lo envolvió allí mismo. Era un trozo bonito. La cosa más rica en que había puesto sus manos, eso sentía al admirar el objeto del engaño. Lo guardaba de nuevo para sí, lo limpiaba y pulía, lo devolvía al agujero debajo de la cama. Para no tener que enterrarlo y desenterrarlo cada vez que quisiese poner las manos y los ojos sobre él, colocó una alfombra de pecarí recubriendo el agujero donde lo escondía.

El cuchillo no siguió ninguno de los destinos que su guardiana se había propuesto en un principio. Ni se vendió a mercader alguno, ni se dejó de herencia a la familia. Fue lo que pensó después de ver a una de sus nietas perder la lengua. Dios no la había perdonado. Peor, había herido la carne de su carne, la nieta a quien cuidaba, rezaba contra hechizos y mal de ojo. Las nietas a quien planeaba enseñar los secretos de los encantados, como se los había enseñado a su hijo mayor. No para que fuesen *curadoras*, quería antes que fuesen libres, incluso de las obligaciones que la siguieron durante toda la vida. Quería enseñarles los misterios de los hechizos y de los encantados para problemas diversos. Quería enseñárselos para que se manejasen solas en el mundo, para que ayudasen a quien lo necesitara, e incluso más, para que buscasen la libertad que les había sido negada desde sus ancestros. De Hacienda en Hacienda, de Caxangá a Agua Negra, había vivido una vida cautiva. Quería verlas libres, dueñas de sus propios destinos.

Cuando el cuchillo sirvió al último fin en sus manos, al fin que nunca había considerado, Doñana se vio enredada en una trama de vida y muerte por el resto de sus días. Todo ocurrió cuando el hijo mayor ya había dejado la Hacienda Caxangá rumbo a otra tierra, donde pudiese tener trabajo y vivienda. Ella se vio de nuevo sola, sin el soporte de Zeca y con los hijos más pequeños para criar, que después saldrían al mundo. Llegó un trabajador nuevo. Un hombre gentil que extendió su fuerza para ayudar a Doñana en el campo. Terminaba el trabajo y ayudaba a la mujer que tenía el cuerpo dolorido de tanta labranza. Doñana, en su soledad, permitió que se juntase con ella y viviera en su cabaña, que se uniese a su lucha y calentase su cama, haciéndola sentirse viva, a pesar de toda la fatiga. Fue así que el hombre se quedó a su lado, el hombre cuyo nombre Doñana había olvidado, impronunciable, el hombre cuya existencia ni el hijo ni nadie más que no habitase en Caxangá conocía. Él, que había llegado de donde habían olvidado, se fue de tal forma que solamente la mujer que envejecía sabía.

Cuando Doñana encontró a la hija, Carmelita, muchacha desde hacía pocos años, debajo del cuerpo de su hombre, con los pantalones bajados, en la cama donde se acostaba del cansancio sin fin, se cayó al suelo como un jumento que no quiere seguir el camino que le queda. Tensó todo el cuerpo como si nunca más fuese a abandonar aquella posición. Gritó con gran cólera, puso a los hijos en alerta, su furia era su propia

desesperación. Carmelita estaba distante, llorosa por los rincones de la casa, ella lo notaba, pero no pasaba por su cabeza nada de lo que había visto. Casi no miraba a la madre. Doñana pensó que eran celos de la hija que no aceptaba al nuevo compañero. Pero pasó un año, pasaron dos. Entraba el tercero. Las magulladuras que la hija escondía, como si estuviera tonta, sin prestar atención, tropezando con todo, cayéndose por todos lados. Todo tenía sentido. ¿Su hombre pegaba, maltrataba, violaba y amenazaba a su hija debajo de su techo con su consentimiento? Carmelita le imploró perdón a la madre. La madre no conseguía ni mirar más a la propia hija, que ahora se quería ir de casa. Encontraría su camino como había hecho su hermano. Y el hombre no se apocó: se hizo más fuerte, mandaba en todo, mandaba en la casa, tenía a la mujer bajo su yugo.

Fue una noche en que la luna se oscureció, tras las nubes que al día siguiente lavarían la tierra con la lluvia, cuando tomó la decisión. Las aguas todavía no habían precipitado, pero se preveía que cayesen en el transcurso de la noche, lavarían la tierra de tal forma que no quedaría vestigio de nada. Él salió a pescar llevando una botella de bebida. Era un hábito que lo acompañaba desde la llegada. Doñana, que había ido con él algunas veces, no pescó más a su lado. Se sentó en casa y su juicio fue siendo carcomido por el rencor, por lo que había visto, por lo que le hacía daño, por lo que destruía a Carmelita. Cuando llegó al lugar donde él estaba vio que dormía, echado en la orilla del río. Parecía muerto antes incluso de ser desangrado. No había luz, no había quinqué en las manos de Doñana. No quería dejar rastros o recuerdos de sus pasos y actos. Nadie sabría nada, diría sólo que él se había ido sin dejar indicaciones sobre su destino. Antes de pensar en la justificación que daría, desangró al hombre como si desangrase a un puerco. Arrastró su cuerpo con los bolsillos llenos de piedras, que ella misma colocó, hacia dentro del río. No temió que viniesen a preguntarle por la desaparición del compañero en los días siguientes. Volvió a casa encharcada por el esfuerzo. Las pocas horas desde que había dejado su vivienda para acabar con su último error en las tierras de Caxangá fueron suficientes para que su hija se fuese sin indicar el paradero. El resto de la historia fue vagar sus últimos años viendo el rostro de Carmelita en todos los niños que había amado.

La madrugada siguiente, tuvo sólo una certeza: Dios jamás la perdonaría. Peor: le devolvería el doble del daño.

Y el olor de la lluvia, que caía en las primeras horas de la mañana, ya podía sentirse.

10

Madre Salu decía desde siempre que su pelo ya tenía muchas canas a los 18 años. Dejó de alisárselo con plancha y lo guardó bajo los pañuelos que la mayoría de las mujeres campesinas usaban. Te miras en el espejo que se apoya en el suelo contra la pared –porque el barro que la reviste no sostiene muchas cosas– mientras te colocas las horquillas que sostienes en la boca y piensas sobre cómo tu pelo también te parece blanco. Es de familia. Tal vez se haya puesto más blanco en las últimas semanas. Fue perdiendo el color con cada pensamiento que tenías para comprender lo que había ocurrido. Con cada noche de vigilia y miedo que fuiste obligada a atravesar en ausencia de tu marido. El compañero que te había dado mucho de lo que contenías en ti.

Atraviesas la casa como una aparición y a veces no escuchas cuando te hablan. Pasas la madrugada despierta dando vueltas en la cama al lado de la hija Ana, traída para llenar el vacío en que se había convertido el cuarto. Observas el sueño de la niña, los movimientos de los párpados, tal vez esté soñando, hasta que la mente la lleva de nuevo a la ausencia. Cuando desistes de intentar dormir, abres la puerta para sentir el sereno y la dejas abierta, a pesar de que la sombra de lo que le ocurrió persista en cada movimiento de la noche. Recuerdas la violencia al mirar la motocicleta que está en el *terreiro* de la casa, o al ver cada carro que pasa por la carretera de la Hacienda, porque puede llevar peligro. El pensamiento, entorpecido por la abrupta desaparición, se resiste a borrar aquellas horas de tu vida. Una nube recubre el sol, y la sombra que proyecta en la casa es como un bulto atravesando los cuartos. El sonido de la bocina de cualquier motocicleta, que puede atravesar la carretera, comprime como una mano tu garganta. Ese apretón que serías incapaz de explicar a tus alumnos. Oías aquellos ruidos como un aviso de que el marido iba a volver. Todos los lugares por donde él se movía están cargados de una electricidad que sólo tú puedes sentir. El olor de las ropas intactas en el armario, la almohada que ahora es la misma en la que te acuestas, impregnada del perfume de su cuerpo. Cuando consigues dormir, despiertas con la sensación de que despertaste de un largo sueño y dudas en extender la mano al lado de la cama donde él debería estar. Tus recuerdos son saboteados por el olor, por el silbo sutil de la respiración que juzgas oír, por el calor que parece emanar de tu lado. Cuando finalmente decides extender tu mano, sin coraje para abrir los ojos, encuentras a la hija durmiendo. Pero siempre que el sueño termina de forma abrupta, los ojos se abren desmesuradamente y sientes sólo la constatación de que sigues privada de su presencia. Es cuando llegan las lágrimas, incontrolables.

Tu hija más pequeña pregunta cuándo volverá el padre y tú le respondes que no volverá. Tu hija llora e incluso así tú resistes. Si fueras tú la que estuviera ausente tu marido no dejaría que los niños flaquearan. Les enseñaría a continuar encontrando fuerzas en el trabajo, en la lucha que puede ser la vida de todos los días. Entonces acaricias la cabeza de la niña, la acuestas en el regazo, le prometes algo que esté a tu alcance, un helado o una bolsa de palomitas de maíz cuando vayas a la ciudad. Pero no le puedes decir que él volverá, sería cruel con cualquiera, y ni siquiera una niña de poca edad podría agarrarse a una promesa que no se cumplirá.

Al amanecer te diriges al patio. Enciendes el fogón de leña y piensas en la taza esmaltada que permanece en el mismo lugar del armario porque no consigues retirarla, ni siquiera los hijos osan tocarla. Tampoco sabes lo que hacer con los pensamientos recurrentes: ¿y si no me hubiese olvidado del documento? Y si hubiésemos ido a la ciudad, ¿el carro con los criminales nos habría alcanzado en la carretera? ¿Y si no hubiese vuelto hace diez años a Agua Negra? ¿Y si no se hubiesen enfrentado contra lo que consideraban una injusticia contra todos? Los muchos "síes" surgen en todo momento y la enredan en lianas invisibles de las cuales no se libra fácilmente.

Volviste a la escuela, pero algo se rompió definitivamente en tu interior. Los niños parecen descontrolados ante tu apatía. Ni de lejos recuerdas a la profesora que enseñaba sobre la historia del pueblo negro, que enseñaba matemáticas, ciencias y hacía que los niños se enorgullecieran de ser *quilombolas*. Que contaba y recontaba la historia de Agua Negra y de antes, mucho antes, de los yacimientos, de los trabajos con la caña de azúcar, de los castigos, de los secuestros de sus aldeas natales, de la travesía por el océano de un continente a otro. Los niños prestaban atención, no sabían que había una historia tan antigua tras aquellas vidas olvidadas. Una historia triste, pero bonita. Y comenzaban a entender por qué todavía sufrían prejuicios en el centro de salud, en el mercado y en las oficinas de la ciudad. Donde los apuntaban con el dedo diciendo "mira la gente del bosque" o "negritos del campo". Comprendían por qué todo aquello no había terminado. Infundiste en aquellas vidas un gran respeto por sus propias historias. Pero ahora ni tú misma conseguías iluminarte con la esperanza de que el cambio fuese posible, y mucho menos creías que nada de lo que aprendieron pudiese marcar una diferencia para serenar la ira que te incendiaba.

En las últimas semanas comenzaste a salir de madrugada. Llevabas contigo una azada. No le contaste a nadie adonde ibas, ni lo que hacías. Tal vez deambulases por sendas y ríos buscando aplacar el dolor que no disminuía y parecía corroerte por entero. Volvías antes de que el sol saliera, no conseguías ni comprobar que los hijos estaban en casa y dormían. Te sentabas en una silla, el pelo cubierto de hierba y tierra, las manos nudosas y gruesas como las del padre, como las de la gente que trabajaba en el campo. Te adormecías, y en aquel breve instante parecías estar en paz con tu entorno. Despertabas con alguna de las niñas o con Ignacio preguntándote por qué estabas cubierta de tierra. Querían saber por qué estabas sucia, por qué tenías barro en la cara, en el cuello, en las manos y ropa. "Estuve trabajando en el huerto", era la respuesta. Pero en el huerto no había ningún cambio, ningún plantío nuevo, algunas plantas incluso se morían porque no se regaban, no se cortaban ni se abonaban.

Tus manos te dolían. Palpitaban el resto del día. Las colocabas en una olla con agua y hielo, las dejabas sumergidas. La piel se separaba en tus palmas rojas, callosas. Tus manos sangraban. Las escondías, no decías nada. Como las llagas del Señor dos Passos Crucificado. Como las manos de tu gente. Como las manos de los antepasados. Manos que los ayudaron a sobrevivir, que forjaron el alimento y los encantos al manejar las hojas y moverlas por el cuerpo necesitado. Manos que forjaron la defensa y la justicia cuando fue posible. La mano que el *curador* dejó en la cabeza de sus hijos.

Con la fuerza de tus manos dilaceradas tú sólo abrías un camino.

11

En el transcurso de tu vida, desde el silencio, echaste de menos poder cantar. Todavía muy pequeña, en las noches de *jarê*, te sentabas en la sala de la casa, en el regazo de tu abuela o de tu madre, y cantabas el canto de Santa Bárbara y del *Velho Nagô*.

Andabas atenta a los sonidos más sutiles. Conseguías saber cuándo la jacana estaba haciendo su nido, o cuándo la zorra se estaba acercando para comerse los huevos del gallinero. Escuchabas la cola de la cascabel a una distancia considerable. Oías el canto monótono del coludo gorjipálido o las uñas grandes del armadillo cavando su madriguera, incluso cuando nadie lo conseguía. Parabas lo que estuvieses haciendo para oír el canto del tapaculo y lo sentías resonar, vibrando en tu propio cuerpo. Fue así como aplacaste el silencio en la soledad del *terreiro* cuando tu hermana se fue, o en la casa de la vera del San Antonio, después de la muerte de Tobías. O cuando no pudiste estar más al lado de tu padre y maestro. El bosque te hizo fuerte y sensible, todavía niña, para reconocer el movimiento del mundo. Una vez escuchaste que “el viento no sopla, es el propio soplo”.

Poco antes de callarte para siempre, tu madre llegó del campo y encontró un plato de cuscús listo. Se sorprendió, al mismo tiempo que preguntaba quién lo había traído: “¿Quién hizo este cuscús?” “Yo lo hice”. “Pero te podrías quemar”. Eso enterneció a tu madre y a tu padre cansados del trabajo, que agradecieron el ofrecimiento. La tierra era tu tesoro, parte de tu cuerpo, algo muy íntimo. Cuando ibas a la feria, cuando caminabas hasta la ciudad con el cuerpo cobreado de pulpa de moriche sobre el negror de tu piel, no veías el momento de tomar el camino de vuelta a la Hacienda. No sabías cómo tu hermana pudo vivir en medio de aquel desorden de carros, casas y gente. Para tener cualquier cosa necesitabas dinero, cualquier cosa. En la tierra tenías lo que coger al alcance de las manos. Si la sequía o las crecidas se lo llevasen, se comía lo que sobraba. Comías la harina de mandioca que hacían o cogías las simientes de guapinol para preparar tortas. En la ciudad no había tierra para remover, para sentir la ventura, la humedad que avisaba de que la lluvia llegaría pronto.

En esos días especialmente, recordabas tu breve vida con Tobías. La incomodidad que sentiste en aquella cama. El alivio al saber que había muerto. El túmulo que yacía en ruinas, cercado de matorrales, donde no tuviste deseo de poner tus manos ni una única vez. No por rencor, ni por desconsideración, sino por entender que aquel fue un error que debía ser suprimido de tus recuerdos de forma definitiva, aunque la memoria frustrase ese deseo.

Lo mejor que Tobías hizo fue devolverte, de manera involuntaria, el puñal de tu abuela. Tal vez aquél haya sido el único propósito de tu error. Descubriste, pasados muchos años, que guardabas la misma fascinación por el brillo de la lámina. Cuando pudiste tenerla en las manos otra vez, te viste en su reflejo, con el mismo brillo en los ojos, la niña y la vieja, la inocente y la culpada. El filo cortante dividió tu vida a partir de aquel momento, en los tiempos que se fueron. Y cada vez que lo lustrabas y observabas tu imagen reflejada en aquel espejo sabías que tu vida podría ser dividida de nuevo. Como el ombú frondoso o seco, en el escaso periodo de lluvias o en todo el resto

del tiempo. Como en el día en que, cargada de odio, rayaste con la lámina la piel de Aparecido. La vida casi se dividió. Quisiste proteger a María Cabocla, la mujer que te tocó con la punta de los dedos, que trenzó tu pelo y te hizo echarte en la cama para descansar como si fueses una guerrera amada.

Sufrir, ese sentimiento difícil de expresar y rechazado por todos, te unía de forma irremediable a todo tu pueblo. El sufrimiento era la sangre oculta corriendo en las venas de Agua Negra. Y cómo sufriste trepando al moriche y a la palma, estropeándote los pies en los espinos. Sufriste con tus brazos, robustos como los de un soldado, trabajando la tierra para sembrar y recoger frutos, incluso sabiendo que no siempre cosecharías, y que cuando lo hicieras, se lo podrían llevar los dueños de la Hacienda. Arrastrando tu andar cojo, vigilabas la casa y la plantación de los animales y de los infortunios. Cuidabas de tu padre que se preparaba para partir. El dolor que no permitía perdonar completamente a tu hermana, como en los juegos de la infancia. Las pesadillas recurrentes cuando te sentías intimidada y perseguida, donde el puñal de Doñana era la lámina que una vez más dividía el cuerpo, el mundo, la tierra y en ella hacía correr un río de sangre.

Recuerdas a tu padre arrastrando el arado antiguo de hierro retorcido, pesado, rasgando la tierra en líneas torcidas. Aquellos surcos donde lanzaba las semillas de maíz. Aquel arado sobre el cual nadie hablaba, un objeto del paisaje, que llegó mucho antes que los pioneros, que nadie sabía de dónde había salido, manejado por las manos de los trabajadores más antiguos, de los que vinieron de muy lejos y sobre los cuales no había ninguna historia. De los que abrieron el bosque mucho antes y cuyas manos condujeron el arado para preparar el campo para la siembra. Con sus manos que tal vez tuviesen los mismos nudillos, las mismas heridas que la gente de la Hacienda escondía. Manos que abrían hoyos con la azada en la tierra, arrancando grandes pedazos de suelo y hierbas, para que en ella floreciese la mandioca o para enterrar un cuerpo. Manos que separaban las hojas de los rezos y de los remedios. La boca, la vela, los sonidos de los encantados agitando el aire, los peces nadando a contracorriente.

Es cuando presientes y aceptas que tus manos, las mismas que labran la tierra de donde se levanta la vida, podrían ser el amparo o el fracaso de toda una lucha. La ausencia del primo en la vida de los sobrinos, de los padres, de la hermana, en tu propia vida escavaba por dentro. Él que, como tu padre, te había dado tanto conocimiento sobre la historia olvidada, sobre los derechos negados. Te corroía por dentro lo que le hicieron, lo que podrían hacer, lo que querían quitarles a todos.

Corriste por los caminos de Agua Negra. En el bosque, en los ríos, en los *marimbus*, en cada palmo de tierra, intentaste reconocer y recordar cada árbol. Tu memoria se volvió un mapa de las sendas y caminos que formaban tu lugar. Necesitabas conocer cada declive, cada cueva abierta y cerrada, cada movimiento de la tierra, de salida y de llegada, cada animal doméstico o salvaje. Salías por la mañana, te perdías explorando todos los rincones que alcanzabas. Volvías sucia, exhausta, con la ropa cada vez más gastada. Nadie te preguntaba por dónde habías andado, no servía de nada, sabían que no ibas a responder.

Y los sonidos, los sonidos de los animales, de las hojas al viento, del río corriendo, los sonidos resonaban perennes en tu interior. Ya fuese en las tareas del día o en el sueño leve de la noche.

Entonces sentiste que desde siempre el sonido del mundo había sido tu voz.

12

Estela salió enloquecida por el camino que daba a la casa de los *marimbus*, como si huyese de un incendio. Sus hijos lloraban y fueron amparados por Santa y la hija, que andaban por el mismo camino cargando fardos de ropa y pescado. El grito de la mujer había sido tan desesperado que movilizó a buena parte de los habitantes de las cercanías. Estaba vestida con un camisón blanco hecho de un tejido delicado y casi transparente. Era posible ver los pezones de sus senos jóvenes, rígidos, tras el tejido, moviéndose agitados al sabor de los nervios desconcertados. Nadie conseguía entender lo que decía y el llanto de los niños se había vuelto más nítido porque llamaban a la madre. La llamaban para que volviese a su lugar, para que los protegiese. Los hombres llamaron a las mujeres y la noticia corrió de casa en casa y por el camino, con la velocidad de las malas noticias. Salomão estaba muerto.

Salu caminó la corta distancia desde su casa hasta la casa de Bibiana para relatarle la noticia que le había llegado. La hija, que estaba corrigiendo los cuadernos, continuó con la cabeza baja, pero después se quitó las gafas y pidió a la madre que se sentase. “¿Está usted nerviosa? Descanse un poco madre”, le sirvió una taza de café y la llevó a la sala. “Él tenía muchos enemigos, madre”, dijo volviendo a los cuadernos y bajando la cabeza nuevamente, “tarde o temprano eso iba a ocurrir”.

La madre bebió un trago de café, “había tantos lugares para que le ocurriera, ¿por qué acá en esta Hacienda, si él tenía otras y vivía aquí y allá?” “Esas cosas no escogen un lugar, madre, no, ocurren donde tienen que ocurrir”. Bibiana parecía hablar con el tono de voz de una viuda que todavía no había completado su primer año de luto. “Es bueno que ella sienta en su piel lo que yo todavía siento”, dijo, sin mirar a la madre.

“¿Qué es eso Bibiana? ¿Esa fue la educación que yo y tu padre te dimos? No se desea el mal a nadie, por peor persona que nos pueda parecer”.

“Debían haber quemado la casa con la mujer y los niños dentro. Así no habría herederos para intentar sacarnos de aquí…”

Salu se levantó de súbito y derribó la silla en la agitación. Bibiana levantó la cabeza para mirar a la madre. Incluso tuvo tiempo para decirle que podía dejar la silla en el suelo, que ella misma la colocaría en su lugar. La madre, vieja, que tantas dificultades pasó durante la vida, se sintió indignada con la violencia del deseo de la hija. Le dio una bofetada en la cara. Aquella era la segunda vez que pegaba a una de sus hijas. Recordó la primera vez, la paliza a Belonísia a causa del beso que Bibiana dijo haber visto. Ahora ella se llevaba la mano a la cara que ardía por el golpe. Sus ojos de inmediato se llenaron de lágrimas.

“Nunca pensé que tendría que hacer esto contigo después de vieja, Bibiana, después de haberme dado nietos. Pero no crie hijos para andar por la tierra haciéndole mal a nadie. No se desea la muerte de nadie. ¿Es que no basta con lo que cayó sobre esta casa? ¿Quieres que nos castiguen más todavía?” Salu se dirigió a la puerta, secando con el dorso de las manos las lágrimas que acababan de salir de sus ojos. “Estoy cansada, Bibiana. Esta no es la vida que deseé y temo por mis nietos. ¿Qué mundo les vamos a dejar?”, preguntó, mientras pasaba el umbral de la puerta.

Bibiana se quedó de pie, pero no levantó la silla caída. Cuando la madre estaba suficientemente lejos, cayó en un llanto que sólo se había permitido la noche en que el hijo le dijo que cuidaría de ella. Sus manos le dolían, estaban heridas, y las dejó agitarse en el aire como si aquel movimiento pudiese aliviar su padecimiento. Ni la noticia de que el hombre que creía ser el promotor del crimen contra Severo estaba muerto la dejó aliviada. La usencia que sentía parecía dilatarse a medida que el tiempo pasaba. Continuaba abriendo un hueco profundo en su dolor. La certeza más difícil de asumir era que nada, ni siquiera la posesión de la tierra, lo traería de vuelta.

Belonísia, que había salido antes de que el sol naciera, volvió a medio día. Traía yuca, camotes y una calabaza grande. Puso todo encima de la mesa de la cocina. Domingas, el marido y Zezé estaban en la sala, sentados al lado de la madre. Cuando oyó a Salu decir lo que había ocurrido con Salomão, se quedó parada por un tiempo, mostrándose sorprendida con la noticia. Le levantó la barbilla al hermano, lo interrogó con el movimiento de los labios y de las manos, quería saber cada detalle. Salomão había aparecido casi degollado, caído en una vereda en el medio del bosque, pero no muy lejos de la orilla de la ribera del río San Antonio. El caballo que montaba fue visto cerca de la casa de cristal, pastando las plantas que crecían en la orilla de los *marimbus*. Dijeron que, cuando la mujer salió y encontró el caballo cerca de la casa, le pareció extraño. Tião e Isidoro, que habían salido a pescar, encontraron el cuerpo en ese lugar, en la vereda, al lado de una cueva grande. Ese era el gran misterio, sobre el cual discutían en el momento en que entró en la casa: la cueva. Unos decían que había surgido de un día para otro. Otros que fue creciendo con el pasar del tiempo. Pero no parecía hecha con manos de hombre. Como si la tierra estuviese cediendo, formando un pozo largo y profundo.

Belonísia echó de menos a Bibiana entre los hermanos y quiso saber si ella ya lo sabía. Sí, respondieron. Salu estaba amargada por la reacción de Bibiana, pero no quiso contársela. Se sentía avergonzada por el odio de la hija. Belonísia imaginó cómo debería haber sido doloroso para la hermana tener que escuchar todo aquello, mientras buscaba respuestas para la muerte de su marido. Por eso decidió no ir a buscarla en aquel instante.

Cuando se apartó para colocar la bolsa que había dejado en la cocina, se cayó dura y desmayada, como un pájaro en pleno vuelo. En medio del alboroto que se formó por el malestar súbito, el cuñado y el hermano la llevaron al cuarto de Salu. La madre comenzó a rezar mientras retiraba el pañuelo que recubría el pelo de Belonísia. Domingas le descalzó las botas, le desabotonó los pantalones y la camisa de manga larga sucia de tierra. Al despertar, no se acordaba de nada. No se acordaba de la muerte de Salomão, ni de cómo había llegado al cuarto de la madre. No recordaba la extenuación por el trabajo. Era como si ese día hubiese desaparecido de su calendario. Se agitó queriendo levantarse de la cama. Salu le pidió que continuase acostada, necesitaba descansar. “Debe haber sido el calor”, dijo la madre, entregándole un vaso de agua, “¿Comiste antes de salir, Belo?”, insistió sin obtener respuesta, intentando descubrir el origen del malestar de la hija. Belonísia parecía distante y cansada. Bebió la mitad del vaso y volvió a acostarse con los ojos fijos en la paja del techo. Después cayó en un sueño profundo y despertó sólo al día siguiente.

El mismo día, vinieron dos carros de policía con investigadores. La Hacienda fue sitiada por hombres armados cogiendo declaraciones de todos lo que habían visto a

Salomão: de los que residían por el camino, aunque él fuese encontrado en un área deshabitada, de bosque cerrado. Las lluvias de los últimos meses habían sido regulares, lo que contribuyó para que las hierbas creciesen y sombreasen los caminos. Lugares antes cercados de árboles secos y con buena visibilidad se convirtieron en bosque cerrado, donde los poco habituados podrían perderse con facilidad. Las preguntas no cesaban. Querían saber sobre posibles amenazas que la víctima o terceros hubiesen comentado con los subordinados, sobre desafectos entre los trabajadores y Salomão, sobre movimientos sospechosos, carros, motocicletas, desconocidos que hubiesen pasado las últimas semanas por la Hacienda, que hubiesen estudiado sus hábitos. Sospechosos que supiesen cuál era la mejor hora para ejecutar el crimen. Los habitantes de Agua Negra comenzaron a sentirse incómodos. Dudaban de que alguien entre ellos pudiese haber cometido aquella barbarie.

13

Un grano de maíz se deslizó desde la mano de Belonísia hacia el suelo arado. Con los propios pies recubrió la simiente, ablandándola con la necesaria delicadeza para que el movimiento del mundo se encargase del resto. Es un campo más grande que el del último plantío. Sus pies estaban de nuevo sobre la vega del río Utinga, moldeando la tierra oscura y húmeda nutrida por la crecida. Las aguas cayeron generosas en las últimas semanas, recubrían todos los rincones e invitaban a los habitantes a cultivar sus campos con lo que pudiesen plantar. Había peces en las pozas de agua a lo largo de las áreas que antes estaban secas. Otro grano de maíz abandonó su mano hacia la tierra, formando una senda subterránea de simientes doradas.

Hace muchos años, sentiste tu cuerpo vibrar como la tierra húmeda de aquel campo. Viviendo entre las mujeres jóvenes de la Hacienda, era como si tu destino de ser madre también estuviese siendo trazado. Pero, como la lluvia, ese deseo fue abandonando tu cuerpo sin explicación aparente. Y, después de esa experiencia, cada vez que te entregabas a la siembra conseguías sentir la naturaleza vibrando, como en el pasado. Cuando estabas sola y sabías que no te observarían con extrañeza por tu acto, te echabas en el suelo, como viste a tu padre hacer innumerables veces. Intentabas escuchar los sonidos más íntimos, de los lugares más recónditos del interior de la tierra, para librar al plantío de la plaga, para resolver las dificultades y ayudar en la cosecha.

Hacía algún tiempo que los habitantes decidieron levantar sus casas con materiales durables. Ocurrió antes de la muerte de Salomão. Era un deseo antiguo, sofocado por las prohibiciones. Querían tener casas de albañilería. Querían viviendas que no se deshiciesen con el tiempo y demarcasen de forma duradera su relación con Agua Negra. Los hijos que trabajaban fuera empezaron a enviar un poco de dinero para las construcciones. Los más viejos, los que pudieron jubilarse, comenzaron a comprar material a préstamo en la ciudad. Llegaban en la callada noche con cargamentos en carretillas de mano y carrozas, para no llamar la atención. El primero en poner un ladrillo fue el viejo Saturnino, con la ayuda de los hijos y nietos. Alguien pasó enfrente de la casa que estaba siendo levantada y dijo que haría lo mismo. Los gerentes comenzaron a quejarse, por orden de Salomão, pero no sirvió de nada. En poco tiempo, el paisaje de la Hacienda comenzó a modificarse como nunca antes había ocurrido. Salu apenas dijo a Zezé y Belonísia que quería levantar su casa. Pero, si no lo hubiese dicho, eso sería fácil de descifrar en sus palabras sueltas y en los buenos gestos. Estaba vieja, quería tener sosiego y no preocuparse con el desgaste del barro. Las lluvias eran dispersas, pero a veces caían violentas, dejando averías. Nunca tuvo ningún bien y no renunciaba a tener su casa, era un sueño antiguo que alimentó con su marido. Quería una con paredes caladas y tejado de cerámica. Los fines de semana, Zezé, Ignacio y Belonísia fueron irguiendo la casa de la familia. Bibiana y Salu ayudaban, preparando el almuerzo. Había un aire de recomienzo en aquellos días, como recomenzaban sus trabajos en el campo después del estiaje o de las crecidas.

Tal vez por entender que aquel movimiento de desobediencia ganaba proporciones irrefrenables, Salomão llamó a la Justicia pidiendo la devolución de las posesiones de

todas las áreas ocupadas en la Hacienda. La noticia fue recibida con conmoción por los habitantes, que no imaginaban qué harían si los tractores derrumbasen sus casas y tuviesen que irse de la Hacienda. Genivaldo fue el primero en hablar más alto, para que todos lo oyesen, que él no iba a la ciudad a “alisar aceras”. “Nací en este campo y sólo sé trabajar con las manos en la tierra. De aquí no salgo”. Su decisión animó a los demás. Reunidos con Bibiana, decidieron que si hubiese orden de un juez –ellos creían que era posible por la influencia que Salomão tenía entre los ilustres ciudadanos de la región–, se echarían al suelo delante de sus casas para impedir que los tractores las demolieran. Ninguna familia dejaría desamparada a las otras, independientemente de las diferencias que tenían en el día a día. Juntos resistirían hasta el final.

Se prepararon para la guerra, como los coroneles hicieron en el pasado por el control de los yacimientos. La diferencia es que ahora el conflicto era por el derecho a la vivienda. La decisión de la justicia tardaba en salir, y en medio de la espera el hombre apareció muerto. La sospecha de inmediato recayó sobre los habitantes. Muchos fueron llevados a la comisaría. Incluso Bibiana fue llevada, junto al hijo. Allí recordaron la muerte del marido, de la que todavía no hacía un año. Le preguntaron sobre su papel en el desorden que relataban en la Hacienda. Dijo que era profesora, casada durante muchos años con un militante. Dijo que era quilombola. Escuchó que nadie nunca había hablado de quilombo alguno en aquella región. “Pero nuestra historia de sufrimiento y lucha dice que somos *quilombolas*”, dijo, tranquila, delante del escribano y del delegado.

Durante mucho tiempo, el temor de que surgiría entre ellos un asesino perturbó sus vidas. Al mismo tiempo, llegaban noticias de trabajadores de otras Haciendas de Salomão que relataban discordias con empleados y vecinos. Por donde había pasado dejó un rastro de descontento y revancha. Eso sólo dificultó más las pesquisas. La investigación, después de muchas audiencias y diligencias, se halló inconclusa.

Estela se había mudado a la capital, pero continuaba administrando, desde lejos, las Haciendas. Quien la conocía decía que había enloquecido. Veía conspiraciones y tramas de venganza en cualquier lugar. Vivía sin salir de casa e imponía un orden de pavor a los hijos, por miedo de que fuesen objetivo de las mismas represalias que mataron al padre.

Meses después, la noticia de los asesinatos trajo funcionarios de órganos públicos, que oyeron a los habitantes en un proceso para reintegrarles las posesiones. Aquella llegada fue celebrada con alivio. Todo era incierto, no había plazos para la solución del problema, pero aquel movimiento indicaba que la existencia de Agua Negra ya era un hecho. Ya no eran invisibles, ni podían ser ignorados.

En medio de todos los cambios que llegaban, Ignacio se preparó para irse de la casa de la madre. Iba a estudiar a la ciudad, se prepararía para los exámenes de acceso a la universidad, quería ser profesor. Quería participar de los movimientos como el padre había hecho. Bibiana fue la incentivadora del cambio, y en ningún momento dejó ver el peso que la ausencia del hijo tendría en sus días. Intentaba irradiar confianza. Distinto de Belonísia, que se quedó melancólica. La hermana quería a los sobrinos como hijos. Convivió entre ellos desde el regreso de Bibiana. El primer hijo de Domingas estaba en camino, pero eso no la había hecho pensar en apartarse de ninguno de ellos. No quería tener que separarse de nadie más.

Imaginó que el día de la partida de Ignacio tendría que consolar a Bibiana. Salu, las hermanas y las sobrinas hicieron fila para abrazarlo. Flora y María le escribieron cartas

diciendo que lo extrañarían y que, si el hermano encontraba trabajo, les trajese regalos. Ana le dio un dibujo de la familia completa con el padre, Salu, y los tíos. Ignacio abrazó a cada una, de forma más detenida a la madre, pero tuvo que secar las lágrimas de tía Belonísia. Le pidió a la madrina que no llorase. Volvería al final de cada año. Guardaría todo lo que ella le había enseñado. Belonísia le dio una botella de miel y un rosario con la imagen del Señor dos Passos para que la llevase con él. Sería su amuleto.

Incluso mucho después de que el carro hubiera salido de la Hacienda y la familia se hubiera recogido en sus quehaceres, Belonísia permaneció en la puerta mirando la carretera y todo lo demás que no podía ver desde donde estaba. Bibiana se levantó de la mesa, donde iba a iniciar la corrección de los cuadernos, y se dirigió hasta la hermana. La envolvió por detrás, enlazando los brazos por su cintura, reposando su rostro entre el hombro y la oreja. Belonísia le agarró las manos. Juntas cerraron los ojos y compartieron el regalo de aquel instante. Se entregaron a aquel gesto por entero y experimentaron algo que podían llamar perdón.

14

No pude contener más las ganas de cabalgar por los campos, de nadar por los ríos y deslizarme sobre la tierra con pies y cuerpo. Miraba la casa en ruinas del otro lado del camino, la pared donde esculpieron a San Pedro con las llaves del cielo, un día, y al otro ya no existía, derrumbada por la lluvia que caía fina. Sentía nostalgia de un cuerpo moviéndose entre la gente en las noches de fiesta que ya no existían. Había profundidad en las miradas, en las plegarias, en los encantados, indios, negros, blancos, Santos católicos, *caboclos* de los bosques, llegando uno tras otro, y llenando el vacío de los campos y la *caatinga*: sin Dios, sin remedio, sin justicia, sin tierra. Se olvidaron de la encantada, su nombre tal vez ya no se recuerde más, y la encantada se va olvidando de quien es, se aproxima mucho su hora.

Me deslicé hacia el lecho de Bibiana como un soplo. Primero quise confortar su dolor, que crecía como la maleza en un campo abandonado. Me adentré en su aliento para ocupar el vacío de sus ojos, para que mi presencia fuese tan intensa como si la envolviese en abrazos. Pero había olvidado la energía de cabalgar un cuerpo, y lo bueno que era estar de nuevo envuelta de ríos de sangre, de la llama de un pecho que late vivo, de los ojos abiertos, de los deseos y de la libertad. Levanté a Bibiana de la cama, anduve de un lado a otro, erguí sus brazos a cada vuelta que daba en la sala, veneré con las puntas de los dedos cada fracción de su piel oscura.

Caminar por la casa en medio de la madrugada era poco delante de la amplitud del mundo y de lo que, juntas, podríamos hacer. Cada mujer conoce la fuerza de la naturaleza que tiene en el torrente que fluye de su vida. Salí de la casa para hacer lo que más me gustaba, para mojar mis pies en la orilla del río. Llevé a Bibiana a caminar al fondo de la noche, oyendo el piar de la lechuza, cubriendo de rocío su cuerpo al rayar el día. Sus brazos fuertes estaban listos para abatir la presa. Enterré la azada en un terreno accidentado para hacer la cueva. Arranqué un terrón de tierra. En la oscuridad los ojos eran dos faroles iluminando el horizonte. Bibiana había sido dirigida para uno de los muchos rincones de Agua Negra y su cuerpo guardaba la vorágine de los supervivientes. Con cada golpe soplaba un mal que había visto. Una mujer que mató a su hijo para que no fuese esclavo. Un hombre ofendido y colgado de una rama de guapinol. Con cada golpe levantaba una gran cantidad de tierra húmeda de la orilla del río. Otro golpe. Otro. La tierra como arena atraviesa el espacio, vuelve al río, entierra un arbusto de balsamina.

Cada noche atravieso los caminos, veo la ruina de la casa en que reinaban los encantados. Me deslizo, como una simiente encontrando la tierra arada, al cuerpo de Bibiana. Retomo su aliento. Vuelvo al mismo lugar donde va surgiendo una cueva. El lugar más oscuro de nuestras noches. La azada desciende sobre la cueva, que gana contornos definidos. La tierra puede ser una trampa. Vamos a cazar un animal feroz que anda suelto, causando pavor a la gente de Agua Negra. El jaguar que su abuela veía, sólo ella lo veía, y por eso les pedía que tuviesen cuidado. El jaguar era un recuerdo de aquel pasado tan distante y había vuelto para amedrentar a los habitantes. No era el jaguar que había protegido a su padre cuando estaba loco en medio del bosque. El

jaguar que vamos a cazar había derramado sangre y estaba dispuesto a rasgar la carne de más gente, hasta conseguir lo que quería.

Son tantas noches cavando la tierra para la cueva que las manos de Bibiana están heridas. Cuando abandono su cuerpo por la mañana, ella se cuida las palmas adormecidas, castigadas con ampollas y heridas surgidas de nuestra guerra.

Así, otro día, atravesé el *terreiro* y llegué hasta Belonísia. Estaba sola como Miúda. Salvaje, conocía la tierra como nadie. Me uní a su cuerpo para vagar por la tierra, para recorrer los *marimbus*, atravesar cercas, por ríos, por casas y árboles muertos. Su nombre era coraje. Era del linaje de Doñana, la mujer que parió en el cañaveral, que levantó su casa y su campo con la fuerza de su cuerpo. La mujer que sintió los dolores del parto y se tumbó en silencio, mordiéndose los labios, para parir un hijo más. La que enterró dos maridos, y no enterró al último porque lo sangró como se sangra a una presa. Fue cabalgando su cuerpo que sentí que el pasado nunca nos abandona. Belonísia era la furia que había cruzado el tiempo. Era hija de gente fuerte que atravesó un océano, que fue separada de su tierra, que dejó atrás los sueños y forjó en el destierro una vida nueva e iluminada. Gente que atravesó todo soportando la crueldad que les fue impuesta.

Fue en la mañana fría, antes de que la gente saliese resguardada al trabajo, que su cuerpo ardió como una llamarada. Sabía que el jaguar hacía su ronda por la carretera. Pero ¿y si alguien lo desafiase y provocase para que se adentrase en el bosque? ¿Para que cayese en la trampa que construimos con nuestras manos y con las fuerzas de nuestros ancestros? ¿Y si lo sangrase para encontrar sosiego? ¿Para apartar el miedo que su presencia emanaba? El sonido del hacha que nunca existió descendió sobre la madera. El sonido de un arado arañando la carne. Los sonidos que la boca de Belonísia no era capaz de producir, pero que, en aquel instante, sonaron como un trueno.

Veo por el interior de sus ojos.

El jaguar cayó en el borde de la cueva, sosteniendo el cuerpo con las garras para no ser lanzado definitivamente al hoyo. Se asustó con la trampa escondida en el medio del bosque, cubierta de madera seca y paja de moriche. Hay quien jura que los capataces usaron las mismas trampas de caza para capturar a los esclavos huidos en el pasado. El jaguar cayó con los colmillos enterrados en el suelo. Se retiró una porción de tierra de la boca. No, era una trampa demasiado simple para capturar esa presa. Pero, antes de que se levantase, se abatió sobre su cuello un único golpe cargado de una emoción violenta, que hasta entonces desconocía.

Sobre la tierra ha de vivir siempre el más fuerte.

GLOSARIO

Bandeirante: exploradores de origen portugués o brasileño que, durante la época de la colonia, penetraban por tierra hacia el interior del continente americano, ampliando así los confines de la América portuguesa. Se agrupaban bajo distintas “*bandeiras*” –banderas–, de ahí su nombre.

Caatinga: tipo de vegetación que crece en la zona desértica de la región conocida como *Sertão* brasileño.

Caboclo: espíritus de antiguos indios y mestizos que poblaron Brasil. Suelen ser representados como indígenas brasileños y son herederos de los saberes ancestrales de los pueblos indígenas. Conocen todos los secretos de las plantas y los remedios naturales. Racialmente, un *caboclo* es un mestizo de blanco con indio.

Cumbá: *trachelyopterus galeatus*. Pez de agua dulce muy apreciado por su carne y tamaño.

Curador /curadora: máxima autoridad del *jarê*, indica la persona a quien se le impone el rol de curandero o sanador de los espíritus de los *caboclos*. El *curador* se debe dejar poseer o “cabalgar” por los *caboclos*, de tal modo que estos puedan, a través de sus “caballos”, vivir entre los mortales y ser así venerados. Cuando el *curador* o *pai-de-santo* muere, a los “hijos” –*filho de santo*–, o sea, a sus adeptos, se les debe quitar de la cabeza la mano del *curador* muerto. En esta ceremonia, el *curador* que toma el puesto deviene en nuevo *pai-de-santo* del adepto que quedó huérfano.

Filho/a de santo: hijo/a de santo. Iniciado/a en el culto del *jarê*.

Iansã: también Yansá. Divinidad africana que en el sincretismo representa a Santa Bárbara.

Jarê: culto afrobrasileño que se remonta a la mitad del siglo XIX considerado una variante del *Candomblé* de Caboclo donde se veneran entidades llamadas *caboclos*. Es típico de la región de la Chapada Diamantina, en el interior del estado de Bahía.

Mãe d’Água: madre del Agua; figura del folclore brasileño también conocida como Iara o Uiara, especie de sirena que vive en el Amazonas dotada de una seductora belleza.

Mãe de pegação: título asignado a las parteras que son consideradas “madres” por aquellos a quienes ayudaron a nacer.

Mandacaru: *cereus jamacaru*. Tipo de cactus endémico de Brasil.

Marimbu: terreno pantanoso y cultivable que se sitúa a lo largo del curso de un río.

Oxóssi: también *Oxosi*. Divinidad africana que en el sincretismo representa a San Sebastián.

Pai-de-santo: ver *curador*.

Pegação: ver ‘*mãe de pegação*’.

Quilombolas: cimarrones. Antiguos esclavos que se refugiaban en escondrijos en el interior de las selvas y bosques brasileños llamados quilombos o palenques.

Sertão: región semiárida que abarca gran parte del nordeste de Brasil.

Sesmarías: práctica de concesión de tierras hecha por el gobierno portugués desde época colonial para promover la explotación agropecuaria en Brasil. Era una forma de

compensar a quienes habían servido a la corona.

Terreiro: espacio de tierra que rodea una casa en el cual se celebran una variedad de cultos sincréticos afrobrasileños.

Tucum: *bactris setosa*. Tipo de palma capaz de formar un matorral denso.

Tupinambá, *Nanã*, *Ventania*: entidades de culto de algunas religiones afrobrasileñas, no sincréticas con el catolicismo, que forman parte de la rama conocida como *Caboclos*, espíritus dueños de la tierra.

Velho Nagô: entidad de culto muy respetada, guía espiritual y de gran sabiduría de algunas religiones afrobrasileñas, no sincrética con el catolicismo, que forma parte de la rama conocida como *Pretos Velhos* o "Negros Viejos". En los tiempos de la esclavitud surge la figura de un negro viejo de edad avanzada que personifica al patriarca de la raza. Son personas humildes, con sabios conocimientos y que ayudan a sanar o curar todo tipo de aflicciones.

ÍNDICE

---

1 Hay un glosario explicativo de términos relacionados con religiones afrobrasileñas y plantas al final del libro.



Welcome back Jacqueline

Lacor, Jean-Pierre

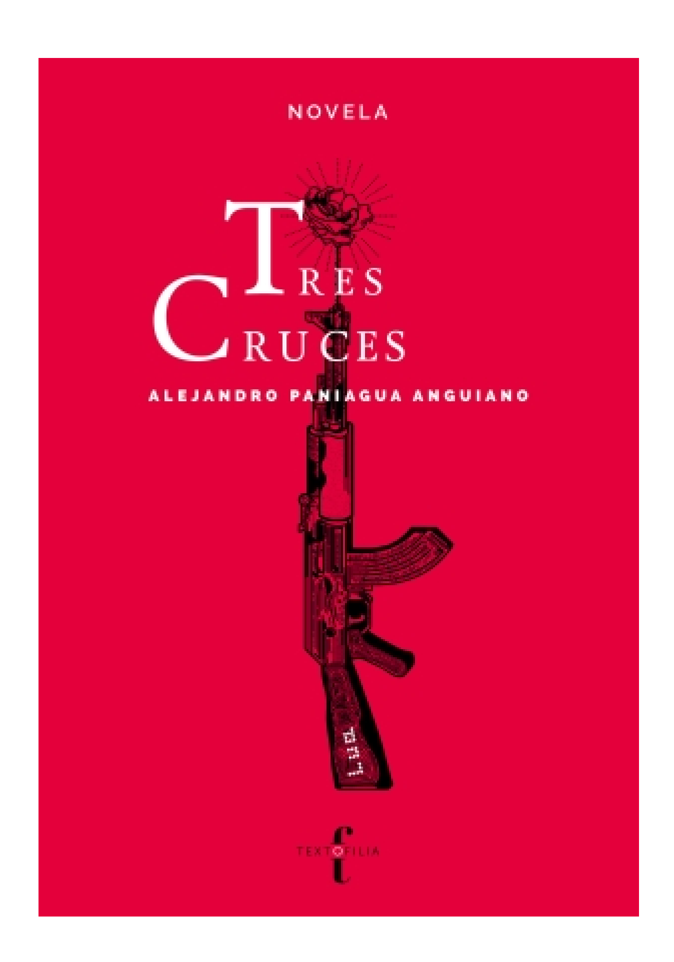
9786078713899

168 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un hombre ya muy grande sufre la inesperada muerte de su

esposa, con quien estuvo felizmente casado por 60 años. Tras un periodo de luto, Jacqueline reaparece tan súbitamente como partió, y la vida cotidiana en Valle de Bravo retoma su curso. El protagonista aprovechará, y no reparará en gastos para lograrlo. Sin embargo, deberá ser discreto y enfrentar a sus hijos que, en su locura, insisten en la muerte de Jacqueline. Pero ella ha vuelto, ¿no es cierto? En Welcome back, Jacqueline, el lector encontrará una conmovedora historia de amor, muy apropiada para los tiempos que corren, en los que la imaginación parece ser uno de los recursos más valientes de la humanidad.



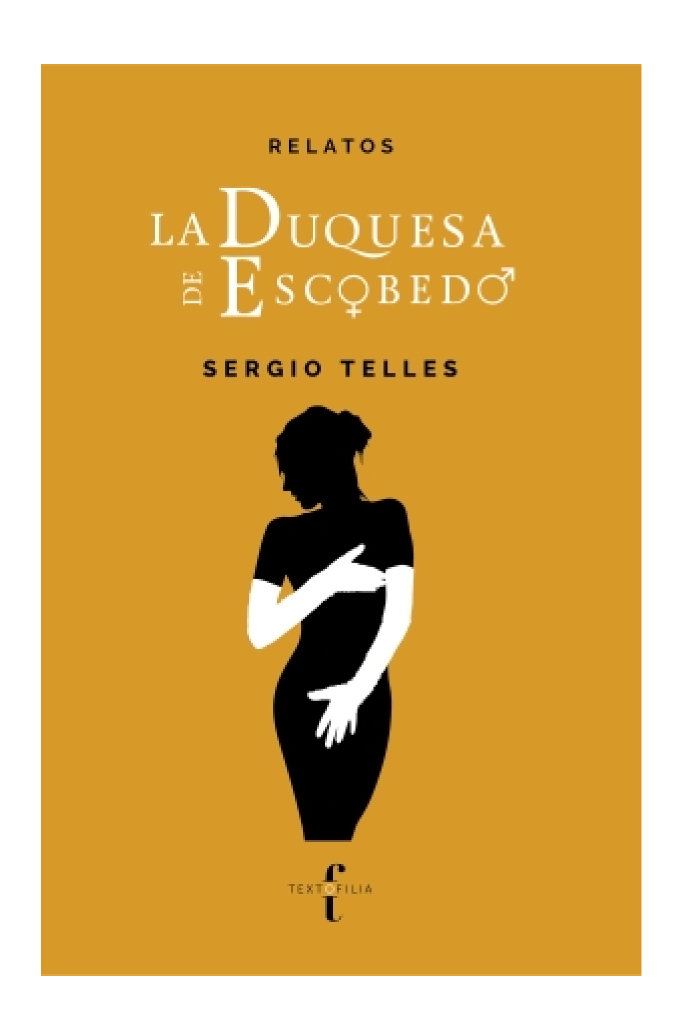
Tres cruces

Paniagua Anguiano, Alejandro
9786078713523
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tres cruces es el relato honesto y descarnado de un país atravesado por el narcotráfico y la violencia. Cada uno de los tres

protagonistas de este libro lleva consigo la cruz de la culpa, el miedo, la ignorancia y la muerte. Lúa es una niña que crece sin padres jugando en la fosa clandestina que solía ser la bodega de su abuela, conviviendo con los muertos. Estela, abuela de Lúa, convive con su alcoholismo y sus secretos. El Ponzoña, sicario del narco, vive perpetuamente atormentado por la huida y el olor de sus asesinatos. Alejandro Paniagua marca con Tres cruces la geografía íntima de la violencia, la que vivimos cotidianamente y nos habita, con la precisión de un rifle de francotirador.



La Duquesa de Escobedo

Telles, Sergio
9786078713608
110 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Aquí hay algo que, con un guiño de pestañas llenas de chaquira,

nos seduce. Así como este libro nos seduce. Y las vidas mostradas en los poemas narrativos, o relatos poéticos, que aquí aparecen. Sergio Telles, con su obra, se planta frente a nuestros ojos con un desfile de personajes fuera de lo típico: homosexuales, ladronas, transexuales, prostitutas, drogadictos, mitómanas… Telles nos obliga a ver. Nos obliga a sentir. Nos obliga a aceptar que, desnudos, todos somos iguales y buscamos lo mismo. Telles maneja con elegancia cada palabra que nos lleva a la más profunda decadencia. En eso reside su valor literario, en las dicotomías: a mayor belleza, mayor es el dolor mostrado y mayor la decadencia.